

*SERIE OBSIDIANA: LIBRO UNO*

• OBSIDIANA •  
NEGRA

*LA CONFIANZA LO ES TODO.*



*AUTORA BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES*

VICTORIA QUINN

# **OBSIDIANA NEGRA**

---

VICTORIA QUINN

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y sucesos representados en esta novela son ficticios o se han usado de forma ficticia. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de recuperación y almacenaje de información, sin el permiso por escrito del editor o de la autora, salvo en el caso de un crítico, que podrá citar breves pasajes en una crítica.

**Obsidiana negra**

Copyright © 2017 de Victoria Quinn

Todos los derechos reservados

CALLOWAY

Me llevé el vaso a la boca y sentí cómo los cubitos de hielo se deslizaban hacia abajo hasta tocarme los labios. Como trozos de invierno, me refrescaron la boca justo antes de que el ardor del *whisky* escocés me golpeará a garganta y me abrasara desde dentro.

*Moría por ese ardor.*

Jackson debía haberse reunido conmigo casi quince minutos antes, pero ese cabrón no había aparecido. Probablemente alguna preciosidad le había llamado la atención mientras venía de camino y, como siempre, se había desviado.

*No podía culparle.*

Sentía el peso del compromiso del anillo negro que llevaba en la mano derecha. Era la única joya que llevaba además del reloj y me había costado acostumbrarme a él. Para todos los demás, era simplemente un anillo. No tenía ni significado ni voz.

*Pero en mi mundo, su significado estaba muy claro.*

Siempre que salía al mundo normal, me preguntaba si alguien me reconocía por lo que realmente era: un mamón oscuro y retorcido. La mierda en la que estaba metido alejaba a la mayoría de las mujeres. Y las que eran lo bastante valientes como para quedarse, siempre cambiaban de opinión. Mis

gustos eran muy concretos y no cambiarían nunca, y por ese motivo tenía que ceñirme a mi mundo y no molestarme en el mundo real.

*Si de verdad este era el real.*

La puerta del bar se abrió, acompañada por una brisa gélida. La sentí en la nuca, acariciando los mechones de pelo casi invisibles que sobresalían por el cuello de la camisa. El traje y la corbata negros eran mis favoritos: me quedaban de maravilla. Esa noche tenía trabajo y siempre iba apropiado para la ocasión.

Por cualquier motivo, y por ninguno en especial, dirigí mi atención a la puerta abierta. Entraron dos mujeres, una rubia y una morena. Ambas de pequeña estatura y atractivas cada una a su manera, giraron varias cabezas al entrar.

*Mi mirada se clavó en la morena.*

Tenía debilidad por las morenas. Siempre había sido así y así seguiría siendo.

Llevaba una falda de tubo negra que se ceñía a sus femeninas caderas. Las curvas que hacían que se me secase la garganta me llamaban la atención, y fantaseé de inmediato con agarrarle los muslos y subir las manos lentamente por su falda arrastrando la tela hasta dejarle las bragas expuestas a mi merced... o a mi crueldad.

Hacía falta mucho para impresionarme en lo relativo a las mujeres, y no porque fuera quisquilloso o superficial, sino porque recibía suficiente satisfacción cada día y cada noche para aplacar mi deseo. Mis fantasías eran una realidad y no me interesaba buscar mujeres que no pudieran cumplirlas.

*Pero, de todas formas, ella atrajo mi atención.*

Tenía una cintura de avispa perfecta para guiarla de arriba abajo sobre mi miembro, con mis manos posadas en sus caderas. Sus pechos respingones estaban apretados con firmeza contra su blusa rosa, y tenía un cuello esbelto con un pronunciado hueco en la garganta, perfecto para que mi lengua lo explorara.

Llevaba unos tacones de trece centímetros y los movía como si fueran sandalias, y por debajo del corte de la falda se veían unas piernas finas y tonificadas. Eran tan largas que casi le llegaban al cuello. Cada mujer tenía unos rasgos específicos que la hacían sensual. A veces tenían un par de tetas o un culo bonitos. En ocasiones tenían una cintura estilizada que podía rodear dos veces con mis brazos. A veces tenían piernas como las suyas, el tipo de piernas que imaginaba rodeándome la cintura.

*Pero esta mujer lo tenía todo.*

Mis ojos no la perdieron de vista mientras la contemplaba como un halcón, con la mente obsesionada y la polla dura. Cuando atravesó la muchedumbre, se abrió paso con su poder natural. Dominaba la sala manteniendo la cabeza alta con la elegancia de una reina, pero su sonrisa era inocente como la de una princesa.

Mis piernas querían moverse en dirección a ella y reclamar su parte antes de que otra persona pudiera hacer algo. Quería decirle cuál era mi nombre y oír cuál era el suyo. Probablemente tenía la voz más sensual del mundo, elegante como el resto de sus atributos.

Pero no podía.

*Tenía las manos atadas.*

Me había comprometido con otra persona. Nuestro vínculo no se basaba en el amor, en la amistad, ni en nada remotamente importante. Pero cuando le daba a alguien mi palabra, la mantenía. Si la palabra de un hombre no tenía ningún valor, este automáticamente perdía su propia valía. Esa era una lección que mi padre me había enseñado y era la única que respetaba.

Así que me di la vuelta y miré mi reloj.

*¿Dónde estaba?*

La voz de una mujer sonó a mis espaldas y, a juzgar por su belleza y su poder, solo podía pertenecer a una persona. Sin girarme para comprobar que mi suposición era correcta, supe que pertenecía a la mujer que me había puesto más duro que el acero.

—Ese tío es un puto imbécil. No me puedo creer que te hiciera algo así.

Sonreí por la forma en que maldecía. Sentía cada palabra y las decía con carácter, pero su estatura hacía que resultara difícil tomarla en serio. Simplemente era demasiado suave a la vista para ser una malhablada.

Su amiga suspiró antes de responder.

—Ya lo sé... Me fui a casa y estuve llorando, y me odié por hacerlo. No se merece mis lágrimas. No se merece nada.

—Tienes toda la razón.

Me bebí mi *whisky* escocés y me concentré en el sonido de su voz. Su apariencia me ponía y su actitud directa y sin rodeos me ponía más aún. Normalmente me atraían las mujeres calmadas, las blandas que buscaban a alguien que las dirigiera. Pero su fuerza era extrañamente excitante.

Un hombre se abrió paso en la concurrida barra, se colocó a mi lado y me tocó el hombro. Al darme cuenta de que no era Jackson, le lancé una mirada aterradora. Odiaba que me tocara cualquiera que no recibiera mi permiso explícito, no importaba lo inocentes que fueran sus intenciones.

Se alejó rápidamente, dejando unos adecuados treinta centímetros de distancia entre ambos. Pidió una cerveza: una bebida de nenas. Llevaba un traje negro que se ajustaba mal a su cuerpo y que no ocultaba las imperfecciones de sus hombros débiles ni su irrisoria constitución. Ese tío no me había hecho nada ofensivo, pero lo despreciaba por ese inocente contacto.

La conversación de las mujeres continuó:

—Madre mía. —Su amiga soltó un grito ahogado en voz baja, pero fue incapaz de ocultarlo a pesar del murmullo constante de la multitud.

—¿Qué? —Su voz sonaba fuerte, más que preocupada. De nuevo, dominaba la conversación solo con su tono de voz. Nunca había conocido a una mujer así.

—Ese es Dave. —Su amiga bajó el tono de voz para que nadie pudiera oírlas.

Tuve que aguzar el oído y girar la cabeza discretamente para captar lo que

estaban diciendo. Su conversación no tenía nada que ver conmigo y, sinceramente, no era muy interesante, pero me encantaba oír la voz de esa mujer.

—No me puedo creer que esté aquí. Probablemente esté escogiendo a otra mientras su mujer está en casa.

—Joder, ¿lo dices en serio? —Ella no se molestó en mantener el tono bajo—. ¿Ese cabrón infiel está aquí?

—En la barra.

Su conversación se detuvo durante casi diez segundos.

—¿Dónde? —exigió saber—. ¿Quién es?

—Está ahí delante, lleva un traje negro.

Mi mirada se dirigió discretamente al hombre que tenía al lado, pues sabía que debía de ser el hombre del que estaban hablando. No llevaba ningún anillo de casado en el dedo y sus ojos deambulaban por la barra, fijándose en las mujeres que había amontonadas al final. Definitivamente esa noche estaba de caza, no había duda alguna.

*Realmente sentí lástima por su mujer.*

Y sentí lástima por lo que fuera que mi obsesión estuviera a punto de hacerle.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó su amiga.

—Voy a decirle a ese hijo de puta lo que pienso de él.

Sonreí, emocionado por verla en acción. Probablemente agarraría a ese tío por el hombro y le tiraría la bebida en la cara. Tal vez me llegaría una bocanada del olor. Tal vez su deliciosa cadera se apretaría contra la mía.

—No, no...

El sonido de unos tacones repicó detrás de mí y supe que estaba a escasos centímetros de distancia. A ese tío estaba a punto de patearle el culo una mujer con la mitad de su tamaño. Y se lo merecía. Me quedaría a ver el espectáculo. Ahora ni siquiera me importaba que Jackson llegara casi media hora tarde.



—Eh, imbécil. —Me agarró del brazo y tiró con la suficiente fuerza como para hacer que quedara de frente a ella.

Perturbado por el contacto inesperado, la enfrenté de inmediato y miré hacia abajo analizando su expresión. Unos ojos verdes feroces como el fuego me devolvieron la mirada, y tenía los labios apretados con tanta fuerza que eran casi invisibles. Sus mejillas estaban sonrojadas por la ira y su largo cabello castaño estaba colocado sobre un hombro, extendiéndose hasta más abajo de sus pechos. La blusa tenía cuello en V en la parte delantera y pude ver unas pequeñas pecas que antes no había logrado ver. En lugar de decirle que se había equivocado de hombre, me la quedé mirando fijamente con absoluta fascinación. De cerca era incluso más guapa, completamente follable.

Eché la mano hacia atrás y, a la velocidad de la luz, me abofeteó la cara con tanta intensidad que de hecho me giré por la fuerza. Mi cuello chascó al moverse hacia la derecha y la piel me cosquilleaba por el impacto de la palma de su mano contra mi cara. De inmediato, la piel me ardió por el calor del golpe, y el sonido de nuestras pieles chocando hizo eco en el bar. Las personas que estaban cerca de mí se callaron y contemplaron el espectáculo como si fuera una pelea callejera mientras esa mujer cargaba contra mí como un toro.

Me giré hacia ella y, a pesar de que la furia me ardía lentamente en el pecho, sentí algo más. Todo mi cuerpo se tensó por la innegable excitación que me corría por las venas. Me había golpeado, y me había golpeado con fuerza. Ese odio y esa ferocidad hicieron que mi motor se revolucionara como si estuviera a punto de entrar en una carrera de velocidad. Tenía la polla más dura que nunca y no podía dejar de imaginármela inmovilizada debajo de mí mientras me la follaba hasta que gritara. Ella continuaba abofeteándome la cara mientras yo la embestía en mi colchón, y perdía la batalla que ambos sabíamos que yo ganaría.

*Joder, estaba necesitado.*

Abrió los ojos con hostilidad antes de que esa preciosa boquita que tenía me regañara.

—Eres una escoria y un hombre absolutamente despreciable. Deberías estar avergonzado por haber engañado a tu mujer y por jugar con mi amiga. En el infierno hay un lugar especial para los imbéciles como tú. —Echó la mano hacia atrás y me dio otra bofetada, echando todo su peso en la colisión. Otro bofetón hizo eco en el bar y sonó con fuerza en mis oídos. Todas las personas que nos rodeaban se quedaron sin aliento mientras me daba una buena paliza.

Noté un hormigueo por la espalda cuando el creciente deseo me arrastró como si se tratara de un maldito tsunami. Quería lanzarla a la barra y tirármela allí mismo y en ese instante. Quería arrancarle todos los botones de la camisa y romperle las bragas por la mitad antes de subirle la falda hasta taparle las tetas. Delante de todas las personas del bar, la follaría hasta dejarla tan llena de mi semilla que no pudiera caminar sin gotear por todo el suelo.

Lo único que tenía que hacer era agarrarle la muñeca y mantenerle la mano quieta para que no pudiera volver a golpearme, pero no lo hice. Lo único que tenía que hacer era decirle que se había equivocado de hombre, pero tampoco lo hice. Nunca me había sentido más vivo, más excitado, de lo que me sentía en ese momento.

*Y no quería que dejara de golpearme nunca.*

—¡Para! —La amiga rubia apareció por detrás de ella y le sostuvo el brazo—. ¡No es él!

No escuchó una palabra de lo que dijo su amiga, porque me empujó con fuerza el pecho. Como si fuera una montaña, no me moví. De hecho, fue su cuerpo el que salió impulsado hacia atrás.

—Después de todo no eres un tío tan duro, ¿eh? ¿Qué te parece que llame a tu mujer y le diga que has sacado la polla a pasear demasiadas veces?

Me quedé mirándole fijamente la boca sin escucharla de verdad. Cuando estaba cabreada, era incluso más sexi. Tenía las mejillas sonrojadas con un

precioso tono rosa y sus ojos eran más verdes que las vides en un cálido día de verano. Quería que se quedara exactamente así, golpeándome como si fuera un saco de boxeo hasta que mi erección no pudiera seguir dentro de mis pantalones.

Me volvió a abofetear, golpeándome exactamente la misma mejilla por tercera vez consecutiva. Ahora sabía que tenía la cara roja como un tomate y ardiendo de calor. Sabía que tendría la marca de la huella de su mano durante las próximas horas hasta que se borrara.

—Eso es lo que les pasa a los hombres que se acuestan con mi mejor amiga. —Me apuntó con el dedo a la cara como si fuera de algún modo amenazador—. ¿De verdad pensabas que te ibas a salir con...?

—¡No es él! —gritó su amiga con fuerza, haciéndose oír por encima de las conversaciones del bar y consiguiendo que todo el mundo se detuviera y la mirara—. ¡Para de pegarle!

Finalmente escuchó a su amiga y la miró; su rostro se relajó con inquietud.

—¿Qué?

El hombre del traje negro ya no estaba a mi lado. En el momento en que había visto el escándalo, debía de haberse fijado en su ex y había puesto pies en polvorosa. Chico inteligente. No habría disfrutado de la paliza que mi cara acababa de recibir. Él se lo perdía.

—Te he dicho quince veces que te habías equivocado de hombre. Dave ya se había marchado después de que le dieras el primer bofetón a este tío.

Sus mejillas empalidecieron; el color rosa pálido se disipó de inmediato. Sus ojos verdes perdieron su vitalidad, volviéndose de un gris apagado que no me parecía ni remotamente igual de atractivo. Incapaz de mirarme, mantuvo el contacto visual con su amiga. Irradiaba humillación en oleadas que me inundaron como el gélido océano. También se percibía autodesprecio y odio.

Se puso las manos en las caderas y tomó aire unas cuantas veces antes de

girarse finalmente hacia mí. Su mirada estaba clavada en el suelo, de un modo extrañamente similar al de una sumisa, antes de tomar aire una vez más y finalmente reunir el valor para mirarme a los ojos.

—Dios mío, lo siento mucho. Creía que eras otra persona. Me siento tan... humillada.

Examiné su nueva expresión, absorbiendo todos los pequeños rasgos que no había visto antes. Tenía una peca en la comisura de la boca, tan pequeña y ligera que apenas la veía. Como una estrella distante del espacio, contrastaba con su tez blanca. La lengua se me movía en la boca, desesperada por probar esa minúscula peca y por explorar todo el resto de su cuerpo.

Tenía una nariz pequeña y menuda, estilizada y con una forma bonita. Quedaba perfecta en su precioso rostro, como si un artista prestigioso hubiera dado forma a sus rasgos hasta que estuvieron bien. Tenía los ojos grandes y vivos con forma almendrada. Las mejillas eran prominentes y curvas, dándole una apariencia esbelta que encajaba con su cuerpo perfecto. Desde mi altura podía verle la línea del escote, pero no miré.

Como no dije nada, me dirigió la misma mirada de disculpa, desesperada por que la perdonara.

—Te lo juro, normalmente no soy así. Este tío hizo daño a mi amiga y yo me dejé llevar. Te confundí con él.

El único motivo por el que no había hablado era porque estaba estirando la conversación todo lo posible para poder mirarla fijamente todo lo que quisiera. Tenía los labios gruesos y húmedos. Cuando estaba nerviosa, se succionaba el labio superior. Lo había hecho dos veces desde que había empezado nuestra conversación. Quería metérmelo a la boca y succionarlo por ella.

—Un error honesto. Lo entiendo.

Movía los ojos de un lado a otro mientras me miraba.

—Lo siento mucho. —Su mirada se posó en mi mejilla roja y separó la mano ligeramente de la cintura, como si quisiera tocarla—. Si hay cualquier

cosa que pueda hacer, dímelo, por favor. —Volvió a ponerse la mano en el costado, absteniéndose de levantarla de nuevo hacia mí.

Su amiga la agarró de la muñeca.

—Vamos a dejarlo en paz. Creo que ya le hemos hecho pasar bastante...

—Tiró con suavidad de su amiga, llevándola con ella.

Estaba perdiéndola y no tenía más remedio que dejarla ir. Notaba el anillo de mi mano derecha extrañamente pesado. Pero entonces, de repente, dejé de notarlo. El peso se evaporó en el aire como si no hubiera estado allí desde el principio.

—Hay algo que puedes hacer.

Ella se detuvo y no dejó que su amiga tirara más de ella.

—Lo que sea.

—Dime tu nombre.

Di un paso hacia ella; no quería perderme lo que fuera que estaba a punto de decir. Moría por esa respuesta, necesitaba oírla con los oídos y saborearla con la lengua. Cuando me masturbara más adelante esa noche, quería saber exactamente por quién me estaba masturbando.

—¿Quieres mi nombre? —Su voz apenas era un susurro—. ¿Eso es todo?

—Sí. —Entrecerré los ojos mirándole el rostro, necesitando esa respuesta más que cualquier otra cosa del mundo.

Ella titubeó un instante, insegura de si debía dármelo porque no comprendía el motivo. Tal vez lo quería para poder denunciarla y presentar cargos contra ella. Si ese fuera el caso, estaba en mi derecho y tenía que cooperar. Separó los labios antes de hablar y finalmente me dio la respuesta:

—Rome Moretti.

CALLOWAY

Entré en el Ruin y me abrí paso entre la masa de gente mientras me dirigía a la barra. Hombres vestidos con cuero negro sostenían a sus sumisas con correas y cadenas. La mayoría de ellas estaban de rodillas en el suelo, con la vista alzada hacia sus amos, contemplándolos con una fascinación grotesca. La música estaba amplificada en el club de sumisión, resonando con fuerza con el bajo y encajando con los tonos oscuros de las luces negras.

Una sumisa, que no tenía un amo al que obedecer, me lanzó una mirada. Pero en el instante en que sus ojos se posaron en mi anillo negro, apartó la mirada rápidamente y fingió que ni siquiera me había visto.

Conseguí llegar hasta la barra y vi allí a Isabella. El anillo negro estaba en su mano derecha y ella daba sorbos a una bebida sentada en el taburete. Con un apretado vestido negro y el pelo recogido en una trenza, destacaba sobre las otras mujeres de la multitud. Hermosa, oscura y sensual, era la mujer más extraordinaria del lugar. Ninguno de los hombres la miraba porque sabían que era intocable.

*Todo el mundo respetaba eso.*

Cuando llegué a su lado, volvió de inmediato sus ojos marrones hacia mí. Me contemplaron con fascinación y, como la obediente sumisa que era, bajó rápidamente la mirada e inclinó la barbilla hacia abajo, inclinándose ante mí

sin curvar la espalda.

—Amo.

—Ven conmigo. —Mi orden fue un rugido y me alejé sin molestarme en mirar atrás. Sabía que estaba allí, siguiéndome como la buena sumisa que era. No necesitaba una correa para ella porque era innecesaria. Esa mujer había sido bien entrenada. Con solo chascar los dedos, ella hacía exactamente lo que ordenaba y lo hacía sin quejarse.

*Era la mejor sumisa que había tenido nunca.*

Caminamos hasta la otra parte del edificio, en la planta alta, y entramos en mi oficina. Los muebles eran negros y la gran ventana que había tras mi escritorio estaba tintada para que el mundo exterior no pudiera ver el interior. Nunca entenderían a las personas como nosotros. Nunca entenderían nuestros deseos y necesidades. Para ellos, éramos solo unos bichos raros.

*Y yo pensaba lo mismo de ellos.*

Mi mesa, de madera de cerezo teñida, estaba tallada, y las estanterías de todas las paredes eran del mismo material. Una única lámpara descansaba en la superficie y cuando la encendí, dejamos de estar envueltos en las sombras.

Isabella se arrodilló delante de mi escritorio, adoptando la posición que se esperaba que mantuviera siempre que estaba en mi presencia. Su trenza caía por el medio de su espalda, lista para que la enrollara en mi puño en el instante en que la deseara.

Me apoyé en el escritorio y crucé los brazos sobre el pecho. Me tomé un momento para mirarla, para apreciar sus últimos momentos como mi sumisa. Durante el último año, había sido su dominante exclusivo, lo cual nos convertía en una de las raras parejas monógamas de nuestro mundo. Me complacía excepcionalmente bien y no necesitaba entrenamiento. Perfecta tal y como era, entró en mi vida y me dio la satisfacción que ansiaba. Nunca la había amado y le había dicho que nunca lo haría, y ella lo había aceptado sin rechistar.

—Arriba.

Se puso de pie, su esbelta figura desenroscándose de la incómoda posición sobre el suelo. Una vez había permanecido así durante casi cinco horas mientras yo entretenía a los invitados durante la cena. No se movió ni un centímetro, ni siquiera para rascarse la nariz. Ahora me miraba con sus ojos marrones, grandes y brillantes, esperando una orden que pudiera cumplir. Su universo giraba en torno a mí, el hombre al que obedecía constantemente.

Me quité el anillo negro del dedo. Me quedaba apretado a la altura del nudillo y tuve que girarlo hasta que quedó suelto antes de colocarlo sobre el escritorio tras de mí. Tenía una débil marca en la piel que había estado tanto tiempo cubierta. Ahora por fin podía respirar, por fin podía ver la luz del sol.

Abrió los ojos de par en par cuando vio mis acciones, sabiendo exactamente lo que significaban.

—Ya no soy tu dominante, Isabella. Y tú ya no eres mi sumisa.

Nuestro acuerdo tenía fecha de caducidad y los dos lo sabíamos desde el principio. A pesar de lo mucho que habíamos estado juntos, sabíamos que ese día llegaría. Como el sol que siempre salía por el horizonte, era algo inevitable.

Conmocionada, mantuvo la misma expresión. Cualquiera que no fuéramos nosotros dos no habría tenido ni idea de cuáles eran sus pensamientos. Sus emociones estaban profundamente ocultas, como un tesoro enterrado, bajo su máscara permanente.

Caminé hacia ella y le agarré la mano derecha. Le quité el dedo del anillo, notando que se atascaba antes de salir finalmente. Era liso y negro, a juego con el mío, aunque con diferente anchura. Lo coloqué encima de mi anillo y los convertí en un par de nuevo.

—Puedes hablar con libertad.

Ya no era mía para que la controlara, así que podía hacer y decir lo que quisiera. No era el tipo de libertad que ella quería, pero tenía que aceptarla.

Sus ojos contemplaron los anillos antes de que volviera a posar la mirada



en mi cara. Grandes como la luna, eran dos esferas brillantes que irradiaban un poder místico. Era uno de los rasgos que me habían atraído de ella desde el principio. Pero ahora reflejaban su decepción... y su dolor.

—No entiendo...

Esperaba que se tomara la separación de forma tan impasible como lo haría yo. Al principio yo había dejado claro el tipo de hombre que era, y nunca cambiaría. Ella había dicho que me creía, pero a lo mejor no era así.

—No es nada que tú hayas hecho, Isabella. Eres tan perfecta como lo eras la primera vez que te miré. Pero me he dado cuenta de que quiero cosas diferentes.

Sus manos se unieron por delante de su cintura y lentamente, empezó a jugar con los dedos. Sus hombros no estaban tan rectos como lo estaban normalmente y toda la gracia que había poseído antes había desaparecido por completo.

Quería ordenarle que se quedara quieta, pero no podía. Había perdido mis privilegios.

—Ayer estábamos bien. Esto es tan repentino... Creía que me deseabas.

Ese tipo de desesperación era patética y me molestaba, pero había estado conmigo durante un año, había confiado en mí durante todo un año y tenía que ser paciente con ella. Eso se lo debía.

—Lo siento si es algo inesperado, pero sinceramente, mi decisión es igual de inesperada. Aún creo que eres preciosa y todos los hombres que hay abajo se pelearán por ti en cuanto se den cuenta de que ya no eres mía. Pero no voy a cambiar de opinión.

Continuó frotando los pulgares entre sí con ansiedad y en el fondo de sus ojos empezaron a formarse lágrimas. Lentamente llegaron hasta la superficie, hasta que reflejaron mi fría apariencia.

—No. —Tenía que pararlo antes de que empezara.

Dio un hondo suspiro para afianzar su determinación, pero en el instante en que saliera de mi oficina, lloraría en el baño. No tenía que ser adivino para

averiguar eso.

—Cal, ¿hay alguien más?

Sabía que surgiría esa pregunta, pero no sabía cómo responderla. Ni siquiera estaba seguro de cuál sería mi respuesta. Cuando Rome me había dicho su nombre, se me habían encogido los testículos y casi me había corrido allí mismo y en ese momento. Ninguna mujer había conquistado nunca mi deseo sexual del modo en que lo había hecho ella. Esos tres bofetones habían sido mejor que cualquier mamada que me hubieran hecho nunca. En lugar de estar molesto por su poder, lo ansiaba. Quería conquistarla y quería que ella me conquistara a mí.

—Sí.

Respiró hondo de nuevo y sus ojos se empañaron una vez más.

—No la he tocado, no te preocupes por eso.

Isabella era la única sumisa con la que había sido monógamo y se debía a que había hecho la promesa de serle fiel. Yo siempre mantenía mis promesas, no importaba cuánto quisiera romperlas. En nuestra relación había respeto y amistad. Nunca la traicionaría, aunque mi pene estuviera ansioso por ser infiel.

—¿Cuándo ha pasado?

Justo la noche anterior, pero parecía que hubiera pasado una vida. No comprendía lo que estaba haciendo o por qué lo estaba haciendo. En el momento en que había posado la mirada en Rome, mi mundo entero había cambiado. No me consideraría feliz, pero sin duda estaba satisfecho. Pero en el momento en que me había abofeteado, me había sentido consternado por lo que no tenía: a ella.

—Ayer por la noche.

—Oh... —Se frotó las manos sin dejar de moverlas nerviosamente en ningún momento—. Si no la tocaste, ¿por qué estás terminando esto?

No estaba seguro. Lo único que sabía era que ya no podía estar con Isabella, no cuando tenía el pene así de duro y la mente así de obsesionada.

Ahora solo quería que una mujer estuviera debajo de mí, la criatura con los intensos ojos verdes... y no era Isabella. Quería que se peleara conmigo hasta que su espalda golpeará las sábanas. Después quería que me rodeara la cintura con las pienes mientras me suplicaba más. Aunque no había amor de por medio, respetaba a Isabella demasiado como para mentirle. Teníamos una relación basada en la confianza y eso era algo que no sacrificaría nunca.

—Porque no puedo parar de pensar en ella.

CALLOWAY

Entré en la oficina en 155<sup>th</sup> Street. El vestíbulo estaba immaculado, con el mostrador de granito en la parte de atrás y la recepcionista que guiaba a los visitantes a la planta correcta. Había una fuente en el centro que emitía el relajante sonido del agua corriendo a cada hora del día, incluso cuando las puertas estaban cerradas. Me abotoné la parte delantera del traje, saludé a las chicas que había tras el mostrador y me monté en el ascensor para ir a mi oficina.

Las puertas se abrieron y caminé hasta mi oficina, escondida en la esquina. Mi ayudante me entregó mi agenda y mis mensajes antes de darme mi café de la mañana: negro y amargo.

Cuando estuve en mi silla de piel con mi ordenador portátil negro delante, busqué entre los mensajes con la esperanza de ver algo de alguien en particular, pero no estaba allí. Encendí el ordenador y respondí a los incontables correos que requerían mi atención. A veces me preguntaba si era el director de Humanitarians United o si solo era una marioneta moviéndose entre papeleo.

Una hora más tarde, Shaylen llamó a mi oficina por el interfono.

—Charles ha venido a verle, señor.

«Ya era hora, joder».

—Por favor, dile que entre, Shaylen.

Cerré el ordenador y miré cómo se abrían las puertas mientras Charles entraba. Llevaba la misma chaqueta de cuero marrón que lo veía llevar todos y cada uno de los días. Era gruesa y vieja, con agujeros y manchas por todas partes. Llevaba unos vaqueros oscuros y unas botas pesadas para combatir el frío de Nueva York.

—Me alegro de verte, Charles. ¿Tienes algo para mí?

Tiró la carpeta en la mesa; sus pobladas cejas le daban aspecto de estar constantemente enfadado.

Abrí la carpeta y me di cuenta de que estaba vacía. La cerré rápidamente y la sostuve levantada.

—Es evidente que has hecho esto a propósito. Lo que no es evidente es el por qué. —La tiré en la papelera de reciclaje que había al lado de mi escritorio.

—No pude descubrir mucho sobre tu chica.

Se cernió sobre la parte delantera de mi escritorio; nunca aceptaba sentarse, ni siquiera cuando se lo ofrecía. En el Ruin indagaba mucho sobre las personas para asegurarse de que eran de fiar. No cualquiera podía entrar al Ruin y ser uno de nosotros.

—¿Qué es lo poco que has podido descubrir?

—Fue a Harvard a hacer la carrera de Trabajo Social antes de sacarse un máster en Sociología. Tiene un pequeño apartamento en la zona oeste y dirige una pequeña organización benéfica llamada For All.

Reconocí esa organización. Habían hecho muchas cosas en Nueva York por los indigentes y por los menores fugitivos. Era pequeña, pero muy respetable.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—¿Tiene novio?

Más que cualquier otra cosa, esa era la respuesta que necesitaba. Si estaba

cogida, sería respetuoso y me retiraría. Nada me irritaba más que cuando alguien iba detrás de una persona que no estaba disponible. Pero aunque estuviera saliendo con alguien, mi obsesión aún perduraría, por desgracia.

—No lo sé.

Levanté una ceja.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Para qué te pago?

—Esa mujer cubre sus huellas. Excepto sus méritos, eso es todo lo que pude encontrar de su pasado. No tengo ni idea de dónde nació, de cuándo nació o de quién es su familia. Su registro está impecable. Esa mujer literalmente no tiene huella digital.

Ahora estaba incluso más intrigado.

—¿Cómo es eso posible?

—Debe de haberse cambiado el nombre.

*¿Estaba casada?*

—La gente se casa todo el tiempo, pero no se borra su pasado.

—No, no quiero decir eso. Debe de haber adquirido una nueva identidad. Había visto muchas cosas en mi vida, pero nunca había oído eso.

—Tiene secretos... secretos que está intentando esconder.

«Qué coincidencia. Yo también tengo secretos».

—¿Algo más?

—Tiene muchas deudas. Unos trescientos de los grandes.

—¿Cómo?

—Préstamos universitarios y la organización benéfica que tiene. Tiene que meter mucha pasta suya en eso.

Solo sobre el papel, esa mujer me fascinaba. A juzgar por su fuerza natural mientras cruzaba la sala, habría dado por hecho que no tenía miedo a nada, que no tenía secretos en el armario. El hecho de que tuviera una doble vida, toda otra existencia, hacía que me preguntara de qué se estaba escondiendo.

—Va a asistir a la fiesta benéfica del gobernador este sábado.

Esa fiesta era un aburrimiento, pero tenía que asistir porque normalmente me daban el Premio Filántropo, aunque realmente deberían darle el centro de atención a otra persona. Mi compañía hacía muchas cosas increíbles, pero no era la única. Era una gran oportunidad para conseguir donaciones de la gente adinerada de la ciudad. Publicidad gratis.

—¿Sí?

—Sí. Y no eres tú el que recibirá el Premio Filántropo este año.

Alcé la ceja con interés.

—Ah, ¿no?

—Es Rome Moretti.

---

ERA CASI MEDIA NOCHE CUANDO ENTRÉ AL RUIN Y FUI A LA OFICINA trasera. Tenía papeleo del que ocuparme, nóminas y un montón de basura más que me hacía odiar ser el dueño de un negocio. Cuando me había hecho cargo de la empresa, lo había hecho con entusiasmo. Pero últimamente solo me entusiasmaba una cosa.

La puerta se abrió y se cerró detrás de mí.

—Idiota, llevo todo el día intentando localizarte.

No me giré mientras me inclinaba sobre el escritorio y buscaba el correo.

—Enhorabuena, por fin lo has conseguido.

Jackson rodeó el escritorio y se dejó caer en la silla de piel, mi silla de piel. Levantó la mirada hacia mí; sus ojos azules eran idénticos a los míos. Eran penetrantes y fríos, como los témpanos que colgaban de mi tejado en enero.

—He oído que lo has dejado con Isabella.

Estaba seguro de que todo el puto club lo sabía para entonces. Abrí la primera carta, consciente de que su mirada aún estaba clavada en mi cara, ardiendo como lava caliente.

—¿Me has oído?

—Sí. —Leí por encima la factura y la dejé a un lado. Después cogí el siguiente sobre de la fila.

—¿Y?

—¿Y qué? ¿Es la hora del cotilleo?

—Solo dime qué coño ha pasado.

—No te debo ninguna explicación, idiota.

Me arrancó la carta de la mano y la dejó de un golpe en el escritorio.

—¿Qué coño ha pasado? Has sido su dominante durante casi un año.

—Ya lo sé. —Yo estuve ahí, después de todo. Me recosté en la silla y lo miré fijamente—. Todo se acaba, ¿no? No merece la pena hablar de ello. He tenido muchas sumisas en mi vida y ella tendrá muchos dominantes.

Me miró a la cara con los ojos entrecerrados, la irritación emanaba de todos sus poros.

—Ha dicho que hay otra persona.

¿Por qué no podía mantener la boca cerrada? No lo negué porque mentir no era mi punto fuerte. Si un hombre no podía ser sincero, no era un hombre en absoluto.

—Sí, pero no estoy saliendo con nadie.

Jackson me dirigió la expresión más perpleja que hubiera visto nunca.

—¿Qué? ¿No estás saliendo con ella?

—La conocí hace unas noches en un bar. No he dejado de pensar en ella desde entonces.

—¿Es una sumisa?

—Improbable.

Tenía demasiado fuego en los ojos y demasiada fuerza en esas sensuales caderas. De ninguna manera seguiría una orden sin sacar su carácter. Tal vez ese fuera el motivo por el que me parecía tan atractiva, aunque eso era justo lo contrario de lo que quería.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa? ¿Le pediste el número de teléfono o



qué?

—No. —Me abofeteó tres veces como una jodida experta—. Solo tengo su nombre. Rompí con Isabella inmediatamente después. Ya no me parecía bien. Isabella confía en mí y todavía quiero merecerme su confianza.

Se frotó la nuca, moviendo los ojos de un lado a otro entre los míos.

—¿Eso qué significa? ¿Vas a convertirla en tu nueva sumisa?

«Si tengo suerte».

—Ya veremos adónde va a parar...

No sería fácil de dominar, lo sabía. Pero siempre estaba dispuesto a asumir retos.

—Tío, Isabella es la tía más buena de este sitio. ¿Vas a renunciar a ella?

La primera vez que mis ojos se posaron en ella, la deseé. Empezamos a follar y el sexo era explosivo. No mucho después de eso, nos convertimos en una pareja de dominante y sumisa exclusiva, lo cual sorprendió a todo el que me conocía. Isabella hacía todo lo que le pedía y lo hacía bien. Estaba satisfecho con ella, incluso feliz. Pero cuando posé la mirada en Rome, fue como si el último año nunca hubiera ocurrido. Yo veía el mundo en technicolor y ella era verde neón. Tenía que tenerla, costara lo que costara.

—Sí, es perfecta. Es hora de que los dos pasemos página.

Jackson me apretó el dorso de la mano contra la frente.

—Debes de estar muriéndote de sífilis o algo así.

Le aparté la mano de un golpe.

—Cállate, imbécil.

—Entonces, ¿no te importa si voy a por ella?

Si me lo hubiera preguntado una semana antes, habría volcado el escritorio con un rugido y lo habría dejado inconsciente. Pero no sentí nada, ni un ápice de celos, ni una pizca de ira. No me sentía posesivo con respecto a ella. Extrañamente, no sentía ningún tipo de consideración o afecto hacia ella. Era como si nunca hubiera significado nada para mí, nada en absoluto.

—No.

—¿De verdad? —Subió las cejas hasta el cielo.

Odiaba cuando hablaba como un maldito adolescente.

—De verdad.

—Porque lo haré. Borraré cualquier rastro de ti.

—Adelante.

Bajó las cejas y finalmente me creyó.

—Joder, ¿quién es esa mujer?

Charles no había descubierto mucho sobre ella, solo más misterio, así que no tenía ni idea.

—Todavía no estoy seguro. Pero lo descubriré.

ROME

Christopher y yo entramos en el vestíbulo del hotel. Él llevaba un traje negro y una corbata a juego, y parecía que pertenecía a la multitud. De hecho, se había arreglado el pelo, llevaba un reloj bonito y dirigía sonrisas a la gente que nos rodeaba. Cuando lo presentaba, era educado, lo cual era raro.

Entramos en la sala de fiestas donde se estaba celebrando el evento benéfico. La lámpara de araña colgaba del techo, centelleando bajo la tenue luz de la sala. Había mesas redondas distribuidas por el suelo, cubiertas con manteles de color marfil, con velas y centros de mesa encima.

Christopher silbó por lo bajo.

—Sofisticado, ¿eh?

—Es muy bonito.

Giró la cabeza hacia la barra de la esquina.

—Eso sí que es muy bonito. Tienen alcohol, ¿no?

Intenté no entornar los ojos.

—Compórtate, ¿vale?

—Si querías a alguien que se comportara, no deberías haberme pedido a mí que viniera contigo.

—Si no quieres estar aquí, márchate. —Me retiré hacia un lado y lo miré a los ojos, viendo el color marrón que reflejaba las luces de la lámpara de

araña.

—¿Y dejarte ir sola? —preguntó con una carcajada—. Puede que sea un idiota, pero nunca te haría eso.

—No me importa ir sola.

Casi todo lo que hacía, lo hacía sola. No tener a un hombre en el brazo no me daba ninguna ansiedad. No me importaba estar soltera y vivir en un pequeño apartamento yo sola. Cuando la gente me preguntaba si planeaba sentar cabeza pronto, como si eso fuera lo que tenía que hacer en la vida, normalmente sonreía, me excusaba para poner fin a esa conversación ridícula y tediosa, y encontraba algo mejor que hacer.

—Entonces, ¿por qué me invitaste? —Se metió las manos en los bolsillos mientras me miraba; tenía la barbilla cubierta con una barba incipiente y los ojos casi amenazadores.

—Porque... —Estaba a punto de responderle cuando me lo pensé mejor. Luchaba con mi intimidación emocional y lo evitaba a toda costa—. Supongo que simplemente me gusta pasar tiempo contigo.

Christopher me conocía demasiado bien como para no notar la aprensión en mis ojos. Como si fuera un libro abierto, él podía leer cada palabra y cada frase.

—Ese no es el motivo y los dos lo sabemos. Así que sé un hombre y dímelo.

—Bueno, es que no soy un hombre.

—Pero lo pareces.

Lo miré a la cara con los ojos entrecerrados.

—¿Quieres que te responda o no?

Él soltó un suspiro antes de relajar los hombros.

—Sí, por favor.

—Esta noche voy a recibir un premio.

No era de corazón blando, así que nunca confesaba mis deseos más profundos. Pero esa noche era importante que él estuviera allí conmigo.

Quería que compartiera ese momento conmigo porque, sinceramente, no estaría allí sin él.

Sus ojos se ablandaron de inmediato, era una de las raras ocasiones en que veía que eso ocurriera.

—No tenía ni idea. ¿De qué es?

—El Premio Filántropo. Es por el trabajo que hice en el refugio de indigentes este año.

Me miró fijamente con una expresión perdida, pero sus ojos dejaban ver el afecto que intentaba ocultar. Se aclaró la garganta y me dio una torpe palmada en la espalda.

—Es genial. Estoy muy orgulloso de ti.

Sonreí al oír la sinceridad en su voz.

—Gracias.

—Ahora me alegro de que me invitaras. No me lo perdería por nada del mundo.

—Esa es la reacción que había esperado.

—Está bien. Seré amable contigo toda la noche.

—Vaya. —No escondí mi sarcasmo—. ¿Crees que puedes aguantar tanto tiempo?

—No lo sé —respondió—. Nunca lo he intentado.

Pasó un camarero con una bandeja de champán y Christopher cogió dos copas antes de tenderme una.

—Vamos a brindar.

—¿Sí? —La comisura de mis labios se alzó, formando una sonrisa.

—Sí. —Chocó su copa contra la mía—. Por la mujer más trabajadora y compasiva que conozco. —Se llevó la copa a los labios y la vació.

Sonreí antes de beber y terminé la copa con unos cuantos tragos.

Dejamos las copas en una bandeja vacía que pasó.

—¿Y ahora qué? —dijo—. ¿Le damos caña a la barra? ¿O nos sentamos para cenar? Va a haber bistec, ¿no?

Por supuesto, eso era lo único que le importaba: la comida y el alcohol.

—Vamos a buscar nuestros asientos antes de colarnos en la barra y que la dejes vacía.

—Parece buena idea.

BUSQUÉ MI NÚMERO ENTRE EL MAR DE MESAS. NOS ASIGNABAN LOS ASIENTOS de antemano y cuando encontrábamos el número de mesa correcto, ponían nuestro nombre en una tarjeta en el plato de porcelana. Mientras miraba a mi alrededor buscando mi asiento, sentí que un par de ojos ardientes que atravesaban la piel hasta llegar al corazón. Me quemaron de dentro a fuera, haciendo que el vello de la nuca se me pusiera de punta. Como una presa en la llanura, sentí cómo mi depredador me observaba antes de atacar.

Finalmente, mis ojos encontraron al culpable. De pie en el otro lado de la sala, vestido con un entallado traje negro, estaba el hombre al que había abofeteado tantas veces que la mejilla se le había puesto roja. Sus intensos ojos eran exactamente iguales a como eran aquella noche, ardientes y de un color azul hielo. Me miró fijamente como si supiera exactamente quién era yo: no había olvidado lo que se sentía al notar la palma de mi mano contra la cara. Una ola de humillación me embargó y me envolvió en puro terror. Nunca en mi vida me había sentido tan avergonzada, y nunca me descontrolaba tanto. La única vez que lo había hecho, básicamente había agredido a un hombre inocente. Ahora iba a recibir un premio por ayudar a la gente, algo que él probablemente creía que no me merecía.

—Me cago en la puta.

Christopher volvió la mirada hacia mí con los ojos como sandías.

—Ostras... ¿A qué ha venido eso?

Di la espalda rápidamente al hombre al que había agredido unos días antes.

—Mierda. ¿Me está mirando?

—¿Quién?

—El tío del traje negro. Está cerca del escenario.

—Eh... —Los ojos de Christopher rastrearon el lado opuesto de la sala—. Creo que veo a un tío bastante guapo que te está echando el ojo.

Puse los ojos en blanco.

—Créeme, no me está echando el ojo.

—Ro, soy un tío. Sé la cara que ponemos cuando estamos imaginándonos a una mujer desnuda.

—Entonces, ¿me está mirando? —pregunté horrorizada.

—¿Cuál es el problema? Soy totalmente hetero, pero ese tío hace que Clint Eastwood parezca un trol.

Le conté rápidamente la historia de lo que había ocurrido en el bar unas noches antes, dándole la espalda a mi depredador e intentando hacer que pareciera natural.

—¿Que le abofeteaste? ¿Tres veces? —Alzó la voz con incredulidad.

—Creía que era el ex de Taylor, ¿vale?

—¿Y necesitaste tres bofetones para descubrir que no era él?

—Me dejé llevar por el momento. Estaba cabreada y concentrada en lo mío... No estaba prestando atención.

Christopher siguió mirándolo a través de la sala.

—Bueno, pues no ha pestañado desde que te ha mirado por primera vez. Sigo creyendo que te está echando el ojo.

—No. Se está imaginando cómo va a matarme. —Me coloqué el pelo detrás de la oreja, mostrando debilidad por primera vez.

Christopher miró al suelo y bajó la voz.

—Viene.

—Mierda.

Enderecé los hombros y me mantuve estirada, sabiendo que no podía escapar del enfrentamiento. Era yo la que había agredido a ese tío, así que tenía que pagar por ello. La vergüenza cayó sobre mí con todo su peso, y me

merecía la presión. Me giré hacia él y finalmente lo miré mientras llegaba hasta mí.

Primero evaluó a Christopher, lanzándole una rápida mirada como si estuviera por debajo de él. Su superioridad se notaba en el aire y, si hubiera podido empujar a Christopher hacia un lado, lo habría hecho. Su hostilidad apareció de la nada. Ni siquiera estaba segura de a qué se debía.

Después me miró a mí con sus ojos azules brillantes y cristalinos. Como una remota cala de las Fiji virgen e intacta. Por debajo, su alma era un lienzo en blanco lleno de tantas capas y de tantos colores que era indescifrable. Me miró fijamente como si no hubiera ninguna otra persona en la sala. Como un depredador buscando a su presa, me acorraló y no retrocedió. No pareció importarte que hubiera un hombre adulto corpulento y tonificado justo a mi lado.

Sus hombros parecían igual de anchos que la otra noche. Cuando lo había visto por primera vez, había dado por hecho de que debía de ser el hombre del que estaba hablando Taylor. Guapo a rabiar con una ligera barba incipiente en la cara, era tan atractivo que hacía daño mirarlo. Taylor había hablado con entusiasmo de su nuevo novio y él era sin duda alguien de quien hablar con entusiasmo. El hecho de que le diera tres bofetadas y él ni siquiera alzara la voz daba fe de su caballerosidad. Cualquiera otro hombre podría haberme devuelto el bofetón con ganas. Pero él fue capaz de contenerse y no hizo nada.

Perdí el equilibrio mientras lo miraba, demasiado centrada en su cuello marcado y en su severa mandíbula. Me vino una imagen a la mente de su cara entre mis piernas, su ligera barba frotándose contra la parte interior de mis muslos antes de que su boca se cerrara sobre mi clítoris palpitante. Yo hundía los dedos en su pelo y gritaba porque me hacía llegar al orgasmo con intensidad.

«Vaya. ¿Y eso de dónde coño ha salido?»

Sabía que debía decir algo, pero no me atrevía a hacerlo. En cambio, noté



que las mejillas se me ponían rosadas y cálidas del sonrojo. De repente, mi boca se volvió húmeda de los besos que no habíamos compartido y mis gemelos ansiaron estar enroscados alrededor de su cintura.

Él tomó las riendas.

—Qué pequeño es el mundo, ¿eh?

Como la vez anterior, sus palabras sonaron sensuales y roncadas de una forma innata. Me pregunté si sonaba así a propósito o si simplemente estaba extrañamente bendecido con ese extremo atractivo sexual.

Tomé aire y me enderecé. Me negaba a permitir que mis palabras salieran como un desvarío incoherente.

—Demasiado pequeño, en realidad. —Extendí la mano para estrechar la suya—. Me alegro de volver a verte. Y me alegro de que sea en mejores condiciones.

Me miró la mano durante tanto tiempo que creí que no iba a estrechármela. Después envolvió los dedos alrededor de los míos y me dio un apretón agresivo, mientras el pulgar me rozaba la piel de manera seductora. Sus dedos avanzaron hasta mi muñeca y me dio otro suave apretón antes de retirarla.

—Eso es discutible.

Quería cuestionar su extraña respuesta, pero no lo hice. Ese hombre no merecía ninguna suposición por mi parte, no después de la primera que había hecho.

—Lo siento mucho por lo de la otra noche...

—No te disculpes. —Su voz era exactamente igual que antes, pero en cierto modo sonó como una orden. Se giró hacia Christopher y asintió en dirección a mí—. Menuda mano tiene tu novia.

—¿Novia? —soltó Christopher—. Puaj. —Sacudió la cabeza con energía y sostuvo la mano sobre mi cara—. Dios, no.

Entrecerré los ojos por el insulto antes de volver a girarme hacia el hombre al que había golpeado agresivamente. Volvía a tener los ojos posados

en mí, pero ahora su mirada era diferente. Me miraba fijamente con tanta intensidad que creí que podría derretirme bajo el calor de su mirada. La atmósfera cambió por completo, pasando de tranquila a intensa en un solo segundo.

—Está soltera y lista para la acción. —Christopher me dio una brusca palmada en la espalda—. Ro, este tío es guapo y jodidamente educado para soportar tus bobadas. Adelante. Yo me voy a la barra. —Me dio otra palmada antes de asentir con la cabeza a mi visitante—. Encantado de conocerte.

No miró cómo se alejaba Christopher. Sus ojos estuvieron posados en mí todo el tiempo. No parecía que fuera a apartarlos pronto... o nunca más.

Estaba mortificada por lo que Christopher había dicho, pero no lo mostré.

—Ignóralo. Es un poco raro.

—¿Quién es?

—Mi hermano.

Se metió las manos en los bolsillos y se acercó más a mí, más cerca de lo que ningún desconocido debería estar. Pero de algún modo, llenó el espacio como si lo poseyera. Su fuerte mandíbula era aún más severa de cerca y me pregunté qué se sentiría al tocar su vello facial con la palma de la mano al deslizarla por la mejilla. Sus ojos eran azules, pero brillaban con un fuego gélido.

—No os veo parecido.

«Porque no hay ninguno».

—Nos adoptamos mutuamente, por así decirlo.

No quería entrar en mi vida pasada. Eso llevaría toda la noche y dudaba que un desconocido quisiera oír algo al respecto. Me sorprendía incluso de haberle contado eso. Normalmente hacía algún tipo de broma cuando alguien hacía un comentario parecido.

Debió de comprender que no me gustaría que siguiera curioseando, porque dejó el tema.

—Los dos sabemos que sabes cómo me llamo, así que ¿cómo te llamas

tú?

Sus ojos se movieron rápidamente a mis labios, como si quisiera observarlos mientras hablaba.

Una suave onda me recorrió la columna hasta llegar al cuello. Todo el diminuto vello de mi cuerpo se puso de punta y los pezones se me pusieron duros como el borde de una daga. Con una simple mirada, hacía que mi cuerpo rebosara de vida, desesperado por afecto físico. No recordaba la última cita que había tenido y no recordaba el último hombre que me había atraído tanto. Pero, por supuesto, la había cagado cuando lo abofeteé.

«Buen trabajo, Rome».

Mantenia sus suaves labios apretados con firmeza, como si no quisiera responder.

—Calloway Owens.

Me quedé completamente boquiabierta. Reconocí el nombre porque era conocido en el mundo de la beneficencia. El fundador y director de la organización benéfica más grande de Manhattan estaba de pie delante de mí... y yo lo había abofeteado.

—Claro que sí...

Ahora estaba incluso más avergonzada que antes. ¿Por qué no podía ser un don nadie? Iba a recibir mi primer premio de la academia y se lo estaba quitando al hombre al que había pegado. Nunca lo había conocido en persona y no sabía cómo era. Lo único que había oído eran rumores sobre lo atractivo que era. Pero ese nombre era inconfundible.

La comisura de su boca se curvó en una pequeña sonrisa. Sus ojos se iluminaron del mismo modo, divertidos. Se acercó más a mí; la distancia entre nosotros era tan corta que podría besarme si realmente quisiera hacerlo.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Cuando bajaba la voz, su tono sensual me arropaba la piel como un baño de burbujas perfecto. Me relajaba, pero al mismo tiempo me excitaba. ¿Estaba intentando ser sensual? ¿O simplemente se le daba bien serlo?

—Eres mucho más amable conmigo de lo que lo fui yo contigo.

Si un tío me diera una bofetada en un bar, le daría una patada en el culo delante de todo el mundo. Sin duda alguna yo no me habría contenido ni habría sido paciente. Ese tío tenía la templanza de un dios.

—Créeme, no soy un tipo amable.

No tenía ni idea de lo que eso significaba, pero de todas formas hizo que me ardiera el cuerpo. Su cálido aliento se deslizó sobre mi cara, y pude oler su perfume: sutil y masculino. O tal vez era solo él. No me sorprendería que lo fuera.

—Pero seré amable contigo... por ahora.

---

DESPUÉS DE RECIBIR MI PREMIO, TOMÉ ASIENTO JUNTO A MI HERMANO. TENÍA la escultura de metal en la mano con mi nombre grabado en la base. Tenía la forma de un árbol, la fuente de toda vida. Lo coloqué al lado de mi copa de vino y lo admiré.

Christopher lo observó un momento antes de mirarme a mí.

—Lo conseguiste, Ro.

—Gracias...

Para mí significaba un mundo que él estuviera allí, aunque no lo mostrara. Era la única familia que tenía en el mundo, a pesar de que no estábamos emparentados. Nadie entendía mejor que él lo que yo había pasado, porque él también había estado allí.

—¿Sabes...? —Cogió el premio y lo puso junto a su plato—. Creo que esto quedaría bastante bien en mi mesa.

—¿Con el nombre de otra persona? —le pregunté con incredulidad.

—Lo pudo borrar ahora mismo. —Sonrió antes de devolvérmelo—. ¿Adónde va a ir a parar esta maravilla?

—Creo que a mi oficina de For All.

—No hay más oficinas, vives en una ratonera.

Estaba acostumbrada a que se burlara de mi minúsculo apartamento, pero aun así me molestaba. No era gran cosa, y tenía algunas cucharachas como compañeras de habitación, pero era mejor de lo que tenía la mayoría de la gente, así que estaba agradecida.

—Tu cara sí que es una ratonera.

—Muy buena —dijo con voz llena de sarcasmo.

Terminamos la cena y las personas de nuestra mesa empezaron a dirigirse a la barra y a la mesa de postres. Había una subasta silenciosa cerca del fondo y la gente hacía sus apuestas para viajes a París y para pasar tiempo en yates. Quería mirar a Calloway, pero me contuve. Sabía que estaba solamente a dos mesas de distancia.

—Bueno... —Christopher miró en la dirección en la que Calloway estaba sentado antes de volverme a mirar a mí—. Ese tío está bueno.

Cuando miré a Christopher, entrecerré los ojos.

—¿Hay algo que tengas que decirme? Porque es la tercera vez que dices eso.

—No, por Dios. Créeme, a mí me gustan las tetas y los coños.

Me encogí porque me entraron ganas de vomitar.

—Pero incluso yo sé que ese tío es atractivo, así que ¿vas a pedirle que salga contigo?

No hablábamos de mi vida amorosa a menudo, pero a veces Christopher me preguntaba por preocupación. No había tenido una relación en años porque no tenía ni tiempo ni energía. La mayoría de los hombres eran unos mentirosos y yo tenía cosas más importantes que hacer.

—¿Ya se te ha olvidado que le pegué?

—Es evidente que lo ha superado. Ve a por él.

—Es la persona más importante de esta sala. Ese tío ha hecho más por esta ciudad que cualquier otra persona.

Mantuvo una mirada inexpresiva en la cara.

—¿Y eso quiere decir...?

—Es demasiado bueno para mí. Y ya la cagué con mi primera impresión. Ahora parecía simplemente molesto.

—Vamos, Ro. Esta no es la mujer a la que yo conozco. Tú vas a por lo que quieres y lo coges. Si quieres a ese tío, haz que ocurra. Si dice que no, no pasa nada. Nunca te han dado un palo a la autoestima. En todo caso, pedirle que salga contigo es sexi. Respetará tu habilidad de dar el paso después de que te humillaras. Yo lo haría.

—Pero trabajamos juntos. Si no funciona, será incómodo.

—Hoy es la primera vez que te lo has encontrado, así que dudo que te topes con él a menudo.

No discutí porque tenía razón.

—Mueve el culo y vete allí.

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque necesitas a un hombre en tu vida.

Entrecerré los ojos, que ardían de hostilidad.

—¿Perdona?

No había nada más insultante que el hecho de que alguien diera por sentado que una mujer necesitaba a un hombre para ser feliz. Me iba muy bien a mí sola y no necesitaba a un hombre para absolutamente nada.

—Relájate. Sabes a qué me refiero.

Mi hermano siempre tenía buenas intenciones, así que lo dejé pasar.

—Ahora vete a por esa cola. —Me dio una fuerte palmada en la espalda.

—No quiero su cola.

Ahora fue él el que me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Hay algo que quieras decirme? Porque todas las mujeres de esta sala quieren esa cola.

—Yo quiero más que eso.

—Pues ve a por ello. Pídele una cena.

—Deja de darme lecciones. Si quiero pedirle salir, lo haré.

Los ojos de Christopher se desviaron hacia una mujer que pasaba. Llevaba un ceñido vestido negro que marcaba la sensual turgencia de sus pechos y sus piernas largas y preciosas. Se dirigía directamente a Calloway.

—Más te vale que hagas tu jugada ya, porque esa elegante señorita se va a lanzar en picado.

Los celos me quemaron por dentro y me sorprendió sentirlos cuando apenas conocía a ese tío. Pero sabía que esa mujer era guapa y si ella llegaba a él antes, perdería mi oportunidad. Él se iría a casa con ella y pasarían la noche follando mientras yo volvía sola a mi apartamento. Tiré mi servilleta y corrí la silla hacia atrás.

—Distráela.

Christopher sonrió de oreja a oreja.

—Captado.

Caminé hacia su mesa con la cabeza alta y los hombros hacia atrás. No era propio de mí ir detrás de un tío, pero era el primer hombre que me ponía la piel de gallina, así que hice una excepción. Su aspecto no era lo único que me atraía. Dominaba la sala con su silencio, era caballeroso y hacía más obras de beneficencia incluso que yo. Era un buen partido y lo sabía.

Estaba sentado a la mesa que había cerca de escenario y mantuvo los ojos clavados en mí todo el tiempo que caminé hacia él. No dirigió ni una sola mirada a la otra mujer que acababa de estar avanzando en dirección a él. Ahora estaba hablando con Christopher y, a juzgar por el tiempo que estaba durando su conversación, ya no estaba interesada en Calloway.

Solo con estar ahí sentado parecía atractivo. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda y sus ojos azules reflejaban las joyas de la lámpara de araña que había sobre su cabeza. Una de sus manos estaba apoyada sobre la mesa junto a su copa de vino vacía y tenía un reloj negro alrededor de la muñeca. Sin mover la cabeza, me observó mientras me acercaba a él.

El corazón me latía rápido, pero oculté mi ansiedad. Me puse la máscara

que siempre llevaba, pareciendo indiferente a pesar de la serie de emociones que sentía muy dentro de mí.

Agarró la silla que había junto a él y la movió para que pudiera sentarme justo a su lado. Las sillas estaban a tan solo unos centímetros de distancia y nuestras piernas se rozarían bajo la mesa.

—Te he estado guardando este asiento.

Tomé asiento y mantuve una expresión estoica, sin reaccionar a lo que acababa de decir.

—¿Sabías que iba a venir?

—Llevo puesta mi corbata de la suerte y funciona como un talismán.

Me dirigió esa leve sonrisa, del tipo que se reflejaba en los ojos y le daba un aura infantil. Cruzó una pierna y apoyó el tobillo en la rodilla contraria. Tenía el pecho y los hombros amplios, y cubrían la silla donde recostaba la espalda. Aunque estaba cubierto por ropa, los detalles de su cuerpo se podían intuir por el ceñido tejido. Tenía un pecho ancho y fuerte, unos brazos musculosos y unos hombros que podrían levantar una montaña.

—Me la deberías prestar alguna vez.

—No si vas a usarla para otro chico. —Se apoyó la mano en el muslo, la parte alta tenía las venas marcadas. Sus antebrazos probablemente eran iguales, masculinos y con músculos apretados—. Pero te la dejo si la usas conmigo.

—No necesito una corbata. —Crucé las piernas por debajo de la mesa y luego me eché algo de vino en su copa vacía. Me la llevé a los labios y di un trago.

Él me miró y sus ojos se oscurecieron.

Yo nunca era tan coqueta con nadie y ni siquiera estaba segura de lo que estaba ocurriendo. Mis hormonas tomaron el control y mi mente se apagó.

—Enhorabuena por el premio.

—Gracias. Siento habértelo quitado.

Él volvió a sonreír, con el tipo de sonrisa auténtica que se reflejaba en los



ojos.

—Yo no. Te lo has ganado.

—Es muy amable por tu parte decir eso.

—Y sincero. —Tomó la copa de vino de mi mano y dio un trago—.

¿Dónde lo vas a poner?

—En mi oficina, en el trabajo. Creo que quedará bien.

—Seguro que sí.

—¿Tú dónde guardas los tuyos?

—En mi oficina, en la estantería.

—¿Quieres saber algo interesante?

Se inclinó más hacia mí, demasiado cerca para ser un acto de trabajo.

—Si viene de ti, siempre.

Me pregunté si usaba esas jugadas con todo el mundo. Aunque lo hiciera, funcionaba. Me estaba derritiendo en ese mismo momento.

—Envíe dos solicitudes de trabajo a tu empresa hace unos años. Nunca conseguí una entrevista.

Entrecerró los ojos por la sorpresa.

—Es una lástima. Perdimos una oportunidad.

—Después de eso, abrí For All, así que todo salió bien. Pero estuve tan decepcionada cuando no conseguí el trabajo... Era lo primero a lo que me presentaba después de la universidad. Admiro mucho tu trabajo, haces tanto por tanta gente, y nunca esperas nada a cambio...

—Si sigues interesada, podría encontrarte algo.

Sonreí ante su generosidad.

—Es muy amable por tu parte, pero estoy bien. Me encanta mi pequeña empresa. De hecho, me alegra que las cosas salieran como salieron. Me encanta tener el control en lo que hacemos.

—Es una organización fantástica. Hace años que respeto tu trabajo.

Puede que estuviera diciendo eso, pero sospechaba que no era así.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

Sus ojos analizaron mi cara, contemplando mis ojos y mi boca como si yo fuera una obra de arte en lugar de una persona. No dudó en estudiarme, sin importarle que me diera cuenta.

—Voy a decir algo y quiero que lo aceptes sin decir una palabra.

—Vale...

Su intensidad era aterradorante, pero me absorbía. Sentía la atracción magnética en mi cuerpo mientras me sumía más en él. Ese hombre me convertía en un cervatillo débil que apenas podía sostenerse sobre sus piernas.

—Desde que me diste las bofetadas, no he dejado de pensar en ti. Eres la mujer más guapa que he visto nunca, y la palma de tu mano es incluso más bonita.

Contuve mi reacción, manteniendo los labios inmóviles, aunque había algunas cosas que quería decir. En lugar de eso, le sostuve la mirada, sintiendo que la temperatura de mi cuerpo aumentaba hasta que incluso las orejas me ardieron. De repente sentí las palmas de las manos sudorosas y mis muslos se unieron bajo la mesa.

Él no había parpadeado desde que había dicho esas palabras. Me miraba fijamente con sus ojos penetrantes, atravesándome a mí y a mis defensas. Sus ojos pasaron lentamente por mis rasgos, asimilando mis labios, mi cuello y después mis ojos.

De repente el ambiente se notaba cargado, las conversaciones cercanas se habían acallado y parecía que fuéramos las dos únicas personas del mundo. Su poder natural y su fuerza masculina hacían que me tensara en su presencia. Nunca había conocido a un hombre que me hiciera sentir tan mujer. Quería sus manos sobre mi cuerpo, esos labios apretados contra mi boca y su pene hundido muy dentro de mí. Lo quería a él entero, esa noche.

—¿Puedo invitarte a tomar algo alguna vez?

Como respuesta, entrecerró los ojos, que se centraron en los míos.

—No.

Lo miré confundida, dando por hecho que no le había oído bien.  
—Yo voy a invitarte a tomar algo. Durante mucho tiempo.

---

SE OFRECIÓ A LLEVARME A CASA Y YO ACEPTÉ SU OFERTA PARA PODER ESTAR con él un poco más. Nos sentamos en los asientos traseros del coche de lujo mientras su chófer nos llevaba a mi casa. Me senté en un lado del coche y él se sentó en el otro.

*No había contacto, pero había calor.*

Justo antes de que paráramos en mi edificio, me acordé de Christopher. No le había dicho que me marchaba y ahora me sentía una cabrona por haberlo abandonado. Saqué el teléfono y le envié un mensaje rápido.

«Lo siento, acabo de marcharme. Calloway me ha traído a casa».

Respondió de inmediato.

«Bien. Ya era hora de que te dieran un meneo».

Entorné los ojos y le respondí.

«¿No vas a tirarte a esa mujer?».

«Ya lo he hecho, en el baño».

Me encogí antes de guardar el teléfono en el bolso.

—Tu hermano parece buen tío. —Su mirada estaba clavada en la ventana, así que no me había mirado el teléfono mientras escribía. Simplemente era una suposición acertada.

—Lo es.

—Me cae bien.

—Le cae bien a todo el mundo. —Su humor les parecía encantador e incluso sus insultos les resultaban adorables—. ¿Tienes hermanos?

—Un hermano. Jackson.

Mantuve las manos en el regazo y miré por la ventana. Mis dedos se frotaron entre sí de forma natural y los obligué a parar para que no se diera

cuenta de que estaba nerviosa. Él mantenía su fachada calmada e indiferente, y yo también quería parecer tranquila.

Cuando llegamos a mi apartamento, subimos a mi planta y nos detuvimos delante de mi puerta. El vestíbulo estaba deteriorado, con una alfombra desgastada y llena de manchas. La mayoría de las lámparas estaban rotas, así que estaba extrañamente oscuro. Olía a humedad, como si algunas tuberías estuvieran estropeadas en las paredes y se estuviera formando una colonia completa de moho. Sabía que él era extremadamente rico, así que ese lugar sin duda alguna era un vertedero a sus ojos.

*Pero nunca actuó como si lo fuera.*

Metí la llave en la puerta con el corazón acelerado, preparada para invitarlo a entrar. Pero noté el peso de la razón en mis hombros y supe que lo estaba haciendo por los motivos equivocados. Por fin había encontrado a un hombre que me gustaba, así que quería adelantarme a los acontecimientos. Pero en realidad, no conocía nada de él además de sus encantos y su trabajo benéfico. Tenía que bajar el ritmo antes de hacer algo de lo que me arrepintiera.

Me giré y di a espaldas a la puerta.

—Gracias por haberme traído a casa.

Él ocultó su decepción tan bien que de hecho me lo creí. Debía de haber supuesto que entraría conmigo esa noche, pero no había verbalizado esa expectativa. Un tío como él debía de conseguir acción a diestro y siniestro, y sin mover un dedo.

—Ha sido un placer. Me alegro de haberme encontrado contigo esta noche.

—Yo también.

Se movió lentamente hacia mí hasta que quedé acorralada contra la puerta. Mi espalda se apretó contra la madera vieja y sentí cómo su pecho avanzaba hasta el mío. Apoyó las dos manos en la puerta, una a cada lado de mi cabeza. Estaba atrapada como un animal, sin ninguna escapatoria. Me

miró los labios antes de inclinarse y darme un beso en la boca. Fue suave, una contradicción con lo duro que era él, y no usó la lengua. Me besó lentamente antes de dedicarle especial atención a mi labio inferior. Se lo metió en la boca antes de soltarme. Puso los ojos a la altura de los míos y me miró fijamente; las venas de su cuello sobresalían más que antes. Respiró hondo para contenerse, sintiendo ese beso ardiente con la misma intensidad.

—Sé que no eres el tipo de mujer que se acuesta con un tío en la primera cita. Así que no voy a abrirme paso por esa puerta hasta que estemos dando vueltas en tus sábanas. —Me miró a los labios como si fuera besarme de nuevo—. Pero solo quiero que sepas que lo deseo.

CALLOWAY

*Me masturbé dos veces cuando llegué a casa.*

Desde que había puesto los ojos en esa mujer, me había masturbado cinco veces. Y yo nunca me masturbaba. Prefería lo real a mi imaginación y a una mano resbaladiza. Quería su sexo prieto alrededor de mi polla, además de su culo y su boca.

*Lo quería todo de ella, en ese mismo momento.*

Solo el hecho de verla caminar me excitaba. Su porte era el de una reina, con la cabeza alta y los hombros hacia atrás. No importaba lo altos que fueran sus tacones. De todas formas, podía pavonearse cruzando por el suelo como si estuviera descanza.

Cuando conocí a Christopher, me temí lo peor: que estuviera con un hombre. Cuando los vi juntos, me planteé seriamente matarlo. Fuera quien fuera, no la merecía. No era lo bastante hombre para tratar a una mujer así, solo yo lo era. Por suerte, Christopher era como un hermano para ella, ninguna amenaza en absoluto.

Me quedé en mi mesa porque quería observarla. Cuando hablamos, detecté la excitación en sus ojos. Su pecho y su cuello estaban teñidos de un tono rosado, y sus preciosos labios estaban húmedos porque se los chupaba constantemente. Ocultaba su deseo mejor que la mayoría de las mujeres, pero

yo lograba verlo si miraba lo suficiente.

*Así que dejé la pelota en su tejado.*

Y como había esperado, vino a mí. Cuando vio a Patricia aproximarse a mí, se levantó e intervino. Se sentó en la silla que le había estado reservando y reclamó su derecho.

Me deseaba.

*Joder, menos mal.*

Porque si no era así, iba a hacerla mía de todas formas.

Puse todas las cartas sobre la mesa y le dije lo que quería: a ella. Cuando la llevé a casa, realmente creía que iba a hundirme en ella y a correrme muy dentro de su cuerpo. Cuando dijo lo contrario, me sorprendió, pero no me irritó. Acepté su rechazo cuando podría haberla seducido hasta obtener lo que quería. Se sentía atraída por mí y claramente me deseaba, pero ese no era el camino que quería seguir. Quería que me deseara, que me suplicara, antes de tenerla finalmente. La respetaba demasiado como para tomar algo que no me diera libremente.

Algo que no era propio de mí en absoluto.

Seguía imaginándomela atada en mi refugio, con las muñecas encadenadas a los tobillos y el culo expuesto. Imaginé mi enorme polla hundiéndose en ese minúsculo agujero apretado y haciendo que los dos nos corriéramos al mismo tiempo. Quería ponerle una mordaza en su preciosa boca para que tuviera que gritar más alto para hacerse oír. Quería azotarle el culo con la misma fuerza con la que ella me había abofeteado a mí. Quería someterla hasta que no quedara nada.

*Pero eso llevaría tiempo.*

No estaba seguro de que ese fuera un estilo de vida que ella siguiera porque no podía encontrar nada de información sobre ella. A juzgar por su implacable seguridad, tenía la sensación de que era algo que no había experimentado nunca antes. Pero tenía el valor para explorar nuevos territorios, así que había esperanza. Tal vez accedería a ser mi sumisa cuando

llegara a conocerme. Yo no sería el único que obtendría placer de ello. Ella recibiría incluso más.

Esperé unos días antes de ponerme en contacto con ella porque hacía falta algo de contención. Si la apuraba demasiado pronto, la ahuyentaría. No pasaba nada por decirle que la deseaba, pero si le mostraba lo verdaderamente obsesionado que estaba, la espantaría.

*Aterrorizaría a cualquier mujer.*

Era martes por la tarde cuando entré en su oficina en 10<sup>th</sup> Street. Era un edificio pequeño con dos plantas. La planta alta era un vidente que leía las manos y la baja era su organización benéfica, For All. Había un pequeño cartel junto a la puerta. Ese pintoresco lugar tenía algo que era inherentemente encantador, a diferencia de su apartamento. Ese lugar era un vertedero, y había necesitado reunir todas mis fuerzas para no comprarle un apartamento en ese mismo momento.

Entré. Tenía aproximadamente cincuenta metros cuadrados con una pequeña sala de espera, un baño y un amplio escritorio blanco contra la ventana. Había un jarrón con flores frescas en la esquina, un MacBook blanco en el centro y una pila de papeles en la esquina opuesta.

Su voz sonó desde la sala de descanso.

—Madre mía, Tay. Ese tío es de otro planeta. Es tan guapo que de hecho quiero vomitar.

Sonreí al darme cuenta de que estaba cotilleando con su amiga sobre mí. Tomé asiento delante de su escritorio y apoyé un tobillo en la rodilla contraria. Había pasado por mi oficina de Humanitarians United para hacer algunas cosas por la mañana, así que llevaba unos vaqueros y una camisa de manga larga. Me relajé y escuché el resto de su conversación.

—Es el director y el fundador de esa organización benéfica de la que te hablé. Es caballeroso y...

Quise reírme al oír esa parte.

—...es divertido y dulce. Y está tan... bueno. No puedo explicarlo mejor



que eso. No me sentía así por un tío desde que... ni siquiera me acuerdo.

*Ahora estaba sonriendo como un idiota.*

Su voz se tornó sombría después de que Taylor dijera algo.

—No, no se parece en nada a ese imbécil. Lo sé.

Mi sonrisa desapareció al instante.

—Tay, tengo que marcharme. Tengo tantas cosas que hacer hoy que me hace desear tener el dinero para pagar a un ayudante. —Colgó y después volvió a la sala sosteniendo una taza humeante. No me vio de inmediato. Cuando llegó a su mesa, casi saltó de los tacones y se tiró la bebida por todo el cuerpo—. Dios mío, ¿cuánto tiempo llevas ahí sentado?

Sonreí a modo de respuesta.

Bajó la taza y suspiró avergonzada.

—¿Habrás alguna vez en que no me avergüence en tu presencia?

—Espero que no.

Me levanté de la silla y rodeé la mesa, entrando en su espacio personal más rápido de lo que lo haría normalmente. Después de oír esa conversación, sabía que le gustaba de verdad. Eso me daba algo de ventaja.

Sus mejillas empezaron a sonrojarse por la vergüenza. Se pasó los dedos por el pelo con ansiedad, sus ojos verdes ya no poseían su típico fuego.

—Igualaré el marcador. Después de dejarte en casa, me fui a la mía y me masturbé dos veces pensando en ti. —Eso era personal y cierto y, para la mayoría de la gente, probablemente un poco embarazoso. Debería haber salido antes de meterme en su conversación privada, y de hecho ahora me sentía un poco culpable por no haberlo hecho—. ¿Ayuda eso?

Tragó el nudo que tenía en la garganta y sus mejillas se tiñeron de un tono más oscuro. En lugar de sentirse solo avergonzada, estaba excitada. Al menos lo último era mejor que lo primero.

—Sí... supongo.

—Y después de que nos conociéramos en el bar, hice lo mismo.

Puse más cartas sobre la mesa, deseando que ella supiera exactamente

qué mano tenía yo. Su personalidad encantadora y sus mejillas sonrojadas hacían que la adorara incluso más. A diferencia de la mayoría de las mujeres, ella era real. Era directa y honesta, y no era demasiado orgullosa para admitir cuándo era vulnerable. Solo una mujer realmente segura de sí misma podía ser así.

—Va mejorando.

—Y no me he sentido así por una mujer en... nunca.

No era ninguna mentira para conseguir que se abriera de piernas. Era la verdad y ni siquiera podía entenderlo todavía. La vi en ese bar, me empalmé, y cuando me golpeó, me empalmé aún más. Mi fascinación no se debía solo a su apariencia y a su audacia. Era algo más profundo que eso, pero todavía no podía explicarlo. Quería que fuera mi sumisa pero, puesto que no se parecía en nada a una sumisa, no lograba averiguar por qué la deseaba tanto. Tal vez porque era un desafío, el mayor desafío que hubiera afrontado nunca.

Sus ojos se ablandaron y sus mejillas finalmente volvieron a su color claro natural. La peca de la comisura de la boca contrastaba contra la piel pálida y sus ojos brillantes me recordaron a las estrellas.

—Estamos empatados.

---

LA LLEVÉ A COMER AL SITIO MEDITERRÁNEO QUE HABÍA AL FINAL DE LA calle. Para mi fastidio, pidió una ensalada pequeña en lugar de un plato principal. A lo mejor había desayunado mucho y no tenía mucha hambre, así que no la molesté por ello. Estaba extremadamente delgada, pero con curvas, y esperaba que no se muriera de hambre para tener ese aspecto.

La luz natural se filtraba por la ventana y la iluminaba de manera favorecedora. Sus ojos reflejaban la luz del sol invernal y su cabello castaño parecía casi rojo bajo la luz brillante. Resplandecía, como un ángel con su halo.

—¿Cuál es el siguiente proyecto en el que vas a trabajar?

Me estaba preguntando sobre el trabajo, el tema sobre el que más teníamos en común.

—Como las vacaciones están a la vuelta de la esquina, estamos organizando una ronda de regalos. Estamos recaudando dinero para Navidad para diez mil familias trabajadoras de Manhattan.

Sus ojos se iluminaron con pasión.

—Eso es maravilloso. ¿Estáis recogiendo juguetes principalmente?

—También estamos recogiendo regalos para adultos. Así toda la familia tiene algo que abrir en la mañana de Navidad. Incluye un árbol, decoración y luces, y una cena.

Sus ojos brillaron más aún.

—Es una idea fantástica. Hará que tengan un día maravilloso.

—Estás totalmente invitada a participar. —Sabía que su organización tenía sus propios proyectos, pero no hacía ningún mal que colaborásemos. Después de todo, todos estábamos trabajando por la misma causa.

—Me encantaría.

Sabía que aceptaría y esperaba que lo hiciera por motivos egoístas.

—¿Tú en qué estás trabajando?

—Comedores para los indigentes. Normalmente reciben comida en lata del ejército de salvamento, pero estamos intentando darles comida más nutritiva a lo largo de todo el año. Durante las vacaciones, hay voluntarios que se esfuerzan en ayudar, pero después de enero a los indigentes siempre se los abandona. I de verdad quiero cambiar eso. —Tomó un poco de su diminuta ensalada y dio un sorbo a su té helado.

—Suenan genial.

—Tengo un buen equipo para ayudarme. No puedo estar en todas partes a la vez, así que ellos son mis ojos, mis oídos y mis manos.

—¿Te dedicas a esto a tiempo completo? —Ya sabía la respuesta por Charles, pero quería oírla de ella.

—Sí. Fundé esta empresa justo al acabar la universidad y es a lo que me he dedicado desde entonces. A veces hago terapia familiar para ganar dinero extra, pero normalmente tengo la agenda tan apretada que no puedo hacerlo muy a menudo.

Yo había empezado mi empresa con una herencia y después de recibir elogios de los críticos, teníamos donantes regulares de toda la ciudad. Éramos una organización benéfica, pero se pagaba a cada empleado por su trabajo. En ese aspecto teníamos suerte, y no era tarea fácil de conseguir. Mi salario personal bastaba para dar envidia a cualquiera, pero procedía de mis inversiones inmobiliarias. Al fin y al cabo, había metido mucho dinero para que la empresa despegara al principio.

—Muy loable.

—¿A qué universidad fuiste?

Saqué un trozo de pollo del kebab y me lo metí en la boca. Después de masticarlo unas cuantas veces, tragué.

—Nunca fui a la universidad.

—Ah... —Pareció darse cuenta de que había metido la pata, porque dijo—: No debería haberlo dado por hecho. En realidad, no importa si fuiste o no. —Sus ojos estaban llenos de remordimiento porque le preocupaba haberme ofendido, y algunas personas podrían haberse sentido ofendidas—. Lo siento.

—No tienes que disculparte. No fui a la universidad porque nunca me interesaron los estudios. Aprendí de forma autodidacta todo lo que necesitaba saber y partí de ahí.

Me miró fijamente con una mezcla de asombro y sorpresa.

—Eso es increíble.

—Gracias.

—¿Y un día decidiste abrir Humanitarians United?

—Recibí una gran herencia de mi padre y quise darle un buen uso.

Su mirada se ablandó.

—Qué bonito.

No era tan bonito como ella creía. Me ganaba la vida muy bien dirigiendo el Ruin. Mi club de BDSM era el más grande de la ciudad y normalmente teníamos que rechazar a nuevos miembros porque el límite de ocupación estaba al máximo. Jackson y yo nos habíamos planteado expandirlo, pero nunca nos poníamos a ello. Nadie sabía que yo era el propietario. La gente rica e influyente con la que me relacionaba a diario nunca pondrían un pie en un sitio así.

—¿Te gusta tu ensalada?

—Está deliciosa. —Se la terminó, comiéndose hasta el último pedazo y dejando el plato tan limpio como estaba antes de que pusieran en él la ensalada. O tenía mucha hambre o no le gustaba tirar comida—. ¿A ti te ha gustado lo tuyo?

—Estaba buenísimo. Este es mi restaurante mediterráneo favorito.

—El mío también. ¿Por qué crees que abrí For All al final de esta calle?

—Sonrió con los ojos, coqueteando un poco.

Me gustaba que coqueteara conmigo.

—¿Estás libre el viernes por la noche?

—Depende.

—¿De?

—De si me estás pidiendo una cita.

—¿Y si lo estoy haciendo?

—Estoy libre como un pájaro. —Su sonrisa se ensanchó cuando vio la emoción en mis ojos.

—Ven a mi casa, te prepararé la cena.

Al instante, esa sonrisa se desvaneció y se puso nerviosa. Uno pensaría que le había preguntado si quería ir a asesinar a algunos niños o algo parecido.

—¿Y si vamos a ese nuevo tailandés que hay en 3<sup>rd</sup> Street? Llevo tiempo queriendo ir.

Hice caso omiso al rechazo, como si no hubiera ocurrido.

—Los tailandeses son de mis favoritos. Me parece bien.

—Genial. Te veré allí a las siete.

*Vale, estaba pasando algo.* No quería venir a mi casa y tampoco quería que la recogiera. No quería interrogarla tan al comienzo de la relación, así que dejé pasar sus extraños comentarios. Pero una vez que nos conociéramos, no dejaría pasar nada: excepto mi erección entre sus labios.

---

ACABABA DE TERMINAR UNA REUNIÓN CON UN PEZ GORDO. FAMOSO Y reconocible, quería asegurarse de que su comportamiento en el Ruin se mantendría en secreto. Aunque yo no podía garantizar eso, podía afirmar que era muy probable. Los miembros se guardaban la información para sí. Nunca hablaban de las cosas que veían o de quiénes las llevaban a cabo.

*Nadie hablaba de ello.*

Pero llevar una máscara siempre era una buena solución. Yo, personalmente, nunca las llevaba, pero conocía a gente que no podía follar sin ellas.

Una vez que la reunión terminó y el papeleo quedó firmado, salió y disfrutó del panorama que había justo al otro lado de mi puerta. El bajo de la música llegó hasta mi oficina cuando se abrió la puerta, y pude ver las tenues luces a través de la oscuridad.

*Era un mundo bonito.*

Jackson entró un momento después con unos vaqueros negros y una camisa negra.

—¿Ha picado?

Asentí

—Genial. —Se sentó en la silla que había enfrente de mí, la silla que mi invitado acababa de dejar vacía—. Creo que tenemos que hablar en serio de

expandirnos. Estamos hasta arriba todas las noches y no hay suficientes camas para todo lo que se folla en este sitio.

Yo estaba preocupado por otras cosas y no quería dedicar tiempo a abrir un negocio nuevo.

—Es mucho trabajo y es arriesgado. Cuando los negocios se expanden, casi nunca les va bien. Dividen a los miembros entre los dos sitios y al final estás pagando más dinero por la misma cantidad de gente.

—No si no estamos asociados con él. ¿Y si es un club completamente diferente? Nadie tiene que saber que estamos involucrados. Atraeré a nuevos miembros de una zona distinta de la ciudad. Podemos abrirlo con un nombre distinto y hacer que un encargado se ocupe del resto.

Yo era un loco del control y dejar que otra persona dirigiera mi negocio me resultaba inaceptable.

—No. Tenemos que ser nosotros los que dirijamos la función.

—Vale. Me ocuparé de ello.

*Como si confiara en que él podía ser un adulto.*

—Los dos.

Puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo coño vas a confiar en mí?

«Nunca».

—Ahora no tengo tiempo, Jackson. Entre esto y Humanitarian, me estoy quedando seco.

—Y persiguiendo a esa putilla.

Lo miré a la cara con los ojos entrecerrados y lo amenacé sin decir una sola palabra. Rome era mía en todos los sentidos de la palabra y nadie hablaba así de ella, ni siquiera yo.

Jackson notó mi hostilidad y retrocedió.

—¿Qué tiene esa mujer que es tan especial? Isabella es un pivón.

No me importaba lo que dijera de ella. Ya no era mía para tener que defenderla.

—Te lo diré cuando lo descubra.

—¿Cuándo vas a traerla aquí?

—No lo sé.

Probablemente nunca. No querría que nadie la mirara y fantaseara con follársela a ella en lugar de a su pareja de verdad. La quería en mi propia cama con las muñecas atadas a mi propio cabecero. Cual oso, deseaba arrastrarla a mi cueva y no dejarla ir nunca.

—Esto ansioso por conocer a esa pivita. Me empalmo solo de pensarlo.

Le dirigí la misma mirada furiosa, advirtiéndole de que lo mataría esta vez.

—Joder, tranquilízate. Solo estaba bromeando.

—No estabas bromeando, cabrón.

—Vale... —Se encogió de hombros—. No estaba bromeando. Pero sabes que nunca la tocaría. Nunca he cruzado esa línea.

*Pero podría intentarlo cuando la viera.*

De repente se puso serio y cruzó los brazos por encima del pecho, dirigiéndome la misma mirada gélida que yo les dirigía a todos los demás.

—Estoy preocupado por Isabella. Creo que deberías ver qué le pasa.

—¿Qué quieres decir?

—No la he visto por aquí y cuando la llamé, no respondió. Marie me dijo que ni come ni se mueve. Lo está pasando mal, tío. Se ha tomado a pecho la ruptura.

La culpa me atormentó, pero después fue sustituida por la ira.

—Solo era mi sumisa y nunca le hice creer lo contrario. Dejé claro que el acuerdo tenía fecha de caducidad. Nunca le dije que la quería y nunca me quedé a dormir. La trataba igual que trataba a todas las demás. No es culpa mía que ella esperara más.

Jackson siguió mirándome fijamente, haciendo que la culpa llegara a lo más profundo de mi ser.

A pesar de mi enfado, sí me sentía mal por haber hecho daño a Isabella.



Se había encariñado, aunque no debía haberlo hecho, pero en cierto modo me sentía responsable. Tal vez no debería haber dejado que nuestro acuerdo durara el tiempo que había durado. A lo mejor debía poner una cuenta atrás y asegurarme de que ninguna relación superara ese tiempo, sin importar lo buena que fuera.

Jackson se puso de pie y metió las manos en los bolsillos.

—Solo quería avisarte. Haz lo que quieras. —Caminó hacia la puerta.

—No voy a comprobar cómo está. Es su problema, no el mío.

Antes de salir, me dirigió una mirada furiosa por encima del hombro.

---

DESPUÉS DE LLAMAR DOS VECES A LA PUERTA, SEGUÍA SIN OBTENER respuesta.

—Isabella, soy yo.

Finalmente oí vida dentro del apartamento, y la llave se giró un momento después. Con un moño desaliñado y una manta sobre los hombros, me abrió la puerta. Tenía las mejillas y los ojos hundidos, y unas marcadas ojeras provocadas por el agotamiento. Me miró fijamente, sorprendida, como si no pudiera creer que realmente estuviera allí.

—¿Puedo pasar?

Se apartó de la puerta y me permitió entrar antes de cerrarla tras de mí.

Me giré hacia ella e intenté pensar en algo que decir. Tenía los labios inmóviles y el cerebro no me funcionaba. Habíamos roto solo unas semanas antes, pero parecía que hubiera pasado una vida. Mi mente y mi cuerpo estaban en un lugar completamente diferente, obsesionados con una mujer distinta.

—Isabella, yo...

Se acercó a mi pecho y me rodeó la cintura con los brazos. Me apretó con fuerza, como si no quisiera dejarme ir nunca. Sus acciones estuvieron

acompañadas de un suspiro.

Quería dejar que me sujetara para que se sintiera mejor, pero sentía que estaba traicionando a la mujer a la que me estaba esforzando tanto en conseguir. Si su ex la abrazara, yo perdería la puta cabeza. Así que no podía dejar que mi ex me abrazara.

Le aparté las manos amablemente de mi cintura y las volví a poner en su pecho. Después di un paso hacia atrás.

—No es por eso por lo que estoy aquí. Jackson me dijo que estabas pasando por un mal momento y solo quería ver si estabas bien.

Dejó caer las manos a los lados, flácida.

—No estoy bien, Cal. No creo que pueda estar bien nunca.

La compasión y el fastidio ardieron en mi interior. Podía escupirle las palabras que me había dicho un año antes, pero eso me convertiría en un capullo, así que no lo hice.

—¿Puedo hacer algo para que esto sea más fácil?

Cruzó los brazos por encima del pecho; parecía exageradamente delgada.

—No.

Me quedé donde estaba, junto a la puerta, sabiendo que aquello no había terminado, aunque básicamente acabara de echarme.

—Pasaré una temporada lejos del Ruin para que no tengas que cruzarte conmigo.

—No voy a ir allí de todas formas.

—Puedo citarte con alguien. Con un dominante que te pueda dar lo que necesitas.

—Cal, no quiero a nadie más. ¿No lo entiendes?

—Bueno, pues a mí no puedes tenerme.

No iba a mimarla porque eso no haría que le resultara más fácil. Tenía que entender que no había ninguna esperanza de que volviéramos juntos. Si no mataba esa minúscula posibilidad, ella seguiría insistiendo.

Abrió los ojos de par en par ante mi crudeza.

—Acordamos cómo sería desde el principio. No es culpa mía que quisieras algo más. No es culpa mía que pensaras que se convertiría en algo distinto. Siento haberte hecho daño. De verdad. Pero sinceramente, tienes que superarlo.

—No estarías aquí ahora mismo si yo no te importara.

—Una cosa es que me importes y otra que esté enamorado de ti. No te amo, Isabella. Ni a ti ni a nadie de este planeta.

Debió de haber confundido mis besos y mis caricias por algo más. Yo nunca había sido atento con ella excepto cuando terminábamos. Tal vez debería haberla destrozado más, haberla hecho añicos.

—¿Ni siquiera a tu nueva puta? —Acentuó la última palabra todo lo que pudo, insultando a alguien a quien ni siquiera conocía.

—No seas desagradable, Isabella. Puedes decir y hacer lo que quieras, pero no va a cambiar nada. Que actúes así solo me aleja más. Si estuvieras cuerda, lo entenderías.

—Para mí esto es difícil, ¿vale? ¿Cómo te sentirías tú si me marchara porque hubiera encontrado a otro dominante al que deseara más?

—Dejaría que te marcharas. —Si hubiera querido su libertad, se la habría dado. No habría hecho ni una sola cosa para reternerla. Me habría tragado el orgullo ante su rechazo y lo habría dejado correr—. Después de nuestro año juntos, pensaba que tú harías lo mismo por mí. Nunca te quise, pero confiaba en ti. Eras mi amiga. No entiendo por qué estás intentando hacerme daño de esta manera.

—Destruiste mi confianza cuando me dejaste por otra mujer.

—Dije que no te engañaría, y mantuve mi palabra.

—Eso dices —dijo con desprecio.

—¿Por qué iba a mentir? —pregunté—. Si follara con otra, te lo diría. No tengo nada que esconder, ni ningún motivo para mentir. Vi a esa mujer, me gustó y te dije la verdad al respecto. No sé qué tiene que me gusta tanto, pero tiene algo. No voy a fingir que no está pasando y a actuar como si no pensara

en ella cuando estoy contigo. Ha pasado, ¿vale? No puedo cambiar el pasado y no puedo ignorarlo. Es lo que es. Así que sé adulta y supéralo.

—Mi discurso no hizo más que aumentar su enfado.

—En pocas palabras, aún estaríamos juntos si ella no hubiera entrado en ese bar, y los dos lo sabemos.

—Tienes razón. Pero solo habríamos durado un tiempo. Un día me habría cansado de ti y me habría marchado. Esa es la dura y cruel verdad y lo sabes. Así que no la culpes a ella por eso. Soy yo el que decidió marcharse, así que culpame a mí.

CALLOWAY

Llegué al restaurante media hora antes y reservé una mesa tranquila al fondo. Las velas brillaban sobre el mantel y había un pequeño jarrón con rosas como centro de mesa. Yo no era de cenas, romanticismos ni flores, pero por ella, lo sería.

Llevaría algo de tiempo que se abriera y conseguir que se planteara mi oferta. Puesto que yo era una persona con renombre en la comunidad, no podía permitirme que se fuera de la lengua y contara la verdad al público sobre mis actos. Eso arruinaría mi reputación y avergonzaría a la organización que había pasado los últimos siete años construyendo. Las personas que más sufrirían serían las necesitadas, incluyendo a mis empleados.

Llegó justo a la hora y me encontró sentado al fondo. Me levanté para saludarla, con unos pantalones de vestir y una camisa con cuello azul oscura. Me había saltado la corbata y la chaqueta porque eran demasiado formales para mí. Evitaba llevar traje siempre que era posible: demasiado tieso y grueso.

Ella llevaba un vestido negro corto con un profundo corte en la parte delantera. Cuando estuvo lo bastante cerca, pude entrever su escote. La primera vez que la había visto en el bar, no había mirado porque estaba

intentando ser educado. Pero ahora que vestía así por segunda vez, acepté su invitación y miré, y no me molesté en ocultarlo.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Se quitó el abrigo negro y lo colocó en el respaldo de su silla.

Retiré la silla para ella, tratándola exactamente como quería que la trataran. Sin saber mucho de ella, se notaba que era una buena chica. Quería el respeto que se merecía y esperaba que un hombre la tratara como a una reina.

«Yo podría tratarla como a una diosa».

Pero quería algo a cambio.

Me senté enfrente de ella y admiré los rizos de su pelo. Eran grandes y largos, haciendo que los mechones le enmarcaran la cara y destacaran sus rasgos naturalmente impecables. Su pequeña nariz estaba perfectamente centrada y llevaba un maquillaje oscuro alrededor de los ojos que la hacía parecer más sensual de lo que ya era. Me imaginé ese pelo enroscado en mi puño. Sería fácil enganchar esos abundantes rizos alrededor de la palma de mi mano para poder tirar hacia atrás de su cabeza mientras la penetraba con fuerza por el ano.

*Mi polla cobró vida en tiempo récord.*

Tenía los hombros redondeados y los brazos esbeltos. Su cuello era uno de sus mejores rasgos. Era curvo y largo, otorgándole un aire de realeza. Un collar dorado con un colgante circular le rodeaba la garganta.

Me di cuenta de que llevaba mucho tiempo mirándola fijamente sin decir una palabra.

—Me encanta cómo te has peinado.

—Vaya, gracias. —Se colocó un mechón detrás de la oreja—. A mí también me gusta cómo te has peinado tú.

No me había peinado en absoluto.

—Gracias. —Volví a imaginarme mi mano enrollada alrededor de su pelo

hasta que al final me obligué a calmarme de una maldita vez—. He pedido vino. ¿Te apetece? —Cogí la botella y su copa y empecé a llenarla sin esperar una respuesta.

Respondió cuando ya casi había terminado.

—Me encantaría. —Dio un sorbo antes de mirar la carta. Su pecho subía y bajaba a un ritmo constante, y sus mejillas no estaban sonrojadas como la última vez que la había visto. Estaba tranquila y bajo control, tal y como estaba en aquel bar. Su vergüenza por la conversación telefónica con su amiga era cosa del pasado.

—Todo tiene buena pinta.

—Pues pídelo todo. Solo espero que tengan suficientes cajas para llevar.

Se rio entre dientes antes de poner la carta a un lado.

—Podría pasar por el refugio de indigentes y dar a todo el mundo un regalo especial.

—Se volverían locos por un poco de *pad thai*.

Pedimos nuestra comida y el camarero desapareció una vez más, dejándonos solos en la intimidad de nuestro rincón. Deseé que la mesa no fuera tan grande y que ella no estuviera tan lejos. Quería rodearle la muñeca con los dedos y mantenerla quieta. Pero incluso aunque pudiera, eso nunca ocurriría, porque me vería como lo que realmente era.

Estaba tan guapa a la luz de las velas que quería ordenarle que se tocara, que hundiera los dedos por debajo del vestido y de las bragas. Quería que apretara los dedos contra el clítoris y que me mirara a la cara mientras se llevaba al orgasmo, pensando en mí. Las palabras me pesaban en la lengua, pero las contuve. Tendría que poner mi dominancia bajo control antes de hacer algo de lo que no pudiera retractarme.

—¿Qué tal tu día?

—Bien. He tenido mucho trabajo en la oficina. Mañana voy a ir de voluntaria al comedor benéfico.

A mí me gustaba mucho ayudar a la gente, pero no renunciaba a los fines

de semana por nada... excepto por ella.

—¿Puedo ir contigo?

—¿De verdad? —Su boca dibujó una sonrisa al instante.

—Claro. Después podemos ir a comer.

—Eso estaría genial. ¿Has hecho antes de voluntario?

—No, no puedo decir que lo haya hecho.

—Bueno, pues trae ropa vieja. Probablemente te pondrás sucio.

La elección de sus palabras hizo que me empalmara en los pantalones. La miré a la cara con los ojos entrecerrados y me imaginé besándola con fuerza en la boca.

Se dio cuenta de mi reacción, pero no se ruborizó.

—Y yo también me pondré sucia.

*Ahora simplemente estaba jugando conmigo.*

El camarero llegó con nuestra comida y me irritó ver que había pedido otra ensalada. No era lo bastante grande para ser una comida, y apenas parecía satisfactoria. Si fuera mi sumisa, no tendría permiso para volver a pedir una ensalada nunca más. Tendría lo que yo pidiera para ella, y se lo comería absolutamente todo.

—¿Naciste en Nueva York?

—Sí. En Manhattan.

Acababa de mentirme. Si hubiera nacido aquí, Charles lo habría sabido. Pero como no podía decirle que era un acosador y que había investigado sus orígenes, no podía reprocharle su mentira.

—¿Y tú?

—Nací y creí aquí. —Estudié su cara como si fuera un científico examinando un microscopio. Quería estudiar todas sus reacciones para poder entenderlas después. Por ejemplo, ahora sabía la cara que ponía cuando mentía, porque acababa de mentirme—. ¿Christopher también?

—Él nació en Kansas. Nos conocimos unos años más tarde.

No estaban emparentados. Eso quería decir que uno de los dos había sido



adoptado por una familia de acogida. O había alguna otra explicación. Quería preguntárselo directamente, pero me parecía demasiado brusco. Si ella me hiciera preguntas personales, no me gustaría.

—¿Se lo pasó bien con Patricia?

—Me dijo que se lo montaron en el baño.

Ella era una chica fácil. Demasiado fácil, de hecho.

—¿Han vuelto a quedar?

—Lo dudo. Christopher no es muy de citas.

¿Era del mismo tipo que yo? No había detectado ninguna dominancia en él, pero podría estar equivocado. No había ningún motivo para que actuara así cerca de su hermana.

—Bien por él. Me alegro de que encontrara una forma de divertirse en la gala.

—Ella casi intentó divertirse contigo.

Fingí no saber a qué se estaba refiriendo. Si continuábamos por ese camino, tendría que admitir que me había tirado a Patricia una vez. Y no quería hablar de otras mujeres cuando estaba con Rome.

—¿A qué se dedica Christopher?

—Gestiona fondos mutuos.

—Qué bien.

—Parece que a él le gusta, aunque a mí me suena terriblemente aburrido.

—A algunas personas les gusta eso, los números.

—¿Tú haces algo más aparte de dirigir Humanitarians United?

Odiaba mentir y lo evitaba a toda cosa. Me hacía sentir menos hombre. Si tenías que esconder quién eras, entonces eras débil. Pero no podía contarle la verdad a Rome, no tan pronto.

—Tengo algunas aficiones.

—¿Como cuáles?

—Leer, el ciclismo, el senderismo, el vino y la música clásica.

—Tenemos algunas cosas en común. A mí me encanta leer y tocar el

piano.

Mis dedos se aferraron a la copa ante su respuesta. La idea de que estuviera sentada ante el piano tocando las teclas con las finas puntas de sus dedos hacía que me ardiera el cuerpo. Saber que creaba algo bello con su cuerpo era una de las cosas más excitantes que hubiera experimentado nunca. Quería tirarla sobre un piano de cola y hacer algo de música juntos.

—Me encantaría oírte tocar algún día.

—Claro. Algún día.

Volví a detectar esa distancia. Le había dicho a Taylor cuánto me deseaba, pero de repente echaba el freno y mantenía la distancia entre nosotros. Todavía no había averiguado por qué, pero acabaría sabiéndolo. El misterio que la rodeaba me atraía. Yo siempre recababa información sobre mis parejas antes de involucrarme. Algunas tenían un pasado que yo no podía superar y algunas tenían tendencias que me decían que eran inestables emocionalmente. El fichero de Isabella estaba limpio, pero había acabado siendo una ruina sentimental igualmente. Con Rome, me estaba lanzando de cabeza casi a ciegas y eso solo hacía que estuviera más interesado en descubrir sus secretos.

—¿Cómo es tu hermano?

«Un imbécil».

—Nos parecemos mucho. Cualquiera que nos vea juntos sabe que somos hermanos. Yo soy el frío y racional y él es el inmaduro. Y, por supuesto, yo soy más atractivo. Esa es la mayor diferencia entre nosotros.

Sonrió ante mi comentario arrogante.

—Tengo la sensación de que tienes razón. No me imagino a nadie más atractivo que tú.

Se me encogió el estómago por el cumplido. Era un tipo de cumplido que nunca había recibido antes. Las mujeres me pedían que me las tirara y que hiciera que se corrieran, pero ninguna me había dicho nunca algo tan generoso estando sentada delante de mí en un sitio público.

—Entonces no has visto a todos los modelos de ropa interior que hay en los carteles publicitarios de esta ciudad.

ELLA SE ENCOGIÓ DE HOMBROS.

—A mí me parecen todos iguales. Con Photoshop.

*Dios, quería follármela.*

—Gracias por el cumplido.

Tomamos la cena mientras continuábamos con nuestra conversación. Cuando nos atuvimos a temas triviales, como la música o el cine, mi pene se comportó y permaneció blando en mis pantalones. A veces tenía que ponerme en modo zen para no agarrarla del cuello y doblarla sobre la mesa. Me requería una seria concentración permanecer en control de mis facultades. Era mujer me convertía en un animal salvaje, en un hombre de las cavernas. Lo único que sabía hacer era follar.

—¿Hay alguna historia tras tu generosidad?

No entendí la pregunta, así que me tomé un momento para pensarlo.

—No sé a qué te refieres.

—¿Conociste a alguien que lo estuviera pasando mal mientras crecías? ¿O tuviste alguna experiencia con estar necesitado? Tengo la sensación de que las personas que ayudan a los demás son las que lo han sufrido en sus propias carnes.

Tenía mi propia experiencia con el maltrato, pero esa no era la razón subyacente de mi comportamiento. Estaba emparentado con el hombre más frío y cruel al que hubiera conocido nunca y era mi responsabilidad borrar las horribles cosas que había hecho. Jackson estaba resentido conmigo por haberme quedado con la mayor parte de la herencia y cuando se enteró de que la había dado a la beneficencia, no le alegró saberlo. Pero si supiera por qué había recibido ese dinero, cerraría la boca.

—No. La herencia que recibí era más de lo que cualquier persona podría

necesitar nunca. No quería quedármelo todo. Nada más.

Ella asintió.

—Eso es muy generoso por tu parte.

—¿Y tú?

Estaba ansioso por conocer la respuesta. No sabía nada de ella anterior a sus años en la universidad. En algún momento se había cambiado el nombre y era imposible de rastrear. Era como si estuviera en el programa de protección de testigos: fuera del mapa.

—No tuve una infancia muy buena. Mis padres eran drogadictos y crecí en una casa de acogida. Allí es donde conocí a Christopher —dijo las palabras de forma tan simple como si estuviera hablando del tiempo cuando iba a la playa. La expresión de sus ojos no cambió y no le tembló la voz.

—Lo siento mucho. —Las palabras escaparon de mi boca antes de que pudiera contenerlas. Sentí lástima desde el corazón y quise arreglarle todos sus problemas. Deseé volver atrás en el tiempo y sacarla de allí. Deseé protegerla de las horribles cosas que debía de haber visto.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—No te sientas mal por mí. —La misma fuerza que había visto en el bar aquella noche volvió a aparecer en sus rasgos. Era una bola de fuego que no se podía apagar con agua. Quemaba con más fulgor, haciendo que todo lo demás pareciera oscuro en comparación—. No sientas lástima por mí. Christopher y yo salimos de esa situación y nos hicimos nuestras propias vidas. Puede que no tengamos padres, pero nos tenemos el uno al otro y eso siempre ha sido más que suficiente para los dos. Tenemos un lugar al que considerar nuestro hogar y tenemos comida en la mesa. Soy la última persona por la que deberías sentir lástima.

Su determinación solo me hizo desearla más. Se negaba a que sintieran lástima por ella y no se sentía compungida al hablar de su pasado. Con unos nervios de acero, era fuerte y poderosa. Cuando la vida la tiraba al suelo, ella

volvía a ponerse de pie, aún más alta. Esa resiliencia era más sensual que cualquier sumisa que hubiera tenido nunca, incluso que aquellas con todos sus problemas paternos. Esa mujer era fuego y hielo unidos. Era dolorosamente hermosa.

—No lo hago. Te admiro.

Su dura expresión se suavizó.

—Gracias.

Ahora quería tirármela incluso más. Solo teníamos que pasar esa cena y le ofrecería llevarla a casa. Cuando estuviéramos junto a su puerta, la besaría hasta que me invitara a pasar. Necesitaba desnudarme con esa mujer y hacérselo durante toda la noche. Mi polla necesitaba estar dentro de ella desde hacía tiempo.

---

NOS PELEAMOS POR PAGAR ANTES DE QUE FINALMENTE YO CONSIGUIERA darle el dinero al camarero. Había sospechado que intentaría pagar su comida porque ella era de ese tipo de mujeres. Y tenía razón. Había peleado conmigo hasta que al final perdió, pero si fuera mi sumisa, no habría habido ninguna pelea en absoluto.

Salimos del restaurante y me dirigí hacia mi coche, que estaba aparcado en la calle. Cuando me di cuenta de que no venía conmigo, me giré hacia ella.

—Deja que te lleve a casa. Tiene que ser un infierno caminar con esos tacones. —Los llevaba como si fueran sandalias, pero sabía que debían de destrozarle los pies.

—Pararé un taxi. Gracias por la cena. —Me miró con sus llamativos ojos verdes, escondiendo algo bajo la superficie.

—No me importa llevarte a casa. Es lo menos que puedo hacer, ya que no te fui a recoger. —En realidad, no me dejaba ir a recogerla.

—No hace falta, de verdad.

Mi mano izquierda se cerró en un puño y tuve que luchar para controlarme. Quería decirle que cerrara la boca y que se metiera en el coche, pero eso no me llevaría a ningún sitio. Ella no estaba preparada para ver mi lado oscuro, aunque yo estuviera preparado para darle rienda suelta.

—Rome. —Se puso rígida cuando dije su nombre, reparando en mi tono—. ¿Qué pasa?

—No sé a qué te refieres.

Esta vez no pude reprimirme. Exploté.

—Sabes exactamente a qué me refiero. No me hagas perder el tiempo tratándome como a un idiota.

Se quedó quieta ante mi orden, y en lugar de sentirse ofendida, pareció avergonzada.

—Me encantaría que me llevaras a casa, pero no me fío de mí misma cuando estás cerca. Sé que en el instante en que estemos delante de mi puerta, saltaré a tus brazos y te rodearé la cintura con las piernas.

—¿Y eso qué tiene de malo? —A mí me parecía una idea jodidamente buena.

—No quiero apresurarme.

—¿Por qué? —Mi forma de hacer las cosas era ir directamente a la parte buena.

—Porque me gustas, Calloway.

Me miró a los ojos con sus ojos brillantes; parecía un sueño hecho realidad con su vulnerabilidad. Solo me había mentido para protegerse, y en cuanto volvió a ser sincera, estaba preciosa. Me encantaba ver esa expresión en su cara, como si me estuviera confiando la verdad.

—Tú a mí también me gustas, Rome.

«Gustar» no era una palabra adecuada para expresar mis sentimientos. «Obsesionar» era un término más preciso. Había querido meterme debajo de esa falda en el instante en que puse los ojos sobre ella. Era lo único en lo que había pensado con la mano alrededor de mi polla dura. Pero quería lo real y

estaba cansado de esperar. Ella me deseaba a mí, yo la deseaba a ella. Fin de la historia.

—No quiero hacer algo de lo que me arrepienta. —Bajó aún más la voz, su vulnerabilidad salió más a la superficie—. He tomado algunas decisiones equivocadas en mi vida. Estoy intentando no repetir las.

Estaba refiriéndose a su ex, algún imbécil que le había hecho algo imperdonable. Quería entrometerme, pero sabía que no era asunto mío. Si quisiera que lo supiera, me lo habría dicho.

—No te arrepentirás de mí, Rome.

Cuando estuviéramos dando vueltas en mis sábanas y se corriera toda la noche, se odiaría a sí misma por haber esperado tanto. Era la mujer ideal y yo era el único que era lo bastante hombre para manejarla. Era el único hombre que la merecía. Pero no podía hacer que lo viera. Tendría que darse cuenta ella sola.

—Deja que te lleve a casa. Te acompañaré hasta la puerta, te daré un beso de buenas noches y después me marcharé como un caballero. —A pesar de que no era nada del estilo.

Sus ojos buscaron los míos en busca de una garantía. Evidentemente no la encontró, porque dijo:

—¿Puedes prometerme una cosa?

No tenía ni idea de lo que me pediría, pero mirar sus ojos verdes como el bosque hacía que no me importaran las palabras que salieran de su boca. Estaba hiptonizado, al igual que lo había estado mil veces antes. Esa mujer me ponía de rodillas con una sola expresión y lo hacía muchas veces.

—Lo que sea.

—¿Podemos esperar un poco? Aunque te lo pida, prométeme que no nos acostaremos.

¿Qué tenía eso de divertido? ¿Cómo se suponía que iba a encadenarla a mi cabecero si ella ni siquiera se iba a tumbar de espaldas? Esa mujer era fuerte y centrada, así que ¿por qué necesitaba que yo le hiciera una promesa

así? Si ella fuera cualquier otra, abandonaría esa hazaña imposible y buscaría a otra persona.

—¿Cuánto tiempo?

Se aclaró la garganta antes de responder.

—Cuatro semanas.

«No. Me. Jodas».

«¿Cuatro putas semanas?»

«¿Está loca?»

«¿Un mes entero?»

«No, ni de coña».

«Olvídate de eso».

«Nadie vale la pena tanto como para esperar cuatro semanas. Encontraré a otra».

«Me moriré si espero tanto tiempo».

«No, definitivamente no».

Sus ojos, posados en los míos, iban de aquí allá, temblando de lo rápido que se movían. Intentaba averiguar mis pensamientos, pero estaban muy escondidos dentro de mi pecho. Debía de haberse esperado mi rechazo porque lo buscaba.

*Pronto lo encontraría.*

Cuatro semanas era inaceptable. Ya habían pasado dos semanas desde la última vez que había echado un polvo y no me había masturbado tanto en mi vida. Cuatro semanas más me matarían. Mi pene nunca me lo perdonaría y ese resentimiento no haría más que aumentar a medida que pasara el tiempo.

Pero no podía alejarme de ella. Eso lo lamentaría mucho más.

Quería que confiara en mí lo bastante como para permitirme hacer algunas cosas retorcidas y oscuras. Quería que confiara en mí para amordazarla, atarla y llevarla a la cumbre del placer. Quería que confiara en mí para hacerle daño, para doblarla hasta que casi se partiera en dos. ¿Cómo podría ganarme esa confianza incondicional si no le daba una razón para



fiarse de mí? Esa mujer no era como las otras y eso lo había aceptado desde el principio. Si realmente la deseaba, tendría que esforzarme por conseguirla. Y yo siempre estaba dispuesto a asumir retos.

—Vale.

La tensión de sus ojos finalmente se distendió. Evidentemente esperaba que no estuviera de acuerdo con su petición, algo que cualquier hombre normal haría, y la sorprendí al no hacerlo. Pero mi mirada estaba puesta en el premio: la mejor sumisa que podría pedir jamás.

—Gracias.

—Pero ¿qué cuenta como sexo? —Tenía un montón de definiciones diferentes del acto.

—¿Qué quieres decir?

—No me acostaré contigo durante cuatro semanas, ni siquiera si me lo pides. Pero tienes que definirlo mejor. ¿Puedo besarte? ¿Puedo tocarte? ¿Puedo masturbarte?

No escondió su sorpresa ante mis vulgares preguntas.

—No lo había pensado.

—Bueno, pues hazlo ahora.

—Cualquier cosa excepto coito.

«Gracias a Dios». Podía aguantar eso.

—Vale. No me acostaré contigo durante cuatro semanas a partir de hoy.

—Aunque cambie de opinión en unas semanas.

Estaba obsesionada con mantener mi polla fuera de ella, pero ¿por qué era tan importante para ella? Abstenerse del sexo solo porque sí era jodidamente estúpido. No debería haber un límite de tiempo para un buen polvo. Cuando la conocí, pensé que era diferente a las otras. Di por hecho que pensaba por sí misma y que vivía de acuerdo con sus propias normas. Vivía el momento y no le importaba lo que nadie pensara de ella. Tal vez me había equivocado con todo eso. O tal vez me estaba perdiendo un factor clave en la situación.

—Aunque cambies de opinión.

Si no tenía mi propio calendario, simplemente rompería mi promesa en el instante en el que me pidiera que me la follara. Pero si yo podía mostrar ese tipo de contención cuando una mujer desnuda estaba debajo de mí, ella podría aceptar estar suspendida sobre el suelo mientras me rodeaba la cintura con las piernas y me la tiraba.

Ella conseguía lo que quería. Y yo conseguía lo que quería. Finalmente se relajó ahora que la conversación más tonta del mundo había llegado a su fin.

—Me gustaría que me llevaras si la oferta sigue en pie.

—Cariño, mis ofertas siempre están en pie.

---

LA ACOMPAÑÉ HASTA SU PUERTA Y FINGÍ QUE EL LUGAR NO ME HACÍA SENTIR incómodo. Solo un momento antes, un pandillero tatuado había pasado por el vestíbulo con pantalones anchos y una chaqueta que le quedaba grande, probablemente escondiendo una entrega de *crack*. Me había dirigido una mirada amenazadora antes de seguir caminando, y solo vivía a unas puertas de distancia de ella.

*No podía dejar que viviera allí.*

Quería comprarle un piso en Manhattan para que no tuviera que coger transportes para ir al trabajo. Incluso me planteaba pedirle que se mudara conmigo. Podría pagarme el alquiler follándome desde el segundo en que yo llegara a casa hasta el segundo en que me quedara dormido por la noche.

No verbalicé mis preocupaciones porque sabía cómo se las tomaría. Era terca y no apreciaría mi autoritarismo, por ahora. Pero yo solo podría mantener controlada esa parte mía durante un tiempo limitado. Eso era en gran parte lo que yo era: un dominante que siempre conseguía lo que quería.

Abrió la puerta y me invitó a pasar. El apartamento era más pequeño que su oficina, con un dormitorio, una cocina y un salón condensados en una sola sala. La única puerta que había era la del baño.

—¿Quieres algo? ¿Una copa de vino?

Solo quería liarme con ella.

—No, gracias.

Cerré tras de mí y comprobé la puerta mientras ella se alejaba. Al menos eso era seguro. La idea de que algún imbécil la molestara me cabreó tanto que pensé en secuestrarla.

Fue a la pared y agarró una minúscula cuerda que colgaba de ella. Cuando tiró, apareció una cama de matrimonio con las sábanas, las mantas y las almohadas encima. El único mueble que tenía era un sillón pequeño, y los dos no cabíamos en él, a menos que se sentara en mi regazo.

*Y a mí no me importaría lo más mínimo.*

—Ya sé que es pequeño, pero es acogedor. —Sacó una mesa de la nada y reorganizó los marcos de fotos en la superficie. Una era de ella con unas amigas y la otra de ella y Christopher. Se sentó a los pies de la cama y me miró expectante.

—¿Quieres agua?

—No.

Solo había una cosa que quisiera hacer. Llevaba un tiempo danzando alrededor de ella y ahora que las normas básicas estaban claras, quería ponerme manos a la obra. Esos labios eran míos: los dos pares.

Cuando llegué a la cama, la agarré de la cintura y la tiré hacia atrás hasta que su cabeza chocó contra la almohada. Abrió mucho los ojos, como si no se hubiera esperado que la tirara como a una muñeca. Trepé por su cuerpo y separé de inmediato sus muslos con los míos. El vestido se le levantó hasta las caderas, pero no le miré las bragas, a pesar de que quería hacerlo.

Le agarré las dos muñecas y se las sostuve sobre la cabeza. No luchó contra mí, sino que me miró con la misma excitación en los ojos. Sus ojos verdes relucían con un tono más brillante, con aspecto de dos enormes hojas en la jungla. Se le vieron los párpados cuando bajó la mirada hacia mi boca; sus labios estaban desesperados por los míos.

Había tantas cosas que quería hacer con ella... pero no sabía por dónde empezar. Así que empecé con su boca. Apreté los labios contra los suyos y la besé con tanta fuerza que sus labios estarían hinchados al día siguiente. La sensación de sus suaves labios contra mi boca era increíble, y cuando se movieron con los míos con la misma avidez, se me tensó la espalda. De inmediato, mi pene se puso duro en los pantalones y lo apreté contra su clítoris, queriendo que supiera cuánto la deseaba.

*Me moría de ganas de follármela.*

Intentó liberar las muñecas de mi agarre, pero las mantuve firmemente apretadas contra las sábanas. Era mía y ella ni siquiera lo sabía. Cuando quisiera que me tocara, la soltaría. Pero por ahora, era yo el que estaba al mando.

Nuestros labios bailaron juntos y aumentaron el ritmo. Por primera vez, le di mi lengua y la suya la recibió de inmediato. Su boca sabía dulce, como el vino que habíamos tomado en la cena. Nuestro abrazo creció en intensidad y vi que mis caderas se balanceaban hacia ella, restregándose como si fuera un puto adolescente.

*¿Por qué había hecho esa maldita promesa?*

Sus caderas se frotaron contra las mías, el deseo guiaba su cuerpo. Enganchó las piernas alrededor de mi cintura, algo que no ayudó en absoluto.

Ahora quería tirármela incluso más.

—Te deseo tanto...

El contorno de mi erección continuó frotándose directamente contra sus bragas y deseé que estuviéramos piel con piel. Pero podía hacer que se corriera de esa forma. De hecho, podía hacer que se corriera de cualquier forma.

Soltó aire en mi boca cuando detuvo el beso.

—YO TAMBIÉN TE DESEO, CALLOWAY.

Me tembló el cuerpo cuando pronunció mi nombre, y me la imaginé gritándolo mientras la penetraba con fuerza contra el colchón. Prefería que me llamaran Cal, pero me encantaba oír mi nombre completo en sus labios. Su voz naturalmente ronca hacía que sonara jodidamente sensual. Nadie más podía lograr eso.

Me froté contra ella con más fuerza, apretando justo contra el punto más sensible de su entrepierna. Le moví las muñecas para unir las y poder sujetarlas con una sola mano antes de subir la otra por su muslo, sintiendo la piel sedosa y suave. Mis dedos se hundieron en su muslo, sujetándola con más fuerza mientras la apretaba más contra el colchón.

Estos preliminares juveniles estaban muy por debajo de mí en cuanto a mi experiencia sexual; la última vez que me había restregado así estaba en octavo curso. Después de eso, me gradué en sexo duro en la parte trasera de mi camioneta. Pero de algún modo, me parecía la cosa más sensual que hubiera hecho nunca. No estaba dentro de ella, pero me gustaba igual. Eché el culo hacia atrás antes de embestirla con las caderas, intentando sentir esa fricción de su sexo contra mi erección. Cuanto más nos movíamos juntos, más me gustaba, y la naturaleza *amateur* del acto me excitaba incluso más. Nunca recurriría a esto con otras mujeres. Solo lo hacía con Rome porque eso era todo lo que podía conseguir. Me parecía tan mal que me gustaba, y sabía que iba a correrme en los pantalones.

*Como un puto adolescente.*

Volvió a intentar liberarse las muñecas y esta vez se lo permití. Quería ver lo que haría con esas manos. Me sostuvo la cara y me besó con más fuerza, hundiendo las puntas de los dedos en mi pelo. Ahora estaba sudorosa y sin respiración, aferrándose a mí con desesperación. Estaba al borde de un orgasmo, un regalo de mi parte.

Se me formó sudor en la espalda, bajo la camisa, y después corrió hacia abajo. Podría arrancarme la ropa y arrancársela a ella, pero esto me parecía mucho más sucio. Estábamos tan excitados el uno por el otro que estábamos

haciendo que esto funcionara, disfrutándolo tanto como disfrutaríamos del sexo real. A mí solo me excitaba por la parte real: el momento en el que finalmente la penetraría. Ahora sabía que sería salvaje en la cama. Una vez que le encadenara las manos tras la espalda y la penetrara por detrás, le encantaría. Podía visualizar la diversión antes incluso de que empezara.

Después pasó las manos a mis hombros y me clavó las uñas con tanta fuerza que las pude sentir a través de la camisa. Lentamente, las bajó hasta mi trasero y tiró más de mí hacia ella, deseando que mi gruesa erección se apretara contra ella con más fuerza.

*Joder, eso era excitante.*

—¿Quieres mi polla, cariño?

Tenía la cara roja como un tomate y los labios separados, preparados para un orgasmo. Ella sabía que estaba a punto de llegar y quería más fricción para combustionar.

—Sí.

Oír esa respuesta hizo que mi miembro se sacudiera. Profundicé el ángulo encima de ella y después la embestí con fuerza, clavándole la erección contra su clítoris palpitante. Me dolía el trasero de tenerlo tan apretado y los testículos se iban arrastrando más cerca de mi cuerpo mientras me preparaba para correrme.

Contemplé cómo las tetas le temblaban en el vestido mientras me balanceaba hacia ella e imaginé lo preciosas que serían cuando no tuviera la ropa puesta. Tenía un pecho bonito y planeaba que uno de esos días me hiciera una cubana. Sus mejillas se sonrojaron más y abrió la boca mientras la explosión le recorría lentamente el cuerpo. Cerró un poco los ojos mientras me miraba y fue la cosa más sensual que hubiera visto nunca.

Cuando estaba con Isabella, disfrutaba muchísimo. Hacía todo lo que le pedía, incluso cosas que la mayoría de las sumisas no se atreverían a intentar. Pero incluso la cosa más sucia con ella no tenía comparación con cómo me sentía ahora, con Rome. Ni siquiera estaba dentro de ella y estaba en el

paraíso. Le di un último beso y succioné su labio inferior, metiéndomelo en la boca.

—Córrete para mí. Ahora. —Mi voz dominante se escapó antes de que pudiera detenerla, pero no lo lamenté.

*Porque se corrió.*

—Oh, Dios, Calloway.

Ahora yo estaba a punto de estallar.

Me clavó las uñas en los bíceps y se frotó contra mí; su cara estaba teñida de un precioso tono rosado y su boca formaba la deliciosa O que había querido ver desde que la conocí.

—Sí... joder. —Tiró más de mí hacia ella mientras mi pene se deslizaba entre sus pliegues.

Metí la mano debajo de su cabeza y le agarré el pelo en un puño como un tirano. Me había dicho a mí mismo que no lo haría porque era una señal clara de quién era yo realmente: un dictador. Pero no pude contenerme. Acababa de correrse y de decir mi nombre y ahora estaba preparado para llenar mis bóxers con mis fluidos para ella. Se siguió moviendo hasta llegar al clímax y después se deslizó hacia abajo lentamente. Sus uñas empezaron a soltar mis brazos, pero aún gemía en voz baja para sí. Tenía los ojos clavados en los míos y esa mirada de satisfacción valía más que una cámara acorazada de oro.

Me froté contra ella dando algunas embestidas más hasta que me corrí con un gemido, con los ojos clavados en su cara. Me moría de ganas de llenar su sexo desnudo con cada gota de mi semilla. Me moría de ganas de reclamarla como mía. Pero por ahora, llenarme los bóxers era lo bastante bueno.

—Rome... joder.

Era el mejor orgasmo que había tenido hasta ahora y casi no podía creerlo.

*Tenía treinta años y acababa de estar restregándome con alguien con la*

*ropa puesta.*

Me rodeó el cuello con los brazos de forma afectuosa y después me besó la comisura de la boca. Era un acto lleno de gratitud por la forma en que acababa de poner su mundo patas arriba a través de mis pantalones. El beso era delicado y suave, pero hizo que mi interior ardiera de anhelo.

—Eres todo un hombre.

El inesperado cumplido me conmovió y la sinceridad de su voz hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. No sabía exactamente qué significaba su cumplido, pero di por hecho que estaba impresionada por el hecho de que la hubiera hecho correrse con tanta intensidad sin tocarla de verdad. Había hecho que se sintiera la mujer más sensual del mundo.

*Y lo haría cada noche.*



ROME

Llegué temprano y preparé la cocina con una ridícula sonrisa en la cara que no desaparecía. Calloway besaba fenomenal y su paquete era impresionante. Cuando sentí el contorno contra mi clítoris, estuve perdida.

*Me había dado el mejor orgasmo que hubiera tenido nunca.*

No se quedó a dormir como yo creía que tal vez haría. Se fue a casa y no había sabido nada de él desde entonces. Se suponía que ese día iba a ayudarme, pero todavía no había aparecido. Esperaba que le hubiera sonado la alarma.

El personal de cocina llegó y preparó la comida. Íbamos a servir pollo y *dumplings*, arroz y zanahorias con un trozo de pan francés. Era una comida caliente y satisfactoria, y les daría a los indigentes un respiro frente al frío.

—Hola, guapa. —John apareció tras el mostrador y me miró de arriba abajo—. ¿Hiciste algo divertido anoche?

Llevaba la misma sudadera verde llena de manchas y sus pantalones negros tenían agujeros en las rodillas. Llevaba diez años viviendo en la calle y le habían diagnosticado depresión bipolar extrema. A veces, como ahora, estaba de un humor fantástico. Y otras veces, no conseguía ni hacerle hablar.

Sonreí para mantener su buen humor el máximo posible.

—Tuve una cita.

—Ohh... ya era hora. Siempre estás trabajando.

—Lo sé. Tengo que salir más.

—Bueno, yo siempre estoy disponible si las cosas no van bien con ese tío. Sonreí porque sabía que estaba bromeando.

—Lo recordaré.

—Tus servicios no son necesarios. —La amenaza llenó la sala y ensombreció a todo el mundo. Incluso los chicos que estaban en la mesa del fondo lo notaron, porque todos nos miraron. La voz de Calloway adoptó un nuevo tono que no había oído nunca. Sin levantar la voz y sin usar palabras explícitas, logró aterrorizar a todo el mundo. Bajó la mirada hacia John y lo echó silenciosamente de la conversación.

John no se quedó después de eso. Caminó hacia la zona de sentarse y se unió a algunos miembros de su pandilla. Bajaron la voz y se agruparon, obviamente hablando de la poco grata presencia de Calloway.

Calloway caminó hacia mí; llevaba una camiseta gris y vaqueros oscuros. Su ropa no parecía vieja y esperé que estuviera preparado para que le quedara completamente arruinada por las salsas. Aún seguía con la expresión irritada en la cara cuando me miró, como si yo fuera en cierto modo responsable de lo que acababa de ocurrir.

Mi buen humor se desvaneció como si fuera vapor.

—¿Qué coño ha sido eso?

—¿Qué? —Mantuvo la cara seria como si fuera una pregunta legítima.

—No tenías por qué ser un imbécil con John. Es un chico muy agradable.

—Cualquier chico que ligue contigo no es un chico agradable. —Cogió un delantal del montón y se lo ató alrededor de la cintura.

—Tú ligas conmigo.

—No es lo mismo y lo sabes.

Se alejó antes de que pudiera decir nada más. Cogió un recipiente de acero inoxidable lleno de *dumplings* y lo colocó en la fila de la comida.

¿La conversación había terminado? Fui con él al mostrador y me puse

una mano en la cadera, dirigiéndole una mirada furiosa.

—Ha sido inaceptable y lo sabes. Solo estaba bromeando.

—No, no estaba bromeando. —Dejó caer el recipiente en la bandeja y se giró hacia mí. El delantal rojo le quedaba apretado en el pecho, fuerte y ancho. Probablemente necesitaba uno que fuera unas cuantas tallas más grande, uno de una talla que no teníamos—. Una cosa es ser amable con alguien y otra es dejar que te pasen por encima. Ha cruzado una línea y los dos lo sabemos. Hablar de trivialidades está bien, pero las propuestas románticas no.

—Pero no era una propuesta romántica.

Miró a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie nos oía.

—Me gusta mucho ayudar a la gente necesitada, lo llevo haciendo siete años. Pero no te pongas en una situación en la que la gente se pueda aprovechar de ti. Porque lo harán, te lo prometo.

—John solo estaba siendo agradable. Ahora va a estar deprimido unos días.

—A menos ha aprendido la lección. —Se alejó para recoger otra bandeja.

¿De verdad esto estaba pasando? El día anterior habíamos pasado una noche fantástica y ahora ya estábamos peleando. Era una persona distinta a la que recordaba, se había convertido en un demonio de un momento a otro, como si yo hubiera pulsado un interruptor.

—Eh, espera. —Lo alcancé—. No insultes a la gente a la que cuido. No me des órdenes y no trates a mis amigos como a una mierda. No eres mi novio, Calloway. —Esta vez me marché yo.

Me detuvo agarrándome de la muñeca y tiró de mí hacia su lado con tanta fuerza que casi perdí el equilibrio. Bajó la mirada hacia mi cara, sus ojos azules brillaban de frustración. Prácticamente me hizo pedazos solo con su mirada.

—Sí soy tu novio. —Me apretó la muñeca con más fuerza y tiró de mí más hacia su pecho—. Yo no coqueteo con otras mujeres ni dejo que

coqueteen conmigo. Y tú harás lo mismo. Fin de la historia.

Me dio un beso duro en los labios y me soltó de inmediato. Se alejó como si la conversación no hubiera tenido lugar y cogió una bandeja de comida antes de volver a la fila. No me miró ni una sola vez, despachándose como si no existiera en absoluto.

---

DESPUÉS DE QUE EMPEZÁRAMOS A SERVIR LA COMIDA, CALLOWAY ESTABA DE mejor humor. Hablaba con todas las personas a medida que avanzaban en la fila, preguntándoles qué tal el día y haciéndoles alguna broma para hacerles reír. El hombre afable al que conocía había vuelto a salir a la superficie y era diametralmente opuesto al hombre al que acababa de ver unos momentos antes.

Cuando le llegó a John su turno en la fila, mantuvo la cabeza baja y ni siquiera me miró.

—Hoy tenemos tu favorito, John. Pollo y *dumplings*.

Él solo asintió y sacó su bandeja.

Le serví la comida en el plato y observé cómo avanzaba por la fila, deseando que hablara conmigo. Se saltó a Calloway por completo y fue a la siguiente persona de la fila para que le diera zanahorias y pan.

Le dirigí a Calloway la mirada más furibunda que pude poner, odiándolo por haber asustado a un hombre que solo intentaba salir adelante. John había renunciado a la mitad de su comida solo para evitarlo. Ese hombre ya lo tenía lo bastante difícil antes de que Calloway fuera un idiota con él. Si realmente pensaba que John era una amenaza, estaba loco.

Calloway notó mi mirada porque me miró por el rabillo del ojo. Después avanzó en la fila, se puso delante del trabajador que estaba al lado y tomó la bandeja de John de sus manos. Apiló la comida en la bandeja, dándole mucho más que a los otros y después se la devolvió.

—¿Por qué las focas miran hacia arriba?

John lo miró fijamente, inexpresivo, aún cauteloso.

Calloway continuó:

—Porque arriba están los focos.

La comisura del labio de John se curvó en una sonrisa y finalmente una carcajada salió de su boca. Pronto empezó a reírse, con ese tipo de risa que surgía desde lo más hondo de la garganta. Siguió avanzando en la fila, riendo para sí.

—Porque arriba están los focos... Voy a contárselo a los chicos. —Cogió un trozo de pan y se unió a los demás en la mesa.

Mi enfado desapareció y finalmente le dirigí una sonrisa.

Calloway volvió a su sitio a mi lado y continuó sirviendo a la gente que llegaba en la fila.

Me giré hacia él con una sonrisa en los labios cuando hubo una pausa en la cola.

—Gracias.

Calloway no dijo nada, fingiendo que no me había oído.

---

CUANDO EL DÍA ACABÓ Y EL COMEDOR BENÉFICO CERRÓ, SALIMOS AL FRÍO gélido de la ciudad. Teníamos la ropa sucia y necesitábamos una ducha caliente y un cambio de vestuario.

Al principio estaba enfadada con Calloway, pero cuando vi que la bondad brillaba en su interior, ese resentimiento desapareció. No se había disculpado por lo que había hecho, pero había intentado compensarlo. Y al final, eso era lo único que importaba.

—¿Te gustaría venir a mi casa? —Incluso con manchas de salsa en la camiseta, parecía atractivo. Su cabello castaño estaba un poco despeinado, como si esa mañana se hubiera levantado con un aspecto perfecto pero un

poco informal. La barba incipiente de su rostro había desaparecido porque se había afeitado esa mañana, pero volvería a aparecer por la noche—. Prepararé algo de cena para los dos.

Una advertencia tronó en mi corazón en el momento en que me pronunció la invitación. Aún quería saltar encima de él y caer rendida a los pies de ese hombre al que apenas conocía. Mi instinto y mi corazón me decían que me lanzara de cabeza sin ninguna precaución. Pero algo más fuerte, mi cerebro, me decía que era demasiado bueno para ser cierto y que me estaba perdiendo algo. Simplemente era demasiado perfecto, dejando de lado su pataleta de celos.

Pero me había prometido cuatro semanas de abstinencia y creía que cumpliría con su palabra. Liarnos era suficiente para mí, teniendo en cuenta lo bien que se le daba.

—Claro. Voy a casa a ducharme y después voy a tu casa.

—¿Por qué no vamos ahora?

Entendía perfectamente lo que estaba insinuando.

—Echaremos tu ropa a lavar, puedes ponerte algo mío para estar en casa. Estoy seguro de que mi ropa te quedará mejor a ti que a mí. —Me guiñó un ojo, con esa sonrisa infantil extendiéndose por su cara.

¿No se cansaba de ser tan irresistible todo el tiempo?

—O estarás aún mejor si no llevas nada en absoluto.

---

ME LO IMAGINÉ EN UN ÁTICO DE LUJO EN LA PLANTA MÁS ALTA DEL EDIFICIO más alto de todo Manhattan. Unos muebles oscuros que apestaran a conquistas sexuales con una vitrina llena de los licores más fuertes conocidos por el hombre. Probablemente su cama estaba hecha con sábanas negras que reflejaban la luz tenue de los edificios del otro lado de la calle por la noche.

*Pero vivía en una casa.*

Tenía tres pisos de altura y robles a lo largo del patio delantero. Una valla negra mantenía a los peatones fuera de su propiedad y unos rosales llenos de espinas bordeaban el camino. Un enorme garaje para tres coches conectaba con la calle que había tras la casa. Como íbamos a pie, entramos por la puerta principal.

Bajo nuestros pies había una madera noble hecha de madera de cerezo oscura y la mesa del recibidor era igual de oscura. Una larga alfombra roja cubría el camino hasta el centro de la casa. A la derecha había una escalera de madera que llevaba a las otras dos plantas y directamente frente a nosotros se encontraba un amplio salón. Los sofás eran de algodón gris y sobre la pared había una gran pantalla plana. Solo el vestíbulo era del tamaño de mi minúsculo apartamento.

La cocina estaba decorada con encimeras de granito, electrodomésticos negros y un frigorífico de Sub-Zero con una puerta de cristal que permitía ver todo lo que había dentro. En la parte delantera se veían frutas, verduras, carne magra y leche de almendra. Era evidente que su dieta era estricta, pero no me sorprendía teniendo en cuenta su increíble físico.

En el instante en el que puse un pie en esa cocina, me enamoré. No de él, sino de la sala. Era enorme, lo bastante grande para que preparase una cena para veinte invitados. Había una gran isla en el centro y mucho espacio de encimeras a cada lado. No pude evitar mostrar mis sentimientos y suspiré con anhelo.

—Esta es la cocina más bonita que he visto nunca.

Se apoyó en la encimera con los brazos sobre el pecho.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Siempre he soñado con tener una cocina como esta.

Contempló cómo admiraba su casa sin apartar sus ojos azules de mi cara en ningún momento.

—Yo ni siquiera tengo fuegos. —Me reí porque era divertido, pero también era deprimente. Tenía que cocinarlo todo con un microondas y para

todo lo demás comía comida para llevar. Era el estilo de vida que había elegido porque era el menor de los males. Si quería marcar una auténtica diferencia en el mundo y ayudar a la gente, tenía que sacrificar algunas cosas, como tener una cocina bonita o estar libre de deudas.

—Estás invitada a venir y cocinar siempre que quieras.

Sonreí cuando me di cuenta de sus motivos.

—Solo quieres a alguien que cocine para ti.

—Desnuda, por supuesto. Ese es un requisito.

—Tendré que llevar al menos un delantal.

—Dejaré que lleves bragas, pero eso es todo. —No sonrió para mostrar que estaba bromeando. Parecía completamente serio.

Empecé a notar calor por las orejas, así que cambié de tema.

—No imaginaba que vivirías en un sitio así.

—¿Y dónde creías que viviría?

—En un ático de lujo.

—Durante un tiempo viví en uno. Pero me gusta lo que se siente en una casa. Sin vecinos y sin ascensores. Y me gusta tener patio.

—¿Tienes perro?

—No. A lo mejor algún día.

Me lo imaginaba con un labrador negro o con un golden retriever. Parecía un dueño de mascotas de exterior, pero tal vez lo estaba interpretando mal.

Empujó la encimera con las caderas.

—Bueno, pues podría preparar la cena mientras tú te duchas. O podemos ducharnos los dos y hacer la cena juntos. —Me rodeó hasta que mi cuerpo quedó apretado contra la encimera. Agarró el borde con las manos a ambos lados de mi cuerpo y bajó la mirada hacia mi cara con expresión de deseo. Me miró los labios como si estuviera conteniéndose para no meterse mi labio inferior en la boca.

*Ya estaba húmeda.*

Quería verlo completamente desnudo. Quería ver esas líneas cinceladas



de sus músculos que sabía que había bajo su camiseta. Mis dedos deseaban desplazarse por ellos, sintiendo cada surco y cada protuberancia hasta encontrar su vello abdominal entre la V de sus caderas. Y quería ver ese enorme pene que se había restregado como loco contra mí la noche anterior. Ningún otro hombre en toda mi vida me había puesto tan caliente y excitada. Calloway me hacía arder de deseo, haciendo que saliera de cada uno de mis poros como si fuera una perra en celo. A veces no sabía si era su belleza o su carisma lo que me hacía caer rendida. Odiaba hacer mamadas, pero lo único que quería hacer era meterme ese enorme pene en la boca y reducirlo a la nada como había hecho él conmigo la noche anterior.

Sus ojos examinaron mi rostro en busca de los sutiles indicios que no podía evitar mostrar. Analizó mis labios y después mis ojos. Su mirada pasó a mi pecho, observando cómo subía y bajaba a ritmo acelerado.

—Quiero ver cada centímetro de ti.

Con sus ojos clavados en los míos, su mano se movió hasta la parte delantera de mis vaqueros y los desabotonó antes de bajar la cremallera de un tirón. Después deslizó la mano por mi vientre hasta que encontró el tejido de algodón de mis bragas. Sus dedos exploraron con suavidad, sintiendo mis labios y mi clítoris. Respiró hondo mientras me exploraba y una vez que hubo colocado los dedos sobre el clítoris, lo frotó con movimientos circulares.

Me temblaron las rodillas ante la agradable sensación de sus dedos. Con una experiencia inmensa, me frotó justo como lo hacía yo cuando estaba sola. Como si él mismo fuera una mujer, entendía perfectamente cómo quería que me tocaran. Le agarré el brazo y esperé mientras él me hacía arder.

Sus dedos se movieron más hacia atrás hasta que sintió la tela empapada justo bajo mi sexo. Gimió ligeramente desde lo más hondo de su garganta, reconociendo la humedad que emanaba solo por él. Se le puso rígida la mandíbula y el cuello se le tensó de excitación. Su respiración era entrecortada, exactamente igual a la mía; ambos estábamos completamente

excitados por el otro.

*Quería que me follara.*

Estuve a punto de pedírselo.

Sus largos dedos apartaron mis bragas antes de presionar directamente sobre mi clítoris. Las yemas de sus dedos eran ásperas, pero me gustaba sentir las contra mi resbaladizo núcleo. Lo frotó con más fuerza que antes y casi me llevó al orgasmo allí mismo.

—Estás tan preciosa cuando te toco. —Deslizó los dedos más atrás hasta que llegó a mi entrada. Los metió hacia dentro lentamente, notando la resistencia de mi pequeño conducto antes de conseguir entrar finalmente. Apretó la mandíbula complacido, adorando lo empapada que estaba al fondo—. Joder, estás apretada. —Movié los dedos lentamente de dentro a fuera, lubricándolos con mi propia excitación.

—Va a ser difícil meter tu enorme polla ahí.

Dio un profundo respiro y prácticamente se encogió de dolor mientras hundía más los dedos en mi interior. Apretó la cara contra la mía, con los labios pegados a mi oreja.

—Ten cuidado, cariño. Sigue así y puede que no pueda cumplir mi promesa.

Yo no era de las que decían guarradas, pero ese hombre tan sensual me convertía en una mujer ardiente.

—A lo mejor no quiero que lo hagas.

Volvió a encogerse, hundiendo la cara en mi piel y mordiéndome la carne suavemente con los dientes.

*¿Qué me pasaba?*

Me levantó y puso mis piernas alrededor de su cintura mientras me llevaba a la planta de arriba. Fuimos al tercer piso y entramos en su oscura habitación. Su enorme cama de matrimonio estaba cubierta con un edredón gris y me tumbó encima antes de echarse hacia atrás y desvestirse. Se sacó la camiseta gris por la cabeza y la tiró al otro lado de la habitación.

Su pecho era exactamente como había imaginado que sería. Sus pectorales estaban tonificados y fuertes, y sus hombros, abultados con complejos músculos cincelados por la mano de un dios. Sus caderas eran finas y estrechas, y su vello abdominal estaba perfectamente afeitado formando una única línea que desaparecía bajo sus vaqueros.

Se los desabrochó y se los quitó, quedando solo con los bóxers. Sus muslos eran gruesos y fuertes, como troncos de árboles que eran lo bastante fuertes como para resistir un huracán. En la parte delantera del calzoncillo había un punto de humedad donde había estado derramando sus fluidos mientras me masturbaba. Agarró la cintura elástica, me miró fijamente y se los bajó despacio, prácticamente dedicándome un espectáculo de *strip tease*.

Centímetro a centímetro, su erección apareció. La cabeza de su pene era gruesa y estaba hinchada, con un tono rojo y azul por la sangre que pasaba por ella. Siguió adelante, mostrando cada vez más su miembro de acero hasta que llegó a sus testículos con el vello recortado. Veintitrés centímetros de puro hombre con un impresionante perímetro. Él pertenecía a una película porno.

Se me secó la boca y no pude pensar con claridad. Lo único que podía hacer era pensar en meter ese pene dentro de mí y preguntarme si cabría siquiera. Me estiraría hasta rasgarme y, aunque dolería, sería una sensación jodidamente buena.

Rodeó su erección con los dedos y se movió el pene.

—De rodillas.

Yo no dejaba que nadie me diera órdenes, pero en el instante en que él dio la suya, obedecí. Fui hasta la alfombra y doblé las rodillas bajo mi cuerpo, sabiendo que su grueso sexo estaba a punto de penetrarme la boca con tanta fuerza que al día siguiente me dolería la garganta.

—Quítate la camiseta.

Me la quité por la cabeza, quedando solo con el sujetador.

Se colocó delante de mí.

—Mastúrbame. Con la lengua y con las manos. —Enroscó mi pelo en su mano hasta que lo tuvo todo sujeto en un apretado puño. Me apuntó con su erección a la cara y soltó otra orden—: Ponte a ello, preciosa.

Abrí mucho la boca y me metí su largo sexo hasta la garganta. Era el más grande que hubiera chupado nunca y era salado y dulce. Me encantaba la forma en que me estiraba la boca, prácticamente desencajándome la mandíbula. La saliva me llenó las mejillas y cayó de mi boca porque no podía contenerla toda. Resbaló por mi barbilla y por el cuello. Cuanto más fuerte entraba él, más saliva caía.

Me penetró la boca con los ojos clavados en mí todo el tiempo.

—Justo así.

Puso la otra mano detrás de mi cabeza, y continuó embistiéndome con fuerza, sin un ápice de delicadeza en él.

Le rodeé la erección con la mano y lo masturbé mientras me lo metía en la boca, excitándome cada vez más cuanto más lo saboreaba. Su líquido preseminal se derramó en mi boca y pude notarlo en el fondo de la lengua.

—Tócame las pelotas.

Puse los dedos en su saco y masajéé esa suave zona mientras le succionaba el pene con la boca. Respiraba siempre que tenía oportunidad, pero no me daba mucho tiempo. Su erección estaba clavada contra el fondo de mi garganta la mayor parte del tiempo y por mucho que él lo intentara, no conseguiría que cupiera entera. Simplemente era demasiado larga y yo era demasiado pequeña. Pero eso no le impedía embestirme y agarrarme al mismo tiempo.

Su dureza debería haberme molestado, pero fue justo lo contrario. Me encantaba la agresividad con la que me deseaba, cuánto me necesitaba para aliviar la frustración sexual que le provocaba. Después de las cosas guarras que le había dicho, no podía culparle por que necesitara follarme la boca así.

Me miró fijamente a los ojos todo el tiempo; el muslo se le tensaba con cada una de sus embestidas.

—Traga.

Estaba a punto de correrse. Mi vagina se apretó al saberlo, y deseé tener su semilla en la garganta y sobre el vientre. Nunca había deseado con tanta ansia el semen de un hombre, pero ahora lo quería con desesperación. Cuando tuve un pequeño momento para respirar, hablé.

—Dámelo.

Hundió la mano en mi cuero cabelludo y soltó un fuerte gemido que no pudo contener.

—Joder.

Metió su erección hasta el fondo, obligándome a mover la cabeza hacia su ingle para que pudiera introducir su miembro todo lo posible. Después se corrió, derramando su cálida semilla en el fondo de mi garganta y prácticamente haciendo que me atragantara. Me dio mucho, derramando una gran cantidad mientras se deslizaba por mi garganta hasta mi estómago.

Cuando estuvo satisfecho, finalmente sacó su miembro, que se iba ablandando, de mi boca. Me miró como si no me hubiera visto nunca. Su mirada rezumaba sorpresa y deseo, y parecía que me deseara incluso más.

Me tiró a la cama y me arrancó los vaqueros y las bragas hasta que quedé desnuda debajo de su cuerpo. No perdió tiempo examinándome o estudiando mi sexo desnudo por primera vez. Metió la cara entre mis piernas y me succionó el clítoris con tanta fuerza que casi me corrí. La barba incipiente de su rostro me frotaba el interior de los muslos y, tal y como había imaginado, era una sensación fantástica. Hundi las manos en su pelo y tiré más de su cara hacia mí, disfrutando de las cosas increíbles que estaba haciendo con la boca.

—Calloway...

Me succionó el clítoris con más fuerza metiéndoselo en la boca y después metió la lengua dentro de la vagina, saboreando toda mi excitación. Salía a chorros y estaba tan resbaladiza que no podría haber acogido su pene si hubiera intentado meterlo dentro de mí.

—Me voy a correr.

Levantó las manos y me apretó las tetas a través del sujetador mientras aún me chupaba y me lamía la entrepierna como si estuviera muriendo de hambre. Me devoró entera, lamiendo y disfrutando de esa zona como si fuera un festín. Me movió el clítoris en círculos con más fuerza y con un estallido, me llevó al límite.

Arqueé la espalda sobre el colchón y tiré más de su cara hacia mí.

—Sí... sí.

Casi le hice cortes en el cuero cabelludo con los dedos, y tenía los pezones más afilados que el filo de un cuchillo. Vi el universo y el cielo mientras llegaba al éxtasis. Era tan bueno que apenas podía respirar. Boqueé buscando aire, pero nunca era suficiente. Estaba en un momento de puro placer, sin pensar, solo sintiendo.

Calloway apartó la boca cuando terminé; tenía los labios cubiertos de una capa de mi excitación. Trepó por mi cuerpo, besándome el vientre y el pecho hasta que descansó sobre mí con los labios cerniéndose sobre los míos.

—Eres una bestia. —Me besó suavemente en los labios, un fuerte contraste con respecto a la dureza que acababa de mostrarme—. Como yo.

CALLOWAY

Ella tenía que trabajar por la mañana, así que no intentó quedarse a dormir.

*Lo cual era un alivio.*

Podía posponer el sexo durante cuatro semanas, por imposible que pareciera, pero no podía compartir mi cama con alguien. Ese era un límite estricto y no había forma de evitarlo. Si realmente quisiera quedarse a pasar la noche, tenía una habitación libre que podría usar. Pero como nuestra relación era distinta a las que tenía normalmente, sería una conversación difícil.

*Esperaba poder evitarla el máximo tiempo posible.*

Esa noche, tarde, fui al Ruin para comprobar algunas cosas. No podía ir durante el día porque me necesitaban en Humanitarians United, así que las noches eran el mejor momento. Y si seguía viendo a Rome, el único momento en que podría dirigir mi negocio sería cuando ella estuviera en casa y dormida.

Me sentía deshonesto por no haberle hablado de mi otro negocio, pero al mismo tiempo no creía que fuera de su incumbencia. Ella solo había compartido conmigo una pequeña parte de su pasado, así que no me sentía obligado a mostrarle más de mí. Además, nunca lo entendería.

Cuando nos habíamos liado la noche anterior, me había sorprendido con su agresividad. Había dicho las cosas más sucias que hubiera oído nunca, palabras que me empalmaban tanto que realmente me dolía la polla, y hacía unas mamadas dignas de una aspirante a las Olimpiadas. Tal vez entendería el Ruin si le diera la oportunidad.

*Pero ahora no era el momento.*

Cuando empezáramos a follar, podría hacerme una mejor idea de si ella encajaría o no. Parecía abierta de mente, inteligente y tenía un claro talento en lo relativo a los preliminares, así que las cosas podrían salir como yo quería.

*Sería una sumisa realmente increíble.*

Me había permitido dejarme llevar unas cuantas veces. Una vez con John, quien yo sabía que era un capullo. Rome había estado cabreada conmigo hasta que había sido amable con ese tipo. Y la segunda vez había sido cuando la había tratado como a una sumisa y le había ordenado que me la chupara.

*Por suerte, me había seguido la corriente.*

Pero tenía que tener más cuidado de ahora en adelante. Si me pasaba demasiado, podría alejarla por completo. Y no podía permitirme perder a esa mujer. Me hacía cosas increíbles. Una simple mirada bastaba para hacer que me empalmara. Ninguna mujer había tenido nunca tanto control sobre mí. Ninguna mujer había hecho nunca que aguantara una abstinencia de cuatro semanas.

*Era un récord.*

Avancé a través de la multitud de bailarines de la pista y pasé por la barra antes de dirigirme a mi oficina, que estaba al fondo. De camino, vi a Jackson restregándose con una mujer que llevaba una máscara de gas. Recé por que no me viera.

*Por supuesto, me vio.*

—Me preguntaba cuándo volverías a poner un pie aquí.

Entré y lo ignoré; me desabroché la chaqueta del traje antes de sentarme



en mi silla de piel.

—Yo me preguntaba cuándo cogerías algo de aire y te alejarías de esa amiga tuya de ahí fuera.

Se dejó caer sobre el sofá que había frente a mi escritorio; llevaba un traje azul marino y un chaleco debajo. Negro y azul. Esos eran los dos colores que llevábamos normalmente. Nos parecíamos tanto que la gente a veces no podía distinguirnos. Pero yo siempre iba de negro y él siempre iba de azul. Normalmente eso ayudaba a la gente.

—¿Cómo está?

Di por hecho que estaba hablando de Isabella.

—Discutimos. Me mosqueó. Fin de la historia.

—¿Qué me dices del principio? ¿Y del medio?

—Nada sustancial. —Isabella me había cabreado. Se había apegado a mí emocionalmente y ahora me cargaba a mí con su peso. Yo no me había desviado de nuestro acuerdo en ningún momento. Ella sí. Pero por algún motivo, yo tenía la culpa—. Está molesta conmigo, y estará molesta mucho tiempo.

—Es por Rome, ¿no?

No me gustaba que dijera su nombre. Demasiado posesivo. Quería ser el único hombre que pronunciara su nombre, pero, por supuesto, eso era ridículo hasta que se convirtiera en mi sumisa. Entonces podría darle un nombre completamente nuevo.

—Isabella me culpa por haber puesto fin a nuestra relación. Le expliqué que no era así, me habría marchado de todas formas. Ella no lo ve así.

—Las mujeres son celosas. No hay forma de evitarlo.

—Si espera que me sienta mal por ella, no lo haré.

Podría amenazarme con tirarse de un edificio y aun así no movería un puto dedo. Ya había sido un prisionero una vez y no volvería a seguir ese camino. Era uno de los motivos por los que llevaba una vida de dominancia. Nadie podía enjaular a una bestia como yo.

—Y ahora, ¿qué?

Me encogí de hombros.

—Intenté encontrarla un nuevo dominante, pero no quiere. Ahora está sola.

—Me pregunto si volverá aquí.

—Espero que no.

Esperaba no volver a verla nunca. Si Isabella se hubiera comportado con madurez con respecto a nuestra ruptura, podríamos haber seguido siendo buenos amigos. Habría seguido respetándola y me habría seguido importando. Pero ese comportamiento infantil me hacía cuestionarme nuestra relación por completo. Como si fuera una cortina de humo, me hacía preguntarme qué era realmente lo que habíamos tenido.

—Bueno, ¿cómo va con Rome? —Se recostó y cruzó las piernas.

Yo no hablaba de cosas personales con mi hermano, pero sabía que no dejaría de interrogarme hasta que consiguiera las respuestas que quería.

—Bien. No quiere mantener relaciones durante cuatro semanas.

—¿Qué? —Se quedó boquiabierto—. ¿Se trata de una broma cruel? «Ojalá».

—No.

—¿Y lo has aceptado?

*Porque era un zumbado.*

—Sí.

Continuó mirándome fijamente con expresión sorprendida.

—¿Esa mujer va a ser alguna vez tu sumisa? ¿O es una mujer normal?

—Lo será. Solo necesito pasar algo de tiempo con ella. Si quiere ir despacio, iré despacio.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué esperar? Búscate a otra.

*No quería a nadie más.*

—Nos liamos, así que no pasa nada.

—Pero, ¿por qué quiere esperar? ¿Qué pasa?

Todavía no tenía la respuesta a eso.

—No estoy seguro. No me dio detalles.

Cruzó los brazos sobre el pecho, sus ojos azules parecían concentrados mientras intentaba encontrar la respuesta por sí mismo.

Debería dejarme a mí lo de pensar.

Chascó los dedos como si hubiera encontrado la respuesta.

—Es virgen. Tiene que serlo.

Casi me reí porque la idea era ridícula.

—Créeme, no lo es.

—¿Cómo ibas a saberlo si no has follado con ella?

—Créeme, tiene mucha experiencia. Me hizo la mejor mamada que me han hecho nunca. Y dice guarradas como nadie.

—Pero ¿y si lo es?

Yo no me liaba con vírgenes. Había desvirgado a algunas chicas cuando era adolescente, pero desde entonces no. Siempre había un vínculo emocional y las mujeres esperaban que fuera alguna gran aventura que recordaran con cariño. Pensaban que era el comienzo de una larga relación, posiblemente con su marido. Ni de coña me metía en esos líos.

—No lo es.

Con esa declaración, Jackson se retractó.

—Mmm... entonces, ¿por qué?

—Dice que quiere ir despacio. Eso es lo único que sé.

—Suenas como si quisiera amor y flores. Y los dos sabemos que eso no funcionará nunca.

Yo también tenía esa impresión. Ella quería un caballero con su brillante armadura, un príncipe encantado. Tal vez ese fuera el caso. Pero cuando confiara en mí, podría mostrarle una nueva vida que nunca antes se había planteado. Le encantaría y se sumergiría en la oscuridad. Juntos, podríamos ser un dominante y una sumisa que hicieran realidad todas las fantasías que nos pasaran por la mente. Pero tenía que ser paciente y esperar al momento

adecuado.

—Cambiaré de opinión si le doy suficiente tiempo.

—¿Y si no lo hace?

La respuesta era sencilla.

—Me alejaré.

—¿De verdad te alejarías de esa mujer? —Levantó una ceja con incredulidad—. Porque has roto tu relación con una mujer preciosa y la has perseguido como un loco. No creo que puedas renunciar a ella tan fácilmente.

Sentía algo especial por esa mujer, de eso no cabía duda. Pero si no podíamos llegar a un acuerdo sobre esto, tendría que alejarme. No había forma de evitarlo.

—Puedo. Y lo haré.

---

PASÉ POR SU OFICINA EN MI HORA DE LA COMIDA. LLEVABA TODA LA MAÑANA pensando en ella y no podía sacármela de la cabeza. Aunque tenía hambre de comida, de lo que realmente tenía hambre era de ella.

Entré y la vi sentada ante su escritorio blanco. Encima había una taza con la cuerda de una bolsa de té colgando hacia un lado. Tenía el pelo peinado con unos bonitos rizos y sus ojos verdes estaban clavados en el portátil. Llevaba un vestido blanco y unas medias oscuras en las piernas para mantenerlas calientes.

Levantó la mirada como si esperara ver a un cliente.

—Estaré con usted... —titubeó cuando se dio cuenta de que era yo—. Ah, hola. No te esperaba.

Quería mantenerla alerta, que nunca supiera cuándo podría pasarme y tomar lo que quería. Caminé hasta su mesa, me incliné sobre la madera y le di un beso suave en los labios.

—Hola.

La última vez que la había besado, había podido saborear mi semen en sus labios. Ahora solo sabían a vaselina de frambuesa.

Se derritió debajo de mí de forma evidente, tan afectada por mi contacto como yo lo estaba por el suyo. Sus ojos se volvieron pesados, como si quisiera estar sola conmigo en una habitación fría y oscura.

—Qué sorpresa tan agradable.

—Quería ver si te apetecía ir a comer. —Le dirigí una mirada sombría, diciéndole qué tipo de comida tenía en mente. No era mediterránea ni italiana. Era el entrante dulce y salado que había entre sus piernas. No me importaba chupar coños, pero por algún motivo, me encantaba chupar el suyo. Estaba jodidamente dulce, como la piña.

Captó mi indirecta de inmediato, porque sus mejillas se sonrojaron.

—Suenan muy apetecibles...

La puerta se abrió y Christopher entró con un traje de diseñador y una corbata. Parecía que perteneciera a Wall Street con su pelo perfectamente peinado y su rostro impolutamente afeitado. Llevaba una chaqueta gruesa para combatir el frío y sus zapatos de vestir negros aún brillaban a pesar del fango de la ciudad.

—Vaya. Nunca creí que me emocionaría tanto por ver a otro tío.

—Extendió la mano y me la estrechó—. Entonces, ¿estáis saliendo?

Rome parecía mortificada por la intrusión de su hermano.

—Sí. —Volví a meter la mano en el bolsillo—. Desde hace unas semanas.

—Joder, eso es genial. —Lanzó un puño al aire—. Por fin mi hermana ya no es una perdedora.

No es que debiera importarme, pero me gustaba que no hubiera sido muy activa en cuanto a citas se refería. El hecho de que hubiera hecho una excepción conmigo me decía que tenía una gran posibilidad de conseguir lo que quería. Y quería ser su único y absoluto dominante.

—Cállate, Christopher. —Rome metió el portátil en el bolso y se

levantó—. Si no, no vamos a comer.

Christopher se giró hacia mí.

—¿Quieres venir, tío?

La euforia de sus ojos me dijo que no aceptaría un no por respuesta. Como no estaba emparentado con Rome, podría haberme sentido un poco amenazado por él, pero era claramente obvio que no se sentía atraído por ella. De algún modo, realmente la veía como a su hermana pequeña, y eso era por lo que me caía tremendamente bien.

—No puede —lo interrumpió Rome—. Tiene planes.

—Planes contigo.

Me giré hacia ella con la comisura de la boca formando una sonrisa. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. No quería que su hermano la avergonzara más de lo que ya lo había hecho, pero quería toda la información que pudiera conseguir sobre ella. Tal vez él soltaría algunos secretos durante la comida. No podía perder esa oportunidad.

Ahora ella me miraba con furia.

—Decidido, entonces. —Christopher dio una palmada y se dirigió a la puerta—. Vamos a ese *delicatessen* que hay justo en esta calle. —Salió y nos esperó fuera.

Miré a Rome, adorando su mirada irritada.

—Después de ti. —Hice un gesto hacia la puerta, esperando a que saliera.

—Me disculpo por adelantado. —Pasó por mi lado.

—¿Por qué?

—Por hacerte presenciar el asesinato de mi hermano.

---

ESTABA EMPEZANDO A NOTAR UN PATRÓN.

Al igual que Rome, Christopher pidió una ensalada. Una ensalada diminuta con un poco de pollo encima. Rome hizo lo mismo, y compartieron

una sola bolsa de patatas. Ambos comieron hasta el último pedazo de sus platos, dejándolos relucientes.

*¿Qué coño...?*

Yo pedí un bocadillo de pollo grande con aguacate y todo tipo de productos, y estaba tan delicioso que me sentí mal por que los otros dos estuvieran comiendo comida para conejos. Christopher trabajaba en Wall Street, así que sabía que sus elecciones gastronómicas no se debían al dinero. Entonces, ¿a qué se debían?

—Bueno... Así que va en serio la cosa, ¿eh? —Christopher pasó la mirada de uno a otro desde su asiento al otro lado del reservado.

—Christopher, no. —La voz de Rome era una clara advertencia, pero no bastó para detenerlo.

—¿Qué? —preguntó fingiendo estar ofendido—. Solo tengo curiosidad. Si este tío lleva tanto tiempo contigo, debes de gustarle mucho. Si no, ¿por qué iba a soportarte?

*Ese tío me caía muy bien.*

Creía que supuestamente los hermanos tenían que ser protectores y cariñosos, pero él no era nada del estilo. Forzaba a Rome a hacer cosas que normalmente no haría y ni una sola vez me preguntó por mis intenciones, mis ingresos o mi historial amoroso. Simplemente me aceptaba exactamente como era.

—Métete en tus asuntos, ¿vale? —Rome le tiró la bolsa de patatas vacía. Apenas voló en el aire antes de que cayera a la deriva sin causarle ningún daño.

Christopher miró la bolsa con un gesto ingreído en la cara.

—Ay.

Ella entornó los ojos.

—Solo estate tranquilo, ¿vale?

—Lo estoy —rebatió él—. Este es el primer tío al que veo desde...

—¿Esa es Scarlett Johansson? —Señaló por encima del hombro de él

hacia la puerta.

—Oh, Dios mío. —Giró el cuello de golpe hacia la puerta y salió disparado de su asiento—. ¿Dónde? Tengo que pedirle que se case conmigo. Hace tiempo que quiero hacerlo.

Me reí entre dientes.

Rome suspiró cuando logró lo que se había propuesto.

Cuando Christopher se dio cuenta de que la actriz no estaba allí, se volvió a girar.

—¿Qué coño...? ¿Estaba ahí de verdad?

—Sí —mintió Rome—. Debe de haber pasado ya. Ya sabes que los neoyorquinos son rápidos.

—Joder. —Golpeó la mesa con la mano—. Mi futura mujer se me ha escapado.

—Dijiste lo mismo de Blake Lively y de Kate Beckinsale.

—Soy mormón —dijo—. Puedo tener tres mujeres.

Ahora me reí de verdad.

—Como si fueras lo bastante hombre —dijo Rome por lo bajo.

—Oh, soy lo bastante hombre. —Christopher se apuntó al pecho con el pulgar—. Puedes confiar en mi palabra. Patricia no ha parado de llamarme desde nuestro encuentro en el baño. Las mujeres siempre quieren más.

*Bueno, Patricia era una puta, así que no era de extrañar.*

—Vamos a cambiar de tema antes de que vomite —dijo Rome.

—Buena idea. —Christopher volvió a mirarme a mí—. Bueno, ¿entonces te seguiré viendo en un futuro próximo?

—¡Christopher! —Rome estaba a punto de pegarle. Me agarró del brazo—. Ignóralo. Te lo juro, solo está intentando avergonzar...

—Sí. —Lo miré a los ojos mientras hablaba—. Estaré por aquí mientras Rome quiera.

Soltó la mano de mi brazo de inmediato, sorprendida por lo que había dicho.



Christopher asintió con una sonrisa en la cara.

—Genial. Entonces, no sé, ¿deberíamos hacer algo juntos? ¿Conocernos el uno al otro?

Yo nunca había conocido a ningún miembro de las familias antes. Pero Christopher estaba ahí la noche en que nos conocimos y me caía bien de verdad. No había forma de evitarlo y no me importaba llegar a conocerlo. De hecho, nos parecíamos mucho.

—Claro.

—Guay —dijo Christopher—. ¿Quieres ir a un club de *strip tease* esta noche?

Rome lo miró con los ojos entrecerrados.

—No vas a llevar a Calloway a un club de *strip tease*.

—De todas formas, no es lo mío. —No lo decía para caerle bien a Christopher. La verdad es que prefería clubes como el Ruin. Las mujeres no bailaban por ahí para que las vieras. En lugar de eso, ibas y cogías lo que querías, y dominabas. Ese era el tipo de placer que me gustaba.

—Qué aburrido —dijo Christopher—. Justo cuando creía que me caías bien.

Me reí por lo bajo.

—¿Quieres ir al partido de los Yankee conmigo y con unos amigos mañana por la noche? —me preguntó—. Tengo una entrada de más.

No seguía los deportes religiosamente, pero me gustaban.

—Suenan bien.

—No tienes que salir con él, de verdad —dijo Rome—. No es para tanto...

—Me apetece.

Era evidente que Rome quería mantenernos alejados, pero yo quería acercarme más. La mejor forma de descubrir sus trapos sucios era con alguien que la conocía mejor que nadie.

Christopher asintió, de acuerdo conmigo.

—Rome, este tío me cae muy bien. No lo dejes escapar y dale una oportunidad de verdad.

Una oportunidad de verdad, ¿eh? Eso era interesante.

—No tiene elección. No puede deshacerse de mí. —Le rodeé los hombros con un brazo en el reservado, manteniéndola arropada bajo mi brazo como si fuera su dueño.

A Rome se le sonrojaron las mejillas e intentó ocultar una sonrisa.

Debería tomar mis palabras literalmente, porque eso era exactamente lo que quería decir.

## ROME

—Tienes que calmarte. —Llevé la botella de vino a la minúscula mesa que había delante del sofá en mi apartamento. Saqué el corchó y llené dos copas, sentada en el suelo mientras Christopher estaba en el sillón.

—¿Yo? No. —Agitó el vino antes de dar un trago.

—Lo digo en serio. Me gusta este chico.

—Ya lo sé. —Movié las cejas—. Es un semental.

—Deja de analizarlo.

—No lo hago. Tengo un respeto sano por la gente atractiva. Si no estuviera saliendo contigo, le pediría que fuera conmigo a ligar con chicas. Tío, dominaríamos todos los bares de Manhattan. Las mujeres con sus mejores amigas harían cola para dar una vuelta en el rodeo a caballo.

La boca se me llenó de vómito como lava de un volcán.

—No seas asqueroso. Soy tu hermana.

—No estoy siendo asqueroso. Estoy siendo yo mismo.

Christopher tenía buenas intenciones y sabía que tenía un corazón de oro, así que era imposible enfadarse con él. Su naturaleza charlatana y su necesidad constante de hacer bromas hacían que fuera adorable, pese a lo molesto que pudiera resultar. A pesar de todo por lo que había pasado, aún veía el mundo con actitud positiva. Las personas eran buenas de forma

innata, y él había escogido creer que la gente haría lo correcto ante una decisión difícil.

—Simplemente no hables de mí cuando salgas con él esta noche.

—¿Y eso cómo lo voy a hacer? —preguntó con incredulidad—. El único motivo por el que hemos quedado eres tú.

—Quiero decir que no le digas nada demasiado personal. Llevamos poco tiempo juntos y hay un montón de cosas que no sabe de mí. —No quería hablar del pasado porque era funesto para los dos, pero tenía que explicar lo que quería decir.

—¿No lo sabe? —Subió una ceja hacia el techo y sostuvo la copa en la mano. Estaba medio vacía y necesitaría rellenarla en un minuto aproximadamente.

—No.

—¿Por qué?

—Solo llevamos unas semanas viéndonos. No quiero volcar en él mis bobadas emocionales.

Miró fijamente su vino y lo agitó sin dar un trago. Cuando suspiró y bajó la copa, supe que se aproximaba una conversación seria.

—Está bien, me conoces. Sabes que no me gusta ponerme serio ni estupideces así, pero hay algunas cosas que te tengo que decir. Primero: a ese tío le gustas de verdad. ¿Cómo lo sé? Créeme, lo sé. Soy un tío y entiendo a los tíos.

Esperaba gustarle a Calloway de verdad porque él a mí me gustaba de verdad. Mis muslos deseaban apretarle la cintura mientras su erección me embestía. Mi cuerpo cobraba vida siempre que él estaba cerca, y hacía que me corriera con tanta intensidad que me sentía la mujer más sexi del mundo. Además, era dulce y amable, y de buen corazón. No había nada más atractivo que un hombre generoso que dedicaba su vida a ayudar a otros. Era tan perfecto que me cuestionaba si era real. Tenía que haber algo más, algún secreto oculto.

—Segundo: no puedes tener una relación si no eres completamente honesta con él. Así que no ocultes tu pasado como si te avergonzara. Estuviste jodida, pero saliste adelante. Mírate ahora. Eres la tía más fuerte a la que he conocido nunca. En todo caso, hará que te admire más. Y si no lo hace, no es lo bastante hombre para ti.

—Definitivamente es lo bastante hombre.

De eso no había duda. Era el hombre más fuerte y seguro al que había conocido nunca. No me extrañaba que las rodillas me temblaran por él. Había pasado toda mi vida buscando a alguien como él y la idea de encontrarlo me aterrorizaba muy dentro de mí.

*Porque, ¿y si estaba equivocada?*

—Es muy bonito que digas eso, Christopher. —Se metía conmigo como cualquier hermano del mundo, pero de vez en cuando me elogiaba como ninguna otra persona lo había hecho nunca. Nunca me mentía, así que cuando decía algo bonito, lo hacía desde el corazón—. Pero realmente es muy pronto en nuestra relación, y ni siquiera es mi novio.

—No parece que él lo crea así.

Nos había puesto la etiqueta el fin de semana anterior mientras trabajábamos en el comedor benéfico. En ese momento, creí que solo estaba comportándose de forma celosa y posesiva. No habíamos hablado de ello desde entonces y en mi opinión era demasiado pronto para que cualquiera de los dos diera por hecho que teníamos una relación exclusiva. Me gustaba mucho, pero no quería meterme en ninguna situación a ciegas.

—Él está solamente... —Busqué una explicación, pero no pude encontrarla—. Simplemente no le digas nada. Cuando esté preparada, se lo contaré.

Christopher obedecería mis deseos, aunque me tocara las narices al respecto. De eso no había duda.

—Lo que tú digas, Ro. Tienes a un príncipe azul a tus pies y estás demasiado asustada para mirarlo.

Cambié de tema porque la conversación se estaba volviendo demasiado profunda y repetitiva.

—¿Quieres ver *La jungla de cristal*?

—Menos mal. —Giró el cuerpo hacia la tele—. Se me dan fatal estas noches de cotilleos de chicas.

---

HACIA EL FINAL DE LA PELÍCULA, ALGUIEN LLAMÓ A LA PUERTA.

—¿Quién hace una visita a las diez? —preguntó Christopher desde su sitio en el sofá—. Más vale que sea el príncipe azul.

—No lo llames así.

Calloway era tan masculino que a su lado el príncipe azul parecía una chica. No era moldeable ni frágil. Era autoritario y poderoso. Entendía que podía cuidar de mí misma y lo respetaba. Era mucho mejor que el príncipe azul.

—Tienes razón —dijo Christopher—. Eso te convertiría en una princesa, y eres demasiado fea para ser una princesa.

Miré por la mirilla y vi a Michael al otro lado. Sospechaba que sería él. Era la única persona que venía a mi apartamento a esas horas. Llevaba una sudadera ancha con agujeros en las mangas y tenía la mochila en el hombro.

Abrí la puerta.

—Hola, cariño.

Venía solamente cuando su padre bebía y destrozaba el pequeño apartamento que tenían en Brooklyn. Michael no tenía muchos sitios para esconderse, así que le dije que siempre podía venir aquí. Sonreí e intenté que apartara la mente de sus dificultades.

—Te echaba de menos. —Tiré de él hacia mi pecho y le di un abrazo de los que nunca recibía de su madre.

—Hola, Ro —dijo suavemente—. ¿Te importa que...?

—Estaba a punto de pedir una pizza. ¿Tienes hambre?

—Sí, claro.

—Genial. —Lo acompañé adentro y puse la mesa para él—. Estábamos viendo una peli.

Christopher lo saludó con la mano.

—Hola, Michael. ¿Cómo te va?

Michael le devolvió el saludo con la cabeza.

—Bien, ¿y a ti?

—Aquí estamos, viendo *La jungla de cristal* y bebiendo vino —respondió Christopher—. Así que no me puedo quejar.

Michael sonrió ligeramente y después se sentó a la mesa.

—¿Quieres ver la peli con nosotros? —pregunté—. La hemos visto un millón de veces, pero es la favorita de Christopher.

Christopher lanzó el puño al aire.

—¡La jungla de cristal!

Michael se rio por lo bajo.

—No, no pasa nada. Tengo que hacer deberes.

—Vale. Intentaremos no hacer ruido. —Le apreté el hombro y le dirigí otra sonrisa, sintiendo un dolor en el pecho por ese maravilloso niño. Se esforzaba mucho y era muy bueno, pero su padre no sabía valorarlo. Me había roto el corazón tantas veces que ya no quedaba nada por romper. Quería contactar con la policía y con los servicios sociales, pero Michael me había rogado que no lo hiciera. Me había dicho que nunca me perdonaría si lo hiciera—. La pizza no tardará en llegar.

—Gracias, Ro. —Abrió el libro de texto y la carpeta y empezó a trabajar.

Volví al sofá junto a Christopher.

Mi hermano me dirigí una sonrisa sombría y me puso el brazo sobre el hombro. Tiró de mí hacia sí para darme un rápido abrazo, diciéndome todo lo que no podía decir con palabras. Estaba orgulloso de mí por ayudar a alguien que no podía ayudarse a sí mismo, consciente de que nosotros no éramos tan

afortunados cuando teníamos esa edad.



CALLOWAY

Christopher me presentó a los chicos antes de entrar en el estadio. Jóvenes y ricos, apestaba a dinero y experiencia de Wall Street. Con pantalones vaqueros y polos, parecía que hubieran crecido en los Hamptons y se hubieran mudado a la ciudad por trabajo. Christopher tenía algunas cosas en común, pero en general no se parecía en nada a los otros dos.

Fuimos al puesto de comida y, como era de esperar, Christopher solo pidió una bolsa de patatas y una cerveza para comer. A mí me encantaba la comida de los estadios, así que pedí un perrito caliente de chili con carne y patatas fritas sin sentirme nada avergonzado. Nos sentamos cerca de banquillo y vimos el partido, abucheando a los jugadores del otro equipo y disfrutando de ello.

A veces se me olvidó por completo que Christopher era el hermano de Rome. Era despreocupado y de trato fácil, y no nos costaría entablar una amistad sincera. Tenía un carisma natural que hacía que todo el mundo quisiera ser su amigo. Yo era un poco frío por fuera, tenía un exterior tan duro que era imposible penetrarlo. Era evidente que Christopher no se había dado cuenta.

En la quinta entrada, mencioné a Rome por primera vez.

—¿Qué dice Rome de mí?

Christopher sonrió con superioridad antes de dar un trago a su cerveza.

—¿Quieres la exclusiva?

—Sí. ¿Le gusto de verdad? ¿O tengo que intensificar la jugada?

—No, tu jugada está bien. Está pillada.

«Sí».

—Genial. —Rome mantenía un considerable muro entre nosotros, manteniéndome a mí a una distancia segura en todo momento. Pero cuando nos liábamos, no conseguía saciarse de mí. Tiraba de mí con fuerza, ya fuera de mis caderas o de mi cara—. A veces me cuesta interpretarla.

—A ti y a todos los tíos del país. —Soltó una carcajada por su propio comentario y metió la mano en su bolsa de patatas—. A veces ni siquiera yo sé interpretarla. Se pone una fachada valiente de cara al mundo, pero tiene el mismo miedo que todos nosotros.

—¿Miedo de qué?

—Ya sabes, de que le hagan daño. De cometer errores. Esas bobadas.

Quería saber más y sabía que tendría que insistir para obtener respuestas. Un caballero esperaría a que la señorita desvelara sus secretos, pero yo no era un caballero. Yo estaba tras ella únicamente por una razón: para ser su dominante.

—¿Una ruptura dura?

—Algo así. —Mantuvo los ojos en el partido y no me dio más información. Restaba importancia a las preguntas como si fuera un abogado experimentado evitando un interrogatorio incriminatorio del juez—. Rome ha tenido una vida difícil. Se hace la dura porque lo es, pero bajo esa armadura es igual de vulnerable que cualquier otro.

Me bebí la cerveza e intenté pensar en mi mejor movimiento. Ese tipo era leal a su hermana y no me diría ni una maldita cosa a menos que creyera que era necesario.

—A veces parece que está intentando alejarme. Le dije que era su novio y pareció incómoda al pensarlo. Cuando quiero avanzar en nuestra relación,

ella echa el freno. No he salido con alguien en mucho tiempo, pero sé que no es así como se supone que tienen que ir las cosas.

—¿Por qué no? —Me guiñó un ojo—. ¿Eres de esos tíos que echan un polvo y se largan?

—Algo así.

No contaba el tiempo que había estado con Isabella como una relación, sino simplemente como un acuerdo. Hacía tanto tiempo que no le pedía salir a una mujer que ni siquiera recordaba cuál había sido la última vez. Era algo que no me interesaba hasta que esa bola de fuego entró en mi vida y puso mi mundo patas arriba.

—Yo siempre he pensado que cuando conozca a la adecuada, mantendré la polla en los pantalones. —Masticó una patata ruidosamente, reduciéndola a pedazos entre los dientes—. Pero eso todavía no me ha pasado. Quiero tener hijos y una casa fuera de la ciudad algún día. Pero tiene que estar buena, ¿sabes? O sea, tan buena que el sexo nunca pierda la gracia.

—Te entiendo.

—¿Es eso lo que Rome es para ti?

La pregunta era tan personal que me inquietó. No quería mentir descaradamente y fingir que estaba buscando a una mujer con la que sentar cabeza. La monogamia era factible con la pareja adecuada, pero el amor y el matrimonio... eso no ocurriría nunca. Christopher básicamente me estaba preguntando si Rome era la mujer que había estado buscando.

—No estoy seguro. Lo único que sé es que nunca he conocido a alguien como ella y que quiero más de lo que me está dando.

—Bueno, pues espero que dispongas de mucho tiempo porque te va a llevar lo tuyo. Pero si te hace sentir algo mejor, contigo ha sido blanda. Otros tíos a lo mejor consiguen una cita o dos antes de que corte por lo sano. Y normalmente esos tipos también son bastante simpáticos.

*¿Qué era diferente conmigo?*

—Así que se puede decir que tienes la mejor oportunidad de todos los tíos

de la ciudad. Sea lo que sea lo que estás haciendo, sigue haciéndolo.

Lo único que estaba haciendo era hacerla mía.

*Y sería mía... al final.*

---

A LA MAÑANA SIGUIENTE, MIENTRAS ESTABA SENTADO ANTE MI ESCRITORIO EN el trabajo, no podía dejar de pensar en Rome. Me la imaginaba debajo de mí con las muñecas atadas a mi cabecero y con las piernas enroscadas alrededor de mi cintura. Estaba embistiéndola, dominando su sexo y haciéndolo mío. Pensar en ello era tan excitante que me empalmé y estuve seriamente tentado de masturbarme.

Liarnos era satisfactorio, pero nunca tendría comparación con follar. Me moría de ganas de que llegara el momento en el que finalmente abriera las piernas y me permitiera tomarla, tomarlo todo de ella hasta que no quedara nada.

*Solo habían pasado dos semanas.*

*Faltaban dos semanas más.*

*Me parecía una maldita eternidad.*

Me puse recta la corbata antes de sacar el teléfono y enviarle un mensaje.

«Cariño».

Exigí su atención antes de dar detalles, queriendo toda su atención como el dominante que era.

Aparecieron tres puntos.

«Sexi».

Levanté la ceja de inmediato ante el apodo. Esperaba una pregunta como respuesta, no una broma.

«Hoy vas a venir a cenar. Estate allí a las 7».

«Estamos mandones, ¿no?».

Cariño, no te haces una idea.

«Supongo».

«¿Qué vamos a tomar?».

«De entrante, a ti. Y de plato principal, a mí».

No sabía ni la mitad de lo que quería hacer con ella. Si lo supiera, saldría corriendo y gritando.

«Suenan deliciosos».

«Te veo a las 7. Sin bragas».

«¿Perdona?».

Pude oír su actitud a través del teléfono. Pude incluso imaginármela con la mano en la cadera y los ojos ardiendo con fuego líquido.

«Ya lo has oído. Sin bragas».

Los tres puntos desaparecieron. En lugar de estar preocupado por haberla asustado, estaba seguro de que la atraería más. Sus muslos tenían que estar apretados y su entrepierna estaría húmeda al pensar en lo que mi boca iba a hacerle. En el segundo en el que cruzara el umbral, le quitaría el vestido de un tirón y comprobaría su obediencia.

Y esperaba que me desobedeciera.

*Porque me encantaría castigarla.*

---

LLEGÓ UN POCO DESPUÉS DE LAS SIETE. LLEVABA UN VESTIDO NEGRO CON una gruesa chaqueta encima. Le cubrían los pies unas botas altas y tenía una bufanda roja alrededor de su esbelto cuello. Sostenía una botella de vino, con intención de ser educada.

*No me importaba el vino.*

Lo puse a un lado y la inspeccioné más. Tenía el pelo largo, liso y voluminoso, y le enmarcaba su preciosa cara, resaltando el maravilloso color de sus ojos. No llevaba medias bajo el vestido, permitiendo un acceso rápido.

No le dije ni una palabra.

Ella no me dijo nada a mí.

Le rodeé la cintura con los brazos y la atraje hacia mí, notando cómo sus pechos se apretaban contra el mío. Quería que sus pezones se frotaran contra mí, duros y puntiagudos. Quería que viniera hasta mi puerta solo con chaqueta y zapatos, sin nada debajo. Pero esto me excitaba en igual medida.

Froté los labios contra los de ella sin darle un beso. Un suspiro callado se le escapó de los labios, tan silencioso que apenas lo oí. Olía a rosas y a Navidad, combinadas en un precioso envoltorio. Automáticamente le recogí el pelo con el puño para tener el control adecuado sobre ella, y tiré de su cabeza hacia atrás para que quedara expuesta a mí. El hecho de que me permitiera hacerlo me excitaba más. Podría fácilmente oponerse, pero no lo hacía.

Le besé la comisura de la boca, cubriéndole la peca con besos. Me encantaba esa peca y el hecho de que contrastara con su piel pálida. Naturalmente, me excitaba: era la única mancha en su perfección.

—Te echaba de menos.

Apreté los dedos sobre su pelo, asegurándola como un barco a la orilla. Aún no se había entregado a mí, pero estaba tomádola poco a poco. Le besé la otra comisura de la boca antes de presionar finalmente mi boca contra la suya, justo en el centro.

«Joder, qué pasada».

Notar sus labios gruesos, tan blandos y suaves, contra los míos, era una sensación celestial. Recordé lo que se sentía al tener su boca ardiente alrededor de mi pene. Tan apretada y húmeda. Un simple beso suyo era algo erótico. Mi lengua se deslizó en su boca cuando intenté contenerla, y eso hizo que mi erección se apretara con tensión contra la cremallera de mis pantalones.

Quería levantarla contra la puerta y tirármela. Deslicé las manos por su espalda, sintiendo la curva hasta que llegué a la pendiente justo encima de su trasero. Mis dedos siguieron bajando, sintiendo las firmes nalgas antes de

llegar a los muslos. Agarré la tela de su vestido y se la subí hasta el vientre, revelando la parte baja de su cuerpo.

Mis dedos volvieron hasta su culo y entonces noté la tela de su tanga.

*Me había desobedecido.*

La besé con más fuerza, magullándole los labios.

—¿Qué te había dicho?

—No me importa lo que dijeras.

La moví hacia la puerta hasta que su espalda quedó presionada contra la madera. Aún tenía la boca contra la suya y el pelo enroscado con fuerza en los dedos.

—Cuando te digo que hagas algo, lo haces. ¿Me entiendes? —Le volví a besar la pecca antes de apartarme finalmente. La miré a los ojos, dominándola con mi mirada ardiente. Quería que me obedeciera, pero que no me obedeciera era más excitante.

—No hago lo que me dices. No hago lo que me dice nadie. —Igualó mi fuego; su dominancia intentaba eclipsar a la mía.

«Como si eso pudiera ocurrir alguna vez».

Deslicé los dedos por la parte delantera de su tanga y encontré su clítoris de inmediato. Ya estaba palpitando, señalándome que ese juego le gustaba más de lo que dejaba ver. Lo froté con intensidad, realizando movimientos circulares que hicieron que jadeara al instante.

—Yo soy la excepción. —Apreté la boca contra su oreja, aún sosteniéndole el pelo con el puño—. Soy tu hombre y harás exactamente lo que yo te diga.

Jadeaba mientras yo hacía que su cuerpo ardiera.

—No eres mi hombre.

Eso me enfadó. La froté con más fuerza, extendiendo los fluidos de su sexo húmedo por su clítoris.

—Soy tuyo. Tú eres mía. Punto. —Me dolía el pene por la fuerte presión contra la cremallera. Quería liberarse... dentro de su pequeña y estrecha

vagina—. Quítate el tanga. —Deslicé los dedos por su clítoris empapado, usando su excitación como lubricante. Sabía que ella estaba disfrutándolo y que estaba a punto de correrse en mis dedos—. Ahora. —Le gruñí en la oreja y detuve los dedos por completo.

Sus caderas automáticamente se sacudieron contra mí, deseando que continuara. Tenía las mejillas ruborizadas y los ojos acuosos por la desesperación.

Le mordí el lóbulo de la oreja.

—Ahora.

Luchó contra mí, sin querer obedecer mi orden, pero deseando correrse. La única forma de vencer a su terco temperamento era por medio de su apetito sexual. Ya había recorrido ese camino antes y siempre sabía qué sendero ganaría.

Después de un momento de duda, tiró de su tanga negro, bajándoselo por las piernas hasta los tobillos.

El dulce sabor de la victoria me inundó la boca.

Yo siempre ganaba. Todas y cada una de las veces. Pero ganar contra un digno oponente hacía que el triunfo fuera más dulce.

—Buena chica.

Enganché sus piernas alrededor de mi cintura y la llevé hasta la planta superior donde estaba esperando mi habitación. Estaba oscuro en el interior y quité el edredón para que solo quedaran las sábanas. Sabía que íbamos a acabar liándonos, así que estaba preparado.

La tiré sobre la cama antes de arrancarle el vestido y después las botas. Solo tenía puesto el sujetador, un *push-up* negro y sexi. Se lo dejé puesto y me desvestí delante de ella, liberando mi erección. La punta goteaba, porque ya estaba preparada para su sexo. Como si tuviera ojos propios, apuntó directamente hacia allí.

Me quité la camisa y me coloqué encima de ella, que tenía la cabeza apoyada en una almohada. La cena estaba lista en la planta baja e iba a



enfriarse, pero en el instante en que la había visto necesité correrme. Y sabía que ella también.

Me coloqué entre sus muslos y le metí dos dedos dentro. Al igual que la vez anterior, noté su estrecho conducto. Estaba considerablemente estrecha y la suave carne de su vagina estaba húmeda y apretada. Sentí cómo la lubricación me empapaba los dedos antes de que los sacara y los pasara por mi miembro. Me cubrí de los fluidos de su sexo, lubricándome desde la punta hasta los testículos.

Ella me observó mientras sus ojos verdes se ensombrecían de deseo.

Me masturbé unas cuantas veces, probando la fricción.

—Esto es todo tú, cariño. —Me coloqué sobre ella y apreté mi dura erección contra su clítoris palpitante. Nos movimos juntos, ambos resbaladizos.

Ella gimió en el momento en que nuestra piel entró en contacto. Movié las manos hasta mis brazos y me apretó los bíceps, oprimiéndome como un ancla. Gritó más que cuando nos habíamos tocado en su cama. Ahora estaba extasiada por el placer, sintiendo que nuestros cuerpos se moldeaban juntos como si estuvieran hechos para convertirse en uno solo.

A mi pene le encantaba notar su clítoris húmedo. Sus labios se abrían para mí cada vez que me movía y la humedad hacía un sonido distintivo mientras nos frotábamos uno contra el otro. No se parecía en nada al sexo, pero aun así era tan jodidamente excitante que quería correrme. Esa mujer hacía que las cosas de principiantes parecieran el sexo más increíble que había tenido nunca.

—Calloway... —Sus manos fueron a parar inmediatamente a mi pecho, con los dedos extendidos para notar los extensos músculos—. Qué maravilla...

—Me muero de ganas de follarte, cariño. —Tenía la vagina más húmeda y apretada que hubiera sentido nunca. Mi pene estaría en el paraíso cuando por fin ocurriera.

Subió las manos hasta mi nuca, las pasó por mi pelo y me las puso en las mejillas mientras nuestros cuerpos se enroscaban uno con el otro.

—Fóllame ahora, Calloway. Por favor.

«Me cago en la puta».

Seguí frotándome contra ella mientras mi erección se contraía con anticipación. Quería estar muy dentro de ella, hundida en esa pequeña vagina y reclamándola como suya. Quería llenarla con tanto semen que le corriera por la raja del culo.

—Por favor. —Me miró a los ojos, el verde destellaba como un incendio en el bosque. Tenía los labios entreabiertos, desesperados por los míos. Estaba ya al borde del orgasmo. Me clavó más las uñas, suplicándome con su contacto.

No había nada más ardiente que una mujer suplicando.

*Joder.*

*Me moría de ganas de follármela. Con fuerza.*

Pero me había hecho prometerle que no lo haría. Si rompía mi palabra, ella no me lo echaría en cara. Cualquier hombre lo haría después de oírla suplicar dos veces. Era solo un ser humano y mi entrepierna tenía un único objetivo.

*Pero quería que confiara en mí.*

Y si no lo hacía, yo nunca conseguiría lo que quería.

Y eso era más importante que penetrarla por primera vez.

*Porque quería penetrarla mucho más.*

Apreté la boca contra la suya y le di un beso duro, aplastándole esos labios suaves con mi boca. Mi lengua bailó con la suya, jugando un sensual partido de *hockey*. Me froté contra ella con fuerza, moviéndome sobre sus pliegues suaves y húmedos hasta que llegué a mi punto límite.

*Necesitaba que se corriera.*

—Preciosa, córrete para mí.

Le agarré la nuca y froté mi erección contra ella con vigor, haciendo

ruidos sexuales que se amplificaron en mi habitación. La sensación era fantástica y la excitación me estalló en el pene desde los testículos. No podía aguantar mucho más, no después de haber escuchado sus súplicas, pero necesitaba que ella se corriera primero.

Obedeció mi orden inconscientemente y se corrió con un grito. Arrastró las uñas por mi espalda lentamente, recorriendo todo el camino hasta la parte alta de mi trasero. Sus caderas se bamboleaban con las mías, deseando toda la fricción que pudiera conseguir.

Mi habitación rezumaba sexo.

—Calloway. —Me miró a los ojos con la boca completamente abierta; sus ojos transmitían la satisfacción que me encantaba ver en una mujer.

Ella había terminado y ahora era mi turno. Estallé sobre su vientre y sobre su pecho, golpeándole justo debajo de la barbilla y en el valle de sus senos. Seguí chorreando como un géiser, marcando todo el camino hasta su ombligo. La punta de mi sexo apuntó a su entrepierna y deposité allí el resto.

Mi obra era excitante por sí misma. Estaba cubierta con mis fluidos y tenía el sujetador manchado de mi semen. Quería que se quedara así para siempre para que pudiera contemplarla. No había entrado en ella, pero sentía que la había reclamado de un modo incluso más sexual.

*Y quería volver a reclamarla así otra vez.*

---

EN LUGAR DE PONERSE LA ROPA CON LA QUE HABÍA VENIDO, TOMÓ PRESTADOS unos bóxers míos y una camiseta. Estaba sexi con mi ropa, más sexi de lo que yo estaba nunca. Se sentó frente a mí a la mesa de la cocina y sorbió su vino.

Puse los platos delante de los dos y empecé a comer. Era *caprese* de pollo con ravioli y una ensalada de acompañamiento. Era más comida de la que normalmente haría para mí mismo, pero como ella siempre pedía una ensalada, quería que se cargara de calorías. Probablemente no quería comer

lo que le había preparado, pero sabía que era demasiado educada para permitir que fuera a la basura.

Cortó el pollo y comió lentamente, tomándose su tiempo mientras disfrutaba de las dos partes. Sorbió el vino de forma intermitente y permaneció callada. Después del sexo, normalmente estaba cansado y en un tranquilo reposo. Ella parecía estar igual.

—¿Te gusta tu cena?

—Está increíble —dijo—. Eres muy buen cocinero.

—Me alegro de verte comer otras cosas además de ensalada.

Me sostuvo la mirada, pero dejó de comer. Su mirada era indescifrable, pero mis palabras evidentemente significaban algo para ella. Volvió a su plato y siguió comiendo sin volver a mantener contacto visual conmigo.

*¿Le había tocado una fibra sensible?*

Tomó algunos ravioli, comiendo tan despacio que me recordó a un perezoso. De forma lenta y constante, continuó la carrera y finalmente se comió todo lo que había en el plato, sin dejar ni una sola miga. Cuando uno de los tomates se le cayó del pollo, lo pinchó con el tenedor y se lo metió en la boca.

Estaba impresionado.

—Debías de tener mucha hambre.

—No me gusta malgastar la comida.

—Entonces, ¿no tenías hambre?

—Sí tenía. Es solo que normalmente no como tanto.

La tensión se mascaba en el aire, y en lugar de dejar que continuara aumentando, decidí cortarla de raíz.

—¿Hay algún motivo por el que apenas te veo comer?

Me dirigió una mirada dura mientras levantaba sus defensas. Se notaba cuándo la provocaban. Había un brillo metálico en sus ojos. Metódicamente, su cerebro se esforzó en buscar una respuesta adecuada. La pregunta era sencilla y prácticamente inofensiva, pero ella se la tomó como si fuera una

pregunta bajo juramento.

—Me siento culpable.

No había terminado la cena, pero ahora había perdido el apetito. Sin saber exactamente a qué se refería, sabía que se estaba abriendo a mí, revelándome un aspecto de sí misma que nunca antes me había mostrado. La cuidadosa elección de sus palabras y la fuerza de su voz me indicaron que era una cuestión seria.

—¿Por qué? —Dejé el tenedor y le dediqué toda mi atención.

—Me siento culpable comiendo cuando hay millones de personas que se mueren de hambre. —Contempló mi expresión como una reina despiadada, absorbiendo cada mínima reacción que hiciera con mis rasgos. Mi casa estaba extrañamente silenciosa. Ni siquiera se oían los ruidos del tráfico de fuera. Parecía que estuviéramos los dos solos en el mundo.

—Morirte de hambre no va a cambiar nada.

—No me muero de hambre. Solo consumo el mínimo posible para no desperdiciar nada. Hay una diferencia.

Era un tema tenso. Lo notaba por la rigidez de sus hombros y de su mandíbula. En lugar de decir lo que pensaba, tuve que ir con cuidado.

—Pasaste hambre de niña. —No lo dije en forma de pregunta porque daría la impresión de ser un interrogatorio. Pondría mi curiosidad sobre la mesa y dejaría la puerta abierta, invitándola a que diera detalles o a que terminara la conversación por completo. Su misterio y su majestuosidad me intrigaban, me obsesionaban, pero quería que confiara en mí porque quisiera hacerlo, no porque se sintiera presionada a hacerlo.

—A veces estaba encerrada en un sótano sin comida ni agua durante días. Lo máximo que estuve fueron cinco días.

Le sostuve la mirada, pero inmediatamente sentí un cosquilleo destructor que me recorrió la espalda. Un tipo de dolor que nunca había sentido arrasó conmigo, quemándome con un fuego satánico. Mi compasión llegaba hasta un punto, pero con ella, alcanzó su máximo. Me había dicho que no sintiera

lástima por ella, pero lo hice. Me sentía fatal por ella, tan mal que quería hacer todo lo que pudiera para arreglarlo. Quería comprarle un apartamento nuevo, un coche para que no tuviera que coger el metro y cualquier otra cosa que pudiera querer.

—Cuando tienes hambre durante tanto tiempo, dejas de sentir hambre. Es un alivio, pero también es el momento en el que tu cuerpo empieza a alimentarse de sí mismo, desguazando tus músculos para conseguir energía. Apenas tienes suficiente fuerza para moverte, mucho menos para pensar. Es la experiencia más aterradorante y aleccionadora que se puede vivir. Te hace comprender lo frágil que eres, que eres susceptible a algo que todos los demás dan por sentado.

No había parpadeado ni una vez. El dolor que notaba en el pecho era imposible de comprender. No sentía compasión por otras personas, no después de lo que había experimentado. La gente siempre creía que entendía el verdadero sufrimiento, pero sus problemas siempre eran insignificantes. Pero con Rome, había encontrado a mi igual.

—Lo estás haciendo otra vez.

No aparté la mirada.

—¿Haciendo el qué? —Mi voz sonó débil y no me aclaré la garganta. La debilidad ya había salido y no podía ocultarla.

—Sientes pena por mí.

—¿Cómo no iba a sentirla? —Tendría que estar muerto para no sentir nada.

—Porque yo soy una de los afortunados. —Su voz volvió a sonar fuerte, llena de vida y vitalidad—. Salí de esa situación y ahora soy libre. Tengo acceso a comida y agua siempre que lo necesito y no hay una sola persona en el mundo que pueda privarme de ello. La mayoría de la gente no sale. La mayoría de la gente no sobrevive. Pero yo lo hice. Así que no sigas mirándome así. Por favor.

Puse la mano en la mesa, pero no pude apartar la mirada. Y ciertamente

no podía cambiar el modo en que me sentía.

—Me estás pidiendo que haga algo que no puedo hacer. Lo siento.

—Simplemente no pienses en ello.

Apartó el plato vacío hacia un lado y dio un sorbo al vino. Finalmente rompió el contacto visual conmigo y miró fijamente la superficie de la mesa.

—¿Christopher estaba contigo en ese sótano?

—No. Él estaba en un sótano distinto en un lugar diferente. Nos conocimos cuando nos metieron a la misma casa de acogida. Yo tenía quince años y él dieciséis. Nos entendimos desde el momento en que nos conocimos. Todo el mundo tiene sus propias dificultades, pero las nuestras eran extrañamente parecidas. Decidimos que éramos una familia, hermano y hermana. Y cuando las familias venían a adoptarnos, decíamos que éramos una pareja. Si querías a uno de nosotros, tenías que llevarte a los dos.

La historia era fascinante, pero deseé que no fuera cierta.

—Me he fijado en que él tampoco come mucho.

—Él lo tuvo peor que yo. Estuvo encerrado en su sótano durante una semana entera.

Cómo Christopher era tan cálido y divertido escapaba a mi comprensión. Los dos eran excepcionalmente fuertes y amables. Sin conocer su pasado, no lo habría adivinado. Era un milagro que hubieran superado eso, por no hablar de que hubieran escapado con las mentes intactas.

—Después de eso, ¿fue todo bien?

—No. —Negó con la cabeza—. El hombre que nos adoptó parecía normal al principio, pero cuando los trabajadores sociales dejaron de controlarnos porque dieron por hecho que estábamos en un buen hogar, salió a la luz su verdadera cara. Cuando los dos tuvimos dieciocho años, escapamos y empezamos nuestras nuevas vidas.

No podía aguantar seguir oyendo esa historia. Saber que había pasado hambre sola en un sótano oscuro bastaba para hacer que me quebrara. No podía soportar saber más. Yo había dado por hecho que estaba vacío de

cualquier emoción, que no sentía compasión por nada ni por nadie, pero ella me había demostrado lo equivocado que estaba.

—Lo siento por mi comportamiento en el comedor benéfico. —Ahora entendía por qué se había enfadado tanto. Comprendí que había cruzado una línea que no debía haber cruzado.

—No pasa nada —susurró—. No lo sabías.

*Ahora desearía haberlo sabido.*

—No te he contado esto para que me trates de forma diferente. No te he explicado mi pasado para que seas delicado conmigo. Te lo aseguro, soy una persona feliz que se siente afortunada de estar viva. Dale tu compasión a alguien que se la merezca de verdad.

No importaba lo que dijera, no podía darle lo que quería. No la veía como alguien débil. Justo lo contrario. Pero sentí la inexplicable necesidad de protegerla. Quería comprarle el mundo para que no tuviera que volver a preocuparse de nada nunca.

—¿Y ha habido también algún novio imbécil en la historia? —Probablemente no debía haber dicho eso, pero ahora mi rabia estaba dirigiendo mis palabras.

Me miró con desconfianza hasta que dedujo cómo sabía esa información. Ella estaba hablando por teléfono en su oficina cuando entré y oí toda su conversación. En lugar de mostrar su enfado, lo contuvo.

—No quieres saber nada de él.

—Como novio tuyo, necesito saberlo.

—¿Cuándo decidimos que eras mi novio? —La feroz oponente a la que había conocido en el bar me estaba mirando fijamente de nuevo. No era fácil provocarla, pero se ponía muy a la defensiva cuando se veía arrinconada.

Yo no me comportaba como un novio, pero tenía que serlo para ella, para que pudiéramos pasar a algo mejor, a algo más grande.

—En el momento en el que puse los ojos en ti.

Cuando la había visto en ese bar, supe que debía tenerla. Tal vez ella no



se había sentido igual en ese momento, pero los sentimientos habían surgido en nuestro primer encuentro. El único motivo por el que no me dejaba acercarme era porque estaba asustada. Si no la hubieran atormentado en el pasado, estaríamos en un lugar muy diferente.

—Baja tus barreras y déjame acercarme.

Por primera vez durante la conversación, su mirada se ablandó.

—Déjame acercarme, cariño.

CALLOWAY

—¿Cómo está hoy?

Theresa caminó conmigo por el vestíbulo hasta la sala. Los muebles eran blancos y los suelos de madera maciza, y había jarrones llenos de flores frescas por todas partes. Eso era algo que reconocía de mi juventud.

Y me recordó que algunas cosas no cambiaban nunca.

—Está bien.

Theresa abrió la puerta del balcón. El patio daba al jardín exterior. Rosas, azucenas y dientes de león absorbían el sol y se movían con la suave brisa. Era un día sorprendentemente cálido para ser invierno, incluso en Connecticut. Sentía como si hubiera entrado en una época diferente.

Estaba sentada en la mecedora tejiendo una bufanda. Estaba llena de gatitos con lazos de distintos colores. Lentamente, se balanceaba de atrás hacia adelante; el crujido de la madera se oía bajo su peso ligero.

—Laura, tienes visita. —Theresa mantuvo la voz animada, como si ese encuentro fuera el más emocionante que tendría en todo el día—. Es de Humanitarians United y ha venido a leerte hoy.

Se giró hacia mí con su cabello oscuro y rizado; sus ojos azules ya no eran claros, sino que estaban cubiertos por una espesa neblina. Me miró fijamente con indiferencia, sin reconocer ni un solo rasgo de mi cara. Como

si fuera un extraño y nada más, se dio la vuelta.

No importaba cuántas veces viera esa expresión: dolía.

Tomé asiento junto a ella y abrí su libro favorito, *Harry Potter*.

—Soy Calloway. Es un placer conocerte.

Miraba fijamente los campos; sus manos seguían tejiendo.

—Calloway... me gusta ese nombre.

Theresa nos miró a los dos antes de alejarse y darnos algo de intimidad.

—Gracias. —Abrí el libro y pasé a la primera página—. Tengo un libro que creo que puede gustarte.

—¿Cuál es?

—*Harry Potter*.

Levantó una ceja y volvió a dirigir su mirada al punto.

—Nunca lo he oído.

Sabía que esa sería su respuesta, pero de todos modos, me sorprendió. Mi parte optimista esperaba ver algo diferente cada vez que venía de visita. Por algún milagro, esperaba que de repente recordara más que solo su nombre.

—Creo que te gustará.

Finalmente dejó de tejer y se giró hacia mí con las mejillas altas y los labios fruncidos con una mueca de desagrado.

—Eres un hombre atractivo. ¿Estás casado?

—Gracias. Y no, no lo estoy.

—¿No tienes hijos?

—No.

Pese a que no me recordaba, estaba decepcionada.

—Qué pena. —Empezó a tejer otra vez—. ¿Qué haces en Humanitarians United?

—Soy el director.

—Vaya. Eso es impresionante.

—Gracias... —Era todo el orgullo que recibiría de ella en mi vida.

—¿Y por qué le estás leyendo a una mujer vieja como yo?

—No eres vieja. —De hecho, era demasiado joven para estar allí.

Sonrió.

—Es muy dulce que digas eso, Cal. —De forma natural, me llamó por mi apodo, con el que todo el mundo se refería a mí. Lo utilizó justo como solía hacerlo, sin detener el ritmo.

—Supongo que soy un chico dulce.

—¿Y de verdad no estás casado?

Sonreí.

—No.

Y nunca lo estaría.

—Un día lo estarás y harás muy feliz a una mujer.

—Sí... seguro que sí. Bueno, ¿empiezo?

—No. ¿Podemos simplemente quedarnos sentados y hablar? Tengo la sensación de que aquí no hablo con nadie.

Mis labios se fruncieron en una mueca, pero intenté ocultarla.

—Claro.

—Háblame de ti. ¿Tienes hermanos?

Jackson nunca venía conmigo a la residencia de cuidados asistidos. Decía que nuestra madre había muerto hacía mucho tiempo. Visitar a su fantasma solo hacía que fuera más doloroso.

—Tengo un hermano pequeño que se llama Jackson. Solo nos llevamos un año.

—Eso es maravilloso. ¿Estáis unidos?

En realidad, no.

—Sí.

—Qué bien. ¿Y tus padres? ¿Tu padre es igual de guapo que tú?

Tanto Jackson como yo nos parecíamos a nuestro padre. Era aterrador.

—Mi padre falleció hace ocho años.

—Vaya, lo siento —susurró—. ¿Y tu madre?

Miré fijamente su cabello, viendo los mechones grises que se colaban en

su pelo oscuro. Había unas leves líneas bajo sus ojos y las comisuras de sus labios tenían diminutas arrugas que apenas eran perceptibles. De joven había sido guapa, pero yo aún creía que era una señora hermosa.

—Ella también falleció.

—Querido, lo siento mucho. —Estiró la mano hacia la mía y la agarró; de algún modo, sentí sus fríos dedos cálidos al contacto con mi piel.

Le devolví el apretón, disfrutando del limitado afecto que compartía con ella. Yo solo era un hombre que iba a visitarla. Ella sentía lástima por mí por todo lo que había perdido, pero a mí me daba lástima ella porque no recordaba a nadie que hubiera perdido. No era un concurso, pero incluso aunque lo fuera, ninguno de los dos ganaría.

---

ACABABA DE SALIR DE LA OFICINA CUANDO ME LLAMÓ.

—Hola, cariño.

Me animé de inmediato cuando vi su nombre en la pantalla. Después de la cena de la otra noche, parecía que las cosas eran diferentes entre nosotros, más intensas, en el buen sentido. Algunas de sus barreras habían desaparecido y se estaba esforzando de verdad por dejarme acercarme.

—Hola, sexi.

—Me gusta ese apodo.

—Creo que te pega.

—¿Y qué es lo que quiere mi señorita?

Hizo una pausa cuando oyó la forma en que me refería a ella.

—Ver si querías hacer algo esta noche.

Quería hacer muchas cosas esa noche.

—Ven a casa y vemos una peli con palomitas. Y con unos pocos besos con lengua.

—¿Solo unos pocos? —bromeó.

—Está bien. A lo mejor muchos. —Y también habría mucho sexo oral para ella.

—Claro. ¿Quieres que coja algo de comer de camino?

—No, prepararé algo. —Nunca me había pedido hacer algo así de informal. Era como si fuéramos pareja desde hace mucho tiempo y prefiriéramos escondernos del resto del mundo. Para mí todo esto era nuevo, pero lo estaba pillando muy rápido. Una vez había tenido novia en el instituto, pero no desde entonces—. Tú solo trae ese culito hasta aquí. —Y lubricado.

—Vale, lo haré. Luego te veo.

—Adiós, preciosa.

Colgué y caminé por la acera hasta que llegué a mi coche. Me alegraba de que no me invitara a su casa porque odiaba ese maldito apartamento. Estaba hecho polvo y había mala gente cerca. La idea de que ella durmiera allí sin ninguna protección me ponía de los nervios. Le compraría un apartamento si me lo permitiera. Pero sabía cómo transcurriría esa conversación.

---

NOS SENTAMOS EN EL SOFÁ CON NUESTRO VINO Y NUESTRAS PALOMITAS. LA película estaba puesta en la televisión, pero ninguno de los dos la vio. Se subió a mi regazo y se sentó a horcajadas sobre mis caderas; su sexo quedó justo encima del contorno de mi erección.

Subió las manos por mi pecho con su largo cabello colocado sobre un hombro.

—¿Qué tal tu día?

Adoraba la sensación de sus uñas contra mi camiseta. Me encantaba la presión y el recuerdo de cómo me había agarrado la última vez que había hecho que se corriera.

—Bien. ¿Y el tuyo?

—Ha sido un día pausado en la oficina. Me está costando conseguir donantes.

—¿Quieres un consejo?

—Claro. —Ladeó la cabeza ligeramente, mostrando su esbelto cuello.

—Ve a los donantes.

—No soy una vendedora.

—Entonces no actúes como una vendedora. Muéstrales cómo su donación puede ayudarles a atraer algo de atención. Tal vez algunas de estas personas sean sinceras y quieran ayudar a los demás, pero la mayoría solo quieren el reconocimiento. Juega con su ego y siempre conseguirás lo que quieres.

—Eres muy listo, ¿no? —Pasó las manos a mis hombros y los masajeó con suavidad.

—Mucho.

Agarré sus finos muslos y deslicé lentamente las manos hasta su trasero. Me encantaban esas firmes nalgas que tenía. Me moría de ganas de frotar el pene entre ellas antes de deslizar mi gruesa erección en su ano pequeño y fruncido.

Ajustó las caderas ligeramente, sintiendo mi polla dura a través de mis vaqueros. Siempre que estaba cerca de mí, estaba empalmado, porque mi mente estaba completamente obsesionada con esa mujer, y con nadie más.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

No dudé en responder.

—Sí.

—Es personal.

Ella me había dicho algo personal sobre sí misma, así que yo podía decirle algo personal sobre mí.

—No pasa nada.

—Cuando dijiste que eras mi novio, ¿querías decir que somos pareja exclusiva?

—Pues claro que sí.

Me pondría lívido solo con que abrazara a otro hombre. No me la había tirado, pero era mía. Ojalá pudiera darle un anillo negro para que se lo pusiera en la mano derecha y que la gente se mantuviera alejada de ella.

—Entonces, ¿no estás viendo a nadie más? —La esperanza impregnaba su voz.

Me tragué la ofensa hasta el fondo del estómago.

—No. Eres la única mujer a la que he tocado, besado o básicamente mirado desde que te vi en ese bar.

Su mirada se ablandó y en su rostro se dibujó una pequeña sonrisa.

—Eres un partidazo. Supongo que me sorprende que no estes tanteando el terreno con otras. Ya sabes, sembrando tu semilla.

—Solo hay un terreno en el que quiera sembrar mi semilla.

Mi pene se sacudió cuando pensé en su entrepierna rebosante de mi semen.

—Soy un hombre de una sola mujer cuando conozco a la persona adecuada.

Isabella y yo éramos una pareja exclusiva porque era la sumisa perfecta. Antes de eso, había tenido líos cortos con desconocidas. Pero nunca se trató de tantear el terreno. Yo siempre había estado buscando a la sumisa perfecta para que cumpliera mis fantasías como nadie más lo haría nunca.

—¿Y crees que yo soy la mujer adecuada?

—Sí. —Le agarré los muslos y la atraje más hacia mí.

—¿Por qué? —Volvió a ladear la cabeza, interesada en mi respuesta.

No podía decirle la verdad: que parecía la mujer perfecta para dominarla. Era fuerte como el acero y no quería doblegarla, sino romperla en dos. Un día le contaría la verdad sobre mis intenciones. Pero, por ahora, no podía.

—Es una de esas situaciones en las que no puedes explicar lo que ves y lo que sientes. Como una roca muy dentro de la boca del estómago, simplemente sabes que está ahí. Lo único que sé es que cuando te vi entrar en ese bar, fui hombre muerto. Y cuando me abofeteaste, con ese fuego en los



ojos, supe que acababa de conocer a una mujer poderosa, fuerte y jodidamente resiliente. Y eso me excitó como no me ha excitado nada nunca.

Se aferró a cada palabra, intentando comprender lo que quería decir.

—¿Te gusto que te abofeteara?

Me puso en evidencia, así que respondí.

—Sí. Tienes valor. Eso me gusta.

—¿Aunque no me molesté en asegurarme de si eras el hombre correcto?

Inspeccioné su cara, concentrándome en esos preciosos ojos verdes que siempre me aportaban tranquilidad.

—Era el hombre correcto.

Acerqué su culo más a mí hasta que su pecho quedó justo en mi cara. Incliné la cabeza hacia el respaldo del sofá y alcé la mirada hacia ella; su pelo oscuro formaba una cortina alrededor de mi cara. Con una mano le agarré en un puño los mechones de pelo en la nuca. La miré y escuché su respiración, fijándome en lo irregular que era. Era lo más romántico que le había dicho jamás a una mujer, y ser romántico nunca había sido mi intención.

Apretó la cara contra la mía y me besó con suavidad, sus labios ansiaban los míos de forma contenida. Me sostuvo el rostro con las manos y profundizó el beso mientras frotaba su entrepierna contra mi erección.

Era la primera vez que no quería sexo. Estaba duro como una piedra y ávido de ella, pero eso me bastaba. Solo sentir sus labios era suficiente para satisfacerme. La atraje más hacia mí y continué el tierno abrazo. Cuando estaba con ella, era un hombre diferente. No era tan insensible y duro. De algún modo, tenía un corazón que yo creía que había dejado de latir hacía mucho tiempo.

Y tenía alma.

---

ERA CASI MEDIANOCHE Y LOS DOS TENÍAMOS QUE TRABAJAR POR LA MAÑANA.

Además, yo tenía que ir al Ruin y comprobar algunas cosas. Jackson no era de fiar en lo relativo al aspecto empresarial de las cosas. Intentaba ser responsable, pero siempre se desviaba con la compañía que había en el club, y no podía culparle. Pero eso significaba que Rome tenía que irse a casa.

Estaba apoyada sobre mi pecho en el sofá con el pelo hecho un lío por encima de mi camiseta. Una manta roja le cubría el torso manteniéndola caliente y mi cuerpo era un calentador natural para combatir el frío. No quería moverla, pero no quería que se quedara a dormir.

Prácticamente me daba ansiedad.

Me incorporé y la moví conmigo, rodeándole con las manos su minúscula cintura. La re Coloqué sobre mi pecho para que no se diera la vuelta y cayera sobre el sofá. Una oleada de vainilla y lavanda me dio en la nariz, su aroma estaba mezclado con el suave perfume que llevaba. Cada vez que la olía era un poco diferente. Siempre estaba cambiándolo, como sus conjuntos de ropa.

—Se está haciendo tarde. Te acerco a casa.

Gimió contra mi pecho.

—Estoy demasiado cansada.

Mi parte blanda quería que se quedara. Sería inofensiva en la cama junto a mí, profundamente dormida durante toda la noche. A la mañana siguiente, me despertaría y vería la pacífica expresión de su rostro. Pero la parte dura de mí siempre prevalecía y sabía que no era una opción dejar que se quedara.

—No pasa nada. Te tengo. —La levanté del sofá y la llevé en brazos hacia el garaje.

Más ligera que el aire, casi no pesaba nada. Pero cuando forcejeó en mis brazos, pude sentir la fuerza de su figura.

—¿Qué haces? —Se estaba removiendo poco a poco, volviendo a la realidad.

—Te estoy llevando a casa.

—¿Qué hora es? —Miró el reloj del microondas con los ojos entrecerrados cuando pasamos por delante—. Ah, ya es medianoche.

Entonces me quedo aquí. No tiene sentido que me vaya a casa ahora.

Seguí avanzando porque no iba a quedarse allí.

—No me importa cariño. —Cogí las llaves de la encimera y entré en el garaje.

Se meneó en mis brazos hasta que se puso de pie. La mirada que me dirigió era como un rayo láser. Con alto voltaje y gran magnitud, me miró detenidamente, como si fuera una mujer que pudiera leerme la mente.

—¿No quieres que duerma aquí?

Estábamos entrando en territorio peligroso y habría preferido evitar esa conversación si era posible. Las cosas iban bien entre nosotros y no quería dar un paso atrás.

—No. Es solo que mañana tengo que levantarme temprano, más temprano de lo normal. Tendría que llevarte a casa a las cinco más o menos y nadie debería estar despierto tan temprano. —Confíé en mi encantadora sonrisa para persuadirla, utilizando toda mi munición para salir de esa zona de guerra.

Debió de ver algo reconfortante en mi mirada porque se tragó mi historia.

—Vale. No soy muy madrugadora, así que eso no me gustaría mucho.

Crisis evitada.

---

CUANDO LA ACOMPAÑÉ HASTA SU PUERTA, OÍ LA FUERTE MÚSICA DE UNO DE los vecinos, procedente del vestíbulo. A medianoche un martes era algo insultante. La música se amplificaba contra las paredes y debía de estar molesto a todo el edificio.

Rome actuaba como si no notara nada. Metió la llave en la puerta y la abrió.

—Gracias por haberme traído.

Mi mirada se dirigió hacia el vestíbulo y se posó en la puerta más

cercana. Estaba bastante seguro de que procedía de ese apartamento.

—¿Esto es normal?

—¿La música? —preguntó—. Sí, simplemente intento ignorarla. —Entró y puso el bolso en la mesa de la entrada—. Tengo una máquina de ruido blanco y tapa la mayoría del sonido.

Quería extenderle un cheque en ese mismo momento para que pudiera largarse de ese puto lugar. Estaba lleno de traficantes de droga y de imbéciles. No quería que durmiera allí sola, no cuando no sabía si estaba a salvo. Podía decirle que se mudara, pero sabía que no se tomaría bien la sugerencia. Y no podía dejar que se quedara conmigo o me daría un colapso. Así que no había solución.

—Bueno, buenas noches. —Se puso de puntillas y me dio un beso suave en los labios.

El abrazo no aplacó mi enfado. Normalmente el contacto con esa boca gruesa y húmeda me llevaba a un nuevo lugar. Pero ahora estaba demasiado molesto para apreciar cualquier aspecto de su belleza.

—Buenas noches.

Cuando se apartó, buscó mi mirada. Sus ojos se movieron rápidamente de un lado a otro mientras se centraba en la mía. Notó mi humor, sintiéndolo a través de su piel como olas de calor.

—¿Qué pasa?

Rompí el contacto visual y me quedé mirando su diminuto apartamento. Las venas de los antebrazos se me hincharon y la sien empezó a latirme de la migraña. Yo era un hombre que siempre se salía con la suya, y tener que morderme la lengua me ponía enfermo.

—¿Te has planteado mudarte? —Lo expresé de la forma más educada posible.

—¿Por la música? —preguntó—. Normalmente la apaga para la una, así que no es tan grave.

Era jodidamente grave. Prácticamente vivía en un barrio marginal y una

chica guapa como ella no debería dormir en un lugar así sin protección. Si había aguantado tanto tiempo, era evidente que sabía cuidar de sí misma, pero eso no evitaría que las pesadillas me atormentaran.

—Por todo.

Cruzó los brazos sobre el pecho mientras el fuego iba apareciendo lentamente en sus ojos.

—¿Qué estás diciendo?

Ella ya lo sabía, así que ¿qué sentido tenía que yo lo ocultara?

—No creo que este sea lugar para una mujer sola, eso es todo.

—Está bien. —Su voz era fría como el hielo—. Se ajusta a mi presupuesto y no hay muchos bichos, así que estoy agradecida. Es mucho mejor que el lugar del que vengo.

Que estuviera acostumbrada a la mierda no significaba que tuviera que seguir viviendo en ella.

—No te preocupes por mí. Llevo tiempo viviendo aquí y me gusta.

Bueno, pues yo lo odiaba con toda mi alma.

Ignoró la expresión frustrada de mi cara.

—Buenas noches, Calloway. —Me dio un beso en la mejilla y agarró la puerta para poder cerrarla.

No tenía más opción que retirarme. Era demasiado terca para aceptar un cheque mío. Incluso aunque organizara algún tipo de artimaña, no se lo creería.

—Buenas noches, Rome. —Atravesé el umbral y me giré hacia ella.

—No te preocupes por mí. Soy una chica dura.

Eso no importaba. No importaba lo feroz que fuera, se merecía que la cuidaran. Se merecía entrar en un palacio de joyas. Se merecía una corona hecha con las estrellas del universo.

Me dirigió una ligera sonrisa antes de cerrar la puerta finalmente.

Me quedé mirando la madera negra durante casi un minuto antes de decidir qué hacer a continuación. Caminé hasta el apartamento del que venía

la música y golpeé la puerta con el puño con tanta fuerza que rivalizó contra el sonido del bajo.

Abrió la puerta un hombre que parecía que acababa de salir de prisión por doble homicidio.

—¿Qué? —gritó por encima de la música, y aun así apenas pude oírle.

Saqué el talonario de cheques.

—¿Cuánto hace falta para que hagas las maletas y te largues?

—¿Qué dices, imbécil?

—Quiero que estés fuera de este edificio mañana. Y te daré diez mil pavos si lo haces. ¿Qué me dices? —Escribí el cheque y lo sostuve en alto—. Siempre pago.

Miró el dinero que tenía en la mano con los ojos entrecerrados. Sin dudar, me lo arrebató y se lo metió en el bolsillo.

—¿Trato hecho?

Asintió y me cerró la puerta en la cara de golpe.

## ROME

Me senté ante mi escritorio y me comí el yogur. No cobraba hasta el viernes, así que tenía que hacer que lo que me quedaba en el frigorífico durara unos días más. A esas alturas del mes siempre perdía un poco de peso extra, pero no era a propósito.

Esa mañana había organizado una colecta de alimentos que tendría lugar el sábado siguiente. Era una colecta de desayunos para los indigentes de Brooklyn. Según los informes policiales, muchos eran veteranos de la guerra de Vietnam que nunca encontraron equilibrio cuando volvieron a casa. El gobierno movía constantemente a la gente sin hogar de un sitio a otro para quitarlos de las calles, pero eso no solucionaba nada. Lo que necesitábamos era un sistema nuevo para rehabilitar a esas personas, no ponerlas en una acera diferente.

La puerta se abrió y el hombre más sexi de Nueva York entró. Con un traje negro que hacía que la tinta negra de mi impresora pareciera blanca, entró y poseyó por completo la sala por la que yo pagaba un alquiler para usarla. Llevaba una corbata plateada y una camisa con cuello de color marfil, y parecía que iba a presentarse como candidato a la presidencia de Estados Unidos.

Cada vez que lo veía temblaba un poco.

Caminó hasta mi escritorio sin saludar; sus ojos estaban clavados en mi rostro como si fuera un depredador buscando una presa. Cuando me miraba así, no solo me hacía sentir deseable: me poseía hasta los huesos.

—Qué sorpresa tan agradable. —Llevaba viéndolo semanas, pero aún hacía que me pusiera nerviosa, con esa sensación de tener mariposas en el estómago. Tenía una espesa barba incipiente en las mejillas porque esa mañana no se había afeitado y yo seguía imaginándome qué se sentiría al tenerla contra mis muslos. Ya había notado esa sensación algunas veces... y nunca era suficiente.

—Me gusta mantener a mi chica siempre alerta. —Se inclinó sobre la mesa y me besó, y disfruté del contacto de su barba contra mi boca. Era más que un beso de buenos días. Dejó que durara más de lo necesario porque la sensación de tener los labios juntos era maravillosa.

Mi chica. Me gustaba ser su chica.

—Tus sorpresas siempre son bien recibidas.

Apartó los labios, pero su cara aún se quedó cerniéndose sobre la mía. Me miró con esos preciosos ojos gélidos y de algún modo hizo que me derratiera.

—Voy a llevarte a comer. —Miró mi yogur a medias—. Comida de verdad.

Ahora que había empezado el yogur, tenía que terminarlo. De ninguna manera iba a tirarlo.

—Claro. Deja que recoja esto. —Lo metí en una bolsa con cremallera y lo coloqué en el frigorífico de la sala de descansos. Cuando volví, Calloway no hizo ninguna broma al respecto como habrían hecho otras personas. Respetaba mis creencias y no intentaba cambiarlas; esa era una de las cosas que más me gustaban de él.

Me rodeó la cintura con el brazo mientras bajábamos la calle. Su mano grande encajaba perfectamente alrededor de mi figura. Sus dedos estaban cálidos mientras me agarraban con firmeza y me mantenía pegada a su lado como si pudiera echar a volar si me aventuraba a alejarme demasiado.



—¿Se te ha ocurrido algo en particular?

—No. Comeré lo que sea.

—¿Qué te parece pizza?

Asentí.

—Pizza me parece bien.

Fuimos a una pequeña pizzería y pedí. Solo pedí un trozo de pizza porque no podía comer más que eso. El mero hecho de que alguien me comprara la comida me hacía sentir culpable. Calloway nunca me dejaba pagar nada cuando salíamos juntos y, aunque era un gesto bonito, a veces no sabía cómo afrontar su generosidad. Nunca olvidaría la noche en que había dormido en una acera y un buen hombre me había dado cien dólares para que comprara comida. Me eché a llorar al darme cuenta de que había muchas personas buenas a pesar de las malvadas. Calloway era una de esas personas: generoso y altruista. Probablemente esa era una de las razones por las que estaba tan pillada por él, casi perdidamente enamorada.

Calloway estaba comiendo enfrente de mí; había pedido dos porciones de pizza y una ensalada. No hizo ningún comentario sobre mi comida y ni siquiera miró mi plato.

—Gracias por la comida.

Su expresión se ablandó por un instante, pero intentó ocultarlo.

—De nada, cariño.

—Espero que alguna vez me dejes pagar a mí.

Soltó una risa sarcástica.

—No cuentes con ello.

—Bueno, uno de estos días, ocurrirá. Estate preparado.

—Llámame anticuado, pero mi chica no paga nada.

—Llámame progresista, pero las mujeres son miembros iguales de la sociedad.

Me observó con la comisura de la boca aún curvada en una sonrisa.

—Espero que esto no se convierta en un debate sobre el feminismo.

—Yo también.

—Porque creo en el feminismo. Pero puedes estar segura de que te voy a abrir absolutamente todas las puertas y de que te lo voy a pagar todo.

Era una contradicción directa frente a todo en lo que creía, pero sus palabras hicieron que de algún modo me sintiera conmovida. No dejaba que nadie cuidara de mí porque nunca antes habían cuidado de mí. Lo único que sabía era cómo sobrevivir y fiarme de mí misma para conseguir lo que necesitaba. Pero eso no significaba que aún no hubiera algo de fantasía viva en el fondo de mi corazón. Calloway era lo bastante hombre para ser lo que había echado en falta toda mi vida. Lo sabía muy dentro de mí y por eso aún seguía saliendo con él. La mayoría de los chicos ni siquiera conseguían una primera cita.

—Haré un trato contigo.

—Te escucho.

—Te dejaré hacer todas esas cosas si me dejas hacer algo.

—¿Cómo qué? —Levantó una ceja sin saber qué esperar.

—Si me dejas llevarte a cenar una vez.

Negó con la cabeza.

—No quiero que me lleves a ningún sitio.

—Venga, Calloway. Creo que es justo.

—No.

—No me había dado cuenta de que eras tan testarudo. —Sabía que lo estaba sacando de sus casillas al presionarlo. Pero solo cedería hasta un punto antes de rendirse finalmente.

—No soy testarudo.

—Entonces déjame que te invite una vez.

Murmuró por lo bajo.

—No me puedo creer que esté teniendo esta conversación...

—Piénsalo. Si haces esto por mí, nunca tendremos que volver a pelearnos por ver quién paga. A mí me parece un buen trato.

Entrecerró los ojos con interés.

Sabía que iba a morder el anzuelo.

—Está bien, lo haré. Si nunca jamás vuelves a intentar pagar nada.

—Trato hecho. —Extendí la mano para estrechar la suya.

Me agarró la muñeca más rápido que una víbora y después la giró hacia fuera, exponiendo mi muñeca hacia arriba. Me dio un beso húmedo en la piel suave, moviendo la lengua por los nervios sensibles de esa zona. Sus ojos permanecieron clavados en los míos todo el tiempo.

Se me secó la boca.

Volvió a poner mi mano en la mesa porque yo había perdido toda la sensibilidad. Ni siquiera podía moverme.

—Trato hecho.

---

ESTÁBAMOS SENTADOS UNO FRENTE AL OTRO EN SU MESA DEL COMEDOR Y terminamos la pasta que había preparado. Era bastante buen cocinero, mejor que la mayoría de los chicos a los que conocía. Christopher consideraba que una bolsa de Doritos era una buena cena y apenas tenía comida en su apartamento. El afirmaba que eso impedía que las mujeres se quedaran allí, pero yo sabía que simplemente era vago.

—¿Dónde aprendiste a cocinar?

Se acabó el plato entero, dejando solo unas vetas de salsa.

—Mi madre me enseñó algunas cosas, pero sobre todo con YouTube.

—Me dirigió esa sonrisa encantadora desde el otro lado de la mesa, con su mirada intensa y alegre al mismo tiempo.

No hablaba mucho de su vida personal y en realidad yo no sabía mucho de él.

—¿Cuándo falleció?

—Hace unos siete años. —De repente, su voz se tornó melancólica, como

si el tema lo abatiera.

Decidí cambiar de tema.

—La semana pasada, mientras nos liábamos...

Sus ojos transmitían interés cuando me observaron. El color azul de sus ojos era más vibrante que el mar más profundo. Se aferraba a cada una de mis palabras sin revelar sus pensamientos, su mente aún estaba envuelta en misterio.

—Me avergüenza un poco hablar de ello. —Rompí el contacto visual porque vi el ardor en su cara. Sabía exactamente a qué me estaba refiriendo. Era obvio a juzgar por la expresión de sus ojos—. Pero básicamente te rogué que te acostaras conmigo y no lo hiciste. Tienes mucha más fuerza que yo. —En cuanto la situación se volvió sexual, mis principios dejaron de importarme. Solo quería que ese hombre tan atractivo me penetrara en su colchón y me llevara al orgasmo más intenso.

—No fue fácil.

—Me sorprende que no lo hicieras.

Se recostó en la silla de madera; sus hombros anchos parecían amenazantes.

—Te hice una promesa y yo siempre cumplo con mi palabra. Quiero que confíes en mí y sé que tengo que ganármelo. Con suerte estás empezando a confiar en mí.

Era mucho más que solo empezar.

—Creo que eres un tío genial, Calloway. Sinceramente, no sé qué ves en mí. Puedes tener a la mujer más guapa de esta ciudad con solo chascar los dedos.

Su mirada se ensombreció.

—Ya la tengo.

Al instante, el corazón se me encogió en el pecho y volví a notar las mariposas una vez más.

—Eso es muy bonito...

—Es cierto. —No era una frase cursi y yo sabía que él no lo decía con esa intención. Tenía un talento natural con las palabras, decía las cosas más bonitas y hacía que sonaran completamente sensuales. Que un hombre fuerte y compasivo como él estuviera detrás de mí era un sueño hecho realidad. Aún no comprendía qué había hecho para merecerlo—. ¿Quieres algo de postre?

Me pasé la mano por la tripa bajo la mesa.

—No, gracias. Estoy bastante llena.

Entrecerró los ojos.

—No ese tipo de postre.

---

ME AGACHÉ SOBRE ÉL, METIENDO SU ENORME ERECCIÓN HASTA EL FONDO DE mi garganta. Era tan gruesa y larga que hizo que se me saltaran las lágrimas. Aunque casi se me partía la mandíbula intentando hacerle espacio, disfrutaba de cada segundo.

Me tiró hacia atrás sobre sus sábanas y me separó los muslos. Su boca trepó por mi cuerpo hasta el valle entre mis pechos. Veneró esa zona con besos delicados antes de succionar cada uno de mis pezones con la boca. A veces lo hacía con tanta fuerza que me estremecía. Pero inexplicablemente, sentir el dolor era increíble.

Su boca pasó a mi cuello y subió lentamente hasta el lóbulo de la oreja. Mordisqueó la suave carne antes de meterme la lengua en el oído. Noté su pesada respiración en la oreja antes de que hablara.

—Me muero de ganas de follarte, cariño.

Toqueteé sus bíceps con las manos, sintiendo la potencia y la fuerza bajo su piel. Era la definición del hombre perfecto: alto, fuerte, musculado y autoritario. Había pasado toda mi vida buscando a un hombre así y había dado por hecho que no existía.

Sostuvo la cara sobre la mía y me besó con fuerza en la boca. Nuestras

lenguas bailaron juntas con desesperación, deseando más el uno del otro porque no conseguíamos saciarnos. Bajó hasta mi entrepierna e hizo un trabajo excelente logrando que me corriera. Yo le hice lo mismo a él, pero los dos necesitábamos más.

—Yo también me muero de ganas de que estés dentro de mí. —Sería un poco apretado, pero estaba segura de que haría que me mojara lo bastante para que no fuera un problema.

Su mirada se ensombreció como solía hacer; estaba claramente complacido por lo que acababa de confesar.

—¿Tomas la píldora?

—No.

—Entonces tienes que empezar. No voy a ponerme condón.

Me daba órdenes como si fuera su empleada, pero cuando nos estábamos liando, no me importaba. De hecho, me gustaba. A veces me agarraba con dureza, inmovilizándome las muñecas sobre la cabeza o tirando de mí hacia su lado cuando otro hombre se acercaba demasiado. Normalmente despreciaría todas esas cosas, pero con él no tenía nada de malo.

—Vale.

Satisfecho al ver que no me oponía, me volvió a besar.

—La chupas de maravilla, por cierto.

—Tú también lo haces de maravilla. —Solo podía dar por hecho que él tenía años de experiencia.

—Lo tienes tan dulce que no consigo saciarme. —Me succionó el labio inferior y se lo metió en la boca—. Sabe a sandía.

Le rodeé el cuello con los brazos y la cintura con las piernas. Tenía el pene duro contra mí, aunque acababa de correrse en mi boca menos de diez minutos antes. Nuestra relación sexual era extremadamente ardiente y había notado que me quemaba unas cuantas veces.

—A lo mejor deberíamos olvidar lo de las cuatro semanas...

Dos semanas era suficiente. No había creído que me precipitaría a algo

tan serio, pero tampoco había creído que conocería a alguien como Calloway. Quería dárselo todo, cada parte de mí.

Gruñó contra mi boca.

—A pesar de lo apetecible que suena, tenemos que esperar.

—¿Aunque te lo ruegue? —Le subí las manos por el pecho y por los surcos de los abdominales.

Volvió a gruñir.

—No me pongas a prueba, cariño.

Rodó hacia un lado para bajarse de mi cuerpo y se tumbó junto a mí en su enorme cama. Las sábanas eran suaves como pétalos de rosas y el colchón era mucho más cómodo que la cama dura como una piedra que tenía en mi apartamento. Si me quedaba dormida, nunca me despertaría. Su casa era muy silenciosa. El tráfico del exterior no pasaba a través de las gruesas ventanas y los cegadores rayos de luz de las farolas cercanas no entraban en la habitación. Olía todo el tiempo a él, a menta mezclada con masculinidad. Estaba empezando a convertirse en mi lugar favorito del mundo.

Tiró de mí hacia su lado y colocó mi pierna alrededor de su cintura, acercándonos más. Aún tenía el pene duro, pero siempre parecía estar así. Me puso un brazo en la curva del cuello y el otro alrededor de la cintura.

Miré fijamente su hermoso rostro y pensé que era el hombre más perfecto del mundo. Sin siquiera darme cuenta, sabía que había empezado a enamorarme de él. No estaba segura de cuándo había empezado, tal vez la noche de la gala benéfica, pero me había estado enamorando muy rápido y durante mucho tiempo.

—Eres perfecto, ¿lo sabes?

—¿Yo? —La comisura de su boca se curvó en una sonrisa.

—Sí. —Coloqué la mano contra su pecho—. Tú.

—¿Y eso?

—En primer lugar, eres terriblemente sexi.

Sonrió de oreja a oreja.

—Me gusta mucho esta conversación. ¿Qué más?

—Eres compasivo. Te dedicas a ayudar a la gente y esa es la cosa más sexi que he visto nunca.

No dijo nada al respecto, apenas reconociéndolo.

—Besas muy bien.

Volvió a sonreír.

—Hacen falta dos para bailar el tango, cariño. Pero gracias.

—Cuando te pedí que no sintieras lástima por mí, me escuchaste.

Su sonrisa desapareció de inmediato.

—He pasado toda mi vida buscando a alguien que fuera lo bastante hombre para mí. No creía que existieran hombres de verdad.

—Definitivamente soy lo bastante hombre para ti. —Me agarró la cadera y después deslizó la mano hacia la parte baja de mi espalda. Me clavó los dedos en la piel con autoridad, reclamando mi cuerpo como suyo para disfrutar de él—. Haré que cualquier otro hombre con el que hayas estado parezca patético.

Mi historial era bastante corto, así que no le costaría lograrlo. Tenía problemas de confianza, así que para mí era imposible abrirme a nadie. Pero Calloway era diferente y yo lo sabía. Tenía el mismo tipo de cicatrices que yo, aunque no lo mostrara. Sabía que me entendía, que me respetaba y que nunca me haría daño.

—Ya lo has hecho.

Me besó en la comisura de la boca y me apretó la cintura con más fuerza.

—¿Llegaste a abofetear al hombre al que querías abofetear en un principio?

—¿Al ex de Taylor?

—Sí.

—En realidad, no. Después de quedar como una idiota contigo, se me olvidó un poco. A ella también.

—La engañó.



—Estaba casado y tenía dos hijos, y nunca se lo dijo. Despreciable. Asintió, de acuerdo conmigo.

—Si no puedes ser fiel, no tengas una relación. Es así de simple. —Me miró los labios como si quisiera volver a besarme—. Lo siento por tu amiga.

—Se recuperó. Pero me siento mal por su mujer. Está casada con un cabrón y ni siquiera lo sabe.

—¿Taylor nunca se lo dijo?

—No. —No quería romper una familia y tener que cargar con la culpa durante el resto de su vida.

—Con suerte fue una sola vez —dijo—. Y tal vez ahora aprecia a su familia.

Lo dudaba mucho.

—Pero me alegro de haberte pegado a ti en vez de a él. No estaríamos aquí ahora si no hubiera...

—Ya somos dos. —Subió la mano por mi espalda hasta que la hundió en mi pelo a la altura de la nuca. Lo agarró en un puño como siempre, sosteniendo los mechones como si fueran riendas—. Y puedes volver a abofetearme siempre que quieras.

Me reí.

—A lo mejor si te portas mal.

Su mirada se ensombreció con intensidad.

—Me portaré mal si me abofeteas.

Mi risa se detuvo mientras la confusión se imponía. Creía que estaba bromeando sobre los bofetones, pero ahora no estaba segura.

—¿Qué?

Me besó lentamente en la boca y cambió de tema, haciendo que me centrara en la sensación de sus suaves labios contra los míos. Empezó a utilizar la lengua, sus jadeos eran ardientes y feroces. De repente, se apartó y se volvió a poner a mi lado como si no hubiera pasado nada.

—Me preguntaste si había algún motivo por el que ayudara a la gente. Me

preguntaste si yo mismo había sufrido algo.

Recordé la conversación. Cuando me dijo que su infancia había sido normal y que no había sufrido, no estuve segura de creerlo. En ese momento parecía muy taciturno.

—Me acuerdo.

—Bueno, pues hay una razón. Es solo que no me gusta hablar de ello.

—No tienes que hablar de ello ahora si no quieres.

Él nunca me había presionado para que me abriera sobre mi pasado. Simplemente había aceptado lo que le di y lo había apreciado. No quería presionarlo cuando no quería que lo presionaran.

Ignoró mi última afirmación.

—Mi padre era drogadicto. Tomaba sobre todo cocaína y alcohol. Cuando tomaba demasiado, se convertía en una persona diferente. Nos hacía cosas a mi hermano y a mí que nunca olvidaremos. Y hacía cosas a otras personas... a personas que no se lo merecían. Me sentí agradecido cuando mi madre falleció, porque así no tendría que saber las cosas horribles que ocurrieron.

Sentí un dolor en el pecho como respuesta, sintiendo exactamente el mismo tipo de dolor que sentía él. Lo que él sentía, yo lo sentía con el doble de fuerza. Había sufrido mucho durante mi juventud, pero saber que alguien más había pasado por ello no me hacía sentir mejor. De hecho, me hacía sentir peor.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada, fue hace mucho tiempo.

—No importa cuánto tiempo haya pasado —susurré—. Nunca se olvida.

Deslizó los dedos con suavidad por mi pelo y por mi nuca.

—No. Pero se vuelve más fácil.

Era la primera vez que me contaba algo privado sobre sí mismo y le agradecía que lo hubiera compartido conmigo.

—Gracias por contármelo.

—Tú puedes confiar en mí. Y yo puedo confiar en ti.

—Sí... Eso parece.

Me besó el cuello antes de incorporarse y miró la hora del reloj.

—Se está haciendo tarde... —Era su forma más o menos educada de echarme.

El cuello prácticamente se me partió ante el latigazo que acababa de recibir. Un segundo se comportaba de forma dulce y abierta, compartiendo un secreto que nunca le había contado a nadie, y al segundo siguiente, me estaba echando a patadas de su cama otra vez.

¿Qué le pasaba?

—Tengo que trabajar por la mañana y sé que tú también. —Apartó las sábanas y se incorporó—. Vamos, te llevo a casa.

—¿De verdad?

—¿De verdad qué? —Giró el cuerpo y me miró; su esculpida figura no lo salvaría esta vez.

—¿Acaso las parejas no duermen juntas?

—Sí. Pero ¿eso que tiene que ver con esto?

—¿Por qué no quieres que me quede a dormir? —Me incorporé y tiré de las sábanas para cubrirme el pecho, ocultando mi desnudez ahora que el momento dulce y tierno se había acabado.

—No es que no quiera que te quedes a dormir. No tiene nada que ver contigo.

—Entonces, ¿por qué me estás echando?

—No te estoy echando —rebatí—. Es solo que se está haciendo tarde y deberíamos descansar.

—¿Y eso no lo podemos hacer aquí? —Era el hombre perfecto en todos los aspectos excepto en esto. Parecía que estuviera ocultando algo, pero ¿el qué?—. ¿Estás viendo a otra persona? —Pronuncié las palabras, pero no pude obligarme a creerlas. Las dije sobre todo porque estaba enfadada.

Su mirada se volvió hostil. Me miró con furia, como si acabara de cruzar

una línea dibujada en el centro de la cama.

—No vuelvas a insultarme así nunca.

—Solo estoy preguntando...

—Pues no preguntes. Te dije que soy tuyo y tú eres mía. No vuelvas a dudar así de mí nunca.

—Entonces explícame...

—No te debo una explicación. No te debo ni una puta cosa. —Salió de la cama; su cuerpo ancho y amenazador—. Lo único que he dicho es que te llevaba a casa y tú lo estás convirtiendo en otra cosa. A lo mejor todavía no estoy preparado para dormir contigo. Tú no quieres follar y lo respeto, así que tú tienes que respetar esto. —Cogió mi ropa y me la lanzó—. Venga, vístete y vámonos.

Me quedé completamente boquiabierta, impactada por lo que había dicho. Con un solo chasquido de dedos su ira había explotado, y me había reñido como si le hubiera hecho algo terrible. Un segundo antes se me había partido el corazón por él. Ahora, solo quería darle una colleja.

—No me hables así.

Se metió la camiseta por la cabeza y se puso los vaqueros.

—Diré lo que me dé la puta gana. Que te quede claro.

Ahora estaba más enfadada que nunca. Se acababa de convertir en una persona distinta delante de mis propios ojos y no me gustaba ni un pelo. La rabia se apoderó de mi cuerpo, caminé con decisión hasta él y le di un fuerte bofetón en la cara. Eché todo el peso de mi cuerpo y lo abofeteé con toda la fuerza que pude, haciendo que la palma de mi mano sonara contra su dura mejilla.

Se giró con el golpe, su cara se movió hacia la derecha cuando la palma de mi mano impactó con ímpetu contra su piel. El resto de su cuerpo permaneció inmóvil, sus hombros anchos y fuertes no se movieron ni un solo centímetro. El pecho le subía y le bajaba con fuertes jadeos, y tenía el cuerpo tenso hasta un punto límite.

Giró lentamente su mirada hacia mí; sus ojos azules de repente parecían grises. Seguía respirando con jadeos fuertes y su pecho fuerte se elevaba con cada respiración. Con la nariz hinchada, bajó la mirada hacia mí, y como si fuera un rinoceronte liberado de su jaula, parecía a punto de cargar contra mí. Mantuve mi posición y lo desafié a moverse.

De repente, estiró la mano hacia mí, me sostuvo por el cuello y me atrajo hacia sí.

Bajé el codo y rompí el contacto antes de volver a golpearle.

Abrió los ojos de par en par y su cuerpo se tensó aún más.

—Joder.

No sabía qué estaba pasando entre nosotros, pero no sabía decir si era bueno o malo. Debería haberme sentido amenazada, incluso en peligro, pero no era así. Una pasión ardiente flotaba entre nosotros y noté que me quemaba por todas partes. Inexplicablemente, quería volver a golpearle una y otra vez.

Me agarró de nuevo, esta vez poniéndome ambas muñecas en la espalda antes de lanzarme sobre la cama. Me sostuvo con su tamaño y me mantuvo presionada contra el colchón sin ninguna esperanza de escapar.

Me apretó las muñecas con tanta fuerza que empezaron a dolerme.

—Vuelve a pegarme y verás lo que pasa. —Me apretó la erección contra el muslo; su forma era evidente a través de los vaqueros. Estaba más duro que nunca, sólido como el acero—. Dame si quieres que te folle tan fuerte que no puedas ni andar. Dame si quieres que te la meta en la boca, en el coño y en el culo. Hazlo.

Los pezones se me endurecieron tanto que de hecho me dolían. Los notaba doloridos al frotarse contra el relleno del sujetador. Me dolían como si los acabaran de chupar con rudeza. Apreté los muslos cuando un reguero de humedad se desbordó entre mis piernas. En lugar de esta asustada y consternada, estaba demencialmente excitada.

Continuó mirándome fijamente a los ojos con la misma expresión amenazante, prometiendo hacer valer su palabra si no lo tomaba en serio.

Finalmente me soltó las muñecas y se apartó con los hombros aún tensos por el peligro inminente.

No dije una sola palabra más.

No sabía qué estaba ocurriendo. No sabía qué acababa de pasar entre nosotros. Estaba al límite de la violencia y era inexcusable, pero al mismo tiempo, nunca me había sentido tan viva. La sangre me hervía en las venas porque me parecía tan malo que me gustaba.

—Cogeré un taxi.

Solo quería alejarme de él lo antes posible. A pesar de lo excitada que estaba, necesitaba huir. Necesitaba pensar en lo que acababa de pasar allí e intentar encontrarle algún sentido.

—No. Te llevo a casa yo. —La callada amenaza de su voz me decía que no lo desobedeciera. Que, si lo hacía, habría graves consecuencias.

Y yo lo creí.

CALLOWAY

Irrumpí en la oficina y agarré la mesa más cercana antes de levantarla y estamparla contra el suelo. Dos de las patas se desprendieron y la madera se partió justo por el centro.

—¡Me cago en la puta!

La lámpara cayó al suelo, pero no se rompió, así que la cogí y la lancé contra la pared. Al ser de cristal, se hizo mil pedazos.

Jackson cerró la puerta de mi oficina y se me quedó mirando sorprendido, con los labios apretados con fuerza como si estuviera impidiéndose a sí mismo decir algo que me sacara de quicio. Echó el cerrojo de la puerta por dentro y continuó observándome, siguiendo mis movimientos con los ojos.

—Mal día, ¿eh?

—Que te jodan, Jackson. No estoy de humor.

Rodeé el escritorio y me dejé caer en la gran silla de piel. No había ni un solo marco de fotos sobre la mesa porque no tenía a nadie que me esperara en casa, ni siquiera un perro.

Apoyé el codo en el escritorio y me froté la sien, intentando eliminar de mi cabeza la migraña que había aparecido de la nada treinta minutos antes. La sangre me latía en la cabeza y encendía aún más mi temperamento. Podría haber matado a alguien solo con las manos.

Jackson se adentró más en mi oficina, arrastrándose lentamente con las manos en los bolsillos.

—¿Supongo que esto tiene que ver con esa chica vainilla?

Chica vainilla.

Qué ingenioso.

Se sentó en la silla que había frente a mi escritorio.

—¿Qué ha pasado?

—Deja de hacerme preguntas como si fuéramos amigos.

—No somos amigos, somos hermanos. Así que cuéntamelo.

Yo no le contaba nada a nadie. Había sido así toda mi vida. Cuanto más sabía alguien de ti, más fácil le resultaba acabar contigo. Pero Jackson tenía razón. Era el único miembro de la familia que me quedaba en el mundo y no debía menospreciarlo. Un día tal vez perdiera la cabeza al igual que mi madre y mi vida no tendría absolutamente ningún significado, porque no la recordaría.

—La he cagado.

—¿Qué ha pasado?

—Estábamos tumbados en la cama y todo iba bien. Entonces le dije que la llevaba a casa.

Jackson permaneció en silencio porque sabía que la historia no acababa ahí.

—Quería quedarse y le dije que no.

—¿Por qué le dijiste que no?

—Yo no duermo con nadie. No lo he hecho nunca y no lo voy a hacer nunca.

Isabella lo entendía porque era mi sumisa. Le dije que para mí era un límite inquebrantable y nunca lo traspasó. Escuchaba mis palabras como si fueran la ley. ¿Por qué Rome no podía hacer lo mismo?

—¿Le dijiste eso?

—No. En realidad, no le di ninguna explicación. Perdí los nervios y dije



un montón de estupideces. Entonces me dio una bofetada... y eso puso las cosas mucho peor.

—¿Te dio una bofetada? —Sonrió—. Tiene cojones.

Sin duda alguna los tenía.

—Me dio unas cuantas veces más y casi la violé en mi cama. De algún modo, reuní la fuerza para no hacerlo. Cambié a mi parte dominante de inmediato. Le dije que me obedeciera o que haría que me obedeciera. Perdí el control por completo. Y estoy bastante seguro de que también la he perdido a ella.

No estaba preparada para ver esa parte de mí. No se lo había mostrado poco a poco ni le había explicado el tipo de hombre que era. Solo había visto a la bestia salir sin ningún aviso.

—Joder...

—Sí. —Seguí frotándome la sien, deseando que esa noche fuera solo una pesadilla.

—Pero, a ver, ¿por qué no dejaste simplemente que se quedara a dormir?

—¿Cómo se supone que voy a venir aquí si ella está durmiendo en mi cama? Sabrá que voy a algún sitio por la noche y tendré que hablarle del Ruin... y ahora mismo no lo entendería. Todavía no estamos en ese punto.

—Sinceramente, no creo que vayáis a llegar a ese punto nunca.

Se me heló la sangre.

—¿Y eso qué se supone que quiere decir?

—Abre los ojos, tío. Nunca va a ser una sumisa. Es vainilla y los dos lo sabemos. ¿De verdad quieres ocultar quién eres? ¿Por qué dirigimos este lugar? Es para que podamos ser nosotros mismos con personas como nosotros. Con esa piba vas a tener que ser alguien que no eres. ¿Es eso lo que quieres de verdad?

No tardé mucho en encontrar la respuesta.

—No.

—Entonces termina con ella y vuelve con Isabella. Aceptaré volver

contigo en un abrir y cerrar de ojos.

Y ahí es donde me topaba con el obstáculo.

—Pero no quiero volver con Isabella. Quiero tener a Rome.

No podía negarlo porque lo sentía en lo más hondo de mi instinto. A pesar de su sencillez, la ansiaba. Quería arrastrarla conmigo al lado oscuro, haciendo que se sumergiera en las sombras hasta que fuéramos uno solo con la oscuridad. No quería hacerlo con nadie más, solo con Rome.

—Bueno, pues no puedes estar con una chica vainilla. Lo has intentado y has fracasado.

—No he fracasado. Simplemente... estamos pasando por un mal momento.

—Después de lo que ha pasado, no va a querer tener nada que ver contigo, tío. —Sacudió la cabeza, su fuerte mandíbula era severa como la mía. Tenía el mismo aspecto de depredador que tenía yo, el mismo aspecto que tenía nuestro padre—. Va a pensar que eres un bicho raro. Un monstruo.

Por desgracia, probablemente en eso tenía razón.

ROME

—Eh, ¿qué pasa? —Christopher entró en mi apartamento y sacó una cerveza de la nevera—. ¿Qué es eso tan urgente? —Se dejó caer en el sofá comido por las polillas y puso los pies en la mesita de salón. Giró la oreja hacia la puerta como si intentara escuchar algo—. Esto está demasiado callado. ¿Se ha mudado alguien?

—El tío del otro lado del rellano.

—¿El que pone música toda la noche?

—Sí.

Asintió.

—Menudo alivio.

Me senté a su lado con una copa de vino y la botella llena en la mano.

—No sé qué hacer con respecto a Calloway. Tal vez no funcione.

Christopher casi escupió la cerveza mientras tragaba.

—Eh, espera un momento. —Se limpió la boca con la camisa de cuello y dejó la cerveza en la mesita—. ¿Qué has dicho?

—Tuvimos una pelea ayer por la noche y pasó algo raro...

Con las dos cejas levantadas, se quedó mirándome fijamente.

—Vas a tener que ser un poco más específica.

Christopher y yo no éramos parientes de sangre, pero aun así era raro

hablar de mi vida amorosa con él. Era algo que ninguno de los dos mencionaba nunca.

—Estábamos en la cama y... —Me sentía rara solo con decir eso—. Y quería quedarme a dormir, pero él quería que me marchara.

Entrecerró los ojos y su mirada se ensombreció.

—¿Se acostó contigo y después te echó? Esa una jugada bastante estúpida.

—No nos acostamos. Solo... eso. —Dios mío, eso era muy raro.

—Ah... Ya lo pillo. —Christopher normalmente habría hecho un par de bromas, pero se comportó de una forma extrañamente madura—. ¿Te dijo por qué?

—No. Y después me enfadé un poco y dije cosas que no quería decir... que si iba a salir y a liarse con alguien. Entonces me gritó y me dijo que me metiera en mis asuntos. Así que le di un bofetón. —Me encogí con esa última parte.

—Joder. Parece una pelea de verdad.

—Se nos fue de las manos. —Por no decir otra cosa.

—¿Por qué estás pensando en dejarlo? Las parejas discuten todo el tiempo.

—Pero ¿no crees que es raro que no me deje quedarme a dormir? Es la segunda vez que lo hace.

Christopher cogió la cerveza de la mesa y dio un trago.

—Sinceramente, en este caso estoy de su parte.

—¿Qué?

¿En serio?

—No lleváis mucho tiempo saliendo y no os habéis acostado. Si el hombre no quiere que te quedes a dormir, creo que tiene derecho. Sinceramente, si una mujer le dijera eso a un hombre, nadie se inmutaría. Tendría que respetarlo y echarse atrás. Es un doble rasero.

Me quedé con la boca abierta.

—No es un doble rasero de ninguna manera.

—Lo siento, hermanita. Sí que lo es.

—Pero ¿no crees que es raro que no me cuente el porqué?

Se encogió de hombros.

—¿Tú le has contado todo sobre ti?

—La mayoría.

—No sé... Creo que todo el mundo tiene derecho a un poco de privacidad. Si llevarais seis meses saliendo, tendría distinta opinión. Pero ahora mismo, creo que tiene razón. Y creo que tienes que disculparte con él por haberle pegado.

—Se comportó como un cabrón conmigo.

—Sí, probablemente. Pero nunca te puso un dedo encima, ¿no?

Sabía que me había pillado.

—Doble rasero. Otra vez.

Me tapé la cara con las manos porque sabía que tenía razón.

—Creo que no deberías romper con él. Pero creo que probablemente él va a romper contigo.

El corazón se me hundió hasta el estómago cuando la verdad me abrasó la sangre. Christopher tenía razón y yo lo sabía. La situación había sido mala en general, pero era yo la que había perdido los nervios primero. Estábamos tumbados juntos tan tranquilos cuando de repente me presionó para que me marchara. Muy dentro de mí, sabía que esa era la verdadera razón por la que estaba molesta. Simplemente no lo había afrontado de la manera adecuada.

—Al menos tendré a un semental con el que ir a ligar con tías. Los tipos de la oficina son demasiado empollones.

—Christopher. —No estaba de humor para sus bromas.

—¿Qué? Si rompéis, ¿ya no podemos seguir siendo amigos?

—No puedes ir a ligar con tías con él.

—¿Por qué? —Se acabó el resto de la cerveza y puso la botella vacía en la mesa—. No sacaré el tema contigo ni nada así.

Puse los ojos en blanco porque Christopher no lo entendía.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos. Fue una llamada lenta y fuerte que me indicó que había un hombre al otro lado.

La mirada de Christopher salió disparada hacia la puerta.

—Me pregunto quién será.

Mierda. Calloway debía de haber parado de camino a casa e iba a mandarme a freír espárragos antes de seguir adelante con su vida. El final estaba ahí y sabía que no podría asimilarlo. Mi cuerpo cobraba vida por él como nunca lo había hecho por nadie más. ¿Había arruinado lo mejor que me había pasado nunca?

Christopher volvió a mirarme.

—Échale cojones y abre la puerta.

Normalmente le habría regañado, pero en ese caso tenía razón. Respiré hondo antes de girar el picaporte y abrir la puerta.

Calloway estaba de pie al otro lado, con un traje y una corbata negros. Con aspecto de valer un millón de pavos, hacía que el rellano pareciera un túnel estrecho. Su cabello oscuro estaba despeinado porque se había pasado por él los dedos y sus ojos intensos albergaban su típica mirada helada. Sus pensamientos eran ilegibles, ocultos bajo capas de su armadura.

Sabía qué venía a continuación.

—Hola.

No me devolvió el saludo. Lo único que hizo fue mover ligeramente la cabeza.

Christopher se aclaró la garganta y pasó a mi lado para llegar a la puerta. Pasó junto a Calloway con incomodidad y le saludó brevemente con la mano antes de desaparecer en el recibidor.

Calloway mantuvo la mirada posada en mí como si no lo hubiera visto.

—¿Quieres pasar?

Calloway entró, trayendo consigo una sombra. Se estiró las mangas por costumbre y se quedó de pie en el centro de mi minúsculo apartamento.

Parecía incluso más pequeño con él dentro, como si fuera una jaula demasiado pequeña para un animal enorme. Echó un vistazo al apartamento examinándolo rápidamente antes de girarse de nuevo hacia mí.

Cerré la puerta y me quedé a unos pasos de distancia, sintiéndome ansiosa y nerviosa de repente. No tenía la mejilla roja por el golpe, pero su exterior aún mostraba señales de irritación evidentes. Cuando me había llevado a casa la noche anterior, no se había despedido de mí. Esperó a que entrara en casa y se marchó.

Metió las manos en los bolsillos y apoyó su peso en una pierna, pareciéndose a la fantasía de cualquier mujer.

Había olvidado lo bueno que estaba.

Ahora sería incluso peor que me dejara.

Aún no había dicho nada, como si esperara que yo hablara primero.

—Sé por qué estás aquí. Creo que deberíamos acabar con esto de la forma más rápida e indolora posible.

—¿Indolora? —Arqueó las cejas de forma sensual. Nadie más podía hacer eso—. No hay placer sin dolor.

—¿Qué? —No comprendía lo que quería decir y parecía que tuviera que hacerlo.

No dio detalles.

No iba a sacar nada más de él, así que avancé.

—Sé que estás aquí para romper conmigo y no pasa nada. Entiendo que estés molesto y creo que tienes todo el derecho del mundo a marcharte. Pero quiero que sepas que lo siento. Siento haberte pegado...

—Nunca te disculpes por eso. —Su garganta rezumaba una agresividad inesperada que me golpeó como un rayo. La mirada que me dirigió era un poco aterradora. Y un poco sexi.

—Pero estuvo mal por mi parte. Ni siquiera sé por qué lo hice.

—Porque te gustó. Y sabes que a mí me gustó. —Redució la distancia que había entre nosotros, acercándose tanto que podíamos besarnos—. No estoy

aquí para romper contigo. De hecho, estoy aquí para rogarte que te quedes conmigo.

—No tienes que rogar.

—Entonces solo te lo pediré. —Movi6 las manos a mis caderas, donde sus dedos se clavaron a cada lado con suavidad—. Siento haberte hablado mal. Es que tengo... problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Problemas de ira.

Hasta ese momento lo había ocultado muy bien.

—Problemas para controlarme.

De eso me había dado cuenta.

—Y no voy a cambiar nunca. Soy así, y lo suavizaré siempre que estemos juntos. Pero a veces, se me escapará. Si eso no te importa, me gustaría hacer que esto funcionara.

—En tu defensa, diré que creo que te provoqué.

—No. —Me atrajo más hacia su pecho—. Me hiciste una pregunta y yo no te di una respuesta lo bastante buena.

—Fui demasiado dura contigo...

—Me gusta cuando eres dura conmigo. Por eso estoy tan obsesionado contigo. —Se inclinó hacia mí y apretó los labios contra los míos, dándome un beso tan suave que pensé que sus labios estaban hechos de pétalos de rosas.

Cuando se apartó, estaba un poco aturdida. Todo el enfado que tenía de la noche anterior desapareció. Ahora solo quería que se quedara conmigo para siempre. Quería ese beso un millón de veces más, hasta que el sol se apagara.

—Así que yo lo siento y tú lo sientes. —Me besó en la comisura de la boca—. Ahora podemos pasar página.

—Sí...

Me puso una mano en la mejilla antes de volver a besarme, dándome un abrazo más fuerte.



Me derretí bajo sus caricias, sintiendo que todo mi cuerpo se arrastraba bajo ellas. Me estaba ahogando, pero cada instante en que no tenía aire era el mejor forcejeo que había experimentado nunca.

Me guió hasta mi pequeña cama que estaba en el rincón, me tumbó y su cuerpo fuerte cubrió el mío. Sus manos tiraron de mi vestido hacia arriba de inmediato antes de que se quitara la chaqueta. Me puso una pierna alrededor de su cintura antes de aplastar la boca contra la mía, magullándome los labios con la intensidad de su beso.

Como si no hubiera pasado nada, le rodeé en cuello con los brazos y profundicé el beso, cayendo bajo el hechizo que él lanzaba. Tenía un poder sobre mí que no podía desaparecer y llegaba tan al fondo de mis venas que me calaba los huesos. Me poseía y me reclamaba como suya, y por primera vez, me pareció perfectamente bien que un hombre me reclamara.

---

DESPUÉS DE CENAR EN SU CASA, FUI AL FREGADERO Y EMPECÉ A FROTAR LOS platos sucios. Era un hábito que nunca me había quitado; me gustaba meter todos los platos sucios en el lavavajillas antes de irme a la cama. Tener la cocina limpia por la mañana me daba tranquilidad. Y una cocina tan bonita como la suya había que mantenerla limpia.

—¿Qué estás haciendo? —Cerró el grifo y me quitó el plato de la mano.

—Fregar. ¿Nunca lo has hecho? —Levanté la comisura del labio sonriendo porque me gustaba ser una listilla.

—Muchas veces. —Puso el plato mojado en el fregadero—. Pero tú no vas a fregar. Me ocuparé yo más tarde.

—Pero siempre te ocupas tú.

—Porque eres mi invitada. —Me agarró las dos muñecas y me llevó hasta la isla de la cocina, apretándome la espalda contra la encimera. Me sostuvo las muñecas con firmeza, oprimiéndolas ligeramente—. ¿Me entiendes?

—No. No te entenderé nunca.

A veces lo desafiaba para hacerle perder los estribos. Sus ojos me dirigieron una mirada ardiente, y estaba incluso más sexi de esa forma.

—Supongo que tendré que hacer que me entiendas. —Me levantó y me puso sobre la isla. Colocó mis piernas alrededor de su cintura y apretó su erección contra mí a través de sus pantalones vaqueros—. En caso de que no estuviera claro antes, la tengo dura solo por ti, por nadie más. Así que no vuelvas a acusarme de lo contrario. —Me sostuvo el pelo en un puño y lo sujetó bien agarrado en la nuca—. ¿Nos entendemos ahora?

Esta vez lo obedecí.

—Sí.

—Bien. —Metió la mano bajo mi vestido hasta las bragas en un nanosegundo. Sus dedos grandes encontraron mi clítoris y me frotó con agresividad, intentando que me corriera en el medio de su cocina. Me miró a los ojos con la misma expresión de acero y contempló cómo me retorció por él—. Me encanta verte la cara mientras te corres.

Mis manos serpentearon hasta sus bíceps, mi ancla, y me aferré mientras él continuaba frotándome ahí abajo. Era una sensación increíble, como fuego ardiendo, candente. Abrasaba cada centímetro de mi piel y me quemaba de dentro afuera.

Apretó los labios contra mi oreja y contuvo la respiración, esperando el momento justo.

Sentí que el ardor entre mis piernas aumentaba hasta que llegó al punto culmen.

—Ahora córrete.

Obedecí su orden y sentí que mi cuerpo se desintegraba mientras el placer me desgarraba con violencia. De mi garganta escaparon gritos incoherentes, y no estaba segura de lo que estaba diciendo o de lo que pretendía decir. Solo con sus dedos, hacía que me derritiera a sus pies. No podía imaginarme lo que haría su miembro grande y grueso.

Admiró la expresión agotada de mi rostro y la comisura de su boca se curvó en una sonrisa triunfal.

—Espero que no estés demasiado cansada. Porque ahora es mi turno.

No había tenido tantas ganas de tener un pene en mi boca en toda mi vida. Pero ahora era lo único que quería, sentir que me ahogaba con su tamaño hasta que tuviera los ojos húmedos por las lágrimas.

—Nunca estoy demasiado cansada para eso.

---

NOS QUEDAMOS TUMBADOS EN SU GRAN CAMA, ACURRUCADOS BAJO LAS sábanas. La fría escarcha se adhería a las ventanas y nos hacía sentir como si estuviéramos en un paraíso invernal. Había nevado el día anterior y había nieve fresca en las aceras.

No necesitábamos calefacción central porque tenía a ese enorme hombre a mi lado. Grande y fuerte, su cuerpo me mantenía cálida y me protegía del frío. Con él no necesitaba ropa ni refugio. Solo necesitaba a Calloway.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Subí la mano por su pecho hasta su hombro, sintiendo los surcos de cada músculo.

—Sí.

—¿Cuándo haces ejercicio? —Nunca había mencionado que fuera al gimnasio, pero sabía que debía de hacer deporte. No había forma de que un hombre tuviera ese aspecto sin un compromiso serio. Si no, era realmente un dios.

—A primera hora de la mañana, antes de ir a trabajar.

Eso explicaba por qué nunca lo mencionaba.

—Yo llevo tiempo con intención de hacer ejercicio... pero llevo años diciéndolo y en realidad no he hecho nada. —Estaba demasiado ocupada y era demasiado pobre para pagar la cuota de un gimnasio.

—Por suerte no comes nunca —bromeó.

—Sí como —rebatí—. Si no, estaría muerta.

—Pero sin duda no comes lo suficiente. —Su mano se deslizó por mi vientre plano hasta mi cadera—. Pero aun así creo que tu cuerpo es sexi.

—¿De verdad? A mí mis piernas no me gustan mucho.

—¿Por qué?

—Son demasiado escuálidas. Me recuerdan a patas de pollo.

—Haz sentadillas.

—Paso. —Pasar calor y sudar en un gimnasio no era lo mío. Nunca tendría el compromiso necesario para ponerme a ello. Además, todo el mundo se me quedaría mirando porque sabrían que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo—. Preferiría hacer sentadillas sobre tu cara.

Su mirada se ensombreció de inmediato ante ese comentario, volviéndose más oscura que el inframundo.

—Me parece un ejercicio perfecto.

—A mí también.

Me atrajo hacia sí y me dio algunos besos en el lóbulo de la oreja. Me encantaba notar su respiración pesada aumentada en el oído. Podía sentir su desesperación sexual junto con su contención. Y cuando movía la lengua por esa zona sensible, me daba escalofríos.

Quería quedarme en su cama toda la noche, pero sabía cuál era el desenlace del día. Al igual que todas las otras noches, tendría que marcharme. Esta vez no haría ninguna pregunta al respecto. Era evidente que él no quería hablar de ello y yo no iba a forzar la conversación. Sabía que no se escabullía a mis espaldas. No era ese tipo de persona y sabía que él no me haría daño de esa forma. Debía de tener problemas con respecto al espacio, nada más.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No me preguntes si puedes hacer preguntas. Simplemente pregunta.  
—Su mano descansaba en la curva de mi cintura.

—¿Has estado enamorado alguna vez?

A lo mejor había tenido una relación seria con alguien y no había

funcionado. Había dormido junto a ella todas las noches hasta que tuvieron una ruptura desagradable, y ya no podía volver a dormir con nadie nunca. No estaba intentando ser entrometida. Realmente solo quería saber más del hombre del que me estaba enamorando.

—No. —Su respuesta fue fría y dura, como si no hubiera posibilidad de que hubiera estado cerca siquiera de sentirse así por alguien.

—Ah... —Ahora que mi teoría era equivocada, no sabía que pensar—. ¿Has tenido una relación seria? —La respuesta también debía de ser no.

—No.

Ahora no sabía que decir.

—Estaba con alguien un poco antes de que tú aparecieras, pero no era una relación. Nos vimos un tiempo, pero no había sentimientos... como lo que tenemos nosotros.

—¿Cuánto tiempo?

Dudó antes de responder.

—Un año.

Me quedé boquiabierta.

—¿Saliste con ella durante un año pero nunca fuisteis en serio?

—Sí. Éramos básicamente follamigos monógamos. —No había remordimiento en su rostro por lo que estaba diciendo. Y no parecía importarle mi opinión al respecto.

—¿Eso es porque aún no has encontrado a la persona correcta?

Calloway era guapo, rico y compasivo. Podía tener a quien quisiera, y no debería resultar sorprendente que fuera tan despegado emocionalmente. Podía hacer cualquier cosa que quisiera y salirse con la suya.

—Es posible. Pero sinceramente, nunca he buscado algo serio. El matrimonio y ese tipo de cosas no entran en mis planes realmente.

—Contempló mi expresión, viendo cómo mis ojos iban de un lado a otro en tensión—. Sé que no es algo que quieras oír, pero no quiero mentirte.

—Entonces, ¿eso significa que esto tiene fecha de caducidad?

Cerró la boca como si no fuera a responder.

—No, no necesariamente. La idea de perderte me aterroriza. No quiero despertarme por la mañana sin saber que eres mía. Sé que es pronto y que no llevamos mucho saliendo, pero... siento algo diferente contigo.

Toda mi ansiedad desapareció cuando dijo esas palabras.

—Yo también siento algo diferente contigo.

—Mi pasado no tiene nada que ver con nosotros, así que preferiría no compararnos con él. —Apretó la mano contra la parte baja de mi espalda, manteniéndome en mi lugar—. Lo único que sé es que quiero estar contigo. Solo contigo.

Mi corazón me advirtió de que estaba metiéndome en algo peligroso. Calloway era una bala perdida y no tenía el tipo de historial amoroso que yo buscaba en un hombre. Habría preferido saber que tenía una relación seria y que quería casarse y tener hijos... pero no era el caso. Pero sabía que no podía alejarme de él, no cuando tenía unos sentimientos tan fuertes por él. El corazón me latía desenfrenadamente siempre que él estaba cerca, y las rodillas se me debilitaban cada vez que me besaba. Había pasado toda mi vida buscando a alguien como él, un compañero que ayudara a los menos afortunados. Había buscado a un hombre que no se rindiera cuando las cosas se pusieran difíciles. Había buscado a un hombre que pudiera aportarme ese maravilloso sentimiento de felicidad cada vez que me besara. Por todas esas razones, no quería alejarme.

No quería alejarme nunca.

---

CHRISTOPHER CAMINABA A MI LADO POR EL PARQUE, DANDO SORBOS A SU café. Los dos acabábamos de salir del trabajo y habíamos decidido quedar para cenar pronto. Ahora estábamos quemando las calorías que habíamos consumido porque nos habíamos llenado la tripa con demasiada comida

india.

El otoño en Central Park era bonito porque las hojas pasaban a ser rojas y doradas. El invierno era una capa blanca. Las hojas de los árboles estaban cubiertas de nieve y el lago estaba congelado con un hielo de centímetros de grosor. Pero, en cualquier caso, el entorno seguía siendo precioso.

—Tío, odio el trabajo ahora mismo. —Su abrigo largo gris le llegaba hasta las rodillas y mantenía caliente su gran cuerpo—. No acaba nunca. Justo cuando creo que estoy al día, llego a la mañana siguiente y vuelve a ser una pesadilla.

—Sí, pero te encanta.

—No. Tengo que encontrar a una ricachona. Ya sabes, un pibón que gane pasta. Podría quedarme en casa todo el día y jugar a los videojuegos, y cuando ella llegara a casa, podría follarme y darme un regalito.

Puse los ojos en blanco.

—Nunca harías eso.

—Joder, claro que sí. Si conociera a una médica o a una abogada o algo así.

—Te aburrirías.

Negó con la cabeza.

—No me conoces muy bien. Además, tendríamos hijos, así que yo cuidaría de ellos.

—¿Y cuando estén todo el día en el colegio?

Se encogió de hombros.

—Compraré cosas en Amazon.

Esta vez me reí de verdad.

Dio un sorbo al café y metió la mano libre en el bolsillo para mantenerla caliente.

—Bueno, ¿cómo van las cosas con don maravilloso?

—No lo llames así.

—¿Qué? Lo es.

—A lo mejor puede ser él tu pibón ricachón, ya que te gusta tanto.

Estaba a punto de rechazar la idea cuando, en lugar de eso, se encogió de hombros.

—No sería mala idea. A los dos nos gustan los Knicks, y es bastante tranquilo.

No sabía si estaba bromeando o no.

—Las cosas van bien. Nos reconciamos y todo ha ido sin problemas.

—Vaya. Me sorprende que no te dejara.

—Ya somos dos.

Le había dado tres bofetones, y muy dentro de mí, me había gustado. Eso me convertía en una pervertida enferma y retorcida. No tenía ninguna inclinación hacia la violencia, pero en cierto modo eso hizo que me excitara.

—Debes de gustarle de verdad. Lo noté cuando lo conocí. No se fija en nadie más que esté en la sala excepto en ti. No estoy seguro de por qué. O sea, no es que tú parezcas una supermodelo ni nada por el estilo.

—Vaya, gracias.

—Sea lo que sea lo que tengas, le gusta. Parece estás haciendo algo bien.

La última conversación que habíamos tenido era sobre su falta de compromiso. No estaba buscando un matrimonio con hijos. Nunca antes había pensado en ello y ni siquiera ahora entraba en sus planes. No estaba segura de si tenía que preocuparme al respecto. No necesitaba casarme de inmediato, pero tampoco quería perder el tiempo.

—Quiero preguntarte algo y quiero que te lo tomes en serio.

—¿Yo? —Se rio—. Como si eso fuera posible.

—Christopher. —Usé mi voz severa para que supiera que debía comportarse.

—Está bien. —Dio un sorbo al café—. Cuéntamelo.

Me re Coloqué la bufanda roja alrededor de la garganta para evitar que el frío me tocara la piel. Mi aliento formaba vaho al salir y sentí lástima por todos los indigentes que había en la calle. Había refugios, pero estaban



desbordados e insalubres.

—Estuvimos hablando ayer por la noche y básicamente me dijo que nunca ha tenido una relación seria y que no está buscando una relación seria. No piensa en el matrimonio ni en tener hijos. Y lo último que tuvo no fue una relación de verdad, sino una relación de follamigos.

Christopher siguió caminando; sus anchos hombros se veían fuertes bajo su abrigo. Tenía vello en la cara porque llevaba días sin afeitarse, pero probablemente le protegía la piel del frío invernal.

—¿Y?

—¿Crees que eso debería preocuparme?

Meditó sobre mi pregunta antes de negar con la cabeza.

—La verdad es que no.

Levanté una ceja porque no era la respuesta que esperaba.

—Deja que te dé una exclusiva sobre los hombres, hermanita. Ya sabes, como no tienes amigos, tengo que enseñártelo yo todo.

Ni siquiera me molesté en entornar los ojos.

—Ningún hombre está buscando una relación en un momento determinado. Si conoces a un tío que dice eso, evidentemente algo le pasa.

—¿Eh? ¿Y eso?

—Eso significa que está ansioso por asentarse porque tiene miedo a estar solo. O que está despechado porque tuvo una relación genial hasta que la tía le dio la patada y ahora no sabe estar sin pareja. En serio, fíate de mí en esto.

Estaba generalizando mucho.

—Para un tío normal y corriente que dice que no está buscando una relación, es algo completamente normal. Ellos necesitan encontrar primero a la mujer adecuada. Siempre y cuando lo hagan, se darán cuenta de que quieren guardarse la polla en los pantalones y de que no quieren a ningún otro tío cerca de su mujer. Y es ese momento el que les hace darse cuenta de que no tienen más opción que meterse en una relación. ¿Tiene sentido?

Extrañamente, lo tenía.

—A mí ese tío me ha dicho directamente que era tu novio. Me dijo que iba a quedarse mucho tiempo. Reclamó sus derechos incluso ante mí, tu hermano. Así que no te preocupes por todas las bobadas que dijera sobre el matrimonio. Está pillado por ti y cuando pase suficiente tiempo, se dará cuenta de que no quiere estar con otra mujer. Y entonces es cuando tendréis una boda estúpida y ridícula.

Calloway sí me había dicho que las cosas eran diferentes conmigo, que era mi novio y que éramos pareja exclusiva. Teníamos mucha química y pasábamos casi todo nuestro tiempo libre juntos. Christopher probablemente tenía razón. Pero, aunque estuviera equivocado, eso no me haría cambiar de opinión. Quería estar con Calloway, aunque no durara para siempre.

—Y no os habéis acostado, ¿verdad?

—Esa es una pregunta personal.

—¿Quieres mi ayuda o no? Pues responde.

—No.

—¿Que no respondes?

—Que no nos hemos acostado.

Christopher se burlaba de mí por necesitarlo, pero él también me necesitaba a mí. Solo que él no era tan obvio al respecto. Me pedía que fuera a buscar pisos con él e incluso había sido su ayudante alguna vez cuando iba a ligar con chicas. Pasábamos todas las vacaciones juntos, aunque estuviéramos los dos solos sentados en mi minúsculo apartamento con una botella de vino y sin cena.

—Llevas semanas saliendo con él.

Me encogí de hombros a modo de respuesta.

—Entonces está claro, Rome. No va a irse a ningún sitio.

—¿Por qué dices eso?

—Si una chica me hiciera esperar más de dos citas, perdería el interés. El sexo no lo es todo, pero si tuviéramos exclusividad y estuviera pagándole todas las cenas... esperararía algo de acción. Así que, si es paciente contigo, va

jodidamente en serio. Un tío como él podría follar siempre que quisiera. Se la está guardando en los pantalones por ti sin ni siquiera conseguir un polvo. Básicamente, ese tío se merece que el presidente de Estados Unidos le conceda una medalla.

CALLOWAY

Entré al Ruin después de medianoche y acogí con agrado la fuerte música en mis oídos. El *heavy metal* era solo ruido para la mayoría de la gente, pero para mí era igual de reconfortante que escuchar música clásica en una galería de arte.

Pasé por la barra y saludé a algunos de los clientes habituales. Siempre que estaba dentro del Ruin, estaba rodeado de amigos, gente que pensaba como yo y que entendía mis fetiches y mis deseos oscuros. Aquí no había preguntas, solo soluciones.

Jackson estaba sentado en la barra hablando con una mujer vestida con cuero. Unos pantalones muy ceñidos resaltaban las curvas de sus caderas, y su chaqueta negra estaba ajustada alrededor de la cintura. La cremallera estaba bajada por debajo de su pecho, y un considerable escote quedaba a la vista para cualquiera que mirara en esa dirección.

—Esto es lo que estoy pensando. Tú eres el león y yo soy el domador. Lo único que nos falta es el látigo.

Teníamos formas muy diferentes de ligar. Yo simplemente establecía contacto visual con ellas y exploraba su cuerpo con la mirada. Buscaba el rubor en sus mejillas y el modo en que sus bocas se abrían ligeramente, necesitando un beso. Entonces caminaba hasta ellas y presionaba mi boca con

la suya. El resto ya se sabía.

—Creo que deberíais intercambiaros los papeles. Es solo mi opinión.

Jackson levantó la mirada hacia a mí, con un gesto de puro fastidio en la cara.

—A lo mejor deberías ponerte tú a cuatro patas. Ella te fustigará unas cuantas veces.

—No. No quiero robarte a tu chica. —La miré moviendo las cejas y me alejé.

Jackson se apartó de la barra y me alcanzó.

—Estás de buen humor. ¿Vainilla se ha abierto de piernas por fin?

No respondí a la pregunta porque no era asunto suyo cuándo metía la polla entre sus labios.

Contempló la expresión endurecida que apareció en mi rostro.

—Supongo que no.

Quería cambiar de tema y rápido.

—No dejes que te aleje de tu amiga. —Atravesé la oscuridad del bar y me dirigí a mi oficina.

—Eh, espera. Tengo que contarte algo.

—Mándame un mensaje. —Al ser mi hermano pequeño, había sufrido mis estupideces toda la vida. Pero ya estaba acostumbrado.

Esta vez me agarró por el hombro.

—Tío, estoy intentando decirte que Isabella ha venido esta noche. No estoy seguro de si sigue aquí.

La mención de mi ex despertó mi interés.

—Me alegro por ella. Sabía que acabaría haciéndose a ello.

—Preguntó si estabas aquí. Así que no, no creo que esté haciéndose a ello.

Madre mía, ¿es que esa mujer no podía pasar página de una vez?

—No pensaba que fueras a venir esta noche, así que quería ponerte sobre aviso.

—Vale, gracias.

Me dio una palmada en el hombro antes de volver con su cita.

Ahora sentía como si estuviera expuesto, como si fuera la presa evitando al depredador. Probablemente estaba buscándome en ese mismo momento, sabiendo que aparecería en el Ruin a última hora. Seguí caminando hacia mi oficina y sentí unos ojos que me atravesaban la espalda. Esa espeluznante sensación de estar siendo observado me quemaba hasta los huesos. Sabía que ella estaba allí, esperando su oportunidad.

Llegué hasta mi oficina porque prefería tener esa discusión en privado. Todo el mundo sabía que ella y yo ya no estábamos juntos y quería que siguiera siendo así. Entré y dejé la puerta sin cerrar con el pestillo para no tener que levantarme otra vez.

En cuanto llegué al escritorio, hizo su jugada.

—Ahí estás. —Isabella habló con voz triunfal, como si me hubiera ganado en algún tipo de juego.

Bajé la mirada hacia la mesa y no le mostré el respeto de mirarla a los ojos.

—Y ahí estás tú. —Agarré la pila de carpetas que Jackson me había dejado y busqué entre ellas—. Estoy ocupándome de los negocios. ¿Puedo ayudarte en algo?

Sus tacones hicieron eco en el suelo de madera negra mientras se aproximaba a mí por detrás.

—Solo quería saludar.

Lancé las carpetas sobre el escritorio y finalmente me giré. Me apoyé contra la madera y me quedé mirado su ceñido conjunto. Llevaba un sujetador negro que le unía las tetas y una falda corta, luciendo como una mujer que necesitaba desesperadamente un dominante. Su cabello estaba peinado con unos rizos seductores, exactamente como a mí me gustaba.

Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Pero mi entrepierna ni siquiera se movió.

—Hola.

Sospechaba que Isabella sería un incordio durante un tiempo. En lugar de regañarla, intenté ser paciente. Me había dedicado un año de su vida, permitiéndome poseerla y controlarla. Aunque ya no sentía lo mismo, aún la respetaba por haber confiado en mí durante tanto tiempo. Nuestra historia me impedía insultarla como habría hecho con cualquier otra persona.

—¿Qué tal está tu juguete?

No era mi juguete. Todavía.

—Bien. ¿Has encontrado al dominante adecuado?

—Tú eres el dominante adecuado, Cal.

Tal vez un año había sido demasiado. No debería haber confiado en que no se encariñaría conmigo, en que no se enamoraría de mí. Era culpa mía por haber permitido que esto ocurriera.

—Para ti, no.

Entrecerró los ojos humillada.

—¿Qué tiene esa mujer que sea tan especial? Es imposible que sea mejor sumisa que yo. Te lo he dado todo, Cal. Te he dado un año entero de mi vida. Cuando te canses de ella, seguiré aquí, esperándote.

Eso era lo peor que podría haber dicho.

—Isabella, no voy a volver nunca. Incluso aunque dejara de ver a esta mujer, no volveré a pedirte que seas mi sumisa. No somos distintos a los animales. Nos unimos a un compañero durante un tiempo y después pasamos página. Siento haberte hecho daño. De verdad, lo siento. Pero necesitas olvidarte de esto... olvidarte de mí.

---

ROME ABRIÓ LA PUERTA VESTIDA CON UN CEÑIDO VESTIDO NEGRO Y TACONES rojos. Tenía el pelo con volumen y rizado, enmarcando su preciosa cara y realzando sus altas mejillas. Sus ojos verdes deslumbraban en contraste con

el oscuro maquillaje de sus ojos.

Estaba para tirársela.

—Estás preciosa.

La oprimí contra la puerta justo después de que la cerrara y apoyé las dos palmas de la mano en la madera, manteniendo su espalda apretada con firmeza contra ella. Como un animal enjaulado, estaba arrinconada sin tener ningún lugar al que huir.

Respiró hondo, preparándose para lo que fuera que estaba por llegar.

Ahora no quería salir a tomar algo. Quería quedarme allí, subirme a esa pequeña cama que tenía y tirármela todo el fin de semana. La forma en que nos habíamos estado liando me había satisfecho temporalmente, pero no saciaba mi hambre. Solo cuando entrara en ella, cuando llenara su sexo con mi dominación, me sentiría finalmente pleno.

Me quedé mirándola a los ojos con tanta intensidad que no parpadeé. Prácticamente me temblaban las manos por la exasperación. Mi verdadero yo, el hombre controlador que tenía muy dentro de mí, quería salir disparado de mi interior y expresarse por completo. Siempre sería una criatura de la noche. Siempre sería un dominante. Me resultaba casi imposible permanecer calmado y centrado. Me resultaba casi imposible concederle cualquier derecho. Pero la deseaba con tantas ganas... Luché contra ese aspecto oscuro de mí mismo hasta que estuvo escondido, oculto muy dentro de una jaula cerrada que no tenía llave.

Presioné la boca contra la de ella y la besé con suavidad, justo lo contrario de lo que quería hacerle. Quería apretar mi pecho contra sus tetas con fuerza y notar cómo se le endurecían los pezones. Quería follármela contra la misma puerta y escucharla susurrar mi nombre.

Se derritió con mi contacto; el labio inferior le temblaba ligeramente por la pasión. Me metió la lengua en la boca y llegó hasta la mía, jugando levemente con ella. Yo quería un abrazo suave, pero ella lo llevó de inmediato un paso más allá. Siempre que ella quería algo, lo tomaba.



Eso me encantaba de ella.

—Olvidémonos de las bebidas.

Bajé las manos a los dos lados de su cintura y apreté mi pecho contra el de ella. Aún quedaba una semana más de esta tortura antes de que mi pene pudiera reclamar finalmente lo que era mío. Una parte de mí temía el momento en que finalmente la tendría. No sería capaz de controlar mi parte dominante, de mantenerme calmado y dulce. La agarraría por el pelo y le diría que era de mi propiedad para siempre, que ni siquiera miraría a los ojos a otro hombre a menos que yo le diera permiso.

Y ella no aceptaría eso sin rechistar.

—No podemos. —Subió las manos por mis brazos y los apoyó en mis bíceps. Era el lugar que más le gustaba tocarme. Clavó los dedos en su imponente tamaño y no los soltó—. Christopher nos está esperando.

—Es un tío. Lo entenderá.

—Y es mi hermano —me recordó—. No dejo plantada a mi familia.

Cuando se trataba de ella, sinceramente no me importaba nada más.

—Te lo compensaré más tarde. —Posó sus suaves labios sobre la comisura de mi boca y me dio un beso delicado. Dejó la boca ahí unos instantes, haciendo que una ola de calor me recorriera la espalda hasta la ingle—. Puedes meterme tu enorme polla por la garganta y me tragaré hasta la última gota.

Clavé las manos en la madera y casi derribé la puerta.

Me dirigió una sonrisa juguetona, como si le encantara el numerito que acababa de usar conmigo.

Pero ella no quería jugar a ese juego... porque perdería.

---

QUEDAMOS EN UN BAR PEQUEÑO UNOS BLOQUES MÁS ALLÁ Y NOS SENTAMOS en un reservado en el rincón. Christopher había ido con una chica guapa, una

rubia con el pelo liso y las tetas grandes. Estaba ansiosa por conseguir su afecto, y le agarraba el brazo y lo besaba, aunque Rome estaba sentada justo al lado de su hermano.

Apreté la boca contra su oreja.

—¿Te parece asqueroso?

—Estoy acostumbrada. Lo ha hecho siempre, que yo recuerde.

Una suerte que no estuvieran emparentados de verdad.

—Además, no me pide que hable con sus chicas, así que no tengo que hacer ningún esfuerzo.

—Qué considerado.

Estiré la mano hasta su muslo bajo la mesa, y la subí hasta que el vestido le quedó casi en la cintura. Deslicé los dedos por la curva del interior de su muslo hasta que sentí la tela de sus bragas.

Ella no me apartó la mano.

—¿Dónde os conocisteis?

Se llamaba Bridget. Era simpática, pero hablaba con una voz chillona que me irritaba los oídos. Continuaba colgada de Christopher como si fueran dos recién casados.

Me costaba dejar las manos quietas estando cerca de Rome, pero me mantenía a raya delante de su hermano por respeto. Ese tío me caía muy bien. Era real y auténtico, tenía un carisma natural y era relajado. Trataba a su hermana como a una adulta en lugar de representar el papel de hermano sobreprotector.

—Pues... —Rome me lanzó una mirada antes de volverse hacia Bridget—. En un bar. Lo confundí con otra persona y... le di unos cuantos bofetones.

—Oh, vaya. —Bridget se llevó la mano al corazón, sorprendida—. Qué interesante.

—Me gustan las mujeres que saben dar un buen puñetazo. —Cogí mi *whisky* escocés y di un trago—. Me puso la mejilla roja y no pude dejar de

pensar en ella. Nos encontramos en un evento benéfico y el resto ya se sabe.

—Es muy romántico —dijo—. Christopher y yo también nos conocimos en un bar.

—Ella no me pegó —dijo Christopher—. Pero me invitó al baño de chicas y nos pusimos agresivos.

Ella se inclinó hacia él y soltó una risita.

Rome dio un largo trago a su vino.

Le apreté suavemente el muslo, recordándole que podríamos habernos zafado de esa velada y haber retozado en su cama como adolescentes. La idea solía repugnarme, pero ahora estaba tan excitado por ella que me contentaría con cualquier tipo de fricción.

Bridget le besó la oreja, pasando la lengua por el borde antes de disculparse para ir al baño. Le lanzó un beso antes de alejarse, alta con sus tacones y con un cuerpo que hizo que todos los tíos se giraran para mirarla.

Cuando estuvo lo bastante lejos como para no oírlo, Christopher asintió.

—Esa mujer está como un tren.

Las rubias no eran mi tipo, pero no podía negar que era guapa. Rome, por otra parte, era una maldita diosa. Hacía que cualquier otra mujer del bar pareciera un trol. Tenía una belleza natural, la piel suave y unas curvas perfectas. Sus labios eran pequeños pero gruesos y tenía unas piernas largas que encajaban a la perfección alrededor de mi cintura. Cuando se arreglaba el pelo y se maquillaba, estaba despampanante, haciendo que todas las mujeres que había alrededor se sintieran incómodas con su propia apariencia. Por si fuera poco, ella ni siquiera se daba cuenta.

—Está bien.

—Dices eso solo por Rome.

—No, no es verdad. —Rome agitó el vaso y después dio un trago—. No se le van los ojos.

Inexplicablemente, me atravesó una sensación ardiente. Orgullo, calidez y un fuerte afecto me sacudieron como una oleada. Oírle decir que solo tenía

ojos para ella me excitó como no me había excitado nada nunca. No había nada que ocurriera en mi sala de juegos que me diera el mismo tipo de satisfacción. Era tan ardiente, tan abrasador, que se me enrojecieron las orejas de la excitación. No quería esperar otra semana para estar dentro de ella. Quería hacerlo esa noche.

Christopher no rebatió su comentario.

—¿Te cae bien?

Rome se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo. Nunca antes me habías preguntado eso.

—Solo tengo curiosidad. —Pidió un *whisky* con licor amargo, azúcar y cáscara de limón y lo sorbió lentamente, con la mandíbula tensa y la mirada ensombrecida.

—¿Estarás con ella un tiempo? —preguntó Rome.

—Probablemente —dijo Christopher—. Al menos un mes.

—Ese es un nuevo récord. —Rome no ocultó su sarcasmo.

—Es increíble en la cama. —Christopher sacudió la cabeza, como si no pudiera creerlo—. Pasará un tiempo hasta que quede saciado de ella.

Rome hizo una mueca, cogió mi *whisky* escocés y le dio un largo trago.

—Necesito algo más fuerte para eso...

De repente me vino a la cabeza la idea de derramarle *whisky* por todo su cuerpo perfecto y quitárselo a besos. Las gotas caerían hacia abajo por su vientre hasta su entrepierna y mis labios perseguirían todas y cada una de ellas, saboreando una mezcla de dulce y amargo.

—Entonces, ¿la odias? —preguntó Christopher.

—Eh, espera. —Rome alzó la mano—. ¿Quién ha dicho nada de odiarla? Solo creo que es un poco golfa, pero ¿quién soy yo para juzgar? Es eso lo que te gusta, ¿no? ¿Y desde cuándo te importa lo que pienso yo?

—Siempre me ha importado, Ro. —Miró hacia el baño y vio que volvía—. Ya viene.

Entró al reservado y prácticamente se sentó sobre él.

—¿Me has echado de menos?

—Claro. —Le puso el brazo alrededor del hombro y la besó con más intensidad de la que debía para estar en un sitio público.

Rome giró el cuerpo hacia el mío, inclinándose hacia mí y bajando la voz.

—¿Tú también necesitas vomitar?

—No. Pero podemos ir al baño de todas formas.

Su bonita sonrisa se dibujó en sus labios cuando comprendió lo que quería decir.

—Los baños no me ponen.

—Entonces, ¿qué te pone?

—Tu cama. Me gusta notar esas sábanas contra mi piel. Están tan suaves...

La quería en mi cama en ese mismo instante.

—Podemos hacerlo realidad. —Cuando lancé una mirada a Christopher, estaba liándose con Bridget—. No creo que se dieran cuenta si nos marcháramos.

—Probablemente no —dijo ella con una risita.

—O simplemente podemos darnos el lote.

No me importaba si alguien nos veía. Siempre y cuando ninguno de los tíos se masturbara pensando en ella cuando llegaran a casa, no tenía problema. En todo caso, deseaba hacerlo... toda la noche. Incluso algo tan mediocre como besarse me parecía extraordinario con esa mujer.

—Qué desagradable. No voy a hacer eso delante de mi hermano.

—La verdad es que no creo que se diera cuenta.

La mirada de Rome pasó de mi cara al borde del reservado.

Yo mantuve la mirada puesta sobre ella porque era imposible mirar hacia otro sitio. La luz caía sobre ella de un modo perfecto, destacando sus preciosos rasgos y haciendo que sus ojos parecieran esmeraldas resplandecientes. La primera vez que la había mirado había pensado que era guapa, pero a medida que pasaba el tiempo, se volvía de algún modo más

sensacional.

—Mira quién está aquí.

Reconocería esa voz en cualquier lugar. Era engreída y llena de arrogancia, justo como la mía. Me giré y vi a Jackson ahí de pie con una mujer bajo su brazo.

—Justo cuando mi noche estaba poniéndose interesante.

Rome pasó la mirada de uno a otro y unió los puntos de inmediato.

—¿Es tu hermano?

—No me habías dicho que Vainilla era lista. —Jackson dejó caer el brazo que tenía sobre la chica y extendió la mano.

—¿Qué? —Rome tenía una mirada inexpresiva en la cara, puesto que no tenía ni idea de lo que significaba «vainilla».

Lancé una mirada furiosa y le indiqué que pusiera fin a sus bobadas solo con la mirada. No me daba miedo patearle el culo en medio de ese maldito bar.

Jackson ignoró la pregunta y le estrechó la mano.

—Soy el hermano de Cal. Jackson. Encantado de conocerte.

—Igualmente. —Le estrechó la mano y la soltó.

Unos celos que nunca antes había experimentado me recorrieron el cuerpo cuando tocó a mi hermano. El contacto era inocente, más que inocente, pero quería matar a Jackson de todas formas. No quería que ella tocara a nadie que no fuera yo. El impulso era tan fuerte que tuve que respirar hondo y esperar a que pasara. Si fuera mi sumisa, le ordenaría que nunca mirara a mi hermano y que no lo saludara cuando estuviera en nuestra presencia.

Como si ella fuera a cooperar.

—Y esta es... —Jackson miró a su acompañante mientras intentaba recordar su nombre—. Es que... nos acabamos de conocer. Lo siento, preciosa. No me acuerdo de tu nombre.

Ella estaba demasiado embelesada con él como para sentirse ofendida.

—Cassie.

Le estreché la mano.

—Cal. Encantado de conocerte. Esta es mi novia, Rome.

Jackson sonrió como un idiota.

—¿Novia?

Volví a fulminarlo con la mirada.

—Sí. Novia.

Si montaba un numerito en ese momento, lo mataría. Lo mataría de verdad.

Rome percibió la tensión que había entre mi hermano y yo. Era evidente por la expresión de sus ojos.

—¿Os gustaría quedaros con nosotros?

Joder, no.

—Me parece una idea genial. —Jackson tiró de Cassie hacia su lado de nuevo—. Vamos a pedir algo de beber.

Qué puta pesadilla.

Cuando se marcharon, Rome me miró con una expresión precavida en la cara.

—¿Te parece bien?

No importaba que no fuera así. El daño ya estaba hecho.

—Ahora lo veremos.

---

CHRISTOPHER Y BRIDGET SE MARCHARON PORQUE ESTABAN PREPARADOS PARA pasar de besarse a follar.

Deseé que Rome y yo estuviéramos haciendo lo mismo.

Jackson y Cassie se sentaron enfrente de nosotros. Cassie tenía tatuajes a lo largo de su brazo derecho y dos pendientes dilatadores negros en las orejas. Había un pequeño tatuaje justo detrás de su oreja derecha, una imagen

sencilla de un círculo. Sin hacerle una sola pregunta, supe que era una de nosotros, una mujer que quería ser dominada.

Jackson pidió un *whisky* escocés al igual que yo, probablemente copiándome para molestarme. Jackson siempre había vivido en mi sombra hasta donde yo podía recordar. Él pensaba que yo era el favorito de mis padres. Si supiera la verdad, entendería que era él el afortunado. Pero nunca se lo contaría.

—Bueno... —Jackson se inclinó hacia adelante, fascinado por Rome. Se la quedó mirando durante demasiado tiempo y con demasiada intensidad. Era evidente que se sentía atraído por ella, y que había comprendido mi encaprichamiento con ella en el momento en que posó la mirada en su precioso rostro—. Mi hermano está bastante desesperado por ti.

Rome sonrió de inmediato y un rubor le tiñó las mejillas.

—Eso es halagador...

Si supiera lo que realmente quería decir Jackson...

—Deja en paz a mi novia, Jackson.

—No la estoy molestando. —Jackson dio vueltas a los cubitos de hielo de su vaso—. Hablas mucho de ella y ahora por fin la conozco en persona. Tengo que decir que está fuera de tu alcance.

Rome volvió a sonrojarse.

—Me gusta ese color en tu cara. —Jackson me dirigió una mirada de complicidad, sabiendo que yo entendería lo que quería decir.

—Cariño, siento que mi hermano sea tan petardo.

—No soy un petardo —rebatía Jackson—. Eres tú el capullo que intenta esconderla.

—No la estoy escondiendo. —Estaba intentando protegerla de la estupidez de mi hermano.

—Mira, esto es algo importante. —Jackson dejó de mirarme a mí y clavó la mirada en Rome—. Esta es tu primera novia. Y ahora entiendo por qué la vainilla es tu nuevo sabor favorito. —La miró moviendo las cejas.



—¿Vainilla? —preguntó Rome—. Es la segunda vez que me llamas eso. Coloqué el brazo sobre su hombro.

—Ignóralo.

—¿Has estado en el Ruin? —preguntó Cassie—. ¿Os conocisteis allí? Abrí los ojos de par en par aterrorizado.

Jackson captó mi expresión y supo que no estaba preparado para contarle la verdad. Era un imbécil, pero no era tan imbécil.

—No, cariño. Se conocieron en un bar. Deja que te cuente la historia... —Le contó cómo Rome me había pegado delante de todo el mundo. Le había echado ganas, porque después tuve la cara roja durante casi un día.

Rome se giró hacia mí.

—¿Qué es el Ruin?

No mentí, pero tampoco le conté toda la verdad.

—Es un bar en el que trabaja mi hermano.

Ella aceptó la historia sin hacer preguntas.

—A mi hermano le gusta que lo traten como a una mierda, así que, naturalmente, se enamoró de ella. —Aunque me había salvado el culo, aún seguía siendo un imbécil. Me dirigió una mirada petulante, como si estuviera disfrutando de cada segundo de mi incomodidad.

Mi hermano me había mosqueado lo suficiente para el resto de la noche y ya era hora de marcharse.

—Rome y yo tenemos planes. —Salí a prisa del reservado y tiré de ella para que se pusiera de pie—. Ya os veremos por ahí, chicos.

Jackson se despidió de mí alzando la mano con brusquedad.

—Rome, avísame cuando estés preparada para un hombre de verdad.

Rome me rodeó la cintura con un brazo y se acurrucó a mi lado.

—Calloway es el único que es lo bastante hombre para mí.

La misma sensación maravillosa que había sentido antes me bajó por la espalda y me llegó a la entrepierna. Me conmovía que hubiera dicho eso, y no porque yo se lo hubiera pedido. Ahora quería volver a mi casa lo antes

posible y desnudarla. Quería chuparle la vagina durante toda la noche, hacerla mía tan concienzudamente como fuera posible.

---

—OS PARECÉIS MUCHO.

Rome sacudió la cabeza mientras estaba de pie junto a los fuegos de mi cocina. Se habría preparado una jarra de té, algo que solía hacer después de cenar. Era un ritual y me preguntaba si hacía lo mismo antes de irse a dormir.

—Una suerte para él. —No quería hablar de mi hermano, pero no podía pedirle a ella que no lo hiciera. Naturalmente, sentiría curiosidad. Eso no podía quitárselo.

—No estáis unidos como Christopher y yo... —La tristeza le empañó la voz.

—No. Los dos somos demasiado tercios para tolerarnos.

Los dos necesitábamos estar a cargo en todo momento y esa necesidad de liderazgo provocaba grandes peleas de poder. Él siempre intentaba cuestionarme y, a veces, yo deseaba que lo hiciera para poder darle un puñetazo en la cara.

—¿Prefieres que te llamen Cal o Calloway?

—Me da igual.

—Parece que la mayoría de la gente te llama Cal.

Así era. Pero me gustaba que ella usara mi nombre completo. Nadie más lo hacía.

—Me gusta que me llames Calloway. O novio. Cualquiera de las dos va bien. —O «el hombre al que quiero tener entre las piernas todas las noches». Sinceramente, prefería lo último.

Vino a la mesa y colocó su taza humeante de té sobre ella. Después se puso a horcajadas sobre mis caderas y se sentó en mi regazo con la entrepierna justo encima de mi miembro. En cuestión de segundos, notó que

se inflaba como un globo. Saber que solo mis vaqueros y sus bragas nos mantenían separados era excitante. El vestido se le subió hasta las caderas cuando se sentó, exponiendo sus preciosos muslos para que yo los apreciara.

—Calloway —dijo el nombre lentamente, atesorando el sonido de cada sílaba—. ¿Qué significa «vainilla»?

Debería haberme preparado para esa pregunta. Jackson era un idiota y lo dijo dos veces como si ella no fuera a darse cuenta.

—Nada.

Inclinó la cabeza hacia un lado y colocó las manos en la parte alta de mis vaqueros. Los desabotonó, pero no tocó la cremallera.

—Calloway, ¿qué significa? —Acercó su cara a la mía, pero no me besó, intimidándome con su sexualidad.

Era jodidamente excitante.

—Que eres una chica buena.

Me bajó la cremallera de los vaqueros para que mi erección pudiera finalmente quedar libre.

—¿Crees que soy una chica buena?

No. Sabía que lo era.

—No me harías esperar cuatro semanas si no lo fueras.

Estaba acostumbrado a mujeres que solo querían follar. Cuando Rome me había dicho al principio que quería esperar, me había molestado. Pero ahora la espera también era excitante. No era el tipo de mujer que se acostaba con cualquier hombre. Era exigente con respecto a quién permitía que entrara en ella. Yo era uno de los pocos afortunados que la merecían. Yo era uno de los pocos que eran lo bastante hombres para ella.

—A lo mejor solo quería torturarte.

Tragué el nudo que tenía en la garganta, imaginando lo resbaladiza y húmeda que estaría su vagina.

—Misión cumplida. Estoy a tus pies.

Me rodeó el cuello con los brazos y apretó la cara más contra la mía. Me

rozó la mejilla con la punta de la nariz antes de besarme el borde de la oreja.

—Había pensado en reducir la espera, pero como soy tan vainilla, te voy a hacer esperar hasta el último momento.

Le clavé los dedos en los muslos.

—Cariño...

Apreté la mandíbula porque me moría de ganas por estar dentro de ella. Estaba en el medio del desierto sin una gota de agua. Era el mayor periodo de sequía al que había sobrevivido nunca. Desde el momento en que me hundiera en ella, la follaría con tanta fuerza que ella no sería capaz de caminar.

—Suplica todo lo que quieras, pero soy una chica buena. Y esto es lo que hacen las chicas buenas.

---

NOS QUEDAMOS TUMBADOS EN MI CAMA RETOZANDO Y PRACTICANDO SEXO oral. Me la chupó de una forma increíble, demasiado increíble para ser una chica buena, y después me masajeó los hombros como si fuera su rey. Era una amante abnegada que siempre me daba lo que necesitaba y algo más.

Sabía que haría que el sexo fuera alucinante.

Se estaba haciendo tarde y el agotamiento se estaba apoderando de mis extremidades. A veces me planteaba quedarme dormido con ella, pero sabía lo que ocurriría. Era un camino que no podía seguir con ella. Al final, tendría que contarle la verdad.

Tenía que saberlo en algún momento.

Pero no quería las preguntas ni la compasión. No estaba preparado para la extensa conversación que tendría lugar a continuación, ni para que husmeara en un pasado que yo quería olvidar. Era fácil procrastinar.

Se levantó por voluntad propia y cogió el vestido del suelo.

—Debería marcharme ya...

Quería quedarse. El suspiro de anhelo que transmitía su voz dejaba claro que quería dormir en esa cama a mi lado, con los brazos alrededor de mi cuello mientras nuestra respiración se acompasaba.

Pero tenía que negárselo.

—Sí, creo que tienes razón.

Me vestí y la llevé a su apartamento. Odiaba llevarla a casa cada noche porque eso significaba que tenía que despedirme de ella hasta que volviera a verla. Odiaba el silencio del coche, la fuerte sensación de decepción. Los dos estábamos cansados y deberíamos estar juntos en la cama, no despidiéndonos en la puerta como adolescentes sin experiencia.

La acompañé a la puerta de su casa y le di un beso.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches. Nos vemos. —Abrió la puerta y entró.

No quería despedirme. Quería tenerla en mis brazos toda la noche. Quería desayunar su vagina y ver cómo se preparaba en el baño para ir al trabajo. Quería prepararle el café en la cocina antes de que se marchara a trabajar.

Pero ninguna de esas cosas sucedería nunca.

ROME

Era la primera novia de Calloway, al parecer.

Al menos eso era lo que había dicho Jackson.

Y así era como Calloway me presentaba a todas las personas con las que nos topábamos. Ser su primera novia significaba algo para mí. Me permitía soportar el hecho de que no me dejara quedarme a dormir. Me ayudaba a olvidar que yo no estaba completamente satisfecha con las condiciones de nuestra relación.

Pero aun así me estaba enamorando perdidamente de él.

No quería esperar otra semana. No creía que pudiera sobrevivir siete días sin sentirlo dentro de mí. Al principio, la petición era solo para protegerme, pero ahora no quería protección.

Estaba preparada.

Había esperado demasiado para dar el paso. Había esperado demasiado para lanzarme de cabeza a lo desconocido. Ahora necesitaba hacerlo y disfrutarlo. Necesitaba hacerlo con Calloway y esperar que sucediera lo mejor.

Y probablemente sucedería lo mejor.

Había tenido una reunión con un donante, así que había acabado de trabajar mucho más tarde de lo normal. Calloway me escribió y me invitó a

cenar a su casa. Normalmente no me llevaba a cenar fuera porque le gustaba la intimidad de su casa.

Yo también lo prefería.

Podía cenar mientras estaba sentada encima de él, o él podía comer mientras yo se la chupaba debajo de la mesa. Y lo más importante: podíamos comer totalmente desnudos.

Llegaba tarde, así que tuve que acelerar el paso hasta mi apartamento. Cuando finalmente llegué a mi planta, estaba sudorosa por el esfuerzo y los pies me estaban matando por los tacones de aguja que llevaba. Justo cuando llegué a la puerta, me di cuenta de que estaba partida, y la cerradura estaba destrozada.

Alguien había entrado.

—Mierda, joder.

Me había pasado el año anterior y se habían llevado todas mis cosas. El ordenador y la televisión habían desaparecido y se habían llevado mi pelota de baloncesto firmada por Stephen Curry. Eso último fue lo que más me molestó. La policía nunca encontró a los ladrones y yo estuve enfadada durante semanas.

Irrumpí en el apartamento y lo vi todo descolocado. El sillón estaba desplazado y la cama estaba levantada para que tuvieran acceso a lo que fuera que hubiera debajo. La televisión no estaba en la mesa. Estaba en el suelo con el cable enroscado alrededor.

Seguían allí.

Un brazo, procedente de detrás de la puerta, me rodeó la garganta y me asfixió. Tiró con toda su fuerza, cortando de inmediato mis vías respiratorias.

—Atrévete a gritar, puta, y verás lo que pasa.

Le clavé el tacón en el pie con tanta fuerza que se partió.

—¡Joder! —Aflojó el brazo cuando gritó de dolor.

Eché la cabeza hacia atrás y le di directamente en la nariz.

—¡Mierda!

Le agarré el brazo y tiré de él sobre mi hombro antes de lanzarlo al suelo, haciendo que su pesado cuerpo cayera con un fuerte golpe. Solo tenía unos segundos antes de que recuperara el equilibrio, así que le di la vuelta y me senté en la parte baja de su espalda, tirando de sus manos y sujetándoselas en la espalda.

—Atrévete a gritar, puta.

Le golpeé la cabeza contra el suelo solo por placer.

Soltó un brazo y tiró mi cuerpo al suelo. Rápidamente, se colocó encima de mí y me dio un fuerte puñetazo en el ojo. En una rápida sucesión, me volvió a golpear, haciendo que mi boca rezumara sangre.

Ahora estaba furiosa.

—Cabrón, hijo de puta. —Levanté la palma de la mano y le golpeé en la nariz, rompiéndosela. Oí como crujía, como si fuera una traca.

Lo empujé hacia el suelo y me puse sobre su espalda como antes. Esta vez cogí el cargador del ordenador de la mesa y se lo enrollé rápidamente alrededor de las muecas, haciendo un nudo, como había aprendido con doce años.

Gimió de forma incoherente, balbuceando las palabras.

Saqué el teléfono y llamé al 911 con la marcación rápida.

—Disfruta del talego, hijo de puta.

---

LA POLICÍA LLEVÓ A CABO LA INVESTIGACIÓN, PERO NO HABÍA MUCHO QUE investigar. Era bastante evidente lo que había ocurrido.

—¿Está segura de que no quiere ir al hospital? —insistió el oficial Dean.

—Estoy bien, de verdad. —Tenía el ojo cerrado por la hinchazón y el labio me seguía sangrando—. Mi único problema es que estaré horrorosa durante unos días.

No esbozó una sonrisa.



—Aun así, se lo sugiero encarecidamente.

—Créame, he pasado cosas peores.

Eso no era nada en comparación con las cosas a las que había estado acostumbrada. Me había roto las costillas dos veces y tenía una placa de metal en el cráneo. Era una putada al pasar por el control de seguridad del aeropuerto.

—Eso no suena nada bien. —Se metió la libreta en la pistolera—. El cerrajero no vendrá hasta mañana. ¿Tiene algún lugar en el que quedarse esta noche?

—Sí. —Ya había dormido antes en el sofá de Christopher. Era bastante cómodo—. Gracias, oficial Dean.

—De nada, señorita Moretti. —Asintió antes de marcharse.

Cuando miré hacia la puerta de entrada, vi entrar a Calloway. Con los ojos grandes como sandías, pasó y vio el desastroso escenario que tenía delante. Mis cosas estaban sumidas en el caos y el ladrón estaba esposado y preparado para ser escoltado afuera por la policía. Finalmente, sus ojos se posaron en mi cara y vio la sangre y los moretones.

—¿Qué cojones ha pasado? —Se abalanzó contra mí como si estuviera a punto de derribarme. Me sostuvo la cara y miró fijamente mis heridas con la mandíbula tensa por la furia—. Rome. —Pasó las manos a mis hombros y me apretó con tanta fuerza que me hizo daño.

—Estoy bien. —Observé cómo la policía se llevaba al asaltante, que ahora tenía el antifaz negro quitado. Se lo llevaron y agradecí que ya no estuviera allí. No tenía miedo de él, pero sin duda tenía miedo de lo que Calloway le haría—. Ese hombre ha entrado a robar en mi apartamento, pero no se ha llevado nada.

—¿Te ha pegado?

—Cuando lo vi dentro, empezamos a pelearnos. Me golpeó unas cuantas veces antes de que le rompiera la nariz y lo inmovilizara en el suelo. Entonces la policía llegó y lo arrestó. Así que no pasa nada. Tiene mal

aspecto, pero no duele tanto, de verdad.

Se pasó las manos por la cara; una vena le palpitaba en la frente. Parecía como si estuviera a punto de gritar hasta quedarse sin voz. Dio un profundo respiro para calmarse, pero eso no atenuó su enfado.

—¿Sabías que estaba dentro y entraste de todas formas?

—Me robaron el año pasado y fue una putada. No iba a dejar que alguien volviera a llevarse mis cosas. La otra vez se llevaron mi balón de Michael Jor...

—¿Qué coño te pasa? —Volvió a enfrentarse a mí, gritando—. No tenías que haber entrado, Rome. Podría haberte matado.

—No tenía miedo de él.

—Esa no es la puta cuestión. —Estiró los brazos hacia abajo, furioso—. Podría haber tenido una pistola o un cuchillo.

—Bueno, pues yo protejo mis cosas.

—¿Vale la pena arriesgar tu vida por tus cosas? —Apretó las manos en puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—No. Pero no voy a dejar que nadie piense que puede asustarme. Si me mosqueas, voy a por ti. Esa es la cuestión.

Volvió a pasarse las manos por la cara.

—No ha pasado nada. Le he pateado el culo y la policía se lo ha llevado.

—Pero el resultado podría haber sido completamente distinto y lo sabes. ¿Por qué no esperaste en el rellano y llamaste a la policía?

—Porque podría haber escapado por la escalera de incendios.

Calloway se alejó y empezó a caminar de un lado a otro por la habitación, haciendo temblar las tablas del suelo con sus pesados pasos. Estaba a punto de estallar otra vez, gritándome a la cara y diciendo que era una jodida lunática.

Reconocía que mis actos no habían sido los más inteligentes, pero no estaba pensando en ese momento. Simplemente había reaccionado. Había aprendido a pelear hacía mucho tiempo y no veía problema en usar mis

habilidades cuando importaban.

—Siento haberte disgustado, pero el pasado es pasado. Olvídalo.

Se giró hacia mí, penetrándome la piel con la mirada.

—Recoge tus cosas. Te quedas conmigo.

—Arreglarán la puerta mañana. No es tan grave.

—Te-que-das-con-mi-go.

No me gustaba mucho el autoritarismo, no así.

—Me quedaré en casa de Christopher. No pasa nada.

Sabía que Calloway no quería que me quedara a dormir en su casa y realmente no quería que me invitara porque no tenía ningún otro sitio donde quedarme.

—No entiendes lo que te estoy diciendo. —Se golpeó el pecho con el dedo con cada palabra—. No vas a seguir viviendo aquí, Rome. No es seguro y no lo soporto más. Te vas a quedar conmigo hasta que encontremos algo mejor.

—No hay nada mejor, Calloway. ¿Te crees que no he mirado?

—Créeme, lo hay.

—Pero nada que pueda permitirme. —No quería convertir esto en una conversación sobre el dinero. Era un tema incómodo, especialmente teniendo en cuenta que él era rico. No quería que sintiera lástima por mí porque ni siquiera tenía una cuenta de ahorros. La felicidad se medía de formas distintas—. De verdad, no pasa nada. Puedo quedarme con Christopher y la puerta estará arreglada mañana. Sé que estás molesto, pero estás exagerando.

—¿Exagerando? —Se enfrentó a mí con la mirada de un loco—. Acabas de decirme que ya habían entrado a robar otra vez.

—Pero no es tan importante...

—¿Y si la próxima vez alguien intenta violarte? ¿O matarte?

Una vez más, estaba exagerando.

—Mi novia no se va a quedar en un lugar así. Fin de la discusión.

—¿Perdona? —bufé—. No, no es el fin de la discusión solo porque tú lo

digas.

—Te puedo asegurar que sí. —Bajó la mirada hacia mi cara con la amenaza de un rey—. Harás lo que digo. No vas a cuestionarme. Cuento te diga que hagas algo, lo único de lo que te tienes que ocupar es de hacerlo.

—No soy un perro, Calloway.

—No he dicho que lo fueras, pero tienes que escucharme.

—Que te jodan. —Y una mierda. No iba a dejar que me diera órdenes como si fuera mi dueño—. Estoy dispuesta a escuchar tu opinión y tus consejos, pero nada más. Tomaré las decisiones por mí misma. Nunca he necesitado a un hombre para que lo haga por mí.

—Bueno, pues eso está a punto de cambiar. —Me agarró del brazo y me atrajo hacia su cuerpo—. Te vas a quedar conmigo. Fin de la discusión.

—Ni siquiera quieres que me quede.

—No te lo pediría si no quisiera.

—¿Vas a hacerme dormir fuera como si fuera un perro? —bufé—. En tu cama no me puedo quedar.

Me fulminó con una mirada más ardiente que las brasas.

—Recoge tus cosas y lo verás. —Finalmente me soltó el brazo—. Yo siempre gano, Rome. Pelea conmigo todo lo que quieras, pero te prometo que eso no cambiará el resultado. Ahórrate el tiempo y la energía y haz lo que digo. Ahora.

—Que-te-jo-dan.

Me agarró por los dos hombros y me empujó contra la pared. Me sujetó las manos por encima de la cabeza y me sostuvo inmóvil, sujetándome con su fuerza. No podía ni moverme.

—Se supone que tengo que cuidar de ti. Déjame que lo haga. —Tenía la cara tan cerca que sus labios rozaron los míos cuando habló—. No te estoy pidiendo que te quedes conmigo por obligación. Lo estoy haciendo porque te quiero bajo mi techo para poder cuidar de ti. Quiero que estés en un lugar seguro porque eres lo más importante de mi vida. Tengo que protegerte. Si

alguna vez te ocurriera algo, no sé qué sería de mí. —Finalmente me soltó las muñecas—. Ahora prepara tus cosas y vámonos.

CALLOWAY

Dejé sus maletas en la entrada y le agarré la cara con las dos manos. La hinchazón alrededor de sus ojos era grave y se estaba volviendo negra y azul por los vasos sanguíneos rotos. Ese tipo la había golpeado con fuerza, estrellando los nudillos en el lugar preciso. Tenía el labio inferior inflamado, pero por fin había dejado de sangrar.

Me sentía... muerto por dentro.

—Creo que deberíamos ir al médico mañana. Pediré cita.

—Calloway, estoy bien. Nada va a hacer que baje la hinchazón, además del tiempo. Y los moretones también desaparecerán solos. Si tomo algunos analgésicos, estaré bien.

—No estaría de más que te vieran.

—No voy a ir. —Lo dijo con su actitud agresiva y después cogió una de las maletas del suelo—. Voy a ducharme. ¿Cuál es mi habitación? —Miró hacia las escaleras antes de girarse hacia mí. Tenía los ojos clavados en los míos con la misma ferocidad que ella siempre poseía.

—La mía. —Mi pasado y mis pesadillas no podían controlarme para siempre. Si no pasaba página, estaría atrapado en esa espiral para siempre. Un verdadero hombre tenía que afrontar sus miedos y superarlos. ¿Acaso podía considerarme un hombre si no seguía mis propios consejos?

Rome sabía que no quería que estuviera allí. Podía leerme la expresión porque la comprendía. La había analizado todas y cada una de las veces que habíamos estado juntos. Ahora era una experta.

—Encontraré una que esté vacía. —Subió las escaleras hasta el siguiente descansillo y desapareció.

Vi cómo se marchaba sin detenerla. Cuando estuvo lo bastante lejos, fui a la cocina e improvisé algo de cenar para los dos, preparando un sencillo plato de espaguetis. Lo único en lo que podía pensar era en tenerla en mi dormitorio, y me daba tanta ansiedad que apenas podía respirar. La mera idea de tener a alguien en casa mientras yo estaba inconsciente me aterrorizaba.

¿Podía hacer esto?

---

ESTABA SENTADA A MI LADO EN EL SOFÁ CON EL BRAZO ENGANCHADO AL MÍO. Se había recogido el pelo en una coleta porque acababa de lavarse e hidratarse la cara. Era la primera vez que la veía sin maquillaje.

Y pensaba que estaba preciosa.

Su piel era igual de impecable sin la base. En algunos casos había una diferencia en el tono de encima y debajo de su mejilla, pero esas insignificantes imperfecciones no estropeaban su evidente perfección. Sus ojos parecían más pequeños sin maquillaje, pero en cierto modo, parecían más brillantes. La intensidad natural de sus ojos hacía que destacaran como diamantes en la oscuridad.

Notó que la estaba mirando fijamente, así que se giró hacia mí.

—¿Qué?

No disimulé. No me importaba que supiera que la estaba mirando. Yo no ocultaba mis actos ante nadie y si le molestaban, podía marcharse. Pero sabía que nunca lo haría.

—Me gustas sin maquillaje.

Entornó los ojos como si mi cumplido fuera absurdo.

—Ah, vale.

—Lo digo en serio.

—El único motivo por el que me lo he quitado estando contigo es porque tengo la cara hecha una mierda de todas formas. —Aún tenía el labio hinchado y tendría el ojo izquierdo morado durante días.

Cada vez que miraba sus heridas, sentía que la ira hervía dentro de mí. Descubriría quién era su atacante y, aunque fuera a prisión, encontraría un modo de torturarlo de todas formas. Atraversaría esos barrotes solo para estrangularlo por haber puesto una mano en mi chica.

Hacer que se quedara conmigo no era la mejor opción, pero sabía que se ofendería si le conseguía un nuevo apartamento. Nunca aceptaría mi dinero, no importaba cuánto insistiera. Tenía demasiado orgullo y respeto por sí misma como para depender de mí para nada. Aunque me frustraba, al mismo tiempo me excitaba. Cualquier otra mujer aceptaría mis regalos sin parpadear, pero ella era demasiado fuerte para aceptar ayuda.

En ella todo era contradictorio.

—Incluso con los moretones, eres espectacular.

Le puse la mano en la nuca y la masajé con delicadeza, notando los mechones sueltos de su pelo suave que no habían quedado sujetos en la coleta. Apoyé el pulgar contra su pulso y noté cómo se aceleraba por mi contacto. La provocaba, la excitaba, aunque ella intentara ocultarlo.

—Eres un encanto, Calloway...

—Soy sincero. Hay una diferencia. Sabes que mañana diré cosas para fastidiarte.

La comisura de sus labios se curvó en una sonrisa.

—Eso lo sé perfectamente. —Se apartó de mí y me dio un beso rápido en la comisura de la boca—. Me voy a la cama. Te veo por la mañana. —No me miró cuando llegó a las escaleras y después, desapareció.

La incomodidad me cayó sobre los hombros como si estuviera soportando



el peso del mundo. Que mi novia no durmiera conmigo mientras estaba en mi casa era muy raro y sabía que eso es lo que ella pensaba, aunque no lo dijera. Era extraño, por no decir otra cosa.

Con mis sumisas no dormía simplemente porque no quería. Y no necesitaba explicarlo. No pasaba nada por ser un capullo porque era yo quien estaba al mando.

Pero Rome era distinta.

Subí a la tercera planta y encontré el dormitorio en el que estaba. Llamé suavemente a la puerta con los dedos.

—Cariño.

—Pasa.

Abrí la puerta y pasé. La habitación de invitados tenía un baño privado y más espacio del que una sola persona podría necesitar.

Ya estaba tumbada en la cama, y su diminuta figura parecía extraordinariamente pequeña en la amplia cama. Las sábanas eran una combinación de marrón y dorado y los muebles estaban fabricados con una elegante madera oscura. Había una televisión instalada en la pared entre dos ventanas cubiertas por cortinas que hacían juego con la colcha.

Me senté en el borde de la cama y busqué su cara en la oscuridad. Incluso sin tener una sola luz encendida, podía ver el resplandor de sus ojos. Poseían una luz propia que relucía hacia fuera con su propio brillo.

Se incorporó y apoyó la espalda contra el cabecero; llevaba una camiseta ancha que ocultaba de la vista todas sus deliciosas curvas. Se había soltado el pelo de la coleta y ahora los largos mechones le enmarcaban los hombros. Había una marcada curva donde la cinta le había apretado el pelo.

—¿Qué pasa?

No tenía obligación de contarle ni una puta cosa de mi pasado. Guardarme mis secretos era una forma de vida mucho más sencilla. Durante el tiempo que había estado con Isabella, no le había contado ni una sola cosa sobre mí mismo. No sabía nada de mi padre, de mi madre, ni del resto de

cosas que había visto en mi vida. Con ella todo era una cuestión de negocios: follar y follar a lo bestia. Pero a Rome quería contárselo. Quería darle más de mí de lo que le había dado nunca a nadie. Ella me había confiado sus secretos y me había pedido que no me compadeciera de ella. Yo necesitaba hacer lo mismo.

—Mi padre tenía una forma de castigar inusual.

Cuando Rome me oyó hablar, se puso ligeramente rígida. No parpadeó y me observó con concentración. Ni siquiera respiraba, como si el hecho de hacer un solo ruido fuera a ahuyentarme.

—Me dijo que el acto del castigo no era lo que afectaba a la gente. Es la anticipación. Esperar y saber lo que viene es peor que el propio dolor. Le hace barbaridades al cuerpo, hace que se tense por la ansiedad. El corazón te palpita y sudas todo el peso de tu cuerpo. La sensación de fatalidad te ahoga.

Se puso las manos en el regazo y mantuvo la mirada sobre mí todo el tiempo.

—Cuando hacía algo con lo que mi padre no estaba de acuerdo, me decía que me castigaría. Pero nunca me decía cuándo o cómo. Tenía que usar mi imaginación para deducirlo por mí mismo.

Por primera vez, parpadeó. Tardó tanto que los ojos empezaron a humedecerse.

—Mis castigos siempre tenían lugar durante la noche. Esperaba a que me fuera a dormir y golpeaba justo cuando estaba en el país de los sueños. Me sacaba de la cama y me golpeaba con un bate o me hacía cosas de las que no voy a hablar. Los castigos en sí nunca eran la peor parte. Era el hecho de intentar resistir el sueño porque sabía lo que se avecinaba. Lo que me mataba era agotarme al intentar quedarme despierto. Era el asfixiante sentimiento de preguntarme cuándo iba a venir por mí. Esa era, con diferencia, la peor parte.

Sus ojos continuaban humedecidos, pero no porque no hubiera parpadeado.

—Por eso no puedo dormir con nadie. Si hay alguien tumbado a mi lado,

no soy capaz de dormir. Y si me duermo, tengo pesadillas. Necesito la puerta cerrada con pestillo para saber que nadie puede llegar hasta mí. Cuando te dije que no tenía nada que ver contigo, lo decía de verdad.

—Calloway... —Estiró la mano hacia mí y la colocó alrededor de mi muñeca.

Miré fijamente su mano, sintiendo por un momento que la felicidad corría por mis venas. Era una de las pocas veces que me había tocado y no había pensado de inmediato en inmovilizarla contra el colchón y hacerla mía. Lo único en lo que pensaba era en las puntas de sus dedos y en lo suaves que las notaba contra mi piel. Su mano estaba fría en comparación con la mía, y el efecto era extrañamente calmante.

Pero entonces desapareció tan rápido como había surgido.

—No sientas lástima por mí. —La miré a los ojos y le di una orden, una silenciosa. Tenía que obedecerme porque yo le había mostrado el mismo respeto.

Cerró los ojos durante treinta segundos, tomándose en serio mis palabras. Cuando los abrió, su habitual mirada de resiliencia había retornado. Me dirigió esa expresión cerrada, ocultando sus pensamientos.

—Claro. —Mi petición era algo que ella comprendía demasiado bien y no tuve que pelear con ella al respecto—. Gracias por habérmelo contado.

—No estoy seguro de por qué lo he hecho.

No le debía nada. Los dos estábamos pasando tiempo juntos y explorándonos mutuamente. No había amor de por medio. Sin duda, tampoco había ningún «para siempre». Pero mi cuerpo anhelaba el suyo constantemente, y no solo la turgencia de sus pechos o su sexo apretado. Quería rodearla con los brazos y protegerla del mundo.

También quería entregarle el mundo.

—Yo sí. —Enroscó un dedo alrededor del mío, haciendo que quedaran enganchados. Su voz sonó como un suspiro, más suave que el viento y casi inaudible.

Solo lo oí porque estaba mirándole los labios.

—Somos iguales, Calloway.

No éramos iguales. Yo era la oscuridad y ella era la luz. Si me conociera realmente y supiera el tipo de mierda fetichista en la que estaba metido, entendería que no nos parecíamos en nada. Tal vez ella acarreaba algo del mismo dolor. A lo mejor ella comprendía el verdadero sufrimiento. Pero, aun así, no estábamos en el mismo nivel.

Y nunca lo estaríamos.

---

CUANDO FUI A LA PLANTA BAJA A LA MAÑANA SIGUIENTE, OLÍA A UNA MEZCLA de tortitas y vainilla. El aroma flotaba por la cocina y llegaba hasta el piso superior, haciendo que la casa oliera mejor de lo que había olido en años.

Estaba junto a los fogones y colocó las tortitas en un plato antes de apagar los fuegos.

No quería asustarla, así que, en lugar de eso, decidí quedarme mirándola. Llevaba una ceñida falda de tubo negra con una blusa de color azul verdoso. Me encantaba cómo le quedaban los dos colores porque complementaban el tono de su piel. Era más oscura que la crema, pero más clara que un bronceado. Y era muy suave. Se sabía con solo mirarla.

Me pregunté lo roja que podría ponerse.

Se giró en mi dirección, probablemente para salir de la cocina y avisarme de que el desayuno estaba listo. Se paró en seco y se llevó la mano al pecho como si estuviera a punto de sufrir un paro cardíaco.

—Joder, qué susto me has dado.

Me encantaba verla aturdida, así que continué mirándola fijamente.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí de pie?

—Lo bastante para haberte examinado el culo.

—Me examinas el culo incluso cuando sabes que te estoy viendo.

Me encogí de hombros.

—Cierto.

Colocó el plato sobre la mesa.

—¿Tienes hambre?

—Siempre tengo hambre para comer tortitas. —Le rodeé la cintura con los brazos y la besé—. Y a ti. El cacao que llevaba en los labios sabía a vainilla y yo estaba empezando a preguntarme si lo hacía a propósito. Su perfume tenía el mismo aroma.

—Bueno, yo tardo menos en estar preparada que las tortitas.

—Ahorra tiempo. —Le apreté las caderas y tiré de ella hacia mí, apretando sus tetas contra mi pecho. Nunca se la había metido entre las tetas y era algo que estaba en mi lista de cosas pendientes. Pero realmente necesitaba penetrarla pronto. Todos esos toqueteos y besos estaban yendo directos a mi polla.

Cuando se apartó, me apretó los brazos, su parte favorita.

—¿Qué tal has dormido?

No esquivé la pregunta porque lo había dicho de forma despreocupada. Parecía que fuéramos una pareja casada en los cincuenta.

—Bien.

Me había asegurado de que la puerta estuviera cerrada dos veces, mi ritual nocturno, antes de poder quedarme dormido. Tenía un bate de béisbol metido debajo de la cama, por si acaso. No tenía una pistola en casa porque daba más trabajo del que valía la pena. No tenía miedo de que Rome estuviera al otro lado del pasillo. No tenía miedo de nadie en concreto. Mi padre llevaba muerto casi diez años y no había nadie más en el mundo que pudiera causarme ningún daño. Pero el miedo estaba arraigado en mi piel como si fuera un tatuaje.

—¿Y tú?

—Como un tronco. Madre mía, la cama era supercómoda. Y esas sábanas... —Eché la cabeza hacia atrás y cerró los ojos como si estuviera en

medio de un orgasmo—. Esta mañana no quería levantarme. Además, aquí no hay ni un ruido. Estoy acostumbrada a tener rap y alarmas de coches de fondo.

Cuando echó la cabeza hacia atrás de ese modo, inmediatamente pensé en una cosa.

—Por desgracia, tengo que abrir la oficina y empezar un nuevo día.  
—Suspiró como si fuera la cosa más decepcionante del mundo.

Si fuera mía, no trabajaría. Me la imaginé viviendo conmigo, preparándome el desayuno y la cena todos los días como un reloj. Se ocuparía de mi colada y me colgaría la ropa planchada en el armario. Y cuando llegara a casa, me daría un beso apasionado en la boca y después se pondría de rodillas para chupármela en el mismo vestíbulo. Después de que me diera una ducha y cenáramos, se montaría a horcajadas sobre mis caderas en el sofá y me follaría con suavidad y lentamente, dejando que mi miembro disfrutara de cada centímetro de esa húmeda vagina. Me diría que era mía y que había pensado en mí todo el día mientras yo estaba en el trabajo. Y después, la ataría y le azotaría el culo con mi cinturón.

El pensamiento surgió de la nada.

Ella se giró y llenó una taza de café antes de sentarse en la mesa y darle sorbos. El periódico estaba ahí puesto y ella estaba leyendo los cómics. Había dado por hecho que querría leer sobre política o las noticias nacionales. Inexplicablemente, su elección me pareció adorable.

Me senté frente a ella y eché sirope en mis tortitas. También había huevos revueltos y bacon. Di un mordisco y oculté mi sorpresa por lo bueno que estaba. Hasta entonces nunca había cocinado para mí.

Seguía leyendo.

Aproveché su distracción para mirarla fijamente desde el otro lado de la mesa, deseando que el dulzor de mi boca no se debiera al sirope, sino a sus labios. No quería ir a trabajar. Quería quedarme allí y esposarla a los pilares de mi cama.

Un día, tendría la oportunidad. Pero por ahora, simplemente la miraría.

—¿QUÉ TAL ESTÁ VAINILLA? —JACKSON ESTABA REPONIENDO EN EL BAR cuando entré. El club estaba cerrado durante las primeras horas de la tarde. Todo el mundo tenía trabajos de verdad y vidas de verdad por los que tenían que pasar antes de poder volver al lugar que los hacía sentir más vivos.

—No la llames así.

—¿Por qué no? No es ofensivo. —Estaba vestido con ropa informal, con una camiseta con cuello en V y pantalones vaqueros. Su engreída sonrisa me molestaba porque era muy parecida a la mía.

—Sí lo es cuando lo dice otro hombre. —Vainilla o no, era mía. Si alguien la llamaba cualquier cosa, ese sería yo—. Puedes referirte a ella como Rome, su nombre.

Jackson esbozó una gran sonrisa.

—Dios mío, vais muy avanzados.

—No sé lo que eso significa y no me interesa descubrirlo.

—Estás completamente pillado por ella y ni siquiera se ha abierto de piernas. Tío, estás enamorado.

Apoyé las dos manos en el mostrador de cristal. Unas luces azules relucían por debajo para darle un brillo etéreo.

—Cierra la puta boca y no digas nada de eso delante de ella, si es que vuelves a verla.

Lo cual no iba a ocurrir.

—Como si ella no estuviera enamorada de ti.

—No lo está.

Era demasiado pronto para algo así. No tenía que agobiarme por el hecho de que ella se encaprichara tanto. Había dejado claro que era una mujer difícil de impresionar. Ella necesitaba un cortejo serio. Y yo le había dicho que no

estaba buscando una relación seria y duradera, y ella lo había aceptado.

—Sé lo que vi, tío. No es tu sumisa. Tal y como tú dijiste, es tu *novia*. Tus palabras, no las mías.

—No será mi novia para siempre. Acabará siendo mi sumisa.

Resopló con una carcajada sarcástica.

—He visto a esa tía. Créeme, no es del tipo sumiso. Es demasiado elegante y conservadora. ¿Viste el vestido que llevaba? Le llegaba hasta encima de las rodillas y ni siquiera se le veía el culo.

—¿Cómo lo sabes? —Apreté las manos en puños y mis ojos se oscurecieron, volviéndose de un tono negro. El único hombre que tenía permiso para mirarle el culo era yo. Nadie más. Punto.

—Relájate, tío. Estoy intentando ahorrarte tiempo.

—No la conoces. —Por fuera era una buena chica, pero sabía que tenía una parte oscura como yo. Había tenido una vida de abusos, y recordaba la expresión de sus ojos cuando me había pegado. Le había gustado... las dos veces.

—No me hace falta conocerla. No va a ocurrir nunca, Cal.

—No voy a seguir hablando de esto. —Aparté las manos y me alejé de la barra. Si me quedaba ahí, agarraría una botella de vodka Skyy y se la rompería en la cabeza.

—Eh, eh. Espera. —Dejó de reponer las nuevas botellas de licor y me miró por encima del mostrador—. Entiendo tu fascinación por ella. Es totalmente folla...

Lo amenacé solo con los ojos.

—Es muy guapa. —Se aclaró la garganta como si hubiera necesitado toda su energía para pronunciar esa última frase—. Entiendo por qué quieres que las cosas salgan bien con ella. De verdad, lo entiendo. Es solo que no quiero que te hagas demasiadas esperanzas. Sé que la mayoría del tiempo te toco las pelotas, pero estoy intentando ayudarte de verdad.

—No necesito tu ayuda.



Nunca había deseado a una mujer como deseaba a Rome, y algo dentro de mí me decía que la persiguiera hasta doblegarla. Si recurría a otra persona, nunca estaría satisfecho. Pensaría en la mujer que no había podido tener, la que hacía que me corriera de verdad.

—Vale. —Alzó las dos manos en señal de rendición—. Haz lo que quieras.

—Lo haré.

—Bueno, ¿por qué no viniste anoche? —Su intento por cambiar de tema no sirvió de mucho.

—Se quedó en casa. —No iba a darle más información que esa. Si le decía que se iba a quedar conmigo un tiempo, me tocaría más las narices con el mismo tema.

—¿Se quedó a dormir? —Levantó una de sus cejas todo lo que pudo—. Creía que tú no hacías esas cosas.

Isabella y yo normalmente nos lo montábamos en el Ruin. Había habitaciones por todo el local y una sala de juegos secreta que solo utilizaba yo. Ella dormía allí mientras yo me quedaba en la otra habitación, manteniendo la distancia entre nosotros, pero lo bastante cerca como para que yo estuviera ahí si ella necesitaba cualquier cosa.

—Entraron a robar a su apartamento ayer por la noche, así que necesitaba un sitio donde quedarse.

—¿Qué dices? —Mostró una preocupación sincera, una expresión que creía que había olvidado—. ¿Está bien?

—Está bien. Tiene el ojo morado y el labio hinchado, pero se le curarán.

—¿Intentó hacerle daño? Menudo hijo de puta.

—Rome le dio una paliza y lo inmovilizó en el suelo hasta que llegó la policía.

Aún seguía cabreado con ella por haber hecho algo tan estúpido, pero en el fondo estaba orgulloso de su valentía. No le daba miedo nada ni nadie y tenía la misma resiliencia que las flores en invierno. Tenía el tipo de agallas y

energía que yo admiraba, el mismo tipo que tenía yo.

—Joder... Eso me pone.

Lo volví a fulminar con la mirada.

—Lo siento, pero no me voy a disculpar por eso. Eso es una tía con cojones.

—Lo sé.

—Entonces, ¿vas a dejar que vuelva a su apartamento? Parece que vive en una zona de mierda.

—No. —Ni de coña iba a dejar que viviera en un barrio como ese. No me importaba que pudiera cuidar de sí misma. Quería cuidar de ella yo—. Se va a quedar conmigo hasta que encuentre un piso nuevo.

Esa sonrisa burlona y retorcida volvió a aparecer en su cara.

—¿Está en tu casa ahora?

—Es temporal.

—Ajá.

—Lo es. Necesita escoger un sitio mejor y los pisos vuelan en la ciudad.

—Pero los dos sabemos que podrías comprarle cualquier cosa que quisiera. —Su arrogancia no hacía más que aumentar.

—No aceptaré dinero mío. Es testaruda.

—Lo que tú digas. —Se le veían los dientes.

—Di lo que quieras. No me supone ninguna diferencia.

Su estancia en mi casa no duraría para siempre. Cuando encontráramos un lugar adecuado para ella, se marcharía. No le pediría que se quedara. Y ella tampoco esperaría que lo hiciera.

Jackson estaba disfrutando de cada segundo de la situación por motivos que desconocía.

—A lo mejor dentro de poco tengo una hermana. Mi hermana Vainilla.

Agarré el trapo que había sobre el mostrador y se lo lancé de pleno en la cara.

—Que te jodan.

Se lo quitó de la cara con una carcajada.

—Estoy pudiendo contigo. Y por eso sé que tengo razón.

---

CUANDO LLEGUÉ A CASA, YA TENÍA PREPARADA LA CENA EN LA MESA.

—Has llegado a casa muy rápido. —Sin pensar en ello, la abracé por la cintura y la besé en el instante en que entré por la puerta. Ese acto era demasiado normal, demasiado hogareño para mi gusto, pero lo hice de todas formas... y me gustó.

—En realidad es que me he enamorado de tu cocina, por así decirlo.

—¿De verdad? —Yo estaba metido en algo un poco raro, pero nunca había sentido nada por los fogones y los microondas.

—Es preciosa. Mira qué grande es. —Caminó desde la nevera hasta el armario de enfrente, dando quince pasos de un sitio a otro—. Y estas encimeras de granito... —Pasó los dedos por la superficie—. Estoy emocionada por cocinar aquí durante mi estancia. En realidad, me hace un poco feliz que entraran a robarme.

—¿Y no tiene nada que ver con el macho sexi con el que compartes casa?

Me aflojé la corbata y se la enrollé alrededor del cuello para poder tirar de ella hacia mí. Mi mano se tensó de inmediato sobre la tela porque era un acto realmente excitante. Ojalá pudiera tirarla sobre la encimera y follármela mientras la estrangulaba al mismo tiempo. Dios, eso sería el paraíso.

—No. —Intentó ocultar su sonrisa mientras me vacilaba, pero las comisuras de sus labios se elevaron por voluntad propia.

Le apreté la corbata alrededor del cuello, pero no le corté el aire, aunque deseaba hacerlo.

—Ah, ¿de verdad? —La empujé lentamente contra el armario; mi erección ya se marcaba a través de mis pantalones de vestir. Se la apreté contra el vientre para que supiera cuánto deseaba penetrarla.

Los músculos de su vientre se tensaron cuando notó mi gruesa erección.

—A lo mejor un poco...

Fuera lo que fuera lo que estaba cocinando en los fogones, olía de maravilla, pero mi estómago pasó a un segundo plano a favor de mi otro órgano.

—Esta noche quiero el postre antes de la cena.

—Chico malo.

Los tendones del cuello se me tensaron por su juego de palabras. Se le daba genial el lenguaje obsceno y ni siquiera lo sabía.

—Deberías castigarme.

—¿Y cómo debería castigarte? —Subió las manos por mi pecho hasta que me rodeó el cuello. La corbata aún seguía enrollada en su garganta; el azul contrastaba con su tez blanca.

Sabía exactamente cómo quería que me castigara.

—Pégame.

El fuego del deseo se encendió en sus ojos, pero lo sofocó de inmediato.

—No. Ponte de rodillas y pon la cara entre mis piernas.

—Eso no es un castigo. —Le agarré la muñeca y se la apreté—. Pégame, cariño.

Sus ojos se movían de un lado a otro mientras me miraba a los ojos, intentando decidir si hablaba en serio.

—Hazlo. —Mi respiración se volvió entrecortada ante la perspectiva de que la pequeña palma de su mano chocara con mi piel. Quería sentir esa bofetada, ese ardor por el impacto. Quería sentir su ferocidad como la última vez—. Castígame.

Le tembló a mano mientras aún seguía sobre mi cuello. Entonces la apartó y me pegó, pero con suavidad. No se parecía en nada a lo anterior. Le faltaba pasión. Le faltaba decisión.

—Pégame como quieras hacerlo. —Le agarré los muslos y apreté con fuerza, obligándola a cooperar con mis exigencias—. Ahora.

Separó los labios ligeramente mientras se le aceleraba la respiración. Ese conocido rubor se apoderó de su rostro, tiñendo sus mejillas hasta que quedaron rosadas. Sus ojos verdes bailaban con un fuego de jade y los moretones de su piel eran casi imperceptibles. Echó la mano hacia atrás y me pegó con fuerza.

Joder, me encantaba.

Apreté la boca contra la suya y la levanté de la encimera al mismo tiempo. La llevé en brazos al salón y la tiré sobre el sofá. Mis manos agarraron su falda y se la subieron hasta la cintura antes de que le quitara las bragas, prácticamente arrancándoselas.

Mi boca ansiaba esa dulzura, ese sabor a vainilla de su entrepierna. Ahora era lo único en lo que podía pensar cuando la miraba: en lo blanda y dulce que era. El apodo había sido un insulto en un principio, pero ahora era la cosa más sensual del mundo.

Presioné la boca contra su sexo y succioné, queriéndola a toda ella en mi boca al mismo tiempo. Le separé las rodillas y la dominé, tomando exactamente lo que tenía el derecho a disfrutar.

Rome hundió las dos manos en mi pelo, sosteniendo los mechones en puños y empujando más mi cara hacia su vagina. Balanceó las caderas hacia mí, deseando que mi lengua se hundiera muy dentro de ella. Cuando le moví el clítoris en círculos con agresividad, gimió con tanta fuerza que creí que los vecinos del otro lado de la calle podrían oírla.

Le agarré las caderas, tiré de su trasero hacia el borde del sofá y me puse de rodillas. Después de que me hubiera pegado, estaba ansioso por correrme, pero estaba más ansioso por hacer que ella se corriera. Enterré la cara entre sus piernas, absorbiendo su sabor y su olor, y casi me corrí por el mero contacto con su dulzor.

—Calloway... —Se reclinó contra el respaldo del sofá y me miró, embistiendo su cuerpo contra mi cara. Al principio sus deseos y sus movimientos eran sutiles. Pero ahora, tomaba de mí lo que deseaba,

mostrando su lado despreocupado. Vivía el momento, y si quería más, simplemente lo tomaba.

Le succioné el clítoris con la boca y tiré con fuerza, dándole el tipo de fricción que la llevaría al límite.

Y lo hizo. Como si estuviera muriéndose, gritó hasta quedarse sin voz y se corrió a mi alrededor; su sexo se apretaba contra mi boca mientras los últimos temblores se apoderaban de ella. Jadeó y me soltó el pelo, dándome un suave masaje en el cuero cabelludo con remordimiento.

Me negaba a darle algún tipo de pausa porque el pene me latía de dolor. Me quité los pantalones y los bóxers y tiré de ella hacia el suelo. La coloqué a cuatro patas antes de sujetarla perfectamente el pelo por detrás. Hundí mi erección en su boca y empujé lo máximo que pude, llegando hasta el fondo de su garganta hasta que casi se atragantó. La saliva goteó de inmediato de su boca y le cayó por la barbilla hasta el suelo.

—Mírame.

Embestí con las caderas y hundí mi sexo muy dentro de ella, dejando que mi lado oscuro se descontrolara. Era lo más cerca que había estado nunca de la pura dominancia. Cuando me había pegado, había desatado una fuerza en el fondo de mi pecho. Ahora no podía frenar ni calmarme. Quería penetrarle la boca hasta llenarla por completo con mi semen.

Alzó la mirada hacia mí, con el culo descubierto y la falda recogida alrededor de su cintura. Tenía la boca completamente abierta como una serpiente mientras tomaba mi miembro una y otra vez. Incluso cuando le costaba, continuaba, porque era una experta.

La miré a los ojos y seguí embistiendo, disfrutando de las lágrimas que se le acumularon porque mi sexo era demasiado grande para su boca. Le sostuve el pelo con más fuerza mientras llegaba más adentro, estirándole la garganta y moviéndome por los surcos de su lengua.

Ver a esta preciosa mujer de rodillas, con la boca abierta y jadeando para mi erección, era excitante de por sí. Los testículos se me tensaron con fuerza

contra el cuerpo, preparándose para el agotador *crescendo* de placer.

—Ya llega, cariño. —Le metí todo mi sexo en la garganta y lo mantuve ahí.

Ella contuvo la respiración mientras esperaba, ya que de todos modos no podía respirar. Aún caía saliva de su boca al suelo.

La cegadora sensación me bajó por el estómago y me atravesó los testículos, saliendo de mi erección de forma explosiva antes de golpearle el fondo de la garganta. Derramé mi semen contra su lengua, dándole todo lo que tenía.

Como la buena sumisa que era, no se atragantó. Continuó conteniendo la respiración hasta que terminé de correrme dentro de ella. Le caían lágrimas de los ojos y los brazos le temblaban de soportar su peso.

Quería mantener mi pene en su boca, incluso mientras se ablandaba. La imagen que tenía ante mí era puramente erótica y hacía que me empalmara en sueños. No quería abandonar la seguridad de su boca porque era un lugar maravilloso. Me la chupaba como si lo deseara más que yo. Quería cada gota de mi semen tanto como yo quería dárselo.

Saqué mi miembro de su boca y le limpié los labios con la parte posterior de mi manga.

—La chupas de maravilla, ¿lo sabes?

Odiaba imaginarla con mucha práctica. Me hacía sentir celos de los hombres que ya ni siquiera estaban en su vida. Pero había adquirido el talento en algún lugar, y al menos yo podía disfrutarlo.

—Gracias. Es justo lo que toda mujer quiere oír. —Se incorporó con una sonrisa juguetona en los labios.

—Pero lo digo de verdad. Y de forma positiva. —Aún de rodillas, la atraje hacia mi pecho; mi pene quedó pegado a su falda subida. Le puse las manos en el culo y le apreté las nalgas, adorando lo firmes y suaves que eran.

—Bueno, tú también lo chupas de maravilla.

—Vaya, gracias. Me lo tomaré como hay que tomarse los cumplidos: con

orgullo. —Apreté la cara contra la suya y vi el brillo de sus ojos.

—La verdad es que no es que la chupe de maravilla. Es solo que me encanta chupártela a ti.

Una ola de calor me encendió el cuerpo una vez más. Decía cosas bastante sensuales, pero esa debía de ser una de las mejores. Básicamente había dicho que solo le encantaba tener mi pene en su boca y el de nadie más. Y cuanto más pudiera poseerla, mejor.

—¿Sí?

Asintió.

—Me alegra que pienses eso, porque aún queda mucho más por venir.

---

ELLA Y YO HABÍAMOS ESTABLECIDO UNA RUTINA TODAS LAS NOCHES. DESPUÉS de la cena, recogíamos juntos y nos sentábamos delante de la televisión. Si había algún partido, normalmente lo veíamos. Ella no era una gran fanática de los deportes, pero le gustaban. Siempre sabía qué estaba pasando y no tenía ningún problema en regañar a los jugadores cuando la cagaban, y a los árbitros cuando tomaban una decisión estúpida.

Me encantaba.

—¿Te pagan doce millones de dólares al año para que falles un tiro? —Negó con la cabeza con una mueca de asco en la cara—. Odio cuando la gente siente lástima por los jugadores. Es su trabajo. Se supone que no tienen que ser unos comepollas.

—Tú sí.

—¿Qué?

No pilló mi broma, así que lo dejé pasar.

—Eres muy dura, cariño.

—No lo soy. Solo creo que todo el mundo debería alcanzar su potencial. Y ese jugador no lo ha hecho.



—Te imagino como entrenadora. Todos tus jugadores te odiarían.

—No me odiarían si ganaran las finales.

Le rodeé los hombros con el brazo y me incliné hacia ella.

—¿Alguna vez te has planteado dejar el trabajo de beneficencia por los deportes profesionales?

—Dios mío, no. Sé dónde me corresponde estar. Ahora marco una diferencia, pero nunca marcaría ninguna diferencia con estos idiotas.

Solté una risita por enésima vez esa noche. Era una de las pocas personas que podían hacerme reír. Su impertinencia era adorable y su actitud era, de algún modo, sexi. Me gustaba cuando era beligerante. Quería pelear con ella y esperaba que aportara ese ardor cuando lo hiciéramos. Cuando le había dicho que se iba a mudar conmigo, se había opuesto a cada paso, pero no podía aprovecharme de eso en ese momento. Pero cuando fuera mi sumisa, lo haría.

Sabía que era una cuestión de tiempo antes de que ocurriera. Me había pegado y le había gustado. Podía ver la misma pasión y oscuridad en sus ojos que yo llevaba a cualquier parte que iba. Estaba allí, muy hondo. Y una vez que ella confiara en mí incondicionalmente, le sugeriría la idea. O simplemente le haría una prueba.

Esa mamada había sido una experiencia increíble, pero quería que tuviera un encuentro más intenso. Quería atarla a mi cama, cubrirle los ojos y dejarla a mi merced. Quería sacarla de su zona de confort y presionarla tanto que se doblara, porque confiaba en mí.

Me había dicho cosas que nunca le había dicho a nadie más y yo había hecho lo mismo. Era solo cuestión de tiempo que empezara la verdadera diversión. Faltaban solo unos días para el límite de cuatro semanas y cuando ese día llegara, no me reprimiría. Pero tendría que contenerme para no atarla sin dejarla ir. En ese caso, podría pensar que estaba un poco tarado.

—¿Tienes algún plan para el viernes?

—No. Soy bastante aburrida. —Me miró; su ojo amoratado estaba

cubierto con maquillaje—. ¿Por qué?

—Había pensado que podíamos ir a cenar.

—Sí, suena bien.

—Y después podemos volver aquí y celebrarlo.

Sus ojos no cambiaron mientras me miraba fijamente, y yo sabía exactamente por qué.

—Abriremos algo de vino y encenderemos unas velas... —Le apreté los labios contra la oreja y la besé con suavidad, dejando que mi lengua se deslizara por el borde antes de soltar un cálido suspiro.

Ella tomó aire en silencio y los pezones se le endurecieron bajo la camisa.

—Y entonces serás mía. —Apreté los brazos alrededor de ella porque quería que ya fuera viernes. Quería entrar muy dentro de ella y depositar mi semen en otro lugar que no fueran su garganta y sus tetas. Ansiaba hacerlo y sabía que ella también. Ninguna mujer hacía mamadas a menos que quisiera más... en lugares diferentes.

—A lo mejor deberíamos saltarnos la cena.

Podía sentir el calor de su entrepierna sin tocarla. El pecho le subía y bajaba con respiraciones regulares y supe que su excitación la estaba afectando. Quería notarme muy dentro de ella, estirándola hasta que su vagina estuviera completamente amoldada alrededor de mi erección. Ella no quería una cita romántica.

Solo quería follar.

Y a mí me parecía bien.

—Nada de cena. Solo sexo.

—Vale.

Le sostuve la cara y le di un pequeño beso en los labios, conteniéndome para no hacer más. Si la recostaba contra los cojines, perdería el control y la follaría allí mismo en ese momento.

Un callado gemido escapó de sus labios, como si estuviera pensando lo mismo. Se metió el pelo por detrás de la oreja; tenía los párpados caídos

como con una excitación ebria.

—Voy a irme a la cama...

—Sí, yo también. —Si me quedaba con ella más tiempo, me precipitaría.

Y ella también quería precipitarse.

—Buenas noches. —Me rodeó el cuello con los brazos y me abrazó en lugar de besarme. Sabía que lo hacía para controlarse, pero el afecto, de algún modo, me gustó más. Me encantaba sentir sus pequeños brazos envolviendo mi cuerpo. Me abrazó como a un oso de peluche, con los pechos apretados contra mí y los pezones duros.

El deseo abandonó mi cuerpo mientras la sostenía, comprendiendo lo pequeña que era realmente. Con una piel más suave que la seda y unos ojos más brillantes que las estrellas, no era solo una mujer con la que estaba a punto de acostarme. De un modo extraño, era algo más. Sentí como si estuviera abrazando a una amiga.

Mi amiga más cercana.

CALLOWAY

Los dos días siguientes fueron una tortura.

Pasaron como arenas movedizas que cambiaban de lugar dentro de un reloj de arena sin avanzar de verdad. Los segundos pasaban, pero yo siempre creía que eran más de lo que eran realmente. Cuando miraba el reloj, solo habían pasado cinco minutos, pero parecían cinco horas.

Mi tarde en el trabajo transcurrió sin novedades. Tenía algunas reuniones, mucho papeleo y algunos eventos apuntados en mi agenda. A pesar de toda la actividad, mi mente seguía desviándose a la diablilla que estaba a punto de compartir de cama.

Me moría de ganas de estar dentro de ella.

Al principio, cuando me había dicho que tenía que esperar cuatro semanas, estuve a punto de marcharme. Los hombres como yo no esperaban para tener acción. Normalmente llegaba hasta nosotros. Pero deseaba a esa mujer de un modo en que no deseaba a nadie más, así que aguanté.

Y me alegraba de haberlo hecho.

Nunca había sentido ese tipo de emoción en toda mi vida. La anticipación, la acumulación, me daban escalofríos. El hecho de que esa mujer tuviera el poder de hacerme esperar y aún así conservar mi atención iba más allá de mi comprensión. Fuera lo que fuera lo que tenía, me obsesionaba.

Estaba compartiendo mi casa con ella y no me molestaba. Isabella ni siquiera había ido nunca a mi casa y había estado con ella un año.

Rome lo había cambiado todo.

Cuando llegué a casa del trabajo, la tensión se palpaba entre nosotros. Quería clavarla al sofá y embestirla con fuerza, notando cómo mis testículos le golpeaban el culo mientras la reclamaba como mía. Cuando estuviéramos cerca de la mesa de la cocina, quería hacer lo mismo y después cenarla también a ella.

Estaba tensa conmigo y se desviaba para no tocarme. Mantenía metro y medio de distancia entre nosotros en todo momento. La casa parecía un invernadero: caliente y húmeda. Los dos estábamos ardiendo, ansiosos por follar como los animales que éramos.

Cuando le tocaba el hombro, se apartaba de mí rápidamente como si se hubiera electrocutado. Se le aceleraba la respiración y se le ruborizaban las mejillas. Tenía los labios ligeramente separados, como si su boca necesitara mi beso.

Lo único que me retenía era mi promesa. Le había dado mi palabra y yo siempre mantenía mi palabra. Era lo único que me daba algún tipo de valor. Si yo no podía confiar en mí mismo, mi mujer no podría confiar en mí. Y si ella no confiaba en mí... nunca vería mi sala de juegos.

Sabía que nuestra primera vez juntos sería vainilla. Sabía que todos los polvos que echáramos después también serían vainilla. Pero una vez que pasara la prisa inicial y se sintiera completamente cómoda conmigo, sacaría las esposas y las llevaría a dar una vuelta.

Y finalmente la convertiría en la sumisa que estaba destinada a ser.

En el momento en que puse los ojos en ella, estaba destinado a suceder. Ella no tenía elección. Todo este tiempo había estado buscando a la compañera que mi cuerpo anhelaba. Había estado aguardando mi momento y esperando a la compañera perfecta. Aunque no creía en las relaciones para siempre, sí creía en la monogamia.

Sabía que nunca permitiría que otro hombre la tocara.

Jamás.

La última noche antes del gran día, nos sentamos uno frente al otro en el sofá. Ella daba sorbos al vino y veía el partido con la manta extendida sobre sus muslos. No llevaba maquillaje, su ropa era extrañamente ancha y tenía el pelo recogido en un moño desaliñado.

Sabía lo que estaba haciendo.

Estaba intentando estar lo menos atractiva posible.

Pero era contraproducente. Me encantaba ver su belleza natural. Los moretones habían desaparecido y ahora su ojo izquierdo brillaba tanto como el derecho. Tenía el pelo en la nuca, así que podía ver lo esbelta que era su garganta. Podía rodearla completamente con una mano y los dedos me tocarían la palma. Su ropa impedía ver sus curvas, pero eso no cambiaba nada. Recordaba exactamente qué había debajo.

Su pelea con el despreciable ladrón me aterrorizaba porque temía por su seguridad, pero su resiliencia y su fuerza eran excitantes, y por una razón muy obvia. Si podía aguantar eso, podría soportar cualquier cosa que yo le hiciera. Sería casi imposible que flaqueara. Sería el mayor reto de mi vida. Cuanto más tiempo pasara sin hacerla flaquear, más la desearía. Y como ella no lo haría, la desearía toda mi vida.

Se terminó el vino y puso la copa vacía en la mesa.

—Me voy a la cama.

Quería ir con ella, pero si ya había esperado tanto tiempo, podía esperar un poco más.

—Vale.

Me miró como si quisiera darme un beso de buenas noches, pero se lo pensó mejor.

—Nos vemos mañana.

—Buenas noches, cariño.

Como si estuviera intentando alejarse de mí lo antes posible, salió

disparada de la habitación y desapareció por las escaleras.

Yo me quedé en el sofá con la televisión de la pared puesta. Tenía el pene duro en los vaqueros y estaba impaciente por liberarse. No había tenido nada de acción durante el último día y estaba ansioso por descargarme, pero quería el sexo real.

Quería a Rome.

Así que dejé las manos guardadas y me fui a la cama.

---

EL DÍA FINALMENTE LLEGÓ Y MI PENE ESTUVO DURO PERMANENTEMENTE. Sabía lo que estaba por llegar y era solo cuestión de tiempo que entrara en su vagina húmeda y resbaladiza. Me rodearía la cintura con las piernas y me rogaría que la penetrara tan fuerte como pudiera.

Y yo la complacería.

Me fui al trabajo mucho antes de lo normal para evitar verla. Con lo excitado que estaba, dudaba que pudiera seguir manteniendo mi promesa. Técnicamente, no la estaría rompiendo, pero no quería follar e irme al trabajo justo después. Quería tenerla toda la noche y el resto del fin de semana.

Pedí flores a domicilio y las coloqué en la mesa de la entrada. Antes de que saliera para ir al trabajo, las vería. Eran rosas de color rojo oscuro en un jarrón de cristal y había dos docenas. Grandes y llenas de vida, me recordaban a ella. Tan inocentes y puras, pero tan sexuales al mismo tiempo.

Dejé una nota.

«Esta noche, finalmente serás mía».

---

YO FUI EL PRIMERO EN LLEGAR A CASA.

Entré en el dormitorio, pero no me quité el traje como haría normalmente.

Por ahora, lo normal sería que estuviera en la ducha, lavándome y frotándome el pelo. Después saldría y me pondría un par de vaqueros y una camiseta.

Pero ese día, me dejé el traje puesto.

Me senté en el borde de la cama y apoyé los codos sobre las rodillas. La puerta estaba completamente abierta y podía escuchar el sonido de la puerta de entrada abriéndose en la planta baja. Las cortinas estaban cerradas sobre las ventanas porque no quería que nadie le lanzara una mirada, que vieran esa piel perfectamente pálida que le rodeaba sus pechos rosados.

Las lámparas de las mesillas estaban encendidas para dar ambiente, proyectando un tenue brillo por toda la habitación. Podía oír cómo se encendía y se apagaba la calefacción mientras intentaba mantener el equilibrio dentro de la casa. Ninguna de sus cosas estaba en ese dormitorio, pero de todas formas sentía que lo compartía con ella.

Después de esperar veinte minutos y con el pene ya duro al pensar en lo que haría con ella, la puerta principal finalment se abrió. Pude oír cómo se cerraba tras ella la pesada puerta. Apenas era perceptible, pero llevaba tanto tiempo viviendo allí que reconocía todos y cada uno de los sonidos de ese lugar.

Pasó un minuto antes de que se oyeran sus tacones mientras subía por las escaleras. Se tomó su tiempo y calmó sus nervios antes de llegar. Sabía exactamente dónde estaba yo porque sus tacones seguían resonando contra el suelo de madera incluso cuando pasó su dormitorio.

Nunca había confiado tanto en mi sentido del oído. Como si fuera a entrar en batalla, estaba preparado para el acontecimiento que estaba a punto de suceder. El corazón me latía acelerado y me dolían los pulmones, necesitados de más aire. Mi cuerpo quería saltar a la acción y ejercitarse. Mis manos se retorcían por agarrarla, por cogerla por las caderas y presionarla bajo mi cuerpo. Mis caderas querían embestirla con fuerza, llegando a su cervix con la cabeza de mi miembro porque la penetraría con cada centímetro de mi



sexo. Antes de conocerme, ella no sabía lo que era un polvo de verdad. Ahora sabría cómo era estar con un hombre de verdad, un hombre de un metro noventa.

Dobló la esquina, se detuvo en el umbral y me vio sentado en el borde de la cama. Una falda de tubo negra le abrazaba las caderas y en los pies llevaba unos tacones de aguja negros. No importaba cuándo dinero tuviera en el banco, ella vestía como una mujer con clase, enorgulleciéndose de su elegancia. Se había rizado el pelo esa mañana y ahora los rizos estaban más sueltos, formando ondas, pero eso hacía que fuera más fácil enredar los dedos en su pelo. Llevaba una camisa azul marino y un collar dorado en el cuello. Tenía más maquillaje de lo habitual y, tal y como sospechaba, sus mejillas estaban sonrojadas.

Se me quedó mirando con una mezcla de lujuria y duda, con los brazos a ambos lados del cuerpo. El pulso le palpitaba descontroladamente en el cuello, la adrenalina le llegaba directa al corazón. Estaba nerviosa, pero, sobre todo, estaba excitada.

Me puse de pie sin apartar los ojos de los suyos. Finalmente bajé la mirada y contemplé cada centímetro de su perfección, atesorando ese momento. Había deseado estar dentro de ella desde el momento en que la vi en aquel bar. Todos los hombres deseaban lo mismo aquella noche.

Pero yo había logrado tenerla.

La había mimado y agasajado. La había tratado como a una dama y le había dado el respeto que deseaba. Cuando había querido hablar, había escuchado. Cuando había querido mimos, la había complacido. Pero ahora era mi turno de tener lo que quería.

Mis ojos le perforaron la piel y yo sentí que mi parte dominante luchaba por controlarse. Quería ordenarle que hiciera exactamente lo que le pidiera. Quería exigirle que se pusiera de rodillas y me la chupara hasta que quedara empapado con su saliva. Nunca en mi vida había peleado tanto con mi verdadero yo.

Tenía que mantener el control.

Crucé la habitación hasta que quedé cara a cara con ella. Podía sentir el calor que rezumaba su cuerpo, que ardía por el mío. Sus ojos se iluminaron de inmediato como estrellas en el cielo, centelleando de deseo. Tenía las mejillas más rosadas que nunca porque su vagina deseaba mi pene con desesperación. Su respiración era entrecortada, descontrolada y dispersa. Mi proximidad la ponía nerviosa, pero le gustaba esa sensación.

—Gracias por las flores.

De todas las cosas que esperaba que dijera, esa no era una de ellas. No respondí porque no me apetecía hablar. Lo único que quería hacer con mis labios era besarla. Mis manos ya no podían seguir a mis costados y le hundí una mano en el pelo, atrayendo su cara hacia la mía con un intenso abrazo.

Al instante, respiró hondo como si acabara de quemarla. Sus labios se congelaron, como si no pudieran procesar el ardiente deseo. Dudaron, sobrepasados; mi beso la había pillado desprevenida. Pero después me devolvió el beso con el mismo vigor y la misma pasión. Subió las manos por mis brazos hasta apoyarlas en su lugar favorito.

Yo ya me sentía desquiciado. De inmediato, me vi arrastrado por una lujuria desenfrenada. Mis manos recorrieron su cuerpo, deleitándose al notar su figura de reloj. Sentí la definición de sus costillas y bajé hasta su cintura, notando la fuerte curva de la parte baja de su espalda. Deslicé los dedos hasta su trasero y le apreté las nalgas, reclamándola.

Ella subió las manos hasta mi pecho y desabrochó todos y cada uno de los botones sin detener el beso. Su beso se volvía más profundo a medida que soltaba los botones. Cuando el último quedó finalmente abierto, me quitó la camisa, casi rasgándola con su prisa.

Mi camisa estaba en el suelo y sus manos estaban sobre mi pecho. Me clavó las uñas al notar los intrincados músculos bajo mi piel. Arrastró las puntas de los dedos por la piel, sintiendo cada surco de mi físico. Pasó las manos a mi pecho, y también allí clavó sus garras.

Yo no me molesté en desabotonar su camisa. En lugar de eso, tiré de ella con brusquedad y los baratos botones de la parte delantera saltaron. No pareció importarle que le hubiera destrozado la camisa, porque me besó con más intensidad, prácticamente jadeando en mi boca.

Con una mano, le desabroché el sujetador, que le bajó por los brazos hasta caer al suelo.

Estaba enamorado de sus tetas. Tenía el pecho más bonito que hubiera visto nunca. No eran enormes, pero eran redondas y turgentes, proporcionales a su tamaño y terriblemente sexis. Le toqué una y mi pulgar jugó con su pezón, moviéndose sobre él tantas veces que empezó a endurecerse.

Ella gimió en mi boca.

Su reacción ante mí azuzó mi pasión. Arqueó la espalda y apretó más su cuerpo contra el mío, prácticamente rogándome que la tomara. Le agarré los pechos con más fuerza y le apreté el pezón mientras le entregaba mi lengua.

Sus manos salieron disparadas hacia mi cintura y me desataron el cinturón a la velocidad de la luz. Soltó el botón y bajó la cremallera, dejando sueltos los pantalones, que me cayeron por las caderas. Interrumpió nuestro beso para ponerse de rodillas y bajármelos hasta los tobillos. Su cara quedó frente a mi entrepierna, donde mi erección se marcaba bajo los bóxers. Alzó la mirada hacia mí, clavando sus ojos verdes en los míos, y me dio un beso en el pene a través de la tela.

Joder.

Agarró la cinturilla y me quitó los calzoncillos, dejando libre mi erección palpitante, que se retorció de inmediato al saber que estaba tan cerca de su boca, justo al lado de esa lengua suave contra la que le encantaba deslizarse.

Me agarró los testículos y los masajeó con delicadeza antes de cerrar la boca sobre mi sexo, introduciéndolo hasta que su garganta no pudo aceptar otro centímetro. Contuvo la respiración todo lo que pudo antes de echarse hacia atrás y jadear en busca de aire. Sus dedos continuaron masajeándome los testículos como si estuviera venerándolos.

Era mejor que cualquier fantasía que hubiera tenido nunca.

Le sostuve el pelo en un puño y tiré de ella hacia arriba, ordenándole en silencio que se pusiera de pie.

Cuando volvió a estar en pie frente a mí, le bajé la cremallera de la parte trasera de su falda y dejé que esta cayera al suelo. Llevaba un tanga negro de encaje, un modelito muy sensual que no le había visto antes. Debía de haberlo comprado en el descanso de la comida, queriendo sentirse sexi esa noche.

Podría haberlo hecho yo por ella.

Le agarré la parte trasera del tanga y lo sostuve en un puño al igual que había hecho con su pelo. Uní mi cara a la suya, pero no la besé, sino que me quedé mirándole fijamente los labios. Me encantaba sentir sus nalgas curvas bajo las puntas de mis dedos. Tenía el culo más respingón que hubiera visto nunca, probablemente por subir todos los días las diez plantas hasta su apartamento. Me moría de ganas de penetrarla por detrás, pero esto tendría que esperar para otra ocasión.

Le pasé el tanga por el culo y se lo bajé por las piernas. Estaba desnuda delante de mí, queriendo que la tomara como había deseado hacer desde el momento en que la vi. Le besé el cuello y la clavícula, mordisqueándole la piel con mi necesidad de devorarla. Mis manos la guiaron a la cama y la tumbé hasta que su cabeza tocó una de mis almohadas. Era la primera mujer con la que me acostaba en mi cama, y saberlo era extrañamente erótico. Los ecos de sus gemidos inundarían mi habitación para siempre, y me alimentaría de esos recuerdos durante incluso más tiempo.

Hacía mucho tiempo que no hacía el misionero. Y nunca había tenido sexo vainilla. Pero mi pene lo ansiaba como si fuera la sensación más estimulante del mundo. Me sentía un vencedor por haber conseguido que esa mujer me deseara. Podría tener a cualquier hombre del mundo, pero me quería a mí. Quería que la follara en ese mismo momento. Quería que me corriera dentro de ella.

Apenas podía controlar mi respiración de lo excitado que estaba. Como un adolescente a punto de follar por primera vez, la expectativa estaba a punto de acabar conmigo. Le agarré las caderas y la coloqué debajo de mí, ladeando sus caderas para poder deslizar cada centímetro de mi erección en esa pequeña vagina.

Le separé los muslos con los antebrazos y los coloqué debajo de sus rodillas. Apreté mi miembro contra sus pliegues como había hecho tantas veces antes, pero esto era diferente. Sabía que no me deslizaría sobre su clítoris húmedo. Esta vez, estaría dentro de ella, sintiendo cada centímetro de ella. Clavé la mirada en la suya, viendo el mismo deseo en sus mejillas.

—Gracias por haber esperado. —Me pasó las manos por el pecho hasta los hombros, arrastrando las puntas de los dedos por mi cuerpo.

—Por ti esperaría para siempre.

Las palabras surgieron de repente y eran demasiado románticas para lo que yo diría normalmente. Pero con el calor del momento, dije lo que me vino a la mente. Rome era el único propósito de mi vida en ese momento y no importaba nada más.

Apreté la cabeza de mi pene contra su estrecha abertura, sintiendo la inmediata resistencia. Cuando había metido dos dedos dentro de ella, había notado lo apretada que estaba. Ya sabía que a mi ancha erección le costaría entrar. Pero no podía creerme lo estrecha que estaba.

Estaba empapada, los fluidos le caían por el trasero. El problema no era su excitación, sino simplemente el gran tamaño de mi pene y su diminuta vagina. Apreté hacia dentro con delicadeza una vez más con los ojos posados sobre los suyos. Avancé tres o cuatro centímetros, sintiendo la cálida carne de su conducto.

Joder.

Subió las manos por mi pecho hasta posarlas en mi cuello. Tenía el pulgar justo encima de mi pulso, sintiendo cómo la sangre palpitaba junto con la adrenalina. Su respiración se tornó descontrolada y errática mientras

intentaba caber en su interior.

Continué empujando con delicadeza hacia su interior, apenas consiguiendo meter la mitad de mi erección dentro de ella. Pero solo esos centímetros bastaban para darme escalofríos. Era todo con lo que mi pene había soñado. Resbaladizo, apretado y maravilloso. Cuando finalmente la estirara y empezáramos a movernos, sería incluso mejor. Pero no estaba seguro de poder imaginar algo mejor que esto.

—Tu coño es jodidamente increíble. Estás tan apretada...

La cabeza de mi pene absorbió toda su humedad. Su carne cálida era exquisita y no quería irme nunca. Por supuesto, tenía el sexo de una diosa. Mi pene debía de haberlo sabido cuando se fijó en ella por primera vez.

Me clavó las uñas en el cuello, sujetándose como si fuera a salir despedida.

—Eres mi primer...

Mi pene entró otros dos centímetros, sintiendo que su estrechez le daba paso poco a poco.

—¿Tu primer qué?

Acerqué la cara a la suya y la miré a los ojos, viendo todo el universo en sus iris. Completamente impresionante, era la perfección bajo mi cuerpo. Sus pezones eran puntiagudos y su pecho estaba teñido de ese precioso tono rosado. Tenía la boca abierta de jadear y su cabello estaba extendido sobre mi almohada. Estaba de espaldas, con las piernas abiertas para mí, exactamente como había fantaseado un millón de veces.

—El primero. —Estiró el cuello hacia arriba y me besó los labios con un beso cálido y tentador.

Me llegó más sangre a mi erección ante su contacto, pero aún no entendía qué quería decir. Una sensación de fatalidad pendía sobre mí, cubriéndome con nubes atormentadas que estaban a punto de soltar la lluvia. Sus palabras y la inexplicable estrechez de su vagina me hicieron pensar en algo.

—¿Eres virgen?

Dejé de entrar en ella. La mitad inferior de mi pene quedó fuera, ansiosa por ver todo lo que estaba sintiendo la punta.

Mantuvo los ojos fijos en los míos.

—Sí.

Otro pico de adrenalina me atravesó, golpeándome como si fuera un tren de mercancías. Yo no me acostaba con vírgenes por las consecuencias emocionales. Y no habría ido detrás de Rome si lo hubiera sabido. Ahora las posibilidades de que se sometiera a mí eran casi inexistentes. Pero no saqué el pene. No paré.

Mi cuerpo estaba incluso más encendido. Mi excitación se multiplicó por diez mientras la miraba fijamente, sabiendo que ningún otro hombre había estado dentro de ella antes. Era realmente mía, total y completamente. Debería haber salido y haber parado esto antes de que fuera más lejos, pero no pude. Ahora la deseaba mucho más que antes.

—¿Quieres que sea yo?

—Sí. —Me besó el labio inferior y lo succionó con delicadeza—. Llevaba tiempo esperando a perder la virginidad, pero no había encontrado el chico adecuado al que entregársela. Quiero entregártela a ti.

Joder. Joder. Joder.

¿Cómo era eso posible?

Tenía que tener al menos veinticuatro años.

Esa mujer podía haber tenido a cualquier hombre, pero me quería solo a mí. Y quería que fuera yo el primero en tomarla.

Estaba perdido.

Ahora nada podía impedir que siguiera adelante. Ni siquiera una pistola apuntándome a la cabeza.

Me hundí más en ella lentamente, disfrutando del territorio inexplorado. Pronto encontraría su flor y la rompería. La idea de que su sangre me cubriera el pene me excitó más aún. Ni siquiera estaba seguro de que pudiera moverme sin correrme.

Sentí que sus uñas se clavaban más en mí, como si supiera lo que estaba a punto de suceder. La volví a besar, manteniéndola excitada antes de que le diera una firme embestida y la penetrara.

Entré mas adentro y envainé mi erección en su minúsculo canal. Mi diámetro le estiró las paredes, llevándolas a límites que nunca antes habían experimentado. Cuanto más avanzaba, más se tensaba debajo de mí, sintiéndose más llena que nunca. Mi erección se movió hasta que sentí la fina capa del himen.

Sentir esa pequeña barrera me hizo sentir como un rey.

Froté la nariz contra la suya, algo que nunca había hecho con una mujer, y después de di un pequeño beso en la boca.

Le temblaron los labios contra mi boca cuando notó que se le rompía el himen. No gritó de dolor, pero se tensó bajo mi cuerpo como si el impacto fuera inesperado. Prácticamente me cortó la piel con las uñas por la firmeza con la que me agarraba.

Me moría de ganas de correrme.

Mi erección entró por completo en ella y mis testículos quedaron presionados contra su entrada. Cada centímetro de ella era un paraíso. Nunca me había gustado tanto penetrar a una mujer. Habría desvirgado a algunas cuando era joven, pero entonces no tenía suficiente experiencia para comprender realmente lo que estaba haciendo. Ahora podía hacer que esto fuera placentero para ella, en lugar de ser una experiencia dolorosa. Podía hacer que se corriera a pesar del dolor que mi enorme miembro le causara.

Me rodeó la cintura con las piernas y enganchó los tobillos entre sí. Tenía los ojos clavados en los míos y respiraba conmigo; los pezones me rozaban cuando me movía. Tenía mi nombre en los labios, pero no lo pronunció.

Me moví hacia ella lentamente, dándole tiempo a su sexo a acostumbrarse a mi tamaño. Era extremadamene estrecha, pero estaba tan húmeda que podría funcionar. Tenía que mantener la concentración. De lo contrario, me correría demasiado pronto y arruinaría la diversión antes incluso de que



empezara. El hecho de que fuera virgen destartaba todas las conexiones de mi cerebro y de mi pene. Debería haberme inquietado, pero solo me excitó como nunca me había excitado nada.

La besé mientras me movía con los brazos inmóviles a ambos lados de su cabeza. Cada centímetro de mi erección estaba hundido en su interior y nuestra lubricación mutua se mezclaba con las diminutas gotas de su virginidad. Respiré contra su boca mientras me movía, concentrándome en ella para no correrme.

Cuando noté un sabor salado, supe que había dado rienda suelta a las lágrimas. Me aparté y la miré, viendo la fina película que le cubría los ojos.

—¿Quieres que pare? —Necesitaría toda mi fuerza para obligarme a salir de ella, pero lo haría si me lo pedía.

—No. —Me pasó los dedos por el pelo—. Solo duele un poco, pero me gusta mucho.

Se me tensó la espalda ante su respuesta y mis caderas continuaron moviéndose. Sus lágrimas me excitaban porque era un cabrón perverso. Ella estaba experimentando el tipo de dolor adecuado, el dolor que sentaba bien. No estaba fustigándola ni azotándola, pero mi pene estaba provocando suficiente molestia como para hacer que sintiera la sensación que mis sumisas anhelaban. El dolor era perceptible, pero era leve en comparación con el placer. Mi pene era demasiado grande para ella y su vagina era demasiado pequeña para mí. Pero nuestra desesperación mutua hacía que fuera posible... y alucinante.

Bajé la mirada hacia ella y disfruté de la humedad de sus ojos. Sus mejillas aún estaban sonrojadas por el deseo y su sexo estaba empapado. Todas esas cosas la convertían en la cosa más sexi que había yacido jamás bajo mi cuerpo.

—Eres tan jodidamente preciosa.

Deslicé el pene hasta dentro, pero volví a sacarlo, dejando solo dentro la cabeza. Entré de nuevo en ella, mi erección estaba constreñida por todas

partes. Era la presión más intensa que había sentido nunca, mejor que cualquier relación sexual que tuviera tenido nunca con cualquier mujer.

—Me duele.

Le agarré el pelo por la nuca y le eché la cabeza hacia atrás para poder besarle el cuello. Le llené la zona de besos y después le mordisqueé la clavícula, poseyéndola por completo. La marqué con mis besos y con mi pene, queriendo que el mundo supiera que era mía y solo yo podía disfrutar de ella.

Me pasó las uñas por la espalda, dejando diminutos surcos por la superficie de mi piel. Sus caderas se movieron lentamente conmigo, aceptando mi miembro con resiliencia. Se le aceleró la respiración y sus gemidos hicieron eco en la habitación. El dolor inicial de mi intrusión empezó a desvanecerse lentamente y ella disfrutó de la completa plenitud de mi erección.

—Creo que voy a correrme...

Me coloqué encima de ella y la miré a los ojos, reclamándola con solo una mirada.

—No. Te vas a correr. —Me balanceé con más fuerza contra ella, dándole rápidamente más de mi sexo. Su primera vez iba a ser increíble e iba a tener un orgasmo sublime que haría que volviera a mí a por más—. Ahora córrete para mí.

—Oh, Dios... —Me agarró los hombros antes de curvar la espalda mientras mi pene acometía contra ella con furia. Las sábanas estaban empapadas con su lubricación bajo su cuerpo, y podía oler el fuerte aroma a sexo del dormitorio. Mi habitación nunca había olido así y no quería que el olor desapareciera nunca. Bajó las manos hasta mi trasero para poder empujar mi erección más dentro de ella, queriéndome tan adentro que los testículos le golpearon el culo—. Sí, así...

Joder, era fantástica.

Su vagina se iba estrechando a medida que se preparaba para correrse. Me

apretó el pene con tanta fuerza que prácticamente lo magulló.

—Joder, sí. —Casi me hizo sangrar con las uñas al apretarme el trasero. Echó la cabeza hacia atrás y gritó de placer. Tenía los ojos completamente abiertos y me miraba fijamente con la mente en el séptimo cielo—. Joder, me encanta sentirte...

Quería hacer que durara, pero era imposible después de su pequeña actuación.

—Voy a correrme dentro de ti.

No iba a pedir permiso porque esa vagina ahora era mía. La poseía igual que la poseía a ella. Me correría muy dentro de ella todos y cada uno de los días, tanto si me deseaba como si no. Había traspasado el nivel de la obsesión y había llegado a algo más profundo, más fuerte. Ahora quería poseerla por completo, hacerla mía para siempre.

—Sí...

La embestí con brusquedad, sin ser ya delicado con su suave entrepierna. Arremetí contra ella con fuerza e hice temblar el cabecero. Sus pechos rebotaban de arriba abajo mientras me mecía dentro de ella con bastante fuerza como para romper la cama. En cuestión de segundos, llegué a mi límite y sentí la cálida sustancia dentro de mis testículos. Como un fuego descontrolado, las llamas subieron por mi erección hasta que finalmente llegaron a la punta.

Me hundí lo máximo que pude, llegando hasta su cérvix, y me corrí.

—Madre mía... —Rugí como un oso y gemí al mismo tiempo, derramando mis fluidos muy dentro de ella. Le di tanto semen que no creí que pudiera contenerlo todo. Derramé más cantidad que nunca antes en mi vida, llenándola como a un coche en la gasolinera. La llené hasta que mi semen empezó a rezumar por su abertura y a caerle por el culo.

Joder, estaba preparado otra vez.

Rome subió las manos por mi cuello hasta que me sostuvo las mejillas. Me dirigió una mirada mística, como si fuera el centro de todo su universo.

No pude descifrar la mirada que me dirigió, pero sabía que estaba llena de satisfacción y alegría. No había ningún arrepentimiento por la decisión que había tomado. No había cuestionado su elección de entregarse a mí. Estaba feliz. E incluso cuando la diversión terminó, aún seguía feliz.

—Ahora eres mía.

Ya lo había dicho antes, pero lo decía de un modo distinto. Ahora lo decía tan literamente que no estaba seguro de cuál era la definición. Lo único que sabía era que no quería compartirla con nadie. Y la idea de estar con cualquier otra persona me repugnaba. Estaba entregado a esa mujer, adorándola como a una diosa que tuviera el poder de gobernarme. Si me pedía que me inclinara ante ella, lo haría. Si me pedía cualquier cosa, lo que fuera, la complacería.

—Lo sé.

Mi pene se volvió a endurecer mientras estaba en su interior, sintiendo la humedad directamente contra la punta dentro de su vagina. Era lo más rápido que me había recuperado de un orgasmo, pero esa mujer hacía que mi cuerpo llegara a nuevos límites.

—¿Te escuece?

—Un poco, pero quiero volver a hacerlo de todas formas.

Salí y vi cómo mi semen goteaba de su sexo. La imagen fue la más excitante de mi vida. Lo toqué con los dedos antes de volver a meterlo, deseando que su vagina estuviera llena de mis fluidos. Ningún hombre se había corrido nunca dentro de ella y ahora era un santuario para mi semen. Apunté mi dura erección hacia su abertura y volví a estirarla; su vagina tuvo que acostumbrarse a mi tamaño una vez más.

—Quiero hacerlo toda la noche.

ROME

Tal vez esto no duraría para siempre, pero no me arrepentía de mi decisión. Había esperando mucho tiempo para tener ese momento especial y ningún hombre al que conocía era nunca el adecuado. Pero con Calloway, no solo me había parecido adecuado.

Me había parecido perfecto.

Sabía que la primera vez haría daño. Sabía que sería doloroso. Pero yo no tuve esa sensación. Sentir su pene había sido tan bueno como esperaba que lo fuera. A mi cuerpo le había costado aceptarlo, pero de algún modo, él había hecho que funcionara.

Y había sido la experiencia más satisfactoria de mi vida.

Ahora estaba tumbada en la cama con él, con las sábanas empapadas de sexo y el aire pesado por nuestro calor. Me abrazó desde atrás, pegando su robusto pecho a mi espalda y sincronizando su respiración con la mía.

Sentí que mi mente se disipaba mientras el sueño venía a por mí. Pero sabía que no podía permitirme quedarme dormida mientras aún estaba en su cama. Mi habitación estaba al otro lado del pasillo y no era un paseo muy largo. Me escabullí de sus brazos y me senté en el borde de la cama. Su camisa estaba en el suelo, así que me incliné para recogerla.

—¿Qué haces? —Se incorporó con el pelo revuelto y los ojos

adormilados.

—Me voy a la cama. Estoy agotada.

Mi cuerpo y mi mente necesitaban desesperadamente un buen descanso. Por la mañana, podríamos retomar las cosas donde las habíamos dejado. Esa noche ni siquiera había cenado, pero esos orgasmos bastaban para mantenerme satisfecha.

Me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia la cama.

—Vas a dormir aquí. —Con su fuerte brazo, me arrastró por la cama hasta donde estaba tumbada antes.

—No pasa nada, de verdad. No estoy molesta.

Cuando Calloway me había explicado su situación, la había entendido por completo. Algunas cicatrices no sanaban nunca, no importaba cuánto tiempo pasara. No me tomaba su necesidad de soledad como un insulto. Sabía que no tenía absolutamente nada que ver conmigo.

—He dicho que vas a dormir aquí. —Me besó el hombro y apretó el brazo alrededor de mi estómago.

—Pero dijiste...

—Ya sé lo que dije, pero estaré bien.

—La puerta ni siquiera está cerrada.

Me besó la nuca y dejó que sus respiraciones me atravesaran la piel.

—Confío en ti. Igual que tú confías en mí. —Hundió la cara en mi pelo y no volvió a moverse, quedándose dormido inmediatamente.

Mi corazón se llenó de una calidez inesperada. No había esperado que superara su pasado con tanta facilidad. Era un problema que tenía desde hacía años y los miedos así no desaparecían de la noche a la mañana. Pero no me fui de su lado. Me quedé junto a su calidez y caí dormida al momento, sintiéndome más segura de lo que me había sentido en toda mi vida.

---

CUANDO ME DESPERTÉ A LA MAÑANA SIGUIENTE, ESTABA EXACTAMENTE EN LA misma posición que la noche anterior. El grueso brazo de Calloway aún estaba enganchado alrededor de mi cintura, como si pudiera intentar escapar en mitad de la noche.

Miré por encima del hombro y vi sus ojos abiertos.

Estaban caídos, con los párpados aún pesados por el sueño, y su pelo estaba más revuelto que la noche anterior. Tenía un poco más de barba que por la noche, pero me gustaba la forma en que quedaba esparcida por su cara.

—Buenos días, Vainilla. —Me dio un beso en la mejilla y después en los labios.

Me derretí de inmediato al tocarlo, disfrutando de un saludo tan cálido a primera hora de la mañana. Froté suavemente el culo contra él, notando su excitación directamente entre las nalgas.

—¿Vainilla?

—Así te llamas.

—Creía que era «cariño».

Frotó su erección entre mis nalgas; su lubricación brotaba ya de la punta.

—Vainilla es mejor.

—¿Porque soy virgen?

Me besó y se metió mi labio inferior en la boca con agresividad.

—Eras virgen. Ahora simplemente eres mía.

—Quería acostarme contigo en nuestra primera cita. —Luché por mantener las piernas cerradas y por ser paciente. Quería lanzarme al agua de cabeza sin conocer la profundidad. Quería ir a ciegas y no preocuparme por lo que ocurriera—. Por eso te pedí que me hicieras esperar.

—Me alegro de haberlo hecho. —Me besó la comisura de la boca—. Merecías la pena, Vainilla.

El corazón me dio un vuelco, conmovido.

—¿Cómo te sientes? —Pasó la mano entre mis piernas y me masajé la vagina. La comisura de su boca se curvó en una sonrisa cuando se dio cuenta

de que ya estaba húmeda.

No sentí ninguna vergüenza.

—Un poco dolorida.

—Podemos tomar un descanso. Puedo besarte hasta que desaparezcan todos esos dolores.

—No. —No quería un descanso. Quería pasar todo el fin de semana haciendo el amor y olvidándome del resto del mundo. Quería sentirlo dentro de mí a cada segundo y estar llena de su semen—. Te deseo.

Me apretó el brazo con fuerza alrededor de la cintura hasta casi aplastarme.

—Eres un sueño, ¿lo sabes?

—¿Yo?

—Sí. —Me besó la curva de la oreja—. La primera vez que te vi, era un caso perdido. Y ahora... ni siquiera sé qué soy.

—¿Porque era virgen?

Entendía por qué eso excitaba a algunos hombres. Era el primero en tenerme y no debía competir con nadie de mi pasado. Para mí, realmente no importaba. No había esperado por principios. A lo largo de mi vida, no había tenido tiempo para los romances. E incluso cuando lo había tenido, no había sabido cómo confiar en nadie. Por la razón que fuera, Calloway era diferente. Percibía algo especial dentro de él, alguna conexión que los dos compartíamos.

—Eso tiene algo que ver. Pero hay más. —Me besó en los labios y se incorporó—. A pesar de lo mucho que deseo volver a empezar, necesito comer. Un hombre necesita proteínas.

—¿Quieres que te prepare algo?

—No. —Abrió uno de sus cajones y sacó una camiseta y un pantalón deportivo—. Yo te prepararé algo.

—No tienes por qué hacerlo. —Me incorporé y tiré de las sábanas porque tenía frío sin ellas.



Se inclinó sobre la cama y me besó.

—Ya sé que no tengo por qué hacerlo. Pero quiero.

---

DESAYUNAMOS EN LA MESA. YO LLEVABA PUESTA UNA DE SUS GRANDES camisetas con sus bóxers debajo. El olor de Calloway me envolvía y hacía que me pareciera tener sus brazos constantemente a mi alrededor, incluso cuando estaba a tres metros de distancia.

Se tomó el desayuno, pero mantuvo los ojos todo el tiempo apuntando hacia mí. Como si estuviera viendo la televisión, su atención estaba fija en mí con fascinación. Su boca se movía lentamente mientras masticaba la comida, pero la intensidad de su mirada se negaba a disminuir.

—¿Qué tal has dormido?

No recordaba que se hubiera despertado en mitad de la noche. De hecho, estaba segura de que no se había movido en absoluto. Su pecho estuvo pegado a mi espalda todo el tiempo. Cuando él respiraba, respiraba yo también.

Una leve reacción de sorpresa se extendió por su cara, como si no se lo hubiera planteado antes de ese momento.

—La verdad es que he dormido de maravilla... —Frunció el ceño confundido, intentando averiguar exactamente qué había ocurrido. Dejó de mirarme a los ojos mientras continuaba pensando en ello en silencio.

Tal vez lo único que necesitaba para sentirse mejor era dejar de pensar en ello. Siempre que yo tenía la mente despejada, dejaba de centrarme en lo malo y empezaba a centrarme en lo bueno. Quizás la noche anterior había sido una distracción para él. Quizás yo era una distracción para él.

---

EL LUNES POR LA MAÑANA LLEGÓ DEMASIADO RÁPIDO Y NINGUNO DE LOS DOS estábamos preparados para ello. Me levanté y me preparé para ir al trabajo, y él hizo lo mismo, ambos de un humor terrible. No quería ir a la oficina y trabajar hasta las cinco. Lo que prefería hacer era quedarme en casa con Calloway, concretamente en la cama.

A juzgar por su mal humor, a él le pasaba lo mismo. Sorbió el café en silencio y leyó el periódico mientras se terminaba los huevos. Su teléfono estaba sobre la mesa y el traje que llevaba hacía que pareciera más dinámico y de lo que ya era.

Entonces alguien llamó a la puerta.

—¿Quién va a la casa de la gente a estas horas?

Él dejó el periódico y se levantó de la mesa.

—Coge tus cosas, Vainilla.

—¿Por qué?

Caminó hasta la entrada sin darme una respuesta.

Cogí el bolso y lo seguí, sin saber qué esperaba tras la puerta.

Allí estaba un hombre con traje negro y con un coche de lujo en el bordillo.

—Señorita Moretti, ¿está preparada para irse?

Miré a Calloway, sin comprender de qué iba todo eso.

—¿Ir adónde?

—Al trabajo —respondió el hombre—. La llevaré y la recogeré.

Miré a Calloway con los ojos entrecerrados.

—¿De qué va todo esto?

No me dirigió ningún tipo de mirada de disculpas.

—No quiero que sigas cogiendo el metro.

—¿Qué tiene el metro de malo? —Llevaba años cogiendo el metro. Normalmente me sentaba al lado de alguien relativamente normal, y cuando leía mi periódico y me ocupaba de mis propios asuntos, no pasaba nada.

—Nada. Solo que no quiero que lo uses.

Me sentía incómoda teniendo esa conversación delante de un extraño.

—Discúlpenos un segundo. —Le cerré la puerta en la cara, aunque eso me hizo parecer terriblemente maleducada—. Calloway, ¿de qué coño va todo esto?

—No quiero que cojas el metro. —No alteró el tono de voz, pero su mirada se ensombreció—. Te llevará al trabajo y te recogerá. Si necesitas ir a algún otro sitio, él te llevará.

—Calloway, no necesito un sirviente.

—No es un sirviente, es un chófer.

—Lo que sea. —Estaba perdiendo la paciencia y la estaba perdiendo muy rápido—. Eso tampoco lo necesito. He cogido siempre el metro desde que vivo aquí y me gusta. Es más probable que coja un taxi a que vaya con un chófer privado, si realmente quieres insistir en tus argumentos.

—Tampoco vas a coger un taxi. —Con el traje y la corbata, tenía un aspecto realmente aterrador. Tenía todo el poder y el control, y no le daba miedo usar ambas cosas. Como un muro, se cernía sobre mí y me amenazaba con su silencio.

—Voy a hacer lo que me dé la puta gana. Tú no me das órdenes.

—Te equivocas.

Inmediatamente apreté las manos en puños.

—¿Perdona? Acabamos de tener un fin de semana increíble ¿y vas a arruinarlo con esta estupidez?

—No es una estupidez. —Dio un paso adelante y me acorraló contra la pared, encerrándome con las palmas de las manos, que crearon una barrera a cada lado de mi cuerpo—. El metro no es seguro para una mujer guapa como tú. Y un taxi tampoco. Vas a montarte en ese coche o bien por tu propio pie o porque te meta yo dentro. ¿Cuál de las dos prefieres?

Crucé los brazos sobre el pecho, amenazándolo con mi propio fuego.

—El metro es una opción perfecta. Llevo años cogiéndolo.

—Esos días se han terminado.

—Calloway, no.

Esta vez me agarró los dos brazos y me los inmovilizó sobre la cabeza. No estaba peleando con él, pero me contuvo de todas formas.

—Esta es una pelea que no puedes ganar. Es una pelea que no vas a ganar nunca. Voy a cuidar de ti. Voy a protegerte. Ese es mi trabajo, así que límitate a aceptarlo y a estar agradecida.

—¿Estar agradecida de que me controles?

—No te controlo, solo te cuido. Sinceramente, si fuera por mí, ni siquiera tendrías un trabajo.

Levanté una ceja.

—¿Así que me quedaría en casa sentada todo el día y te esperaría?

—Exactamente.

—¿Qué mosca te ha picado?

Movió los ojos de un lado a otro mientras mantenía la mirada clavada en la mía. Sus pensamientos eran ilegibles, pero su humor era inconfundible.

—No lo sé, Vainilla. Pero sí sé que no te voy a dejar coger el metro ni un taxi. Y punto.

CALLOWAY

—Gracias por devolverme la llamada. —Jackson estaba delante de mi cara en el instante en el que entré al Ruin—. Ah, no, espera. No me la devolviste. —Me siguió mientras me dirigía a mi oficina.

—¿Qué necesitabas? —No caí víctima de sus lamentos. Solía hacerlo cuando éramos niños, pero aprendí a una edad temprana que era mejor simplemente ignorarlo.

—Cosas de trabajo de las que ya me he ocupado yo.

—Parece que entonces no me necesitabas, después de todo.

—Tienes razón. —Continuó siguiéndome; su voz me perseguía—. Lo cual me hace preguntarme por qué sigues estando a cargo de esto. No has venido aquí en una semana.

—Ya sabes que Rome se está quedando en mi casa.

—¿Cuánto tiempo se tarda en encontrar un apartamento?

—Una puta eternidad en la ciudad.

Y la verdad es que no me importaba si encontraba otro sitio o no. De hecho, esperaba que no lo hiciera. Abrí la puerta con la llave y entré. Las luces se encendieron automáticamente con un brillo tenue. Caminé hasta el escritorio y me puse a buscar de inmediato por los cajones.

—¿Qué estás buscando? —Jackson me contempló con los brazos

cruzados sobre el pecho.

—No te preocupes por ello. —Rebusqué entre los bolígrafos y los cuadernos, buscando la caja negra que había tirado dentro hacía casi toda una vida.

—¿Te la has tirado ya?

Hablar de mis cuestiones personales con Rome de repente me hizo sentir incómodo. No quería mencionárselos a nadie, especialmente a mi pervertido hermano.

—En lugar de estar obsesionado con mi vida sexual, deberías concentrarte en la tuya.

—Mi vida sexual es muy activa. La tuya es la que es patética.

Yo no me había sentido patético ese fin de semana.

—Sigo creyendo que es virgen. —Me miró fijamente y formuló la pregunta sin expresarla de verdad.

Me negué a responder.

—Supongo que nunca lo sabrás.

Abrí el último cajón y finalmente encontré lo que estaba buscando. Quité la tapa y vi los dos anillos dentro. Uno era grueso, hecho de obsidiana negra y sólida. El otro era más fino, con un diamante negro en el centro. Cogí el más grueso y me lo coloqué en el anular de la mano derecha.

Jackson me observó, alzando ambas cejas.

—Joder.

Cerré la caja y me la guardé en el bolsillo.

—¿Ahora es tu sumisa?

—No.

Pero quería que el mundo supiera que no estaba disponible. Cuando hubiera pasado suficiente tiempo y la gente supiera que Isabella y yo no íbamos a volver juntos, las mujeres empezarían a insinuárseme. Pero ese anillo era como un repelente de insectos. Mantendría a los mosquitos alejados.

—Entonces, ¿por qué te lo pones?

—Que ahora no sea mi sumisa no significa que no vaya a serlo pronto.

---

ESTABA A PUNTO DE MARCHARME DE LA OFICINA CUANDO BRUCE ME LLAMÓ. Era el chófer personal de Rome, y le pagaba un montón de dinero para que la llevara adonde quisiera de forma segura en el asiento trasero de un coche de lujo con unas ventanas tan tintadas que era como mirar al universo.

—¿Qué pasa, Bruce? —Crucé las piernas bajo el escritorio y me ajusté la corbata con las puntas de los dedos.

—Lo siento, jefe. Tenemos un problema.

Me puse rígido en la silla, imaginándome cuál era el problema.

—Se ha escapado por la salida trasera del edificio. La puerta principal está cerrada con llave y se ha marchado. Supongo que ahora estará de camino de vuelta a casa.

Quería estrangularla.

—Lo siento, jefe —repitió—. Estaba de mal humor esta mañana, pero no pensé que hubiera peligro de que se escapara.

—No te preocupes, Bruce. Gracias.

Colgué y tiré el teléfono a la mesa mientras notaba una sensación de migraña entre los ojos. Me encantaba el coraje de Rome, su fuerte sentido de la independencia y su carácter directo. Su actitud me parecía bonita, incluso encantadora. Pero cuando hacía caso omiso de mis órdenes directas, me cabreaba mucho.

Tenía que escucharme.

Sentí que la mano me temblaba por su desobediencia. Quería azotarle el culo con tanta fuerza que las nalgas se le amorataran como si mi mano fuera la mordedura de cuero de un cinturón. A Isabella le decía qué hacer todos y cada uno de los momentos que estábamos juntos y ella obedecía. Fue un año

de perfección, de un dominante perfecto con una sumisa perfecta. Ahora, tenía una mujer que era un caso perdido, excepcionalmente atractiva y gratificante, pero un dolor de muelas.

Quería sincerarme y explicar mis necesidades. Quería pedirle que fuera mi sumisa, que confiara en mí para llevarnos a un mundo de placer que ella llegaría a apreciar. Pero sabía que era demasiado pronto para eso. Acababa de perder la virginidad conmigo solo unos días antes y de ninguna manera escucharía mi propuesta con una mente abierta.

Tenía que mantener la calma más tiempo.

Tenía que ser paciente.

Tenía que luchar contra ella gradualmente.

Tenía que refrenarla.

Y tenía que controlarla.

---

CUANDO ENTRÉ EN CASA, ELLA YA ESTABA PREPARANDO LA CENA EN LA cocina. El aroma a estofado inundaba el aire, percibía con fuerza el delicioso olor de las patatas y las especias. Para venir de un apartamento que tenía un microondas por cocina, sabía cómo improvisar algunos platos increíbles.

Pero, aunque estuviera desnuda, no lo apreciaría.

Tiré mi pesado abrigo en el perchero de la entrada y cerré la puerta de golpe tras de mí, queriendo que supiera que estaba allí y que estaba enfadado. Entré con decisión a la cocina, ansioso por agarrarla del pelo y ponerla de rodillas. Quería que me la chupara como castigo, que le dolieran las rodillas contra las baldosas mientras me hundía en su garganta hasta que se atragantara.

Doblé la esquina y bajé la mirada hacia ella, mi expresión era una tormenta temible.

Ella me lanzó una mirada, como si mi amenaza no significara nada, y



continuó trabajando en los fogones.

—La cena está casi lista. —Mantuvo la voz firme como si no hubiera ningún tipo de problema.

Cuanto más me desafiaba, más quería controlarla.

Y eso era una mala noticia para ella.

—¿Has cogido el metro?

Removió la cazuela antes de apagar el gas de la cocina. El contenido hervía por el calor, burbujeando en la superficie. Se giró para mirarme con la mano en la cadera y los ojos protegidos con una armadura de acero. No tenía miedo de mí.

Pero debería haberlo tenido.

—Sí. —Continuó con su actitud desafiante, sin estremecerse y sin apartar la mirada—. Y voy a coger el metro mañana.

Respiré hondo porque noté que las manos me temblaban. Me vino a la mente una imagen de mí mismo agarrándola por la garganta y empujándola contra la pared. Me acercaría a su cara, enfrentándome a ella, y le ordenaría que me obedeciera, y si no lo hacía, habría consecuencias. Entonces se disculparía y me diría que era su amo.

Estaba jodidamente empalmado.

Pero no podía hacer eso. No sin su permiso explícito.

—No vas a coger el metro. No me retes, Vainilla.

—Te retaré lo que me dé la gana. —Me clavó a mirada como si fuera un general en mitad de una guerra. Los cadáveres, las armas y el humo ni la inmutaban. Esa mujer no le tenía miedo a nada.

Pero yo tampoco le temía a nada. Me acerqué a ella tan rápido que no le dio tiempo a procesarlo, y antes de que pudiera dar un paso atrás, le agarré las dos muñecas y se las sujeté en la espalda. Después la agarré por la nuca y la llevé al salón. Cuando llegué al sofá más cercano, la tiré contra los cojines y la aplasté con mi cuerpo. Tenía el pene apretado justo contra su culo y sus muñecas inmovilizadas en la parte baja de su espalda. Le sostuve el pelo en

un puño, manteniendo su cabeza alzada.

Ella intentó pelear conmigo, pero no pudo liberarse.

—Suéltame de una puta vez.

—No. —Le clavé más el pene, sintiendo que la sangre me hervía de deseo. No me había sentido tan excitado en mucho tiempo. Mi dominación se estaba abriendo paso, potente y cegadora. Era una droga a la que era adicto, y ahora que había roto mi abstinencia, la sensación era maravillosa.

—Mañana vas a ir en coche. ¿Me entiendes?

Sacudió las caderas e intentó tirarme.

—No.

Acerqué la boca a su oreja y le besé el borde, respirando con fuerza en su oído. No estaba seguro de si quería que se sometiera o que luchara. Su resistencia era excitante, pero la idea de someterla también lo era. Le mordí el lóbulo de la oreja y pasé la lengua por la abertura.

—¿Me entiendes?

Su cuerpo dejó de luchar, pero ella se mantuvo en silencio. Con las manos aún inmóviles en la profunda curva de su espalda, sostenía el cuello levantado con su fuerza. Estiró las piernas de golpe, aún con los tacones puestos. Respiraba con dificultad, pero no dijo una sola palabra.

—Vainilla, respóndeme. Y dame la respuesta correcta.

Me desabroché los pantalones y me bajé los bóxers hasta que mi pene quedó libre. La lubricación emanaba de la punta. Una gota burbujó antes de caer sobre su falda negra.

Ya no luchaba contra mí, pero no quería rendirse. Cada hueso de su cuerpo gritaba contra la derrota. Pero ella sabía que tenía que rendirse. Tenía que dejarme ganar. Porque si no lo hacía, esa batalla continuaría para siempre.

—Sí.

Una ola de calor ardió dentro de mi estómago antes de llegar a cada extremidad y a cada nervio. La victoria tenía un sabor delicioso y recurrir de

nuevo a mi dominancia era increíblemente emocionante. Yo tenía el control. Yo tenía la autoridad. Era como haberse reunido con un amigo muy cercano.

—Sí, ¿qué?

Su voz salió en forma de susurro.

—Lo entiendo.

Le subí la falda hasta el vientre y tiré del tanga hacia un lado. Aún le sostenía las muñecas con las manos, a pesar de que ya no estaba resistiéndose, y mi erección se deslizó en su abertura y fue bien recibida por su humedad.

Joder, sí.

A pesar de todo el sexo del fin de semana, aún me costaba entrar y tuve que hundirme lentamente en ella hasta que mi pene quedó completamente envainado. Mi mano no soltó sus muñecas en ningún momento. Me encantaba que estuviera inmovilizada así, sometiéndose a mí porque sabía que había perdido esa batalla. Yo era su rey y ella tenía que inclinarse ante mí.

Le apreté la boca contra la oreja y la embestí, sintiendo que su minúscula vagina se resistía a mi gruesa intrusión. Con cada movimiento me sentía como si estuviera en casa. Ese era mi lugar, donde la reclamaba como mía, solo mía. Ningún otro hombre había marcado nunca ese territorio. Yo lo había conquistado.

Yo era su propietario.

—Vainilla. —Le respiré al oído mientras me balanceaba hacia ella, tomándomelo con calma porque sabía que no estaba preparada para hacerlo con fuerza. O, al menos, su vagina no lo estaba—. Solo quiero que estés a salvo. —Mi pene se envalentonó por su resbaladizo sexo. Nunca había estado más feliz que cuando estaba clavado muy dentro de ella. Mi corazón funcionaba acelerado y apenas podía contener mi emoción—. Deja que te mantenga a salvo. —Moví la cara hacia su boca y la besé en la comisura de los labios.

Ella suspiró al notar mi caricia. Entonces se giró hacia el beso y me acarició los labios con los suyos, dándome esos besos sensuales y decididos que yo había llegado a adorar. Sus acogidas eran como dinamita. Todas y cada una eran una explosión.

—Ya lo sé. Me cuesta dejar que alguien me cuide.

—Yo no soy cualquier persona. Así que déjame cuidarte, por favor.

La besé con más intensidad y le succioné el labio inferior, metiéndomelo en la boca. Uno de los dos tenía que rendirse si esa relación iba a durar. Y ciertamente no era yo el que iba a ceder. Ella tendría que derribar sus muros y dejarme entrar por completo. Tendría que someterse a mí.

Debía hacerlo.

Movió el culo hacia mí, disfrutando de cada centímetro de mi gruesa erección. La tomaba como una experta, a pesar de su inexperiencia. Después de que llorara la primera vez que lo hicimos, no había vuelto a llorar. Ahora me quería dentro de ella cada instante que pudiera.

Le temblaron los labios contra los míos antes de hablar.

—Lo intentaré.

Gemí contra su boca porque esa era la primera señal de sumisión. Se estaba planteando darme el control. Por primera vez, se había rendido ante mí. Me había dado lo que quería y me había permitido penetrarla contra mi sofá con las muñecas inmóviles en la espalda. Me permitía hacer cosas que nunca permitiría a nadie más.

Sabía que conseguiría lo que quería... pronto.

---

—GRACIAS POR LA CENA. —NUNCA ME HABÍA PLANTEADO CONTRATAR A UNA criada porque no quería compartir mi espacio con nadie. No que nadie viera las cosas que había enterradas dentro de mis cajones y al fondo de mi armario. En el estado de Nueva York, mi rostro era muy conocido. Si la gente

supiera que era el propietario del club de BDSM más grande de la costa este, ya no se fiarían de mí, precisamente. Sería solo un bicho raro, como me habían llamado en ocasiones anteriores.

Se sentó enfrente de mí y dio pequeños mordiscos. Siempre masticaba como un conejo, apenas moviendo la boca y comiendo tan poco que parecía que no comía nada en absoluto. Ella no podía cambiar su actitud con la comida y con cada mordisco que daba, su culpa no hacía más que aumentar.

—De nada. Gracias por dejar que me quede aquí.

Yo no estaba dejando que se quedara allí. Ella estaba permitiéndome a mí que la dejara quedarse: había una gran diferencia.

Su mirada se posó en mi mano, que estaba sobre la mesa. Vio el anillo negro porque contrastaba enormemente con mi piel clara. Era grueso y llamativo, y parecía una roca sólida. El anillo implicaba un cierto peso. En el instante en el que volví a ponérmelo, tuve que acostumbrarme a la diferencia. Pero me gustaba sentir ese peso porque representaba algo bonito.

—Qué anillo tan interesante.

No lo miré. Continué comiendo en silencio mientras mis ojos disfrutaban del festín que estaba sentado enfrente de mí.

—Nunca te lo había visto puesto.

—Lo tengo desde siempre.

—Me gusta.

Bien. Porque dentro de poco ella también llevaría uno.

—Gracias.

—Es el anillo más grueso que he visto nunca.

Porque yo también lo soy.

—¿Lo quieres ver? —Me lo quité y lo empujé por la mesa hacia ella.

Lo contempló sin cogerlo.

El anillo estaba lleno de poder, era el anillo de dominante que todas las personas de mi mundo respetaban. Representaba fuerza y autoridad, y el anillo de sumisa era igual de poderoso. Representaba consentimiento, belleza

y confianza. Quien llevaba el anillo renunciaba a todo control a favor de otro ser humano. El respeto mutuo, la amistad y la confianza tenían que ser inquebrantables para que un acuerdo así funcionara.

Al final lo cogió, rozando con los dedos el frío metal. Lo examinó exhaustivamente, buscando una marca dentro del material. Lo estudió durante casi un minuto antes de devolvérmelo finalmente.

Sentía el poder. Sonaba suavemente en sus oídos. Lo veía en sus ojos, así como en sus labios gruesos. La electricidad la atravesaba a la velocidad de la luz, quemándole las puntas de los dedos cuando sintió el frío metal. Quería esa sensación una y otra vez.

Me moría de ganas de ponerle su anillo en el dedo.

Siguió comiendo con la mirada desviada mientras pensaba en silencio. Lo que fuera que estaba pensando era un misterio para mí.

Pero tenía la fuerte sospecha de que estaba pensando en algo que no entendía... todavía.

---

ARRASTRÉ SUS CADERAS HASTA EL MISMO BORDE DE LA CAMA; LA MITAD DE su trasero colgaba sobre el suelo de madera. Tenía las piernas extendidas para mí, completamente abiertas para que pudiera encajar mi enorme miembro en esa estrecha ranura.

Era flexible, capaz de ponerse las rodillas contra la caja torácica. Mis manos estaban enganchadas bajo sus rodillas y las puntas de mis dedos le rozaban la piel de las costillas. Sentía cómo le latía el corazón desenfrenadamente en el pecho. Estaba ávida de mí, ansiosa por que la follara otra vez, a pesar de que acabábamos de hacerlo antes de cenar.

Tenía el mismo apetito que yo.

Ladeé la cadera hasta que mi cabeza encontró su entrada. Me deslicé dentro lentamente, sintiendo la habitual cantidad de humedad que me recibía

con emoción. Me abrí paso a través de esa humedad, estirándole las paredes como había hecho todas las otras veces. Mi pene nunca se acostumbraría a lo estrecha que estaba. Después de haberla desvirgado y de haberla penetrado unas cuantas veces, aún no se había estirado.

Y esperaba que no lo hiciera nunca.

Eché la cabeza hacia atrás y respiró por mi intromisión. Su diminuta cintura se tensó a medida que entraba más en ella. Los fuertes músculos de sus muslos se apretaron, y sus pezones estaban duros y apuntando hacia el techo.

Me sentía como un rey cada vez que estaba dentro de ella. Se tumbó y me permitió tomarla, poseerla de un modo en que ningún otro hombre lo había hecho. Eso me hacía sentir más hombre que cualquier otra cosa en mi vida. Ver esos ojos verdes arder solo por mí era increíblemente excitante. Había rechazado a todos los demás hombres en su vida, excepto a mí.

Avancé hasta que mis testículos le tocaron el culo. Aceptó cada uno de mis veintitrés centímetros, agarrando las sábanas bajo su cuerpo y gimiendo por el placer y el dolor. Yo tenía un miembro considerable, algo por lo que todas las mujeres del Ruin suspiraban porque Isabella les había contado cómo era. Sabía que algunas mujeres se me insinuaban solo porque querían sentir cada centímetro de mi impresionante sexo. Pero sabía que era demasiado grande para algunas mujeres, como Vainilla. Necesitaría algo de tiempo para acostumbrarse a ello, pero al menos lo disfrutaba.

La embestí lentamente, empujando con el pene a través de la humedad de su entrepierna. Tan resbaladiza y espesa, su lubricación era parecida a la mía. Podía olerla cada vez que salía de ella, y el aroma de su excitación solo servía para encenderme más. Mantuve un ritmo lento porque cada contacto era un disfrute. Nunca había tenido sexo vainilla antes de Rome, pero había llegado a darme cuenta de que me gustaba. Al menos con ella. Si fuera cualquier otra persona, sería cuestionable.

Sus manos se deslizaron por las mías hasta que me rodeó las muñecas con

sus pequeños dedos. Apretó con firmeza, los pechos le temblaban con cada acometida. Hundí mi erección hasta el fondo, casi golpeándole el cérvix en cada ocasión, pero ella seguía disfrutando. Emitía unos sonidos suaves y sensuales mientras la penetraba a los pies de la cama, y a medida que la situación se calentaba, los sonidos dejaron de ser suaves.

—Calloway...

Cerré los ojos mientras atesoraba ese sonido. Lo dijo con una desesperación y una necesidad absolutas. Era el único hombre al que deseaba en todo el planeta y se aferraba a mí como si me necesitara para sobrevivir. Se había opuesto a mí con ferocidad, pero al final, había confiado en mí. Se había entregado a mí, tomando mi pene extremadamente duro como su primera experiencia.

—Dilo otra vez.

Abrió los ojos y los clavó en los míos.

—Calloway.

Puse las manos debajo de su culo y le agarré las nalgas. Después la embestí con más fuerza, nuestros cuerpos chocaban entre sí mientras la penetraba. Sus fluidos hacían los sonidos más sensuales del mundo mientras mi pene entraba en ella una y otra vez.

—Vainilla.

Me hundí en ella por completo, sintiendo que el cuerpo se me debilitaba por el extremo placer. Podría hacer eso todo el día, todos los días. Podría no volver a salir de casa nunca y follármela hasta el fin de mis días.

—No me puedo creer que esperara tanto. —Se le formó sudor en el pecho, mezclado con el tono rojo de su excitación. Tenía la boca abierta porque seguía gimiendo desde lo más profundo de su garganta. Todo su cuerpo se retorció por el mío, sus manos seguían agarrando las sábanas como si su vida dependiera de ello.

—Tenías que esperar todo este tiempo.

Me moví hacia ella con más fuerza, reclamando su sexo como mi



territorio. No me había dado cuenta de que la había buscado toda mi vida hasta que entró en ella. Ahora que la tenía, sabía que nunca querría a nadie más. Hacía que incluso el sexo vainilla fuera satisfactorio. Fuera lo que fuera lo que ella tenía, lo necesitaba. Su virginidad era mía porque yo estaba destinado a tomarla. Todo lo que era suyo, ahora era mío.

Sus gemidos se volvieron gritos y se corrió sobre mi pene, apretándomelo con fuerza mientras sus fluidos me untaban por todas partes.

—Dios mío... —Eché la cabeza hacia atrás y agarró las sábanas con tanta fuerza que se soltaron del colchón—. Joder... qué pasada.

Ahora era mi turno. Tener un orgasmo no era mi parte favorita del sexo cuando se trataba de Vainilla. Todos y cada uno de los momentos eran mi parte favorita. Eso solo era la guinda del pastel. Hundí mi miembro muy dentro de ella y liberé mi semilla. La llené hasta el borde, dándole más semen del que podía soportar. Dejé mi pene dentro hasta que empezó a ablandarse. Después lo saqué lentamente y la viscosidad blanca empezó a gotear. Vi cómo caía, sintiendo que mis deseos posesivos solo estaban empezando a aumentar.

Saciada y exhausta, me miró fijamente con los parpados caídos. Cada vez que hacía que se corriera, quedaba agotada como si acabara de correr una maratón. Sus pechos empezaron a ablandarse y su respiración volvió lentamente a un ritmo normal.

La cogí y trepé por la cama con ella contra mi cuerpo. La coloqué sobre las sábanas y después me tumbé a su lado, dejando las mantas apartadas porque tenía demasiado calor. No me molesté en limpiar porque me imaginaba que tendríamos otra ronda.

Ella también tenía calor, y cuando se acurrucó a mi lado, quise alejarme. El sudor le empapaba la piel y se unía al mío, pero no quería apartarla. Prefería aguantarlo que sentir la frialdad de que estuviera al otro lado de la cama. Así que la rodeé con un brazo y cerré los ojos. Antes de que me diera cuenta, ya estaba dormido.

---

UNAS MANOS FUERTES ME AGARRARON POR EL CUELLO Y ME SACARON A rastras de la cama. Las venas de sus brazos sobresalían como si fueran cuerdas en una tela de araña. Me apretó tanto la garganta que no podía respirar. Cuando intenté tomar aire, me atraganté.

—Tú hiciste esto. —Mantuvo un brazo alrededor de mi cuello antes de darme un puñetazo en la cara. Se me rompió la nariz y la boca empezó a rezumar sangre. El sabor metálico me llenó la boca y me quemó la lengua.

—Tú. —Me dio un puñetazo—. Inútil. —Volvió a darme otro, golpeándome en el ojo—. Pedazo. —Golpe—. De. —Me estampó los nudillos contra la mejilla—. Mierda.

Me incorporé de un brinco y agarré la cama para recobrar el equilibrio. Abrí los ojos de golpe y recorrí la habitación con la mirada buscando al hombre que sabía que llevaba mucho tiempo muerto. Las sombras eran oscuras en los rincones y solo la luz del baño se veía en la penumbra. Respiraba con fuerza por la boca y noté que el sudor me empapaba el cuello. Por instinto, me toqué la nariz para ver si estaba rota.

Solo había sido una pesadilla.

Era la primera que tenía desde que Vainilla había empezado a dormir conmigo. Estúpidamente, creía que eran cosa del pasado, como si fuera fuera algún tipo de atrap sueños que pudiera ahuyentar mis pesadillas.

Era una idea estúpida.

Salí de la cama sin molestarla y bajé a la cocina. Tenía un armario dedicado a las cosas buenas: *whisky* escocés, ginebra, coñac y *bourbon*. El *bourbon* era mi veneno para la noche, así que me llené un vaso con cubitos de hielo enormes.

Me senté a la mesa de la cocina y miré por la puerta trasera que daba al patio. Había césped, flores y algunos árboles. La luna estaba extrañamente brillante esa noche, especialmente en la ciudad, y la veía relucir a través de

las nubes.

No sería capaz de volver a dormir. Las imágenes no desaparecían de mi mente ni siquiera después de despertarme. Ahora estaban marcadas en mis ojos, visibles tanto si tenía los párpados cerrados como si no.

Bebí más *bourbon* del que debía y dejé que mi mente divagara. Cuando había suficiente licor en mis venas, dejaba de sentir el dolor de mis recuerdos. Podía pensar en ellos sin las repercusiones. Recordé haberle contado a mi madre la verdad sobre mi padre. Recordé cuando su mente empezó a freírse por cualquiera que fuera la enfermedad con la que estaba maldecida. Recordé la forma en que mi padre me culpaba, me llamaba traidor y deseaba que estuviera muerto. Lo recordé todo, sin sentir nada.

No importaba cuánto tiempo hubiera pasado, no podía escapar de lo que había ocurrido años antes. Jackson no sabía nada porque me había negado a involucrarlo. Él creía que yo era el hijo favorito, pero no tenía ni idea de que él era el más afortunado. Lo protegí como debía hacer un hermano mayor y, como consecuencia, me patearon el culo demasiadas veces.

Aún odiaba a mi padre.

Estaba muerto. Enterrado en el suelo. Pero yo aún tenía la rabia.

¿Desaparecería algún día?

¿Era ese el motivo por el que yo era como era? Había pasado tanto tiempo intentando no ser como él que me había convertido en una versión más joven de él. Necesitaba el control al igual que él. Necesitaba que los demás se sometieran, al igual que le ocurría a él. No había suficiente alcohol en el mundo para negar lo que tenía justo delante de mí.

Yo era mi padre.

—¿Calloway? —La dulce voz de Vainilla procedía de detrás de mí, con una preocupación auténtica y extrañamente bonita.

No quería que me viera así. Estaba en un lugar oscuro, un lugar mucho más oscuro de lo que ella había visto nunca.

—Deberías irte a la cama, Vainilla. Es tarde.

Me bebí mi *bourbon* y continué mirando fijamente por la ventana. No me giré para mirarla.

—¿Estás bien? —Se acercó más a mí hasta que quedó justo detrás de mi silla. Su mano se posó en mi hombro.

Me obligué a no estremecerme.

—Estoy bien. Pero quiero estar solo. —Mantuve la voz firme aunque la ira estaba a punto de estallar—. Vete a la cama. Ahora. —Agarré el vaso y sentí la condensación contra la palma de mi mano.

Permaneció donde estaba, con la mano aún apoyada en mi hombro.

—¿Estás seguro de que no quieres hablar de ello? Yo también tengo malas pesadillas.

El alcohol era fuego en mis venas, y yo no era el mismo hombre al que ella conocía tan bien.

—Si quisiera hablar de ello, lo haría. Pero no quiero. —Mi tono era cortante, lleno de un enfado que abrasaba los oídos—. Déjame solo.

Finalmente apartó la mano.

—Quieres que te deje cuidar de mí. Bueno, pues esto es algo recíproco, Calloway. Deja que cuide de ti y yo me plantearé dejar que hagas lo mismo por mi.

---

ESTUVE RESACOSO TODO EL DÍA EN EL TRABAJO.

Por suerte, nadie se dio cuenta. Y si lo hicieron, no me tocaron las narices al respecto. Después de todo, yo era su jefe. No querían ver mi parte mala. Si lo hacían, no volverían a ver la luz del día.

Vainilla se había ido al trabajo temprano esa mañana, así que no la había visto. Pero Bruce me había dicho que había ido en coche al trabajo, así que no me estaba retando. Después de lo que había visto la noche anterior, probablemente se había dado cuenta de que era un oso en una guarida. Si me

provocabas, podías morir.

No quería que me viera así. Debía de haberse despertado cuando le entró frío y se dio cuenta de que mi cuerpo no estaba allí para mantenerla cálida. Si no se hubiera levantado a explorar, no me habría visto en ese extremo bajo e intoxicado.

Probablemente debería haberme disculpado.

Pero no lo haría.

Después del trabajo, fui a casa y la encontré en la cocina como de costumbre. Estaba preparando algo en la olla de cocción lenta y, a juzgar por el olor, era otra creación deliciosa. Pero no tenía apetito. Lo único que realmente quería hacer era tomar unos analgésicos e irme a dormir.

Entré en la cocina para saludarla.

—Algo huele bien.

Me miró por encima del hombro, pero volvió a poner su atención en el plato. Cuando no decía nada, sabía que estaba recibiendo el castigo del silencio.

—¿Qué tal tu día?

—Ahora mismo solo quiero estar sola. Vete. —Imitó las palabras que yo le había dicho la noche anterior.

Y me dolieron.

—Estaba borracho, Vainilla. No quería que me vieras así.

—Pues no bebas. Problema resuelto. —Colocó la tapa encima de la olla y apagó el fuego—. Está preparado, si tienes hambre.

No tenía.

—Soy un hombre. Y los hombres beben.

Entornó los ojos exageradamente.

—No pongas excusas para tus actos. Es decepcionante.

—¿Qué preferirías que dijera? ¿Que me gusta emborracharme para no sentir? ¿Que me gusta emborracharme para no recordar la pesadilla a la mañana siguiente?

Se quedó inmóvil junto a la encimera, con la mirada alicaída.

—¿Que si no bebo hasta perder el sentido, tendré las pesadillas una y otra vez? ¿Que evita que me marche de casa y haga algo de lo que me arrepienta? ¿Que me ayuda a lidiar con un pasado que no puedo cambiar? ¿Preferirías que dijera todo eso?

Continuó mirando hacia el suelo, incapaz de sostenerme la mirada.

—Eso creía. —Me aparté y me dirigí a la planta de arriba. Después de una ducha, iría a mi oficina para poder pensar sin sus ojos críticos taladrándome la cara.

Sus tacones hicieron eco a mis espaldas y se detuvieron antes de que me alcanzara.

—En realidad, sí.

Me giré lentamente y contemplé su pequeña estatura. Con poco más de un metro y medio, era una mujer diminuta. Pero tenía las curvas y el estilo para hacer que pareciera la mujer más alta en cualquier sala. Su esbelta figura no la hacía parecer débil. El fuego de sus ojos y su postura la hacían parecer formidable.

—Preferiría tener una conversación sincera sobre lo que está ocurriendo a contemplar a un hombre borracho sentado solo en la oscuridad. —Me dirigió una mirada feroz antes de darse la vuelta y volver a la cocina. Ella siempre tenía que tener la última palabra.

Y yo siempre tenía que tener la última palabra.

Volví a entrar con decisión y la arrinconé contra la encimera. No la toqué, pero mi proximidad bastaba para hacer que se presionara contra el armario, manteniendo la máxima distancia posible entre nosotros.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya lo he dejado claro.

—No, no lo has dejado claro.

Agarró el borde de la encimera con las manos, pero su espalda permaneció perfectamente recta. Incluso aunque tuviera miedo de mí, no lo

mostraba.

—En primer lugar, quiero una disculpa.

—¿Por qué, exactamente?

—Por haber sido un capullo anoche.

Mi boca permaneció cerrada.

—Y en segundo lugar, no quiero que me dejes de lado.

No podía hacer ninguna de esas cosas.

—Calloway, quieres que haga cosas por ti con las que no estoy de acuerdo. Y las hago para comprometerme. Las hago porque quiero estar más unida a ti. Pero no seguiré haciendo sacrificios a menos que tú también hagas algunos. Así que, ¿qué prefieres?

Esos momentos me hacían echar de menos a Isabella. Con ella, podía salirme con la mía con lo que quisiera y nunca tenía que afrontar las repercusiones. Si le decía que se callara, lo hacía. Si le decía que me dejara solo, obedecía. Cual animal, seguía mis órdenes sin quejarse siquiera. Rome no era así en absoluto y probablemente nunca lo sería. Me obligaba a enfrentarme a cosas en las que preferiría no pensar, y justo cuando creía que estaba consiguiendo lo que quería, ella ponía mi mundo patas arriba.

—No te he oído. —Continuó mirándome a la cara, dirigiéndome esa expresión gélida. Ella imponía la ley sin parecer autoritativa. Era demasiado inteligente para su propio bien, demasiado fuerte para cualquier oponente. Me hacía sentir más hombre porque tenía que pelear con ella, pero también me hacía sentir menos hombre porque no podía controlarla—. ¿Hola?

Me obligué a decirlo.

—Tienes razón. Debería ser más honesto contigo.

Si la quería de rodillas con las manos atadas a la espalda, con la boca abierta y preparada para mi pene, tenía que comprometerme. Supe que no era la sumisa ideal en el instante en que la miré. De hecho, era justo lo contrario. Pero eso no hacía que la deseara menos. Como amantes desafortunados, pertenecíamos a mundos diferentes. Pero la deseaba tanto que dolía.

—¿Y?

No iba a disculparme. De ninguna manera.

—Y eso es todo.

—¿Eso es todo? —Se puso una mano en la cadera, reafirmando su actitud.

—Bebo solo. No me voy a disculpar por eso. Deberías haberme dejado solo cuando te lo pedí. Tu culpa, no la mía.

—No seas un capullo, Calloway. Sé que eres mejor que eso.

Le clavé la mirada porque eso no era cierto.

—Parece que estás llegando a conocer a mi verdadero yo.

Negó con la cabeza, decepcionada.

—Puedes hacer este teatrillo si quieres, pero yo veo la verdad.

No, no la veía.

—Sabes que tengo razón, pero no puedes admitirlo. Eres un cabezón y una arpía.

¿Una arpía?

—Pero deja que te dé un consejo, Calloway. —Se acercó más a mí y cruzó los brazos sobre el pecho—. Un hombre de verdad admite cuándo se equivoca. Reconoce sus errores y no se oculta detrás de su orgullo. Olvídate de tu ego y sé un hombre. —Me miró de arriba abajo, como si no estuviera impresionada por lo que veía, y después se alejó.

Esta vez dejaría que tuviera ella la última palabra. Porque se la había ganado.

---

DESPUÉS DE UNAS HORAS EN SOLEDAD, SALÍ DE MI OFICINA Y ME DIRIGÍ A LA planta baja para buscarla. Estaba sentada en el sofá con carpetas esparcidas a su alrededor. Esa noche estaba trabajando desde casa, con una copa de vino en la mano. Aún llevaba la misma ropa que había llevado al trabajo, pero se



había quitado los tacones, que descansaban sobre el suelo.

Caminé hasta el sofá, mis pesados pasos anunciaron mi llegada.

Ella no alzó la vista.

Me senté a su lado y me quedé mirando su regazo. Tenía informes de presupuestos y distintos estudios de casos repartidos entre las páginas. Había notas adhesivas con una escritura ilegible pegadas por todas partes. Ella prosperaba en medio del caos.

Continuó ignorándome, y lo hacía bien.

—Aparta tus cosas. Quiero hablar contigo.

—No siempre consigues lo que quieres solo porque lo exijas. —No dejó de escribir.

Mi parte dominante estaba saliendo a la luz aún más últimamente. En el instante en que habíamos empezado a hacerlo, no pude controlarme. Quería ordenarle que hiciera muchas cosas. En algunos aspectos, ya estaba tratándola como a mi sumisa, a pesar de que no estaba preparada para el trabajo.

—He bajado aquí para disculparme. Por favor, dame la oportunidad de hacerlo bien. —Me dolía el pecho por hablar así, por pedir algo en lugar de simplemente tomarlo. Ella me sacaba de mi zona de confort y me hacía experimentar un mundo que despreciaba. Uno en el que yo no estaba al mando.

—Eso está mejor. —Cerró la carpeta y tiró sus cosas a un lado. Entonces me miró expectante, con los brazos sobre el pecho y las tetas respingonas por la postura. Se le formó una línea del escote justo en el centro, perfecta para meter mi pene en medio.

Pero ahora no era momento para eso.

—No debería haberte hablado así. No debería haberme emborrachado así. Lo siento.

Me obligué a no rechinar los dientes. No quería ser un imbécil y apartarla, pero al mismo tiempo tampoco quería renunciar a todo aquello en lo que

creía. Conservar a Vainilla era mucho más complicado de lo que creía que sería.

—No pasa nada. —Aceptó mi disculpa con sinceridad, y por fin me miró con esos ojos obsesivos que yo había llegado a adorar—. Solo espero que me hables de estas cosas en lugar de darle a la botella. Cuando algo me deprime, normalmente hablo con Christopher de ello. Me ayuda a sentirme mejor.

—Supongo que podría intentarlo.

—Lo que dije era en serio. Tenemos que confiar el uno en el otro si queremos que esto funcione. Así que tenemos que ser honestos. Sé que es difícil porque tú tienes tus problemas, y los dos sabemos que yo tengo los míos. Pero tenemos que intentarlo.

Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por conservarla. Eso era algo que sabía con una certeza inquebrantable.

—Vale.

Su mirada se ablandó, y como si no hubiera sucedido nada la noche anterior, me perdonó. Lo dejó en el pasado y pasó página en un abrir y cerrar de ojos. Su habilidad para perdonar tan fácilmente me dejaba atónito. De hecho, estaba impresionado por ella. Yo nunca perdonaría a mi padre por lo que nos había hecho a mi madre y a mí. Pero como estaba muerto, no podía ganarse mi perdón de todas formas.

—Entonces, ¿quieres hablar de ello?

Ni lo más mínimo.

—No estoy preparado, Vainilla. Pero lo estaré en algún momento.

Ella aceptó la respuesta sin preguntas.

—No pasa nada. —Se acercó a mi lado deprisa y enroscó el brazo en el mío. Su afecto me conmovió y ahuyentó el escalofrío invernal que se me filtró en los huesos—. Siempre estaré aquí cuando me necesites.

—Ya lo sé. —Le toqué la frente con los labios y le di un beso en la piel—. Y tú sabes que yo también estaré siempre aquí para ti.

## ROME

Instalé una campana sobre la puerta para saber cuándo entraba alguien en la oficina. Después de la primera vez que Calloway entró y me pilló cotilleando con Taylor sobre él, estaba mortificada. Había oído mis sentimientos más íntimos y no podía ocultar mi vergüenza.

Y yo no me avergonzaba fácilmente.

Mi relación con Calloway no era blanco sobre negro. Algunos días eran buenos y algunos eran malos. Pero yo llevaba una gran carga a mis espaldas y estaba empezando a comprender que él llevaba una mayor incluso. Los dos estábamos rotos, y no creía que dos personas rotas pudieran arreglarse mutuamente. Pero tal vez en nuestro caso, podríamos.

Quería saber de qué trataban sus pesadillas. Quería saber qué lo enfadaba tanto. Quería saber qué le hacía beber casi una botella entera de *bourbon* él solo en mitad de la noche. Sabía que tenía algo que ver con su padre, pero sospechaba que la historia tenía algo más.

Pero yo tampoco le había contado todo de mí. Custodiaba mi pasado con seguridad. La única persona que conocía todos y cada uno de los detalles era Christopher, y eso era porque era mi hermano. Mi mejor amiga era Taylor, y ella tan solo conocía una parte de todo por lo que yo había pasado. Al guardármelo todo para mí, no despertaba la lástima de nadie. En la casa de

acogida había recibido esa mirada de muchos padres que pasaban de largo ante mí y que no tenían interés en adoptarme.

Odiaba esa mirada.

Pero Calloway había hecho que me abriera más de lo que había hecho nunca con nadie. Le había hablado de mi pasado, del tiempo que pasé en la casa de acogida y de los largos días dentro del sótano. Me había dirigido esa mirada de lástima, pero cuando le había pedido que parara, lo había hecho.

Con suficiente tiempo y dedicación, creía realmente que podíamos tener algo increíble.

Me importaba de un modo que nunca habría imaginado. Le tenía mucho cariño, y mi obsesión no se debía a su fantástico cuerpo ni a sus excepcionales habilidades en la cama. Eso eran solo extras, como ganar el premio gordo de la lotería.

A veces se ponía demasiado agresivo, como si pudiera darme órdenes. Me molestaba cuando esperaba que le hiciera caso como si yo fuera algún tipo de mascota. Pero cuando él tomaba el control en la cama, no parecía importarme en absoluto.

Cuando lo hacía retroceder, acababa cediendo y cuando me enfrentaba a él, me respetaba. Incluso cuando estaba en su peor estado de ánimo, me escuchaba si se lo pedía. Era un hombre complicado con emociones difíciles. No era fácil de entender, pero tampoco lo era yo.

En el transcurso de todos los acontecimientos de las últimas semanas, me había enamorado más de él. Era un sentimiento tan fuerte que no me importaba que un chófer me recogiera y me llevara a casa todos los días. No me importaban sus problemas para dormir conmigo en la cama. No me importaba que cada una de las veces que nos acostábamos, me quedara un poco dolorida porque su pene era demasiado grande. No me importaba ninguno de los aspectos negativos porque él lo era todo.

Ni siquiera estaba segura de cómo había llegado hasta allí.

La campana sonó por arriba y salí de mis pensamientos de golpe. Estaba

sentada en mi escritorio y había olvidado por completo lo que estaba haciendo porque me había quedado en las nubes. Calloway había empezado como un pequeño pensamiento y después había crecido hasta llenar todo mi cerebro.

Eché un vistazo a mi ordenador y me di cuenta de que estaba escribiendo un correo a un donante. No me acordaba de lo que ya había escrito, pero me pondría con ello más tarde. Levanté la vista del escritorio para dirigirme a quien fuera que había entrado.

Con un pesado abrigo negro y un traje gris debajo, frente a mí estaba un hombre al que despreciaba. Tenía el pelo castaño más corto que antes, casi rapado. Su vello facial era denso, como si no se hubiera afeitado en más de una semana. Sus ojos tenían el mismo brillo malvado, el destello de la malicia. Su sonrisa no era bonita. De algún modo, era aterrador. Cuando dirigió esa mirada hacia mí, quise tirarle el ordenador a la cabeza.

—Ahí está mi chica.

¿Por qué tenía que ser ilegal el asesinato?

—Hola, Hank. ¿Cómo estás?

—Bien, pero ahora mejor.

Evité el tono de burla en mi voz porque ser indiferente probablemente haría que se largara de allí antes.

—Pasé por tu apartamento el otro día. Parece ser que te has mudado.

—Sí. —No iba a dar detalles sobre dónde vivía. No quería que me siguiera, pero si se presentaba a la puerta de Calloway, me encantaría ver qué le sucedía.

—Bueno, ¿tienes pensado hacer una donación para For All? Si no, tengo cosas que hacer.

Soltó una risa como si acabara de hacer algún tipo de broma.

—Directa al grano, como de costumbre.

Dejé de lado mi civismo porque no lo aguantaba más.

—Lárgate, Hank. Si no, voy a llamar a la policía.

—¿Y qué van a hacer? —Sonrió de esa forma típica y cruel suya—. ¿Traerme la comida?

Había solicitado una orden de alejamiento contra él un año y medio antes, pero el juez la había rechazado. Hank tenía tanto poder en el gobierno que estaba indefensa contra él. El sistema de justicia me había fallado estrepitosamente y yo no tenía derechos ni protección contra ese hombre. Estaba sola, literalmente.

—Es para que yo no te rompa la cabeza. —Agarré el bate que había bajo mi escritorio y me puse completamente de pie, agarrando el mango con las dos manos. Puede que él pudiera subyugarme, pero yo conseguiría darle unos buenos golpes con el bate antes de que eso ocurriera—. ¿Quieres pelea, imbécil? Dame tu mejor tiro.

Su sonrisa se desvaneció y él se puso incómodo. Estaba en gran desventaja al no saber qué otras armas podrían estar escondidas allí.

—Hacía tiempo que no te veía. Solo quería ver cómo te iban las cosas.

—Por si no te has dado cuenta, estoy bien.

—¿Dónde vives? —La pregunta surgió de la nada. Debía de ser eso lo que quería preguntar antes incluso de entrar por la puerta.

Como si fuera a decírselo.

—No es asunto tuyo.

—No apareces por ninguna parte en el sistema. El correo todavía te llega a tu antigua dirección.

No había tenido ocasión de reenviarlo. Pero ahora, me aseguraría de enviarlo a un apartado de correos.

—Lárgate de una puta vez antes de que te mate. —No había dicho una amenaza más en serio en toda mi vida. Aceptaría toda una vida en prisión solo para que ese cabrón no estuviera en la calle. Los hijos de puta como él abusaban de los débiles, como lo había sido yo. Se aprovechaban de la falta de poder de una persona y lo explotaban lo máximo posible. Nunca olvidaría lo que me había hecho a mí, cómo me había roto el brazo en dos sitios.

Hank me dirigió una mirada amenazadora mientras retrocedía hasta la puerta. Tenía miedo de mí, hasta un punto. Sabía que yo tenía la ira y las habilidades de autodefensa para patearle el culo si era necesario. La única forma en que podía enfrentarse cara a cara conmigo era si tenía una pistola. Yo podía afrontar cualquier otra cosa.

—Nos vemos, muñeca. —Su espalda golpeó contra la puerta y la abrió mientras seguía moviéndose. Salió y la puerta se cerró a sus espaldas mientras la campanilla volvía a sonar.

—En el infierno.

CALLOWAY

Entré en casa y envolví a Rome en mis brazos de inmediato. Estaba en la cocina, como todas las otras noches y, esta vez, no me importaba la cena. La presioné contra el mostrador y la besé con fuerza en la boca; mi miembro rígido estaba ansioso por entrar en ella. Le metí la lengua en la boca y bailó con la suya, interpretando un tango seductor.

Me agarró los bíceps y arañó el material de mi traje. Sus pechos abrasadores estaban oprimidos contra mí, duros a través de la blusa que llevaba. Cuando clavó las uñas en la tela, gimió en mi boca; era un sonido más sexi que cualquier otra cosa que hubiera oído nunca.

—Te he echado de menos. —Me había comportado como un cerdo con ella la noche anterior, y lo sabía. La pelea que habíamos tenido era estúpida, y si quería ser lo bastante hombre como para conservarla, tendría que enderezarme. No estaba dispuesto a ceder por completo por ella, pero estaba dispuesto a hacer algunas concesiones.

—Yo también te he echado de menos.

Le levanté el vestido y la puse sobre la encimera. Sus bragas estaban hacia un lado y saqué mi erección de mis pantalones y de mis bóxers para deslizarme en su interior. Como había imaginado, estaba empapada. La penetré y sentí que se estiraba, notando cada centímetro del paraíso mientras



yo me deslizaba dentro.

—Esto lo echaba de menos aún más.

Me rodeó el cuello con los brazos y me besó con más intensidad que antes mientras su vagina aceptaba las embestidas que le daba. Llevábamos acostándonos semanas y por fin estaba empezando a abrirla. Su sexo aceptaba mejor mi tamaño y ella parecía disfrutar aún más. Me encantaba conquistarla como tierra virgen, como un paraíso intacto del que ningún hombre había disfrutado antes. Quería ser el único hombre que estuviera dentro de ella durante el resto de la eternidad.

---

CENAMOS JUNTOS EN ROPA INTERIOR. YO LLEVABA LOS CALZONCILLOS Y tenía el pecho y los brazos desnudos. Ella tenía mi camisa de cuello y las bragas debajo. Con el pelo desaliñado y los labios fruncidos, parecía una maldita fantasía.

—¿Qué tal el trabajo? —Quería follármela otra vez, pero le daría un descanso. Uno corto.

Dio un mordisco a su comida y lo masticó lentamente antes de tragar.

—Bien. Bastante aburrido. —Miró su plato antes de pinchar otro trozo de carne con el tenedor—. ¿Y el tuyo?

—Igual. Aburrido.

—Es una lástima que no podamos aburrirnos juntos. —Me miró moviendo las cejas juguetonamente.

Me gustaba cuando tonteaba conmigo.

—Tengo la sensación de que el día de trabajo no sería aburrido.

—Yo también. —Dio unos bocados más de su mediocre comida antes de apartar el plato—. Tengo una buena noticia.

¿Estaba preparada para probar el sexo anal?

—¿Sí?

—He encontrado un apartamento. —Agarró el ordenador portátil del otro lado de la mesa y lo abrió.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Está en Chelsea. Un poco más cerca del trabajo que el otro apartamento, y el barrio es decente. Es más caro que mi otro apartamento, pero creo que puedo pagarlo. —Giró el ordenador para que yo pudiera ver la pantalla.

Era un edificio simple y gris con las ventanas sucias. Lo reconocí porque estaba justo al lado de un restaurante chino al que había ido algunas veces. Al describir el barrio como «decente», no había usado la palabra adecuada. Una mujer atractiva como ella no debería vivir en un sitio tan vulnerable. En el instante en que la había mirado, me había obsesionado con ella. Solo podía imaginar que todos los demás hombres experimentaban la misma sensación cuando ponían sus ojos en ella. Y estaba seguro de que la mayoría de ellos no entendían la palabra «no».

—He enviado la solicitud esta tarde.

Ahora estaba mosqueado.

—¿Sin decírmelo? —Había perdido esa discusión antes incluso de que empezara, y lo sabía. Tenía que mantener mi dominancia bajo control, reducirla unos grados antes de mostrarle quién era yo realmente. Pero cuando me enfadaba, no podía contenerla.

—¿Qué quieres decir? —Frunció el ceño con asombro—. Daba por hecho que no viviría aquí para siempre.

—Pero podías haberme pedido consejo para encontrar el sitio adecuado.

—Calloway, soy una mujer adulta. Puedo encontrar mi propio apartamento.

Respiré por la nariz para poder mantener la respiración bajo control.

—Es evidente que no puedes, porque ese lugar es una pocilga.

Me miró boquiabierto.

—En primer lugar, no lo has visto por dentro. Y en segundo lugar, que te

jodan. No todo el mundo es millonario.

—No se trata de dinero. Ese lugar no es seguro. He estado allí antes y hay una parada de autobús justo al otro lado de la calle y un refugio de indigentes solo un bloque más adelante.

—¿Qué pasa con los indigentes?

Quería poner la mesa patas arriba.

—Nada. He pasado mi vida ayudando a los menos afortunados, y lo sabes. Es solo que no quiero que estés en un situación peligrosa.

—Los indigentes no son peligrosos.

Me daban ganas de darle un bofetón.

—Todos no, pero algunos sí.

Se inclinó hacia atrás en su silla con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Sinceramente, esto es lo único que me puedo permitir. A mí me parece bien, pero tú tienes que bajarte de tu pedestal.

—No es una cuestión de dinero. —Nunca había sido una cuestión de dinero, deseaba que comprendiera eso—. Deja que te busque un buen sitio. Tengo un agente inmobiliario fantástico que conoce todos los rincones y recovecos de esta ciudad.

—No estoy pensando en comprar, y lo sabes.

—Pero yo puedo comprarte algo.

Ahora le salía humo por las orejas. Entrecerró los ojos furiosa y me miró como si quisiera darle la vuelta a la mesa y después lanzármela.

—No necesito tu caridad, Calloway. Te dije que no quería tu compasión, así que deja de dármela.

—No es compasión. —A veces deseaba que fuera como las demás chicas. Isabella aceptaba mis regalos sin pestañear. Si Rome realmente fuera mi sumisa, aceptaría un apartamento sin una sola pelea—. Entiendo de dónde vienes. De verdad. Pero tú tienes que entender de dónde vengo yo.

—¿Y eso es?

—Rome, eres mía. —Era mía en más aspectos de los que se daba cuenta.

Si le mostraba exactamente lo que eso quería decir, podría alejarse—. Quiero cuidar de ti. Quiero mantenerte a salvo. Eso es lo único que quiero. Y no soy mala persona por sentirme así.

Su enfado se aplacó, pero solo ligeramente.

—Soy así, Vainilla. Me gusta cuidar de la gente. No es caridad ni compasión. Tú eres muy importante para mí, y mi chica no debería tener que pasar por al lado de vagabundos mientras intenta llegar a su apartamento. No debería tener que escuchar disparos en mitad de la noche. Debería vivir rodeada de lujo como la reina que es. Yo soy un rey y cuido de mi reina.

—Solo quiero ser una reina si yo misma puedo convertirme en reina.

—¿Qué diferencia hay? —Admiraba su independencia y su resiliencia. Era una de las razones por las que me había sentido atraído por ella desde el principio. Pero los momentos así hacían que me diera cuenta de que me molestaba.

—Hay una gran diferencia.

¿Cómo derrotaba a una oponente que era más terca que yo mismo? ¿Cómo dominaba a alguien que se resistía a la opresión? ¿Cómo gobernaba a alguien que no creía en las normas?

—Sabes que soy un hombre que consigue lo que quiere. Y yo sé que tú eres una mujer que consigue lo que quiere. Creo que vamos a tener que llegar a un acuerdo.

Ella sacudió la cabeza ligeramente.

—No voy a dejar que me compres un apartamento.

—Vale. Entonces, ¿cuál es el acuerdo?

Apartó la mirada porque no tenía nada que proponer.

—¿Qué te parece si yo lo compro para ti y tú me pagas el alquiler?

Suspiró con fastidio.

—Nunca podré permitirme un lugar así. ¿No lo entiendes?

—Puedes pagarme lo que estuvieras pagando antes. Ese es un acuerdo.

—No quiero un céntimo tuyo, Calloway. Estoy contigo por quien eres, no

por lo gruesa que es tu cartera. Lo siento, pero te respeto demasiado como para aceptar nada.

Sus palabras eran amables, pero no pude apreciarlas. Muchas mujeres me deseaban porque era poderoso, atractivo y rico. Querían que las colmara de regalos y vivir conmigo en un ático de lujo en Manhattan. Sabía que a algunas mujeres no les importaba quién era yo en el fondo. Por eso había elegido el estilo de vida del Ruin. Era mucho más fácil, mucho más simple. Pero entonces Rome llegó a mi vida y lo puso todo patas arriba.

—Te lo agradezco, Vainilla. De verdad. Pero te lo estoy ofreciendo yo, así que no es irrespetuoso. Me dejaría más tranquilo saber que estás a salvo cuando no estoy cerca. Nunca entenderás cuánto me dolió verte con el ojo morado. No puedo dejar que eso ocurra otra vez.

—Eso fue de casualidad. —Su enfado seguía desvaneciéndose a medida que avanzaba la conversación. Ahora su voz sonó suave, como un ligero suspiro en la brisa—. Puedo cuidar de mí misma, Calloway. De verdad, puedo.

—Pero no tienes por qué hacerlo.

Me volvió a mirar con los ojos verdes ablandados.

—Sé que lo has hecho toda tu vida porque tenías que hacerlo. Sé que estás orgullosa de valerte por ti misma y que luchaste por conseguirlo. Sé que para ti es difícil derribar tus muros y dejar acercarse a cualquiera. Pero yo no soy cualquiera, Vainilla. No tienes que seguir luchando. No hay nada malo en tomar el camino fácil de vez en cuando.

Apartó la mirada; sus ojos ya no apuntaban en mi dirección.

—Eres un chico genial, Calloway. Eres bueno y amable, y entiendo la suerte que tengo por tener a alguien como tú. Sea lo que sea lo que tenemos... me encanta. Cuando estoy contigo, siento cosas que creía que no sentiría nunca. Me siento segura, protegida y querida. Y a veces pienso que he encontrado a un compañero que realmente me entiende.

Las palabras me llegaron directas al corazón, con una mezcla de dolor y

placer. Sabía que iba en serio conmigo si se había acostado conmigo, pero no me confesaba sus sentimientos muy a menudo. Solo me lanzaba miradas y me besaba. Ahora me estaba dando más.

—Y creo que he encontrado a un hombre igual de roto, pero igual de fuerte.

Apreté la mano en un puño para evitar extenderla sobre la mesa y agarrarla. Quería sostenerla en mi regazo y obligarla a sentarse a horcajadas sobre mis caderas. Quería sujetarla cerca de mí y besarla hasta que sus labios estuvieran magullados.

—Y por eso no puedo aceptar nada de ti. No quiero arruinar lo que tenemos. Permitirte que me compres algo solo complica las cosas. E incluso aunque te pague un alquiler, eso también hace que todo sea raro. Aprecio lo que estás intentando hacer, pero ninguna de esas opciones sirve.

Todo eso por un acuerdo.

—Entonces, vive conmigo. —En el fondo de mi mente, sabía que era una decisión estúpida. Me gustaba tenerla cerca, pero si se volvía permanente, tendríamos problemas. Si ella no quería las cosas que yo quería, sería doloroso cuando se marchara. Pero eso no impidió que hiciera la oferta—. No hay ningún intercambio de dinero y no te estoy dando nada. Y tú estás segura. Es el mejor acuerdo.

Me observó con sus preciosos ojos; sus rasgos eran suaves e ilegibles. Cuando no dijo nada durante un minuto, supe que su respuesta no era lo que yo quería oír.

—No puedo vivir aquí.

La decepción me golpeó con más fuerza de la que había esperado. De hecho, estaba devastado. Me había acostumbrado a que estuviera en la casa. Me había acostumbrado a que compartiera mi cama. Me había acostumbrado a verla cada minuto del día cuando no estaba en el trabajo. Nunca le habría pedido que viviera conmigo en un principio si hubiera tenido otro sitio al que ir, pero después de que hubiera ocurrido, no me arrepentía. Ahora no quería

que se fuera.

—Es una casa grande. Hay mucho espacio para los dos.

—Calloway, me ha encantado quedarme contigo. Sabes lo que siento por esta maravillosa cocina.

Sonreí automáticamente.

—Pero no puedo quedarme aquí.

—Dame una buena razón.

Se quedó callada mientras intentaba encontrar la respuesta adecuada.

—Porque quiero que esto funcione. Es demasiado pronto, Calloway. A pesar de lo que podamos sentir el uno por el otro, no quiero arruinarlo todo mudándome contigo demasiado pronto.

Habían pasado casi dos meses desde que nos habíamos conocido. No era tan poco tiempo.

—Así que voy a alquilar este piso y a mudarme. —No lo dijo con victoria, sino con una tranquila aceptación—. Si las cosas van bien, a lo mejor podemos volver a vivir juntos. Pero, por ahora, creo que esto es lo mejor para los dos.

Podía aceptar que se marchara de mi casa, pero no podía aceptar que se mudara a un lugar en el que podían acosarla y violarla.

—Eso lo acepto, Vainilla. Pero no acepto el lugar que has elegido para mudarte. En eso tienes que estar de acuerdo conmigo.

—Calloway, no puedo permitirme nada mejor. Esa es la cuestión fundamental.

Y no iba a vivir conmigo, y solo había esa otra posibilidad. Frustrado, aparté la mirada. Si no aplacaba mi enfado, diría algo de lo que me arrepentiría más tarde. Mantener la boca cerrada era la mejor elección por el momento.

Debió de ser capaz de leer mis emociones, porque no dijo nada más sobre el tema. En silencio, se quedó al otro lado de la mesa y me miró fijamente. Tenía los ojos llenos de remordimiento por haberme disgustado.

Pero no tenía que sentir lástima por mí.  
Porque yo siempre me salía con la mía.

---

CHRISTOPHER SALIÓ DE SU EDIFICIO Y MI CHÓFER LO INTERCEPTÓ EN LA acera. Con un traje negro y un abrigo grueso, tenía el mismo aspecto que cualquier otro hombre rico de Wall Street. Encajaba a la perfección, con el cabello peinado y los brillantes zapatos de vestir. Era joven y estaba lleno de ambición, al igual que muchos otros jóvenes de la ciudad.

Mi chófer lo acompañó a mi coche negro y Christopher se subió al asiento trasero.

Me dirigió una mirada con su sonrisa carismática en la cara.

—¿Eres James Bond?

Me reí.

—Algo así.

Contempló el elegante coche con tapicería de cuero negro.

—Espero tener un chófer algún día. Debe de estar bien.

—Lo tendrás. —Subí la ventana divisora para que pudiéramos tener algo de privacidad.

Christopher asintió, como si supiera de qué iba ese encuentro.

—Ya lo pillo. Rome te está sacando de quicio y quieres que me ocupe de ello. No pasa nada. Me imaginaba que tarde o temprano te pondría de los nervios.

Justo lo contrario. No quería que se marchara nunca.

—Tienes razón con respecto al tema, pero no con respecto al problema.

—Entonces dime cómo puedo ayudar. Siempre podría darle una colleja por ti. Ya sabes, privilegios de hermano mayor.

Volví a sonreír por lo fácil que era hablar con Christopher. Rome era diferente porque ella era muy seria todo el tiempo. Se esforzaba tanto en ser



dura que a veces se le olvidaba que no pasaba nada por hacer una broma de vez en cuando.

—Lleva un tiempo viviendo conmigo, desde que ese tío entró en su apartamento.

—Y todavía no la has matado. Estoy sorprendido.

Ignoré la pulla.

—Quiere mudarse. Ha encontrado un apartamento hecho polvo que me pone los pelos de punta. No es seguro y no quiero que viva allí.

—Entonces, díselo. ¿Por qué estás hablando del tema conmigo?

—Ya sabes lo testaruda que es. —No hacía falta que explicara esa parte.

Puso los ojos en blanco.

—Te entiendo.

—Le he ofrecido comprarle un apartamento, pero por supuesto, ha dicho que no. Después le ofrecí que se quedara a vivir conmigo para siempre, pero dijo...

—Joder. —Me miró con los ojos como platos—. Sabía que estabas pillado por mi hermana, pero no sabía que era para tanto. Ya puedo oír las campanas de boda.

Esquivé la acusación.

—Sí, me importa mucho. No voy a pedirle que se case conmigo, pero sin duda quiero cuidar de ella. Pero ese es el problema, que no me deja. —Esa respuesta era lo bastante ortodoxa.

—Entonces, ¿esto que tiene que ver conmigo?

—Quiero que le pidas que se mude contigo.

Se llevó las manos al pecho y se rio como un loco.

—Muy buena.

—Lo digo en serio.

Siguió riéndose porque creía que era algún tipo de broma.

—Sí, vale. Voy a pedirle a la tocapelotas de mi hermana que viva conmigo.

—Estoy dispuesto a hacer que te compense.

—Mira, mi hermana me importa. Haría cualquier cosa por ella sin hacer preguntas. —Finalmente se puso serio—. Pero puede cuidar de sí misma. Necesito mi intimidad porque en mi casa pasan muchas cosas... cosas guarras. Y no quiero que ella esté de por medio. Y de todas formas ella tampoco querría estar en medio.

—Pero puedo ofrecerte algo.

Negó con la cabeza.

—No se me puede sobornar.

—No es exactamente un soborno.

Se quedó en silencio, a la espera de mi oferta.

—Te compraré un apartamento mejor que el que tengas ahora, con el doble de valor. Tú dejas que viva contigo. Quédate con su alquiler para ti y págame lo que pagues ahora por tu propio apartamento. Yo me encargo del resto.

Christopher consideró la oferta en silencio.

—Cuando se marche, porque al final lo hará, puedes quedarte con el apartamento. —Ese era un acuerdo que nadie podía rechazar.

—¿Alguna otra condición?

—No.

—¿No tengo que ser amable con ella?

Intenté no sonreír.

—Puedes ser normal.

Se giró y se frotó la barbilla.

—Dios mío, debes de estar enamorado de ella. No me importa lo rico que seas, nadie haría algo así a menos que hubiera encontrado a su futura mujer.

—Siguió frotándose la barbilla mientras se planteaba la oferta.

No era mi futura mujer, pero sería algo mejor que eso.

—¿Qué opinas?

—Me interesa. Pero no estoy seguro de cómo voy a conseguir que viva

conmigo. Estoy seguro de que le apetece tan poco vivir conmigo como a mí con ella.

—Dile que necesitas cubrir una parte del alquiler.

—Pero ella sabe que no necesito su dinero.

—Si te vas a un piso más grande, se lo creerá. Y ella viviría en un buen sitio, lo cual me haría feliz. Y si alguien le tocara las narices, Christopher estaría allí para cuidar de ella.

—Supongo que podría intentarlo.

—Entonces, ¿trato hecho? —Extendí la mano para estrechársela.

La miró.

—Te lo estás tomando muy en serio, ¿no?

—Absolutamente. —Nunca me había tomado algo más en serio en toda mi vida.

Me estrechó la mano.

—Vale. Trato hecho.

—Gracias. —Al final, entendería lo importante que era esto para mí. Sin él, tendría que pasar todas las noches en vela preguntándome si ella estaría bien—. Si alguna vez necesitas cualquier cosa, avísame. Siempre devuelvo los favores.

—Eres tú el que me está haciendo un favor a mí, tío.

El apartamento no me suponía nada. Apenas afectaba a mi cuenta bancaria, pero no iba a decir eso y a quedar como un capullo.

—Mi hermana por fin ha encontrado al tío adecuado que cuide de ella. Así que eres tú el que me está haciendo la vida más fácil.

## ROME

Cuanto entramos al ascensor, supe que ese sitio sería elegante. Christopher siempre había tenido un gusto por el lujo. Incluso cuando éramos niños, decía que algún día sería rico. Siempre hablaba de ropa de diseño, de coches caros y de apartamentos bonitos.

Christopher permaneció a mi lado mientras el ascensor subía al piso más alto.

—Creo que te gustará.

—¿Qué tenía de malo tu antiguo piso? —A mis ojos era una mansión. Tenía una habitación, una cocina individual e incluso un comedor.

—Simplemente quería algo mejor.

Las puertas se abrieron y caminamos por el pasillo hasta su puerta. El pasillo tenía aspecto de pertenecer a un hotel de lujo. Había cuadros en las paredes con luces artísticas y lámparas en cada puerta. Lo abrió antes de que entráramos.

Tal y como esperaba, era precioso. Me recordó de inmediato a la casa de Calloway. Con suelos de madera, paredes con molduras originales y tanto espacio que podría invitar a treinta personas para una cena, era un sueño hecho realidad.

—Hala... Qué bonito.

—Lo sé. Me encanta. —Lo recorrió con las manos en los bolsillos y admiró las ventanas a través de las cuales se veía la ciudad.

Estaba muy orgullosa de mi hermano. Se esforzaba mucho y no se rendía nunca. Cuando se centraba en algo, tenía éxito. Había pedido préstamos para la universidad y había pasado un año en la pobreza para devolverlos. Ahora, estaba en la cima del mundo y nadie se lo merecía más que él.

—Estoy muy contenta por ti.

Caminó hasta mí con una mirada traviesa.

—En realidad quería preguntarte algo.

—¿Sí?

—El alquiler es un poco caro, así que estoy buscando a alguien con quien compartir el alquiler. ¿Te interesa?

Me reí porque era ridículo.

—¿Qué te hace pensar que yo podría permitirme vivir aquí?

—Solo necesito como quinientos pavos al mes. Y es principalmente para cubrir los gastos. Necesito la pasta en efectivo para invitar a bebidas a mis chicas. —Movié las cejas de arriba abajo.

—¿Lo dices en serio? —¿De verdad quería vivir conmigo?

—Sí. Sé que estarás en casa de Calloway la mayor parte del tiempo y los dormitorios están lejos el uno del otro. Hay mucho espacio para los dos.

No había duda de que ese lugar era una mansión.

—Es solo que me sorprende que no quieras a otro compañero de piso, a lo mejor a un tío que pueda pagarte más por el alquiler.

—Preferiría vivir con alguien a quien conozca. Alguien que me entienda y que no se meta en mis cosas. Bueno, ¿qué me dices? A menos que te vayas a quedar con Calloway.

Christopher no se daba cuenta de cuánto me ayudaba su oferta. No quería quedarme con Calloway, pero no me gustaba el complejo de apartamentos al que pretendía mudarme. Me había hecho la dura con Calloway, pero el apartamento era minúsculo y sucio. Las paredes eran finas como papel y

podía oír todo de los vecinos. Él se alegraría de que viviera en un barrio mejor y bajo la protección de mi hermano. Mataba dos pájaros de un tiro.

—No, no voy a quedarme con él.

—Entonces, ¿qué opinas?

—Christopher, me encantaría. Pero a lo mejor deberías pensártelo. —No habíamos vivido juntos desde hacía mucho tiempo. Los dos necesitábamos nuestro espacio e independencia.

—Estoy seguro. ¿Te apuntas? Tienes que decírmelo porque si no tengo que encontrar a otra persona.

No dudé.

—Me encantaría vivir aquí. —Sería difícil acostumbrarme a tener un compañero de piso, especialmente a mi hermano, pero podríamos hacer que funcionara—. Creo que deberíamos establecer algunas normas básicas, pero, por lo demás, nos debería ir bien.

—Ten tus citas en casa de Calloway y yo tendré mis citas aquí. Problema resuelto. —Aplaudió triunfante—. Vamos a por tus maletas.

---

ENTRÉ EN CASA Y VI A CALLOWAY EN LA COCINA.

—¿Estás cocinando?

—Sí. —Apagó los fuegos y sirvió la cena en los platos—. Pensé en invertir los papeles esta noche. —Después de apoyar la sartén caliente, me rodeó la cintura con el brazo y me besó—. Así tendrás más energía después...

La energía nunca era el problema cuando estábamos juntos en la cama.

—Bueno, ha sido un detalle por tu parte. Tengo buenas noticias, por cierto.

—¿Sí? —Me acorraló en el rincón, como solía hacer cuando hablaba conmigo. Le gustaba tenerme apretada contra algo en algún momento del día.

Presionó su erección dura como una piedra contra mi vientre y me miró a los ojos con avidez.

—Sé que esto va a sonar raro, pero voy a mudarme con mi hermano.

—¿De verdad? —Se apartó un poco, dándome algo de aire para respirar—. ¿Y eso?

—Ha cogido un apartamento nuevo, pero es un poco caro. Necesita algo de ayuda para pagar la renta y no quiere vivir con alguien a quien no conozca, así que... me lo preguntó a mí. —Era la solución perfecta a nuestro problema—. Está en una buena zona, así que creo que te alegrará.

—Me alegro mucho. —No sonrió y sus manos aún me mantenían atrapada en la encimera—. Me da pena que te vayas, pero me alegra que te vayas a un lugar seguro. Parece que ha salido todo bien.

—Sí.

—Pero espero que aún sigamos durmiendo juntos. —Me besó la comisura de la boca, deslizando suavemente la lengua por la piel.

—No podría vivir sin eso. —Separé los labios para él, para poder tener acceso a su lengua.

Oprimió su cuerpo contra el mío y ladeó mi barbilla para poder tener acceso completo a todo lo que quisiera tomar.

—¿Y si nos olvidamos de la cena? —Me succionó el labio inferior metiéndoselo en la boca y me dio un mordisco travieso.

—Sabes que de todas formas yo odio comer.

CALLOWAY

Bebí mi *whisky* escocés en el reservado negro del rincón. Acababa de llegar, pero mi vaso estaba casi vacío. El bar era un club de sumisión, uno pequeño que estaba unos bloques más adelante que el nuestro. A Jackson y a mí nos gustaba ese sitio. Era frío, oscuro y nadie sabía quiénes éramos.

Algunas mujeres pasaron por delante y sus ojos se dirigieron inmediatamente al anillo negro que rodeaba mi dedo. En el instante en que lo vieron, salieron corriendo como peces asustados. El anillo era un repelente y mantenía alejadas a todas las candidatas interesadas. En un lugar así, era necesario. No quería tener que lidiar con la atención y así no tenía que hacerles pasar por la incomodidad del rechazo.

Jackson finalmente llegó, cogió su bebida de la barra y se unió a mí en el reservado.

—Este lugar es enfermizo. Me gusta. Es mucho más relajado que el nuestro.

Porque el nuestro era descomunal. Con dos plantas, contenía muchos secretos.

—A mí también me gusta.

Miró mi anillo negro.

—Entonces, ¿todavía sigues con Vainilla?



—¿Por qué no iba a seguir?

—Pensaba que por ahora ya no seguirías encaprichado de ella.

—No. —De hecho, estaba más obsesionado—. Bueno, ¿por qué me has pedido que nos reuniéramos? —Tenía otras cosas que hacer además de verle la cara a mi hermano. Rome acababa de mudarse y ahora mi casa estaba vacía. Con suerte, su olor tardaría en desvanecerse.

—¿Acaso uno no puede querer ver a su hermano?

—Tú no.

—Eh, vamos. —Puso los ojos en blanco—. Somos amigos, ¿no? Adiviné sus intenciones en el instante en el que me miró.

—¿Quieres algo?

—No.

Ahora me tocó a mí poner los ojos en blanco.

—De verdad que no.

—Entonces, ¿de qué va este encuentro?

Agitó los cubitos de hielo en el vaso antes de hablar.

—Se trata de Rome.

—¿Qué pasa con ella?

—Me alegro de que hayas encontrado un juguete que te guste, pero necesitas pensar en serio en lo que estás haciendo.

¿En serio? ¿Una lección?

—Jackson, ¿de qué coño hablas?

—Si hasta ahora no has cerrado el trato, probablemente no lo harás nunca.

Esta conversación seguía sin tener ningún sentido para mí. ¿Por qué quería hablar de Rome de entre todas las cosas? Que yo supiera, no éramos dos adolescentes que cotilleaban sobre chicas.

—Todavía no se lo he pedido, Jackson. Cuando lo haga, ocurrirá.

—Es demasiado vainilla.

—Pero es fuerte y aventurera. Nunca se echa atrás en una pelea y nunca

admite sus debilidades. Tendrá la mente abierta al respecto y cuando se meta en ello, lo disfrutará.

Sabía que no le gustaba que le dijeran qué hacer, pero le daba órdenes cuando nos liábamos y no le importaba. Podía presionarla más, hacer que disfrutara de muchas cosas.

Negó con la cabeza en desacuerdo.

—Lo digo en serio. Termina con ella.

—¿Por qué cojones te importa? —Mi hermano me estaba diciendo qué hacer como si tuviera el puto derecho de decir algo. Y se estaba metiendo donde no le llamaban.

—Porque quiero que seas feliz. Desde que conociste a esta chica, has abandonado el Ruin. Y lo peor de todo es que ya no eres un dominante. Te está cambiando demasiado y no para bien.

—No me está cambiando. —Era exactamente la misma persona que había sido siempre. No iba al Ruin con tanta frecuencia, pero era porque me tiraba a Vainilla en mi cama. Si fuera una sumisa, me pasaría por allí mucho más a menudo—. Y creo que deberías cerrar la boca antes de que me cabrees de verdad.

—Te está cambiando, tío. Y dentro de poco, dejarás de venir a Ruin por completo. Y yo no podría afrontar eso.

—Admito que mi relación con ella es diferente a las otras. Es la única relación que ha empezado de forma tradicional antes de convertirse en una relación de dominante y sumisa. Pero eso no cambia nada. Le enseñaré el arte del oficio. Lo he hecho antes. Y no voy a dejar el Ruin.

—Si te quedas con ella, lo harás.

—Estás haciendo una gran suposición. —El Ruin era mi negocio, algo que me tomaba en serio. Era un hogar para mí, un lugar en el que podía ser yo mismo.

—Sé que no vas a someterla, Calloway. Ella va a someterte a ti.

Lo miré a la cara con los ojos entrecerrados, ofendido por el inmenso

insulto.

—¿Perdona?

—Eres un calzonazos y lo sabes. No has estado en el Ruin durante las horas de trabajo desde hace más de un mes, desde que se mudó contigo. Y los dos sabemos que es porque no eres lo bastante hombre como para irte de casa y decirle adónde vas.

Me acabé el resto del vaso, bebiéndome cada gota, excepto el hielo. Lo dejé con tanta fuerza que hice vibrar la mesa.

—Voy a romper este vaso y te lo voy a clavar en el ojo si sigues hablando.

—Si no puedes afrontar la verdad, es tu problema. Pero no puedes dejar el Ruin. Te necesito allí.

—¿Por qué?

No me dio una respuesta y, a juzgar por la contención de sus ojos, no iba a hacerlo.

—Porque sí. Y sé que esta mujer te va a alejar. No es ella la que va a someterse. Serás tú el que ceda.

Lo miré con los ojos entrecerrados y sentí cómo la ira me atravesaba como si fuera electricidad. Jackson y yo teníamos nuestras diferencias, pero nunca había querido hacerle daño de verdad hasta ahora. Dudar de mi dominación y dar por hecho que Rome tenía algún tipo de control sobre mí era uno de los mayores insultos que había recibido nunca. No cedería por nadie, ni siquiera por ella.

—Lárgate de aquí.

Jackson salió del reservado dejando atrás su vaso vacío.

—Sé que vas a estar cabreado conmigo. Pero al final verás que tengo razón. —Hizo un gesto a alguien de la barra, haciendo señas para que se acerca a nuestra mesa.

—O te cortaré el cuello. —Fuera quien fuera, no iba a darle ni la hora.

Isabella se acercó a nuestra mesa y se sentó frente a mí en el reservado.

Con un ceñido vestido y el pelo castaño peinado en amplios rizos, era la mujer más atractiva del bar. Todos los hombres que había allí la miraban con evidente lujuria.

Pero yo no sentía nada.

Jackson dio un golpecito con los nudillos en la mesa.

—Disfrutad de la noche. —Se marchó y nos dejó solos en el reservado. Se sentía seguro en un lugar público porque no iba a darle un puñetazo con tantos ojos posados en mí. Podría arruinar una de mis reputaciones: o la filántropo caritativo o la de propietario de un club.

—Siento que Jackson te haya metido en esto. —Ella necesitaba tiempo y espacio para olvidarse de mí. Si mi hermano seguía llenándole la cabeza con falsas esperanzas, nunca pasaría página. Él estaba jugando a un juego perverso—. Sea lo que sea lo que te ha dicho, te aseguro que no es verdad.

Apoyó los brazos en la mesa, permaneciendo tan quieta que prácticamente parecía una estatua.

—En realidad, creo que tiene razón en bastantes cosas. Y estoy preocupada por ti.

—No hay nada de lo que preocuparse. —Con Rome era feliz. Incluso con el sexo vainilla, estaba satisfecho. Cuando vivía conmigo, disfrutaba de cada momento de su presencia.

Ladeó la cabeza y me miró con esos enormes ojos almendrados.

—Cal, te conozco. Te conozco mejor que nadie.

No estaba de acuerdo con eso. Rome sabía más de mi pasado que cualquier otra persona, incluso que Jackson. Pero nunca le contaría eso.

—Puede que de momento estés feliz porque es guapa y nueva, pero eso desaparecerá. El hombre al que conozco necesita control y dominación. Necesita dar órdenes como un comandante y espera que se le obedezca. Necesita repartir castigos cuando es necesario. Necesita a una sumisa, no a una novia. No cambies quien eres por una persona. A medida que el tiempo pase, cada vez serás más infeliz. Y después estarás atrapado en algo de lo que

nunca podrás salir. Estarás encerrado.

Apreté el vaso y me mordí las mejillas por dentro.

—Ninguno de los dos tiene claro los hechos. Va a ser mi sumisa. Simplemente esta necesita más tiempo que las otras.

Isabella sacudió la cabeza ligeramente con su cuello esbelto e impecable.

—Los dos sabemos que eso no va a pasar nunca. Las mujeres vainilla como ella nunca se pasan al lado oscuro.

—Ni siquiera la conoces.

—En realidad, sí.

El corazón se me cayó al estómago.

—He hecho algunas investigaciones. Y sé que nunca va a someterse. Las mujeres así son demasiado orgullosas para arrodillarse. Puedes discutir conmigo todo lo que quieras, pero los dos sabemos que es verdad. En el fondo, sabes que Jackson y yo tenemos razón. No vas a admitirlo ante ti mismo porque sabes que no eres lo bastante fuerte como para alejarte. Y esa es la cruda realidad.

Volví a apretar mi vaso, deseando que estuviera lleno.

—Incluso aunque estuviera de acuerdo contigo, nunca volvería a ser tu dominante. Cuando una relación se acaba, se acaba.

Me miró como si no creyera ni una palabra de lo que decía.

—¿Quieres saber cómo sé que eso es mentira?

No pestañeé.

—Porque soy la mejor sumisa que has tenido nunca, tal y como me has dicho decenas de veces. Obedezco todas las órdenes y me gusta. Cuanto más tiempo dure esto con Vainilla, más vas a echarme de menos. Y solo quiero que sepas que estoy aquí para ti, para lo que necesites. —Estiró los brazos sobre la mesa pero no tocó la mano que yo tenía apoyada—. Porque aún soy tu sumisa. Aún es mi trabajo obedecerte, entenderte. Un día, vas a estallar porque no estás recibiendo lo que necesitas. Pero estaré ahí, esperando.

Metí las dos manos debajo de la mesa para que no pudiera tocarme. Si el

ex de Rome la tocara, estaría loco de celos. Pero noté cómo el vello se me ponía de punta. Noté un nudo en el estómago. El pulso se me aceleró en el cuello y sentí la vibración bajo la piel. Ser un dominante era la mejor sensación del mundo. No había un subidón igual. Cuanto más tiempo estaba con Rome, más aparecía mi verdadera personalidad. Y a veces, las dudas me acechaban, muy dentro de mi alma, y me preocupaba no ser capaz de someterla. Que no me diera la oportunidad de ser el dominante que estaba destinado a ser. Ella esperaría romance, amor y un final feliz para siempre.

Pero lo que me aterrorizaba aún más era lo que ocurriría si llegaba ese momento. Si se negaba a someterse a mí y a darme lo que yo necesitaba, ¿tendría la fuerza para alejarme? Porque estaba obsesionado con esa mujer, lo había estado desde el momento en que había puesto los ojos en ella, había hecho cosas con ella que nunca había hecho con nadie más. Había tomado su virginidad, tenía sexo vainilla con ella casi todas las noches y estaba completamente dedicado a ella.

¿Y si Jackson e Isabella tenían razón?

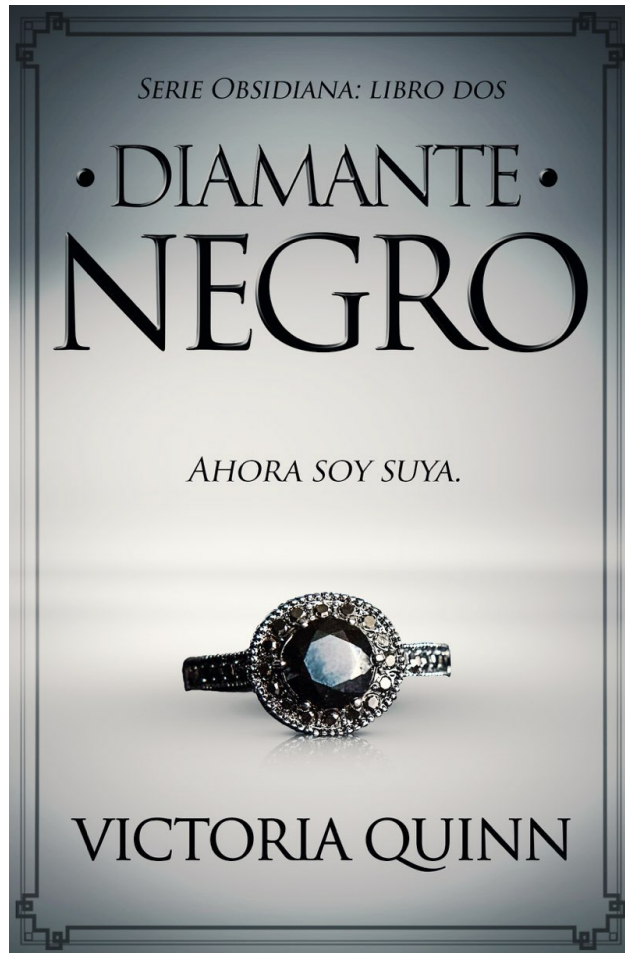
¿Y si había cambiado?

¿Y si dejaba que alguien me cambiara?

**OTRAS OBRAS DE VICTORIA QUINN**

La historia continúa en

*Diamante negro.*



[Pide tu copia ahora.](#)